

MARIÓN
MARQUEZ




GANADORA
DEL
PREMIO OZ
DE NOVELA

UN AMOR
REAL


EDITORIAL

UN AMOR REAL

MARIÓN MARQUEZ



UN AMOR REAL

V.1: mayo, 2017

© Marión Marquez, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-69-2

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Un amor real

La vida en palacio está a punto de cambiar

Brianna Collingwood es una it girl, una joven rica, hermosa y rebelde. El príncipe Alioth van Belmont es un playboy arrogante y el futuro heredero de la corona de Sourmun. Juntos, recorren las mejores fiestas privadas y causan grandes escándalos. Para Brianna, Alioth es solo un buen amigo, pero el príncipe está enamorado de ella en secreto.

Sus vidas cambiarán cuando los padres de ambos los obligan a comprometerse. Brianna acepta para ayudar a su amigo, pero ¿acabará sintiendo por Alioth un amor real?

Ganador del Premio Oz de Novela

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Un amor real

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Sobre la autora

Capítulo 1

Brianna estaba convencida de que con esa expresión aburrida que se dibujaba en su rostro corría el riesgo de parecerse a su madre. Estaba cansada de escuchar a su padre despotricar y gritarle sobre todas las responsabilidades que tenía para con su familia y que ella ignoraba deliberadamente.

Era la quinta vez que su padre, el gran señor Collingwood, le daba el mismo sermón insufrible.

—Era tu última oportunidad —musitó, antes de acabar con la monserga.

Ella dejó de mirarse en el espejo y se volvió hacia él.

—¿Mi última oportunidad para qué?

—Para elegir, Brianna.

—¡Elegir! ¿Cuándo me has dejado elegir? —espetó.

Él no respondió con más gritos, tan solo se limitó a negar con la cabeza.

—A partir de ahora ya no voy a tolerar que nos pongas en ridículo delante de nuestras amistades. Tu pobre madre acabará en el hospital si sigues decepcionándola de este modo.

La joven, de melena pelirroja, alzó una mano para intervenir.

—¿Decepcionarla? ¿Porque no quiero casarme con el primer hombre que se me pone delante? ¡Vosotros no podéis elegir con quién tengo que pasar el resto de mi vida, papá! ¡Es mi vida!

—No tendríamos que hacerlo si fueras una joven un poco más... —añadió el señor Collingwood con los brazos en jarra.

—¿Un poco más qué?

—Más responsable, más sensata, más madura —enumeró—. ¿Quieres que siga? No te atreverás a decirme que no eres perfectamente consciente de todo esto. Tu hermana no necesitó la ayuda de nadie para elegir marido. Lo hizo sola, y muy bien, de hecho. Pero tú, con veinte años, no has sido capaz de encontrar a nadie y no parece que tengas la intención de hacerlo. ¡Pero si nunca has tenido un novio formal!

La expresión de Bri se endureció. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido todo rastro de calidez.

—¿Y de quién es la culpa, padre? Si no recuerdo mal, yo estaba más que dispuesta a tener una relación estable y duradera hasta que tú te entrometiste en mi camino. ¿Es que ya te has olvidado? ¡Y no te atrevas a negarlo, sabes perfectamente de qué estoy hablando!

Su padre no pareció inmutarse, pero ella sabía que se había anotado un punto en la discusión.

—Sea como sea, no podemos dejar que esta situación empeore. Si dejases de llamar tanto la atención, tendrías más tiempo para elegir, pero, con todos los escándalos en los que te metes, tarde o temprano acabarás por arruinar nuestra reputación.

—¿Y qué vas a hacer, papá? ¿Piensas arrastrarme al altar? ¿Me vas casar con un desconocido para que no lo asuste antes de la boda? —Soltó una risa burlona y se cruzó de brazos—. No sé si te has enterado ya de que estamos en el siglo xx. No lo conseguirás.

Su padre se situó frente a ella e imitó su postura de mofa.

—Ya veremos, cariño. No voy a dejar que sigas burlándote de tu familia. Debes hacer lo que es correcto, y no hay más que hablar.

Brianna, enfurecida, entró en su habitación, cerrando de un portazo. Trix, la asistenta que trabajaba para ellos, dio un brinco del susto.

—Señorita Brianna, ¿está usted bien? —preguntó.

—¿Sabes lo que me ha dicho ese horrible hombre? —respondió.

La asistenta, acostumbrada a sus arrebatos de rabia, respondió sin dejar de ordenar la ropa.

—¿Se refiere a su padre, el señor Collingwood?

—¿A quién más podría referirme? Está furioso porque la madre del tonto número cinco le dijo a mamá que no creía que yo fuese adecuada para formar parte de su familia. ¡Imagínate! A mi madre le dio un ataque de nervios y tuvo que tomarse casi una caja entera de pastillas tranquilizantes.

—Pobre señora Collingwood —suspiró—. Cada vez que usted sabotea un posible enlace, se pasa una semana en la cama soñolienta y deprimida.

Brianna frunció el ceño.

—¿Y crees que es por mi culpa? Nada de esto sucedería si no insistieran en decidir con quién debo casarme.

Se dejó caer sobre la cama, agotada. Los gritos de su padre la agobiaban.

—Me ha prohibido salir de casa hasta que «recapacite», y él mismo me llevará a las clases de la universidad. ¡Es un tirano! ¿Cómo puede hacerme esto? ¡Tengo veinte años!

—Señorita —murmuró Trix, con una sonrisa afable —, ¿por qué se enfada si va a

terminar saliendo sin su permiso?

Bri se giró para mirarla y sonrió con picardía.

—Tienes razón, mi querida Trix, toda la razón del mundo.

Tres horas después, cerca de medianoche, Trix volvió de nuevo al dormitorio de Bri.

—Su alteza ya está abajo —anunció mientras sostenía la pesada escalera de sogas que utilizaba la señorita para escaparse.

Bri salió rápidamente del vestidor con los zapatos en la mano. Asomándose a la ventana, miró hacia abajo y encontró la silueta de su mejor amigo. Agitó los zapatos en el aire para avisarlo y, casi sin darle tiempo de apartarse, los dejó caer.

—Debería abandonar esa costumbre, señorita, por el bien de la nación —susurró Trix—. Si mata al príncipe Alioth, el siguiente en la línea de sucesión es su tío, lord Víctor. El duque tiene unas ideas un tanto... aterradoras.

Bri se giró hacia arqueando las cejas.

—¿Aterradoras? Ese hombre es un idiota y un cobarde, su padre debía de saberlo si decidió nombrar heredero a su hijo menor.

Abajo, Alioth sacudía las manos para llamar su atención.

—Mejor me doy prisa antes de que alguien lo vea —refunfuñó mientras se sentaba en el balcón. Esa era la parte más divertida. Sabía que a Alioth le aterrizzaba verla pasar sobre las finas barras de hierro de su balcón para subirse a la escalera que colgaba al otro lado.

Alioth la agarró por la cintura antes de que pisara el último peldaño y la levantó en el aire para dejarla en el suelo.

—Cada vez pesas más —murmuró.

Brianna se giró de inmediato sin que él hubiese terminado de soltarla y le golpeó en el pecho con su bolso.

—Querrás decir que tú estás más debilucho.

—Puede ser, he estado estudiando tanto que no he tenido tiempo de ir al gimnasio. Al contrario de cierta persona que, al parecer, no recuerda que el semestre comenzó hace ya tres meses.

Brianna suspiró y le agarró del brazo para sujetarse mientras se ponía los zapatos.

—Hablas como mi padre. ¿Sabes por qué he tenido que escaparme esta noche?

—Lo imagino.

Ella lo ignoró.

—Hoy me ha dicho que soy el peor ejemplo de hija que puede existir, que no soy capaz de seguir mi carrera ni tampoco de conseguir un esposo adecuado de entre todos los que, según él, me ha servido en bandeja de plata —parloteó.

—Querrás decir que él te ha puesto a ti en bandeja —replicó Alioth mientras arrugaba la frente.

Conocía de sobra las tácticas de Cesar Collingwood. Hacía más de un año que habían empezado sus demandas para casar a su hija con quien él creyera conveniente. Ya le había presentado a cinco candidatos. Todos eran hijos de amigos, socios o algún otro hombre influyente de cuya conexión él se beneficiaría.

—Puede decir lo que quiera, no voy a casarme con ningún niño mimado, ni con un anciano que quiera una esposa modelo, que se pase todo el día en casa arreglándose y esperando a que su esposo llegue del club de golf con sus amigos. Uno como él.

Alioth soltó una carcajada y caminó a su lado.

—Por supuesto que no. Yo no lo permitiría.

—¿Y qué podrías hacer tú? Si llega el día en el que no tenga más salida, en el que me acorralen de tal forma que no tenga escapatoria, nadie, ni siquiera tú podrá evitarlo. Por más que seas el príncipe heredero —musitó ella reclinándose contra la puerta del coche.

Alioth se puso frente a ella y la rodeó con los brazos, apoyándose con ambas manos en vehículo.

—Lo haría, no me importaría pasar por encima de quien hiciese falta para lograrlo.

—Eso no sería una novedad —respondió Bri con una sonrisa y restregó su nariz contra la de él—, siempre lo haces.

—Me presentaría en la iglesia y gritaría: ¡Detengan esta boda! ¡Yo me opongo!

—¿Lo harías?

El príncipe dejó de bromear. Su rostro se volvió serio.

—Por ti, lo haría mil veces, Brianna. No lo dudes.

Ella, con una amplia sonrisa, posó las manos sobre sus mejillas.

—Cuando quieres, eres el hombre más dulce del mundo, Alioth van Belmont —dijo, y le dio un corto abrazo.

—Tal vez tengas razón —susurró él—. Vamos, sube al coche. Nos espera una fiesta.

Capítulo 2

Alioth le dejó las llaves al aparcacoches. Otro empleado de la fiesta le abrió la puerta a Brianna. Ella bajó y rodeó el coche con la cabeza gacha para evitar ser reconocida por los *paparazzi* que rondaban las fiestas privadas de sus conocidos. Siempre que existía la posibilidad de que el príncipe Alioth apareciera, acudían como buitres en busca de sus presas favoritas.

—Entremos ya —dijo Brianna a Alioth, y se apoyó en el coche.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No te apoyes! —replicó Alioth mientras la cogía de la cintura para hacerla a un lado.

—Es solo un coche.

Él empezó a caminar también escondiendo su rostro. Era un movimiento ya incorporado a su forma de vida.

—Es un F50, Bri. Te lo he explicado montones de veces, es especial.

—Así no puedes disfrutarlo, estás más pendiente del coche que de tu propia vida. No puedes tocarlo porque se ralla, las calles mojadas están prohibidas, también las entradas con el suelo empedrado... ¡Y las tachuelas de mi ropa! —exclamó.

—¿Qué problema hay en que quiera cuidarlo? —Alioth se encogió de hombros.

—¡Que matas la diversión! Si estás pendiente de todo eso no puedes relajarte ni divertirte. Ya casi ni bebes cuando salimos porque tienes miedo de estrellarlo.

El príncipe sacudió la cabeza y arrugó la frente.

—Solo cuando uso este.

Ella lo negó.

—La última vez teníamos un chófer y de todas formas apenas bebiste.

—¡Tenía una reunión con mi padre y el Consejo al día siguiente! A veces tengo que hacer un esfuerzo y comportarme. Debo intentar demostrar a todas esas personas que puedo ser un hombre maduro si me lo propongo —la reprendió.

Bri puso los ojos en blanco.

—Qué tontería. Solíamos divertirnos mucho más cuando a ninguno nos importaban esas cosas. Ahora ya ni siquiera me acompañas en mis resacas matutinas, me siento abandonada.

—Podrías acompañarme tú en mi sobriedad de vez en cuando, no te vendría nada mal —propuso, y ella le soltó una mirada burlona—. No me mires así, no tengo otra opción. Estoy trabajando muy duro para que todos empiecen a tenerme un poco de respeto, soy el futuro rey, Bri. Imagina si algo le sucediera a mi padre y el Consejo

decidiera que no soy apto para gobernar. ¡Si ponen a mi tío en mi lugar!

La atravesó un escalofrío. Nadie quería a lord Víctor a la cabeza de nada porque no solo era un asno y un cobarde, sino que también era cruel y egoísta.

—Serás el mejor rey de todos, Alioth —concluyó ella en un breve momento de seriedad—. Pero ahora vamos a celebrar que todavía no lo eres y tu padre es un hombre joven al que le queda mucho tiempo de vida.

Enseguida tiró de él para que la siguiera hasta la casa. En el camino, cogió la primera bebida que le ofrecieron.

—Voy a dar un paseo. —Le guiñó un ojo y levantó la copa—. ¡Diviértete!

Desde hacía tiempo, Brianna se había vuelto un desastre, siempre al borde del colapso. Alioth sabía que los señores Collingwood eran muy duros e injustos, de modo que Brianna siempre hacía todo lo posible por llevarles la contraria.

Alioth pensaba que eso no era bueno para ella, no era sano. Como tampoco lo era mezclarse con todos los hombres que conocía en una fiesta. Sin embargo, no podía quejarse ni intentar corregir su comportamiento. Alioth también disfrutaba de esa clase de encuentros esporádicos con muchas chicas, aunque no eran más que una breve distracción para él. Él quería a otra, a una mujer que sospechaba que jamás podría tener.

Brianna estaba encantada. Hacía mucho tiempo que no encontraba un hombre tan guapo como el que tenía enfrente. No era un niño, como los que abundaban en esas fiestas. Por el modo en que vestía y su forma de moverse, era un hombre. Al cruzar sus miradas en la pista de baile habían iniciado un pequeño juego de seducción que siguieron en la barra. Estaba lo suficientemente ebria como para dar el próximo paso.

Nunca se acostaba con nadie en una fiesta si no estaba borracha como una cuba. Últimamente, solo lo hacía cuando estaba tan bebida que al día siguiente solo tenía leves y borrosos recuerdos de lo ocurrido. Acordarse de la cara del hombre era todo un logro para ella.

Bri y su acompañante subieron a una de las habitaciones de la planta de arriba, que parecían ideadas especialmente para aquel tipo de encuentros. A esa hora y en ese estado ya no recordaba de quién era la casa ni se preguntaba a quién podría pertenecer ese cuarto. Lo único importante era que no había nadie.

El joven de cabello castaño y rizado cerró la puerta y echó el cerrojo. Sin perder un segundo, la rodeó con los brazos y se abalanzó sobre su boca. Sin dejar de besarla, le desabrochó el vestido.

Bri le quitó la camisa y creyó ver saltar los últimos botones. Él no pareció notarlo, estaba más interesado en sus curvas, y se deleitaba mientras la tocaba.

—Eres preciosa, me encantas —dijo, fascinado.

—No estoy aquí para hablar ¿Y tú?

El hombre sonrió.

—No, nena, yo tampoco.

Era bueno en la cama, sabía lo que hacía, pensó ella con la poca lucidez que le quedaba. Muchas de las veces que se acostaba con alguien ni siquiera disfrutaba haciéndolo, pero esa noche era distinta. Él era distinto.

Alguien aporreó la puerta. Los gritos femeninos que acompañaban los golpes hicieron que él se sobresaltara. Salió de la cama de un salto y empezó a ponerse los pantalones con rapidez.

Brianna lo miró, extrañada.

—¿Qué estás haciendo? ¿A dónde vas?

—Nena, será mejor que te cambies y te escondas —dijo al borde de la desesperación.

—¿Perdón? —respondió soltando una risotada mientras se incorporaba en la cama —. ¿Que quieres que haga *qué*?

Él señaló hacia la puerta.

—Esa de ahí es mi esposa. No se cómo me ha encontrado, pero será mejor para ti que te escondas hasta que pueda sacarla de aquí.

Otro golpe más fuerte y un chillido histérico hicieron que el hombre se estremeciera.

Bri se puso la ropa interior con lentitud y, después, el vestido. Estaba furiosa. Se estaba conteniendo porque estaba pensando qué hacer a continuación.

—Esposa —refunfuñó—. Tienes una esposa. Maldito desgraciado, eres un bastardo.

Él intento encogerse de hombros con una mueca de disculpa, pero Bri no le dio tiempo. Le soltó una bofetada y de inmediato celebró el hormigueo en la mano, que indicaba que había acertado de lleno. No estaba segura de haberlo hecho realmente, su visión estaba algo borrosa.

—Eres un cerdo, espero que tu esposa te deje en la calle. ¡Imbécil!

Abrió la puerta de la habitación y pasó al lado de una mujer rubia, que retrocedió sorprendida cuando la vio salir. Brianna trató de escabullirse lejos del escándalo que iba a armarse en el piso de arriba.

¿Un infiel pillado en plena acción? La fiesta sería todo un éxito solo por eso y por las repercusiones que aquello tendría —pensó ella. Siempre disfrutaba al formar parte

de un buen escándalo y ver los ataques de nervios de su madre, que la alejaban de su vista unos días gracias a los tranquilizantes para dormir. Sin embargo, ese episodio, en especial, le resultaba desagradable. No quería ser tachada como la amante de un hombre del que no sabía ni el nombre, por mucho que le hubiese hecho pasar un buen rato en la cama, o eso creía.

Ya no le apetecía estar en la fiesta y no tenía ni idea de dónde estaba Alioth. Recorrió la planta baja de la casa, luego salió al jardín. Al lado de la piscina reconoció a un grupo de chicas que le era familiar, pero advirtió que faltaba una de ellas. No le caían muy bien, pero decidió preguntarles por Alioth, pues era su transporte y no podía irse sin él.

—¿Habéis visto a Alioth? —preguntó.

Una de ellas se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—Sí, pero ahora está ocupado.

Las demás rieron, Bri supo enseguida qué estaba haciendo y con quién.

Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro. Estaba aburrida y algo asqueada.

—¿Están arriba?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó la joven. Brianna no estaba segura de recordar su nombre, pero tampoco le importaba. Lo único que quería era irse de allí. Empezaba a impacientarse.

Se concentró y lo pensó mejor. Alioth no estaría en un cuarto ajeno, en una casa que no conocía; era demasiado quisquilloso para esas cosas. Probablemente estaría en su coche. Aunque también le resultaba extraño que estuvieran en el Ferrari. Apenas podían sentarse allí, no veía como podían hacer algo más.

Salió por la puerta principal y caminó hacia el aparcamiento. Los guardias intentaron detenerla al entrar, pero ella dio un paso atrás y habló tan claro como le permitía su estado.

—Estoy buscando a alguien. Estoy segura de que está en ese coche.

Señaló el F50 rojo e intentó volver a entrar.

—Lo siento, señorita. Pero si no tiene el ticket del coche no podemos dejarla pasar.

—Mi amigo está allí, estoy segura. ¡Vamos! Déjenme entrar. ¿Esto es porque está con una mujer? ¿Por eso no me deja entrar?

Las mejillas del guardia se sonrojaron.

—Señorita, no puedo dejarla pasar...

Brianna perdió la paciencia y no le dejó terminar. Pasó por un lado y se zafó

cuando el guardia intentó retenerla.

Se dirigió hacia el coche ignorando las súplicas del guardia para que lo acompañara afuera. No podía ver nada dentro del coche por los cristales polarizados, pero golpeó la ventanilla con fuerza. Como no obtuvo respuesta comenzó a golpear el techo.

¡Eso lo haría reaccionar!

Las luces del interior se encendieron en un santiamén y Alioth salió del coche de inmediato, con la camisa medio desabrochada.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó mientras la alejaba del coche, como si fuera un peligro.

— Está bien, ella está conmigo —le dijo al guardia, quien le lanzó una mirada de desaprobación, pero finalmente se marchó.

—Quiero irme de aquí —susurró Brianna apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupado—. ¿Alguien te ha hecho daño?

Bri negó con la cabeza.

—No, no quiero hablar de eso. Mañana nos reiremos, pero ahora me siento muy mal, ¿podemos irnos o estás demasiado ocupado con...esa?

—Esa tiene nombre —chilló una chica rubia mientras bajaba del coche con cara de pocos amigos—. ¡Alioth, no te puedes ir! Acabas de llegar.

El príncipe apretó los labios.

—Lo siento, Lía. Bri no se encuentra bien, tengo que llevarla a casa.

Ella se cruzó de brazos.

—Estoy segura de que puede conseguir que alguien la lleve, ¿qué hay del tipo con el que subiste hace un rato?

Brianna la ignoró y miró a Alioth.

—Haz que cierre la boca, me duele la cabeza.

—¡Alioth! —exclamó Lía—. Estabas conmigo, no puedes dejarme. No eres responsable de ella.

El príncipe comenzó a perder la poca paciencia que tenía.

—En realidad, lo soy. Yo la he traído, me corresponde devolverla sana y salva a su casa. Estoy seguro de que tus amigas todavía no se han marchado.

Abrió la puerta del coche y metió a Brianna dentro antes de girarse hacia Lía de nuevo.

—Nos vemos en la próxima fiesta. —Se despidió y la besó en la mejilla.

—Siempre me haces lo mismo. —Le puso las manos en las mejillas—. Siempre me

dejas por ella.

No le gustaba verla triste, pero tampoco se sentía cómodo con esas escenas de niña caprichosa. Las mujeres tendían a intentar manejarlo, siempre en busca de algo a cambio, y Lía no era la excepción. Ella creía que estaba enamorada, pero él sabía que no veía más allá de su dinero y su título. En cambio, Brianna era su amiga, nunca se había interesado por otra cosa que no fuese él mismo como persona. Ese era el motivo por el cual eran amigos desde hace tanto tiempo y por el que siempre la preferiría a ella por encima de cualquier otra persona.

Apartó las manos de Lía de su rostro.

—No quiero ser grosero contigo, Lía. Pero ya sabes cómo funciona esto, creí que estabas de acuerdo. No me gustan las escenas y no tengo interés en ningún tipo de compromiso.

Ella parecía desesperada y algo decepcionada. Todas soñaban con un anillo, una corona y el príncipe azul. Él podría ser un príncipe, pero debían saber que no tenía nada que ver con los de los cuentos de hadas.

—Lo sé —contestó ella con una sonrisa forzada—. Lo entiendo, Alioth. Yo no soy esa clase de chica. —No era honesta, pero la mentira convenía a ambos.

Cuando entró en el coche, Brianna lo esperaba con los pies sobre el salpicadero y el asiento reclinado hacia atrás.

—¿Cómo la toleras?

—Es buena en ciertas cosas, me ayuda a distraerme. —Le bajó los pies con cuidado—. Es divertida cuando tú estás lejos.

—A la reina le daría un ataque como los de mi madre si supiera la clase de mujeres de las que te rodeas—espetó con asco—. Y no cuestiono lo que haces —agregó cuando vio que ella no estaba en posición de regañarlo—, pero tendrías que variar el menú un poco más.

Él alzó las cejas.

—¿Y eso le gustaría más a mi madre?

Brianna lo golpeó en el brazo.

—¿A quién le importa eso? Estoy hablando de ti, si no repitieras de plato no tendrías tantos problemas. ¡Ella prácticamente te acosa, está en todos lados! ¿Por qué no la descartas como a las otras?

Alioth arrancó el coche y abandonaron la fiesta.

—Lía sabe que no puede haber nada entre nosotros. No veo cuál es el problema.

—Por favor, es obvio que ella no lo entiende. Puede que te lo diga, pero solo porque es lo que tú necesitas oír para seguir viéndola. No la soporto, pero a veces hasta me da lástima.

—Es una chica madura, Bri. Toma sus propias decisiones, como tú —murmuró y la miró. Ella frunció el ceño. A ninguno de los dos le gustaba oír la verdad cuando no era de su agrado—. ¿O es que estás celosa?

Ella soltó un bufido.

—¿Por qué iba a estar celosa? Lo que pasa es que no entiendo por qué no la desechas como a las demás, ¿cuánto tiempo hace que la ves?

—No lo sé, no me importa.

Brianna se giró hacia él y se acomodó en el asiento para intentar dormir un rato. Cuando entraron en la carretera, Alioth apretó con fuerza el acelerador. Si no disponía de una botella o de una mujer con quien descargar lo que sentía, esta era su forma de olvidarse de todo. Sobre todo, de lo único que quería y no podía tener.

Capítulo 3

Brianna escuchó una voz lejana que no dejaba de repetir su nombre. Sabía que debía abrir los ojos, pero le pesaban demasiado. Asustada al sentir que la movían, acabó espabilándose.

—¿Qué...? —balbuceó.

Alioth la cargaba como si fuese un bebé por el jardín delantero de su casa.

—Ya hemos llegado a tu casa, ¿cómo vas a entrar?

—Tengo una llave, pero no creo que pueda subir las escaleras.

Alioth se rio y le quitó la llave que agitaba para que dejara de hacer ruido con el tintineo. Quiso abrir mientras la cargaba, pero era imposible con la poca luz que había.

La puso de pie con cuidado y sin soltarla. Notaba que su estado había empeorado durante aquella breve siesta.

Abrió la puerta y la sostuvo para que entrara.

—¿Bri, por qué no te quitas los zapatos? —susurró mientras la aguantaba de un brazo para que no tropezara con sus propios pies.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta.

Alioth cerró los ojos, algo frustrado.

—Porque te vas a hacer daño, Brianna, y porque vas a despertar a tus padres.

—A mi madre lo dudo —volvió a decir tan alto que resonó por todo el vestíbulo de la mansión de los Collingwood.

—Solo quítate los zapatos, Bri. Vamos, tenemos que subir las escaleras para llegar a tu cuarto.

En un breve momento de lucidez, Bri asintió y apoyó una mano en la pared para aguantarse y quitarse uno. Alioth, pendiente de que nadie los descubriese, no se percató cuando Brianna perdió el equilibrio y no llegó a tiempo a sujetarla. Mientras caía intentó agarrarse a una mesa que estaba al lado de la puerta, esta cedió y uno de los jarrones más preciados de la señora Collingwood cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Después de aquel estruendo se hizo un instante de silencio. Brianna no se daba cuenta de lo que había provocado y Alioth necesitó un segundo para reaccionar. Brianna rompió a reír a carcajadas y se olvidó de todo lo que había sucedido aquella noche.

—Oh, Dios —susurró el príncipe—. Estamos acabados. —La ayudó a levantarse—. Ven aquí, Bri, te vas a hacer daño. Espero que esa cosa no guardara cenizas de

nadie, sería muy desagradable tener que aspirar a algún familiar de la señora Collingwood, podríamos contagiarnos de su mal genio.

Ella hizo una mueca, no sabía si preocuparse porque de verdad estuviese tocando los restos de algún antepasado, lo cual le parecía asqueroso, o volver a reírse por lo que Alioth acababa de decir sobre su madre. Estaba muy borracha y su cabeza no funcionaba bien.

Aceptó la mano que Alioth le tendía y trató de ponerse en pie, pero el cuerpo no le respondía y él acabó en el suelo al intentar sostenerla. Esta vez los dos rompieron a reír.

Las luces no tardaron en encenderse.

—Señor Collingwood —dijo Alioth mientras borraba toda expresión de diversión de su rostro.

—Papi —saludó Brianna, con una sonrisa descarada. La expresión de su padre era furiosa.

—Te di una orden bien clara, Brianna —espetó él.

—El príncipe me invitó a salir, no podía decirle que no, papá. Tú sabes cómo es eso, siempre insistiendo en que tengo que cuidar lo único bueno que he hecho en toda mi vida.

—Brianna —gruñó Alioth.

Él podía ser el príncipe, pero también tenía un padre ante el cual responder, y si se enteraba de aquello no iba a salir bien parado. César Collingwood tenía la capacidad de convertir situaciones como aquella en una catástrofe natural. Su padre, el rey, estaba muy preocupado de que su hijo hiciera algo tan reprochable que lo obligara a sacarlo de la línea de sucesión, y aquello podía sentarle mal.

El señor Collingwood se llevó una mano a la cabeza.

—Esta situación no da para más, ya no sois niños. ¡Alioth, esperaba más de ti! No puedes dejar que esta niña malcriada te lleve por donde quiera, no vas a llegar a buen puerto.

Alioth se puso de pie lleno de furia. No permitía que nadie le hablara en ese tono. Pero ese hombre lo había visto crecer y sabía de lo que hablaba por muy arrogante y soberbio que fuese.

—Con todo el respeto, señor, no le permito que hable así de su hija.

—Alioth, ¿me ayudas a levantarme, por favor? Estoy mareada.

Brianna intervino adrede. Igual que él la defendía, aunque estaba ebria, ella intentaba evitarle una discusión. Alioth lo entendió y la ayudó, sin volver a mirar a César por tal de evitar retomar la conversación.

—Mañana tendré una conversación con el rey y acabaremos de solucionar todo

esto —anunció el señor Collingwood mientras ellos subían las escaleras.

—Lo siento —susurró Bri, agarrada del brazo del príncipe—. No quiero causarte problemas con tu padre.

—No importa, ya es una costumbre ¿no? ¿Qué puede pasar?

Ella soltó una risita y se detuvo cuando llegaron a la puerta de su habitación.

—Y gracias por defenderme, lo has hecho enfadar aún más. No puede soportar que alguien como tú crea que todavía hay esperanzas para mí.

—¿Alguna vez te rendirías conmigo, Bri? —preguntó en un susurro.

—Nunca —respondió ella de la misma forma, y cerró los ojos cuando la besó en la frente.

Brianna estaba soñando que una lluvia fría caía sobre ella. Era un sueño tan real que hasta podía sentir cómo las gotas mojaban su rostro. Oía una voz lejana que pronunciaba su nombre. ¿Era su hermana la que la llamaba desde algún lado?

—¡Vamos, Brianna! ¡Despierta!

Cuando reaccionó, se dio cuenta de que no había sido solo un sueño. Estaba mojada y todo a su alrededor estaba empapado; su hermana le había tirado agua encima para despertarla.

—¿Qué...?

—¡Al fin! Pensé que tendría que llamar a un médico, Brianna. Has dormido toda la mañana y gran parte de la tarde y aun así no te despertabas. A veces me asustas, hermanita.

—Dios, Zoe, no empieces. Te pareces a mamá cuando hablas así. —Se levantó de la cama con los ojos entreabiertos y un dolor punzante que le taladraba la cabeza.

—Mamá puede ser todo lo que tú digas, pero también se preocupa por ti.

Brianna puso los ojos en blanco y caminó hacia el baño, sin prestar atención a lo que le decía.

—Voy a darme una ducha.

—Bien, te prepararé algo de ropa.

Odiaba a Zoe por estar tan animada cuando ella se sentía tan mal. Su hermana mayor era

la hija perfecta. Siempre sacaba las mejores notas en el colegio, siempre se comportaba como todos esperaban y hasta se había casado con el hombre perfecto a la edad perfecta... ¡Y ahora estaba embarazada del niño perfecto! ¿Por qué no podía ser de otra forma? A pesar de que todavía no lo sabían, Bri estaba segura de que sería un

niño, porque su padre así lo deseaba. Ella nunca les haría sentir tan orgullosos.

Intentó no pensar en nada mientras se duchaba. No quería pensar en la noche anterior ni en lo que le esperaba cuando se encontrara con sus padres. Solo deseaba que el dolor de cabeza desapareciera, pero no lo hizo.

Cuando salió, lo primero que vio fue la rubia cabellera de su hermana mayor dentro del armario.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscar la chaqueta adecuada, te daría la mía, pero no la encuentro, debo de habérmela dejado en casa.

Bri miró la ropa extendida sobre la cama.

—¿Y qué te hace pensar que voy a usar eso, Zoe? Papá y mamá no van a dejar de estar enfadados porque me ponga esa falda tan horrible y esa blusa —señaló y repitió con una mueca de asco—. ¡Esa blusa, Zoe! ¿Por qué compras esa ropa? No tienes cuarenta años, sino veinticuatro. ¿Cómo pudo Ed fijarse en ti vistiendo así?

Ella rio.

—Creo que la falda que usaba el día que nos conocimos era un poco más larga, y Ed dijo que fue amor a primera vista. La ropa ni nos define ni puede ocultar quiénes somos en realidad.

—Bueno, yo no intento ocultar nada. Así que...

Zoe levantó una mano para interrumpirla.

—Está bien, está bien. Pero esta noche lo harás, tenemos que cenar en el palacio. Hemos sido invitados a una cena privada con la familia real.

Brianna entrecerró los ojos.

—¿Ah sí?

—Sí, así que vístete y deja que te haga un peinado bonito.

Intuía que su hermana le estaba ocultando algo, y la forma en que Zoe rehuía su mirada acabó de confirmarlo.

—¿Por qué? Arlet y Ewen me ven casi a diario, no necesito arreglarme tanto.

—Pero esta noche lo harás, Bri —dijo a modo de ruego—.

La blusa era blanca y la falda azul celeste. Todo era tan apagado que Bri se sentía como una flor marchita. Empeoró cuando Zoe le planchó el pelo y se lo recogió en un peinado muy simple.

—Estos te sentarán bien —señaló mientras le ofrecía unos pendientes de diamantes en forma de corazón.

Al verlos se le escapó una sonrisa.

—Los recuerdo, los levabas el día que Ed te propuso matrimonio.

—Sí, me traen muy buenos recuerdos. Cuídalos bien.

Estuvo a punto de decirle que no era una buena idea que ella los usara, pero se los guardó y asintió.

—Estarán a salvo, lo prometo.

De nuevo tuvo la sensación de que algo importante estaba pasando y un escalofrío le recorrió la espalda.

De pronto, estaba asustada.

Capítulo 4

—¿Por qué siento que hay algo que no sé? —preguntó Brianna mientras subían las interminables escaleras del palacio.

—No tengo ni idea de qué puede ser—contestó Zoe con una amplia sonrisa. Era una pésima mentirosa.

Bri negó con la cabeza.

—Lo estás haciendo de nuevo, me estás mintiendo.

—¿Por qué estás tan paranoica? —se burló Zoe.

Brianna se detuvo en la entrada del palacio para descansar un segundo y esperar a sus padres, que iban unos escalones por detrás.

—Todo es muy raro, siento que voy directa a una emboscada.

Su hermana no le respondió.

Entraron todos juntos hasta la zona en la que residía la familia, lugar que Bri conocía mejor que su propia casa. Había pasado la mayor parte de su adolescencia allí con Alioth y sus hermanas, las mellizas Anabelle y Jessania. La primera persona que Brianna vio fue a la reina Arlet, que estaba regañando a Jess por algo que no pudo oír. Al darse cuenta de que había llegado, la discusión se acabó y el rey Ewen apareció detrás de ella. Seguramente, el rey había estado escondiéndose para no tener que posicionarse en la discusión. Era un hombre sabio, meterse en una disputa de esas nunca traía nada bueno. No con el carácter que tenían las mujeres de esa familia. Brianna tenía que reconocer que también huía de ellas cuando notaba que algo andaba mal, podían ser peligrosas.

—Buenas noches —saludó la reina—. Brianna, cariño, estás muy guapa.

Ella se obligó a sonreír y se abstuvo de decir lo que pensaba en realidad; que estaba espantosa.

—Gracias —murmuró, y cogió a Jess del brazo, que no podía aguantarse la risa al ver la ropa de Bri.

—¿Qué? —exclamó Bri.

La princesa soltó una carcajada y se cubrió la boca cuando todos se quedaron en silencio mirándola.

—Lo siento, lo siento. Pero esa falda, Bri. Es fea, no encuentro otra palabra más acertada para describirla.

—¡Jessania! —exclamó Arlet, pero la joven la ignoró.

—Te pareces a tu madre —le susurró Jessania a Brianna cuando se alejaron del

grupo de los mayores.

—Eso jamás. ¿Sabes por qué estamos aquí? ¿Dónde están los demás?

Jess se peinó el cabello rubio hacia un lado y señaló la puerta abierta de uno de los salones.

—Alioth está allí dentro, solo. Está muy raro desde esta mañana.

Brianna miró hacia el salón.

—¿Alioth está raro? ¿Cómo qué raro? ¿Qué le pasa?

—No lo sé —respondió distraída.

Brianna entró sola a la habitación. Era cierto que había algo extraño en él. Estaba de pie frente a una ventana, con un posado recto y firme y las manos unidas a su espalda. No podía ver su rostro, pero imaginaba que estaba serio. Brianna se asustó. Algo estaba pasando y no sabía qué, pero tenía el presentimiento de que era malo para ella.

Se quedó contemplándolo un rato, hasta que supo que él no iba a notar su presencia si ella no daba el primer paso.

—Alioth, ¿qué sucede?

El príncipe se sobresaltó al oírla y se giró para mirarla.

—Solo estaba pensando, Bri. ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

Estaba ausente cuando hablaba, y ella se preocupó aún más.

—Ignorada —contestó mordaz—. ¿Tú también vas a decirme que no pasa nada, que esto es solo una cena más?

—No lo es —dijo él con voz serena. Se acercó a ella y la rodeó por los hombros con un brazo para conducirla fuera del salón—. Vamos, cuanto antes terminemos con esto, mejor.

Pero Bri clavó los pies en el suelo y se colocó frente a él. Miró esos ojos grises que parecían atormentados por algo y que, por alguna razón, la rehuían.

—¿Qué es lo que va mal? ¿Estás enfadado conmigo?

—Claro que no, ¿por qué iba a estarlo?

—¿Puede ser más obvio? —Le golpeó en el brazo esperando que eso le hiciera reaccionar—. No has hecho ningún comentario sobre mi vestuario, ni me has preguntado cómo reaccionó mi madre al enterarse de que rompimos su preciado jarrón.

Alioth parpadeó y la recorrió con la mirada durante un segundo.

—Estas tan guapa como siempre, Brianna. ¿Qué fue lo que dijo la señora Co...?

Ella lo interrumpió soltando un jadeo de incredulidad.

—Cállate ya, Alioth. Mejor cállate. Es obvio que no estás siendo honesto conmigo y que no piensas serlo.

Se dirigió a la puerta para salir de allí sola. Estaba enfadada y algo dolida con él por primera vez en mucho tiempo. El príncipe no la dejó escapar, la agarró antes de que cruzara el umbral de la puerta y la retuvo a su lado.

—Brianna, por favor. Solo... —vaciló—. Dame tiempo, no puedo hacer esto ahora. Te prometo que no es mi intención mentirte ni ocultarte nada. ¿Cuándo lo he hecho?

Ella no cedió, pese a toda esa dulzura con la que él le estaba hablando.

—Lo estás haciendo ahora.

—Solo aguanta un rato, Bri. Tarde o temprano vas a saberlo, ¿cuál es el problema?

Ella se mordió la lengua para no replicarle. Tenía el presentimiento de que cuando supiera lo que pasaba iba a preferir volver a la ignorancia.

Cogió con resignación el brazo que él le ofrecía y dejó que la condujera hasta el comedor donde todos se estaban sentados en la mesa. Anabelle la saludó con una sonrisa y señaló dos sitios vacíos junto a ella.

—Aquí, chicos. Estos son vuestros asientos.

Alioth le sostuvo la silla y ella no dejó de mirarlos a todos con expresión sospechosa. Nunca dejaban que se sentaran juntos, por miedo a lo que pudieran llegar a causar. Que justo esa noche lo hicieran no significaba nada bueno.

Todos parecían ignorarlos, estaban concentrados en sus conversaciones y en la comida que habían servido. Jessania le contaba a Zoe algo sobre el hijo de un duque que había conocido y Anabelle guardaba silencio y suspiraba aburrida de vez en cuando.

Cuando sirvieron el plato principal, riñones asados; Brianna puso mala cara, pero no lo rechazó. Le gustaba la carne, pero no las vísceras, y los riñones asados con esa salsa verde le causaban repulsión. Por lo general no era exquisita con la comida, pero esa noche estaba muy sensible.

—Esto es un asco —susurró.

Ana, que era vegetariana y tenía un menú especial, miró hacia su plato.

—Sí, sí lo es —murmuró.

Bri vio que Alioth tampoco estaba comiendo.

—Es bueno saber que no soy la única que cree que esta comida es nauseabunda —le dijo, dándole un toque en el brazo.

—No, no tengo hambre. No me encuentro muy bien del estómago —aclaró, cerrando los ojos.

—No es eso.

—¿Y entonces qué es? —Levantó una mano y ella misma contestó a su pregunta antes de que él pudiese llegar a abrir la boca—. No, no lo digas, es mi perfume. Zoe

me hizo ponerme uno de los de mamá y hasta yo me estoy ahogando.

Alioth le cogió una mano y se llevó la otra a la cabeza.

—No, Brianna. Deja ya de hablar, me estás mareando, eso no ayuda.

Ella no le hizo caso. Le sujetó el rostro con las dos manos y comenzó a examinarlo sin fijarse en que estaban llamando la atención de todos.

—¿Tienes fiebre? Porque no lo parece —continuó con su parloteo—, pero si quieres podemos llamar a un médico. Quizá te envenenaron.

Alioth sonrió por primera vez en toda la tarde e inclinó la cabeza para besarle una mano.

—No, pero si no dejas de hablar a la que voy a envenenar es a ti.

Dejando caer las manos y los hombros, Bri aproximó la cabeza hacia él y le susurró.

—¿Y no puedes fingir? Podría ayudarnos a escapar de aquí.

—No hay forma de que podamos escapar de esta cena —dijo. Se recostó sobre el respaldo de la silla y estiró el cuello hacia atrás.

Ewen se apiadó por fin de ellos e interrumpió la conversación de los demás poniéndose de pie. Brianna lo observó con atención agradeciendo que terminase con aquel suspense.

El rey, aunque ya tenía algunas canas, seguía siendo muy guapo. Le sonrió como si le hubiese leído el pensamiento.

—Bueno, creo que ya es hora de abordar el motivo de esta pequeña reunión. Brianna, cariño, creo que es conveniente pedirte que me dejes terminar antes de empezar a gritar.

La aludida ladeó la cabeza.

—¿Por qué piensas que voy a gritar?

—Porque te conozco demasiado bien. Tanto tus padres como nosotros —dijo—, hemos discutido esto en varias ocasiones y hasta hace unas horas pensábamos que era una idea pésima. Pero debido a los acontecimientos de las últimas semanas, hemos llegado a la conclusión de que será lo mejor para todos.

—Disculpe, pero no lo entiendo. No quiero sonar grosera, pero parece que todos ya saben de qué se trata, ¿por qué no me lo dice directamente y acabamos con esto de una vez?

Glenda Collingwood jadeó horrorizada.

—¡Brianna! ¿Qué modales son esos?

Ewen levantó una mano para calmar a la mujer.

—Está bien, está bien. La niña tiene razón.

—Lo que hemos decidido, Brianna, como ya le hemos comentado a Alioth esta

mañana, es que vosotros dos vais a casaros. Pronto, lo antes posible.

Un silencio helador recorrió la sala, hasta que Brianna rompió a reír a carcajadas. Reía de pura incredulidad, pues aquello no podía ser cierto. Sabía que estaban locos, pero no tanto como para dictaminar algo así. ¿No?

Dejó de reír cuando vio que nadie más lo hacía.

Repasó con la mirada a cada uno de los presentes hasta que llegó al rostro de Alioth que la contemplaba con los labios apretados.

—¿Es una broma? —preguntó, nerviosa.

El príncipe le cogió la mano y la apretó para tranquilizarla. Pero el señor Collingwood no fue tan comprensivo.

—Nos hemos quedado sin opciones y sin tiempo, Brianna. Es hora de que...

—¿Asumamos nuestras responsabilidades? —lo interrumpió, desafiante.

César sonrió victorioso y complacido consigo mismo. Habló con un tono arrogante que aumentó el enfado de Brianna.

—Te dije que me aseguraría de que la próxima opción fuese la última. Con la escena de anoche acabé de decidirme, esto es perfecto.

—¿Y qué te hace pensar que me casaré con él? Que sea mi amigo no quiere decir nada.

—Esa es la cuestión. Si él no acepta, tú vas a quedarte sin nada. Dejaremos de pagar tu universidad, y no te daremos más dinero. No podrás utilizar nuestros coches ni vivir en casa. Y Zoe tiene prohibido alojarte en la suya. —Bri arrugó la frente y miró a Alioth, pero él no le devolvió la mirada. Collingwood continuó—: Y si tú no aceptas, vas a perjudicar a tu amigo. El Consejo no está de acuerdo con el estilo de vida del príncipe y le han dado un plazo.

—¿Un plazo?

Esta vez fue la reina quien contestó.

—Alioth tiene que casarse y tener un hijo en el plazo de un año.

Jessania intervino para contradecir a su madre.

—Eso es una estupidez, madre. Pueden casarse, pero ¿un hijo? No puedes obligarla a que se quede embarazada. ¿Y si no puede tener hijos? ¿Y si es Alioth el que no puede tenerlos? ¿Qué harán entonces? ¿Van a culparlos por eso también?

La reina la fulminó con la mirada.

—No digas tonterías, Jessania. Guarda silencio antes de que te envíe a tu cuarto.

Ewen optó por ser más conciliador.

—Tenemos la esperanza de que todo se calme cuando estén casados. Lo que le preocupa al Consejo es la situación de incertidumbre en la que el heredero pone al país ante los medios internacionales.

Brianna se puso de pie.

—Eso no es cierto, Alioth se ha esforzado mucho estos últimos tres meses, todos lo sabéis. Le va muy bien en la universidad, eso tiene que contar.

—Sería así si todo eso no quedara eclipsado por otras cosas. Mira, Brianna, le dijimos lo mismo a nuestro hijo. Solo estamos preocupados por vosotros, por vuestro futuro.

—Sí, claro. Por eso nos extorsionáis. Y si soy tan terrible, ¿por qué me querrían a mí como su esposa, la futura reina? Estoy segura de que todos esos ancianos del Consejo preferirían que siguiera soltero.

—Una razón más para que los dos os comportéis debidamente. Sabemos que os queréis, podréis ayudaros mutuamente para salir adelante.

Brianna apartó su silla mientras negaba nerviosa con la cabeza. De pronto se sentía agobiada y algo mareada.

—No, no. Esto... esto no va a ocurrir. —Se colocó detrás de Alioth y le puso las manos en los hombros. Él giró la cabeza y volvió a cogerle la mano, pero esta vez sin fuerza, lo que la hizo sentirse aún peor—. Entiendo que quieras protegerme, Alioth, pero yo te libero de este compromiso en el que te han metido. Tú no eres responsable de lo que quieran hacerme, no permitas que te manejen así. Encontrarás a alguien mucho mejor que yo para que sea tu princesa.

—No hay tiempo para eso, los rumores deben ser silenciados de inmediato —replicó la reina—. Se anunciará en los próximos días, y tiene que ser creíble para la prensa. Eres la única opción, Brianna. A no ser que creas que esas mujeres que acompañan a mi hijo en las fiestas son más apropiadas. Esa chica rubia de anoche, por ejemplo.

Los ojos de Brianna se abrieron como platos. ¿Cómo podía saber eso? ¿Acaso los estaban espiando?

—Los *paparazzi* están en todos lados, niña. Aunque vosotros no los veáis.

Sintió que ya no podía respirar y salió corriendo de la habitación. Alioth se apresuró a seguirla.

Jess fue la primera en hablar.

—¿Por qué ellos no lo ven? —preguntó directamente a su hermana melliza—. ¿Por qué no ven eso de lo que nosotras hemos sido testigos desde hace años?

—Porque son idiotas —respondió Anabelle—. No pueden ver el amor verdadero ni teniéndolo enfrente toda su vida.

Capítulo 5

Alioth corrió detrás de Brianna hasta que ella hizo caso a sus gritos y se paró apoyándose en la barandilla de la escalera.

—¿Cómo puedes correr así con esos zapatos? —preguntó y le puso las manos sobre los hombros.

Ella dejó entrever una sonrisa, pero cuando se giró hacia el príncipe no había ni una pizca de felicidad en su rostro.

—Alioth, yo....

No la dejó acabar.

—No digas nada, ya sabes que aquí las paredes tienen oídos —susurró y le secó las lágrimas—. Vamos, podemos hablar en mi habitación. Ya no nos esperarán para cenar.

Cuando llegaron, se quitó los zapatos de una patada, se sentó en la cama con los pies sobre el colchón y juntó las rodillas a su pecho.

—Sé cómo te sientes —dijo él.

—Pues no lo parece. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo, Alioth? ¿No ves lo que nos están haciendo?

—Yo lo sé desde esta mañana —confesó avergonzado.

—Lo sé. Tú y todo el mundo —bramó Brianna mientras palpaba los pendientes que su hermana le había dado. Una maldita traidora—. Excepto yo, por supuesto.

—Las mellizas no lo sabían —agregó Alioth.

Ella se puso de pie y comenzó a deambular por la habitación.

—Tendrías que habérmelo contado —siseó.

Alioth estiró un brazo y la detuvo. Se colocó de pie, a su lado.

—No podía, entiendo que no podía hacerlo. Te conozco y hubieras empeorado la situación.

—¿Empeorarla? ¿Cómo podría empeorar esto? Estamos metidos en un gran lío y tenemos que pensar en algo pronto, hay que buscar una salida. No vamos a casarnos.

Alioth soltó un largo suspiro de cansancio. Bri imaginaba que no había sido fácil guardar la compostura durante todo el día con semejante carga.

—No puedes tomarte nada en serio, ¿verdad? Parece que no hayas oído ni una palabra de lo que han dicho allí abajo.

Brianna frunció el ceño y dio un paso hacia atrás.

—No van a hacerlo, Alioth. No van a desheredarte para colocar a ese viejo loco de Víctor en el trono.

—Pueden y lo harán. Sobre todo si mi padre decide apoyarlos. ¿Y a ti? ¿Es que no piensas en ti misma? ¿Qué harás si te quitan todo con lo que estás acostumbrada a vivir? El dinero, el coche, la casa... ¿Qué vas a hacer?

Ella se negaba a creer que sus padres fuesen a hacerle algo así. No se atreverían a dejarla en la calle, no llegarían tan lejos.

—¿Entonces, estás de acuerdo con toda esta locura? ¿Vas a dejarlos ganar?

El príncipe se pasó la mano por el pelo y enredó los dedos en él.

—Locura o no, no podemos arriesgarnos. Esta vez no hay salida, no puedo dejar que mi tío y mi primo me quiten lo que me corresponde por derecho.

Brianna se desesperó.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó él, con las cejas levantadas.

Bri dio un paso hacia él con decisión y lo miró a los ojos.

—Bueno, quizás tú podrías hablar con tus padres... podrías hacerles creer que estás enamorado de alguien más y...

No pudo terminar siquiera porque el príncipe rompió a reír a carcajadas.

—Es una idea brillante —se quejó ofendida, y lo sentó en la cama de un golpe en el pecho.

—Es la idea más estúpida que has tenido en toda tu vida —logró articular mientras paraba de reír.

—¿Por qué? Yo no puedo hacerlo, no me creerían, pero a ti...

—¿A mí sí? ¿Cómo iba yo a estar enamorado de alguien más?

Ella seguía sin entender qué era tan gracioso.

—No he dicho eso, Alioth. Tienes que inventártelo. Sabes construir un discurso, no tiene que ser muy distinto.

Él dejó de reír por completo.

—No me creerían, nadie lo haría, y menos mis padres. Si quieres intentarlo tú, adelante, no voy a detenerte.

Se puso de pie y le dio la espalda. Caminó hacia la ventana con los ojos de Brianna clavados en la espalda.

—No me harían caso, Alioth. ¿Qué pasa contigo hoy? ¿Por qué no me escuchas?

—No fui yo quién lloró durante meses cuando mi novio se fue del país —dijo él sin mirarla.

Ella suspiró.

—No vamos a hablar de eso ahora. No tiene nada que ver.

—Sí tiene que ver. Sería más lógico que tú te enamoraras de un día para otro, no que yo lo hiciera.

Bri se levantó de la cama de un brinco.

—¡Ese es un comentario muy machista, Alioth!

Él estaba empezando a enfadarse. Sus continuos ataques le estaban haciendo daño además de ofenderlo. Era algo infantil, lo sabía, había sido muy tonto por su parte dejarse llevar por sus sentimientos e imaginar que ella aceptaría solo por miedo a lo que pudiera ocurrir a él.

Ni siquiera tendría que molestarle, pero no podía evitarlo.

Llevaba tanto tiempo ocultándole que estaba enamorado de ella que cada día que pasaba se prometía que sería el último. Se lo diría, sería sincero en la única cosa que le había ocultado. Y luego, por miedo, siempre se callaba. Temía perderla, tenía miedo de abrirse y que ella se alejase de él porque no sentía lo mismo. No lo soportaría. Tenía la esperanza de que un día lograría conquistarla. Era la única a la que quería convertir en su princesa. Pero la forma en la que se estaba desarrollando todo no era la correcta, eso era dejar que sus padres le facilitaran el camino, era casi como dejar que le compraran una novia.

Estaba tan ocupado peleando consigo mismo que no la sintió acercarse.

—¿Me estás escuchando? —inquirió—. ¿Por qué estás tan distraído hoy? Tenemos que pensar, Alioth.

—Eso estoy haciendo —susurró.

—¿Y no vas a compartir esos pensamientos conmigo? —insistió, suavizando la voz.

—Es mejor que no —murmuró y se alejó de ella, sabía que si no lo hacía acabaría besándola. A veces era tan difícil resistirse...

Necesitaba distraerse de esos pensamientos de manera urgente. Miró la hora y asintió para sus adentros mientras se dirigía al armario.

—Ya es tarde, ¿quieres salir? Podemos ir a ese club de las afueras que abrió la semana pasada, todavía no lo conozco.

Cuando se quitó la corbata y se colocó la chaqueta, se volvió hacia ella esperando que estuviera en la puerta lista para marcharse, pero Brianna estaba a dos pasos de él y con los brazos cruzados.

—¿Salir? —dijo cuando encontró sus ojos—. ¿Salir adónde? ¿No es eso lo que nos ha metido en este lío? Nosotros no podemos salir, lo que tenemos que hacer es sentarnos y pensar en cómo vamos a resolverlo.

Estuvo a punto de decirle que solo había dos formas de resolver eso: o se casaban,

o no lo hacían y lo perdían todo, punto. Pero no lo hizo, intentó parecer relajado y apoyó una mano en su hombro.

—Lo haremos, pero ahora necesito un trago, Brianna. Uno muy fuerte. ¿No te parece una buena idea? Mañana volveremos a la realidad, pero esta noche necesito olvidarme de los problemas. Los dos lo necesitamos. Te vas a volver loca, o te va a dar un ataque de nervios, recuerda que llevas los genes de tu madre. Podrían despertarse en cualquier momento.

Brianna coincidió y no le replicó nada por primera vez en todo el día.

—Está bien, voy a buscar algo de ropa de Jess, no puedo salir así vestida.

—No tardes o empiezo a beber aquí mismo.

—Yo conduzco —dijo ella, y le quitó las llaves. No era el «coche sagrado» el que estaba aparcado y preparado para salir, sino uno de los coches que Alioth solía usar cuando pensaba divertirse de verdad.

Ella ignoró sus quejas y se subió al asiento del conductor. Encendió el coche antes de que Alioth cerrara la puerta del copiloto y sonrió mientras se ponían en marcha.

No tardaron mucho en llegar. Sabía que Alioth odiaba que ella condujese, y su expresión de sufrimiento le hacía gracia. El miedo era injustificado, no podía decir que lo hacía peor que él. Su querido amigo sabía muy bien que no era el conductor más prudente de todos.

—Oh, vamos, estás tan pálido como el papel. Tampoco lo hago tan mal. Pensé que te gustaba la velocidad.

—No es tan divertido cuando no tienes el control —musitó con la espalda apoyada en el asiento.

—Bueno, ese podría ser un buen aprendizaje para ti.

Brianna se bajó del coche y lo esperó apoyada en la puerta del otro lado. Contempló el coche que estaba entrado en el aparcamiento y frunció el ceño cuando lo reconoció. Entrecerró los ojos y esperó a que los pasajeros bajaran.

—Lo que faltaba —murmuró cuando los vio—. Justo cuando creía que el día no podía ponerse peor.

Capítulo 6

Los dos habían aprendido a divertirse solos, y lo hacían, ¡vaya si lo hacían! Pero cuando Scott, el primo de Alioth e hijo del hombre que quería quitarle la corona aparecía, la diversión quedaba a un lado y todo se volvía una competición.

Nadie disfrutaba. Scott era como su padre, con su misma naturaleza egoísta y ruin. Quizás demasiado influenciado por lord Víctor como para siquiera intentar llevarse bien con su primo. O con nadie más.

La única persona que lo toleraba era Daniel, amigo de todos ellos desde preescolar. Al contrario que ellos, él siempre había sido responsable y pasivo. Era difícil imaginar que pudiese tener algún enemigo, derrochaba amabilidad y siempre veía la parte buena de las personas, aunque algunas no lo mereciesen, como Scott.

Brianna no entendía qué hacía él allí justo ese día. No estaba de humor para soportarlo e imaginaba que Alioth mucho menos.

—¿Qué hace aquí?

—Una horrible coincidencia, supongo —respondió el príncipe con mala cara.

Brianna estuvo a punto de pedirle que se subiera al coche para buscar otro sitio, pero Daniel ya los había visto y estaba levantando una mano para llamar su atención.

—Hola, Dani —saludó Brianna y le dio un corto abrazo. Después de un día tan largo era agradable tener cerca a una persona que no estuviera al tanto de nada. Además, Daniel y ella tenían una conexión que iba más allá de una amistad. Hubo un momento en el que creían que se convertirían en hermanos, y eso los había unido aún más. Consevaron ese vínculo especial después de saber que ya nunca lo serían cuando el hermano mayor de Daniel dejó a Brianna—. Me alegro muchísimo de verte.

Ignoró a Scott, y sabía que eso le haría enfadar. Siempre parecía estar molesto cuando ellos estaban a su alrededor. Las mellizas tenían la teoría de que estaba enamorado de Brianna y tenía celos de Alioth y su cercana e infinita amistad con ella. Brianna no le daba muchas vueltas al asunto. Simplemente pensaba que su actitud era consecuencia de un mal carácter que procedía de la combinación de genes corruptos y una educación basada en el resentimiento hacia los demás.

—¿A qué se debe el placer? ¿Su alteza se ha dignado a mezclarse con el resto de los pobres mortales? —comentó Scott, haciendo despliegue de su estupidez.

Brianna respondió antes.

—Del mismo modo que tú has decidido molestarnos con tu asquerosa presencia.

Entonces Scott soltó una risita.

—¿Su alteza también necesita que lo defiendan una mujer?

Bri miró hacia el cielo.

—Eres un idiota, ¿cómo te aguantas a ti mismo? ¿No te cansas de ser siempre un imbécil?

Alioth no dejó que Scott le respondiera e intervino. Daniel se sintió aliviado, nunca sabía qué hacer cuando se daban esos encontronazos.

—¿Por qué no entramos, Brianna? No hemos venido para quedarnos discutiendo en el aparcamiento.

Le llevó unos segundos morderse la lengua y respirar profundamente para no seguir la discusión. Algo muy dentro de ella deseaba que Scott siguiera, necesitaba descargar todas las emociones que la atormentaban y que ella intentaba reprimir.

—Tienes razón —dijo, y se giró para salir de allí.

El primo del príncipe se adelantó y Dani lo siguió dedicándoles un gesto de disculpa. El pobre siempre se encargaba de la inútil misión de conciliar la relación entre sus amigos más cercanos.

Estaban entrando al club cuando Brianna se percató de la mirada que una mujer rubia le estaba lanzando a su amigo. Casi se sintió mal por él, todas aquellas mujeres siempre lo estaban acosando. Vio que Alioth, lejos de estar disgustado, le devolvía un guiño con una sonrisa seductora.

—¿Por qué rubias? —se quejó por lo bajo.

—¿Estás celosa otra vez?

Ella alzó las cejas.

—¿De esa... mujer? No me hagas reír.

—¿Entonces por qué te molesta tanto? —inquirió el príncipe—. De todas las mujeres del mundo tú siempre serás mi favorita.

Ella se escabulló de su abrazo.

—Yo no soy como ellas.

Por lo menos, no para Alioth, pensó Bri. Porque no es que pudiese sentirse precisamente muy decente si era honesta consigo misma, y más si tenía en cuenta que no se acostaba con un mismo hombre desde hacía meses. Y no exactamente porque hubiesen sido pocos con los que se había ido a la cama.

—Yo soy tu amiga —agregó como si quisiera recordarse algo a sí misma—. Tu mejor amiga.

Él apretó los labios, parecía que quería sonreír.

—Lo eres. Y no te comparo, nunca lo haría.

—Aunque...sé que me acuesto con muchos hombres diferentes. Tal vez no haya tanta diferencia entre ellas y yo.

—Tal vez deberías dejar de hacerlo —compuso Alioth con ligereza, pero Bri no supo cómo tomarse esas palabras.

Caminaron en silencio hasta la barra y se sentaron en el extremo opuesto al de Daniel y Scott. No había muchas personas en el club.

—¿Qué significa eso? —se animó a preguntar después de unos minutos sin decir nada.

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir, ¿por qué lo has dicho?

—Solo te he contestado, Bri. ¿Qué quieres beber?

Bri lo ignoró y arrugó la frente.

—¿Crees que soy como esas chicas? ¿Piensas que debería dejar de hacer esas cosas para ser mejor? ¿Te disgusta lo que hago? ¿Desde cuándo?

Alioth pidió dos copas. Luego miró a Brianna a la cara y le cogió la mano.

—Brianna, soy tu amigo, te quiero y nunca voy a juzgarte, por nada. Tampoco sería el más indicado para hacerlo ¿no? Lo que quiero decir es que, si tú te sientes de esa forma, deberías dejar de hacerlo. No he sido yo quien te ha comparado con esas chicas, has sido tú misma. Eres tú a la que no le gusta sentirse así.

—Pero no puedo parar, es la única forma. Ni siquiera me gusta, pero me ayuda a olvidar.

—¿Olvidar qué? —preguntó con suavidad y se acercó más a ella.

—Todo. Así siento por unos momentos que yo tengo control en mi vida, que yo decido lo que hago. ¿No lo haces tú también por eso? ¿No es por eso que buscas a todas esas mujeres que tu madre jamás aprobaría?

—La verdad es que no. —Él tenía sus propias razones. Eran para olvidar, sí. En eso era en lo único que coincidían—. No pienso en mi familia, Brianna. Si quiero olvidarme de ellos me basta con sentarme aquí contigo o en cualquier lado.

Bri arrugó la nariz, no sabía si reírse o sentirse ofendida.

—Me siento usada. ¿Por eso somos amigos?

—Sabes que no. Me gusta estar contigo, ya me has entendido.

—Sí —asintió—. Yo también me siento así contigo, pero a veces el enfado es demasiado fuerte y tengo que desahogarme. Necesito recuperar el control que pierdo con mis padres, olvidar como me hacen sentir...y la rabia me domina, no puedo controlarlo.

Alioth advirtió que se le habían escapado unas lágrimas mientras hablaba y estuvo a punto de secárselas, pero ella fue más rápida y se las quitó sola. Bri permaneció con los ojos cerrados y él se dedicó a observar su expresión de sufrimiento.

A pesar de que Brianna siempre disfrazaba el dolor de enfado, él la conocía lo

suficiente como para reconocerlo. Sabía por qué se comportaba de ese modo, pero nunca se había atrevido a pedirle que parara. Ella nunca antes le había dado la oportunidad de hacerlo. Hasta esa noche.

—¿Y haces las cosas mal porque sabes que eso los hará enfadar todavía más? Bri, ellos no están aquí. No pueden verte, no están en ese cuarto. —Le cogió la otra mano y las sostuvo así, entre los dos—. Esa no es la forma de castigarlos por hacerte sentir así. Solo te haces daño a ti misma.

Bri puso mala cara y replicó en tono defensivo.

—¿Cómo estás tan seguro? Tal vez a mí me guste estar con todos esos hombres.

—No te gusta. Si te gustara no te sentirías tan mal y, además, te conozco. Tú no eres así.

La respuesta fue acertada. Ella bajó la mirada y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más humilde

—¿Y cómo soy yo según tú? —articuló despacio.

—Eres sensible y dramática, muy dramática —remarcó. Vio asomar una pequeña sonrisa en sus labios y continuó. No había nadie en el mundo que la conociera mejor que él—. También eres romántica, y por eso nunca me creería que disfrutas con todos esos... hombres. Si es que se les puede llamar así. Es por eso que siempre acabas borracha, Brianna. Y no está bien, no te hace feliz.

—No sé hacerlo de otra forma. Estoy tan cansada y... vacía. No busco que me haga feliz, lo que necesito es que me haga olvidar.

Alioth le dio un trago a la bebida que le habían acercado a la barra y continuó sin soltarle la mano. Tenía miedo de estar arriesgándose mucho, pero era su oportunidad y tenía que hacerlo.

—Ojalá pudiera cambiar eso, me gustaría verte feliz.

Mientras lo escuchaba, Bri cogió su copa, pero no probó ni una gota.

—Haces demasiado, Alioth. Eres la única persona en mi vida que no me juzga, eres el único con el que puedo hablar de cualquier cosa sabiendo que no vas a decirme lo inútil que soy. Eres mucho mejor amigo de lo que yo seré jamás. No te merezco, pero tampoco puedo dejarte ir.

—Eso no es cierto. —La mala opinión que tenía Bri de sí misma lo llenaba de rabia. Todo eso era culpa de esos padres horribles que tenía. Brianna era rebelde y problemática, pero solo porque ellos la empujaban a ser así—. Pero si te casaras podrías salir de allí, yo no dejaría que intervinieran más en tu vida. Estarías tranquila y en paz.

Eso último le llamo la atención. Se quedó mirándolo casi sin parpadear mientras él seguía hablando.

—No tendrías nada que olvidar, nada que fuera tan malo como para beber hasta quedar inconsciente o buscar otros hombres que no te importan lo más mínimo y a los que no les importa otra cosa que no sea tu cuerpo.

—Basta, para ya —suplicó—. ¿Qué estás diciendo? No podemos casarnos, Alioth. Lo que tenemos es demasiado bonito como para arruinarlo con un matrimonio. Si tú acabaras despreciándome igual que ellos, ¿qué me quedaría?

—Yo nunca haría algo así.

Brianna se puso de pie y se bebió su copa de un solo trago.

—No puedes saberlo. Acabaría haciendo algo tan malo que cambiaría la opinión que tienes de mí. A veces, no importa cuánto quieras a alguien, hay cosas que no se pueden evitar. Y yo soy una experta en arruinarlo todo.

—Los dos tenemos muchas cosas que mejorar, que aprender. El matrimonio es inevitable, para mí lo es. Y muy a mi pesar tengo que obedecer lo que el Consejo ha dictaminado para mí, porque, de lo contrario, lo perdería todo.

—Lo sé, y te ayudaré a buscar a una mujer indicada, lo prometo. No voy a dejarte solo.

Él negó con la cabeza y pidió que rellenaran las copas.

—¿Casarme con una extraña, Bri? ¿Eso es lo que quieres para mí? Esto no es solo un trámite, quizá para mis padres lo sea, pero para mí no. El matrimonio en mi familia es para siempre. Ya lo sabes, no hay divorcios en la familia real. Me niego a atarme a alguien que no conozco para el resto de mi vida, acabaría odiándola. En cambio, si tú y yo...

—¿Y si acabas odiándome a mí? Yo no fui criada para ser una reina —dijo con expresión de pánico—. Me dan escalofríos solo de pensar en el desastre que podría provocar. Por lo general no me importa, pero hasta yo sé dónde hay que decir basta.

Alioth se permitió soltar una risa. ¿De verdad ella nunca lo había notado?

—Nos conocemos desde los cuatro años, Bri. Has hecho conmigo cada clase de protocolo que me han dado, hemos ido al mismo colegio y sabes cómo manejar una cena con toda mi familia mejor que yo. Mi madre te adora.

Bri se quedó en silencio, algo que ocurría muy pocas veces. Alioth no sabía en qué parte de todo aquello se había quedado pensando. No le estaba dando lugar a réplicas. No había sido su decisión y ese jamás sería el camino que él hubiese escogido para demostrarle que no había mujer en el mundo con la que él quisiera formar una familia que no fuese ella. Ni en su mente ni en su corazón había existido otra.

La reina Arlet lo sabía, siempre lo había sabido. Desde que se habían vuelto inseparables la había adoptado bajo su ala y, como si de un juego se tratase, la había preparado durante toda su vida temiendo que él algún día la convertiría en su esposa.

Ella no permitiría que una mujer inexperta ocupara el lugar que ella había cuidado con tanto esmero y dedicación.

Las clases de baile, de oratoria, de protocolo y muchas otras que ella solo había aceptado por curiosidad y para que Alioth no fuera solo, habían sido parte de su entrenamiento.

A su manera fría y calculadora, la reina siempre se ocupaba de todo.

—No lo sé, Alioth. —susurró y miró hacia la pequeña pista casi vacía. Cogió la segunda copa que les habían puesto en la mesa y se la bebió entera.

—Puedes pensarlo, voy a intentar ganar algo de tiempo con mis padres. Quieren hacer una reunión dentro de dos días para anunciar la noticia a los más allegados y hacer que así se filtre a los medios.

Bri se volvió de golpe hacia él y estalló una vez más.

—¿Qué? ¿Y cuándo planeaban decírmelo? ¿También iban a llevarme engañada a esa reunión?

Alioth no perdió la calma.

—Iban a informarte de todo esta noche, pero no les has dado tiempo.

—Creo que necesito ir al baño, vuelvo a estar mareada. —Él se puso de pie para acompañarla, pero Brianna sacudió la cabeza—. No, no. Quiero estar sola un momento.

—Está bien —asintió, pero no la soltó. Ella miró las manos unidas y después lo miró a los ojos—. Todo irá bien, Bri.

La dejó ir sin que ella dijese nada.

Alioth siempre había sabido que llegaría el día en el que lamentaría haber callado sus sentimientos durante tanto tiempo.

Y ahí estaba.

Capítulo 7

Brianna entró al baño y agradeció que estuviese vacío. Aprovechó para encajar la puerta y disfrutar de unos segundos de soledad.

Con la espalda apoyada en la puerta, cerró los ojos e intentó concentrarse en respirar. Quería dejar la mente en blanco y no pensar en nada durante unos segundos, pero no lo conseguía.

No importaba cuantas técnicas de relajación diferentes intentara, no podía olvidarlo. Oía las voces de sus padres y los reyes insistiendo, presionándola hasta que le dolía la cabeza, y veía la sonrisa sospechosa de Zoe, que en su mente se había transformado en una mueca aterradora.

Se dejó caer al suelo lentamente sin separarse de la puerta.

Permaneció sentada en esa posición un rato, mientras se secaba las lágrimas que no podía detener. Se levantó al oír los golpes en la puerta. Se lavó las manos y salió de allí ignorando las quejas y las miradas de reproche de dos mujeres que querían entrar.

Estaba a punto de salir del pasillo cuando Scott apareció delante de ella para cortarle el paso.

—¿Qué pasa contigo y Alioth?

—Nada que te importe —espetó, casi sin mirarlo—. Apártate.

—¿Os habéis peleado?

—No, déjame pasar, Scott. No estoy de humor para aguantar tus estupideces.

Como era de esperar, él no le hizo caso. Brianna soltó un suspiro y trató de aguantar. Lo último que necesitaba era un escándalo más.

—Sabes que puedes consolarte conmigo cuando quieras. Estoy seguro de que sería sumamente gratificante para ambos.

—Permíteme que lo dude.

—Oh, vamos, Brianna. Alioth está lejos, no tenemos porqué fingir.

—¿Fingir? —resopló—. ¿Por qué iba a fingir? No me gustas, Scott. Entre tú y yo jamás podrá haber nada, eres una persona horrible. Eres arrogante y maleducado. Ni siquiera me pareces guapo.

La expresión del chico cambió. Se volvió más sombría y a continuación se enfureció.

¡Allí estaba! Pensó ella. Ese era el verdadero Scott.

No debería haberlo provocado, pero no podía resistirse. La necesidad de desahogarse con alguien era enorme y con él no tenía que preocuparse de herir sus

sentimientos y luego lamentarlo.

Él dio un paso adelante y la miró fijamente.

—¡Eres tan hipócrita! Intentas parecer exquisita y refinada, cuando en realidad te revuelcas con un hombre distinto cada noche. ¿Por qué crees que aún no estás casada? ¿Quién podría tomarte en serio siendo así de...?

No pudo terminar porque Alioth lo empujó de tal forma que hizo que se chocase contra la pared del otro lado del pasillo.

—Vuelve a insultarla y verás las consecuencias.

Scott no era de los que se dejaban asustar.

—Así es cómo te gustan a ti, ¿verdad? Por eso la quieres tanto. Fáciles y accesibles, está claro porqué es tu favorita.

Alioth dio un paso adelante. Tenía los ojos encendidos, Brianna podría jurar que estaba dispuesto a matarlo. Pero no iba a darle a Scott el gusto de armar un escándalo.

—Vámonos, no le hagas caso. Te está provocando a propósito. No le des lo que busca —pidió, y se lo llevó—. Vamos, Alioth. Lo último que necesitamos es otro escándalo.

—Te está insultando —siseó—. No me pidas que no haga nada.

Scott soltó una carcajada y a Bri le costó el doble sostenerlo para que no se abalanzara sobre su primo.

—Solo lo hace porque no quiero acostarme con él. Está resentido. No lo escuches.

Lo convenció. Brianna estaba orgullosa de conocerlo tanto como para saber qué decir para pararlo. El príncipe asintió y le colocó una mano en la espalda para conducirla delante de él y salir de allí. Brianna se puso a su lado cuando salieron del pasillo y lo cogió del brazo. Todavía podía sentir la tensión, sabía que Alioth se estaba esforzando mucho para no volver y pegarle.

—Sigue caminando —susurró—. No te detengas y no mires atrás.

—Sigo caminando. Mirando hacia delante, no voy a pegarle a nadie esta noche —repitió, pero su paso disminuyó.

Brianna volvió a presionarlo para que continuara y tiró de él con más fuerza. Cuando llegaron al coche se permitió reír.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

Ella apoyó una mano en su brazo.

—No lo sé. ¡Tú! ¿Te das cuenta de que es el único que te hace enfadar de esa manera? Siempre que te metes en peleas es con él. Deberías intentar ignorarlo.

Alioth no rio con ella.

—Debería —suspiró.

Ella no lo entendía, parecía que nunca lo comprendería, pensó Alioth. ¿Por qué no

veía que todas las discusiones que tenía con Scott eran por ella?

Sin embargo, aquella historia de amor le parecía cada vez más imposible. Ya fuera por las circunstancias o por miedo a perderla, cada minuto que pasaba la sentía más lejos.

Al llegar a casa de los Collingwood, esta estaba vacía. Seguro que seguían en palacio celebrando la gran victoria que creían haber obtenido.

—¿Tienes prisa por volver al palacio? ¿Por qué no comemos algo? Me muero de hambre, estoy segura de que encontraremos algo en la nevera.

Con la espalda y la cabeza apoyadas en el asiento del coche, Alioth giró el cuello para mirarla.

—Suenan bien, ni siquiera hemos cenado.

Aparcó el coche en el camino de acceso a la mansión. Al entrar, se encontraron la casa sumida en el silencio y la oscuridad. Cuando los señores estaban fuera, las personas del servicio tenían la noche libre.

Bri se alegró cuando abrió la nevera y encontró un pastel de chocolate, crema y cerezas entero. Sería para alguna reunión de amigas de su madre, quizá.

—¿Qué tal un poco de champán? —le preguntó a Alioth mientras éste buscaba platos y copas en los estantes.

—¿Celebremos algo?

—No lo sé —contestó risueña—, pero me parece que quedaría bien con este pastel y hay uno muy bueno justo aquí.

—Champán está bien entonces.

Cuando lo tuvieron todo listo, subieron a la habitación de Brianna y apoyaron las cosas sobre la cama. Se quitaron los zapatos, se sentaron con las piernas cruzadas sobre el colchón y se pusieron a ver televisión.

Ella cortó pastel para ambos y Alioth llenó las copas.

Bri lo observó con atención, algo no iba bien. Había estado muy callado todo el camino y ahora seguía igual. Estaba demasiado abstraído y pensativo. Algo muy inusual.

Le dio algo de espacio y mantuvo la boca cerrada todo el tiempo que le fue posible, pero, al final, no pudo contenerse más.

—¿Por qué estás tan callado? Me pone nerviosa.

Alioth tardó unos segundos en quitar la vista del plato que tenía en la mano y mirarla con una sonrisa.

—Tenía hambre, esto está muy bueno.

—No, hay algo más. Has estado así desde que subimos al coche. Casi... ausente.

—Estaba pensando —contestó, y bebió de su copa de champán.

La pelirroja entrecerró los ojos y lo miró con desconfianza.

—Hoy has pensado mucho más de lo normal.

—Hay muchas cosas en las que pensar, ¿no te parece? —contraatacó él.

Sí, las había. Brianna lo sabía, pero le gustaba más cuando pensaban los dos juntos y en voz alta. Sentía que le estaba ocultando algo y eso no le gustaba nada. Era como si esa noche se hubiese abierto una brecha entre ellos, y la idea de perderlo la aterraba.

—Creí que habías dicho que esta noche nos olvidaríamos de todo.

Alioth suspiró y asintió.

—Tienes razón, lo siento.

Bri colocó la fuente con el pastel y el plato que tenía en la mano sobre la mesita de noche, eso redujo el espacio que los separaba. Ella se sentó más cerca de él. Entrelazaron los brazos y Bri apoyó la cabeza en su hombro.

—Sé que no lo parece, pero de verdad que me estoy tomando esto muy en serio. No quiero que nos afecte.

—Creo que estamos bastante afectados, Bri —susurró y retiró el brazo para pasarlo por encima de los hombros de ella—. Mucho, de hecho.

—Quiero decir que no quiero que dejemos de ser amigos.

Alioth la besó en la sien y habló con un tono que a Bri no le pareció del todo sincero. Pero prefirió pasarlo por alto y creerle.

—Eso nunca va a suceder. No importa si nos casamos o no.

Brianna salió de su agarre y se arrodilló a su lado.

—¿Qué crees que pasaría si aceptásemos?

—¿Si nos casamos? —preguntó él, haciendo un esfuerzo por ocultar la pequeña llama de esperanza que se acababa de encender en su interior—. ¿Qué podría pasar? ¿Por qué lo preguntas?

—Sí, bueno... ¿Te lo imaginas? ¿Qué haríamos luego?

—Lo que hacen las personas casadas, supongo. —murmuró con el ceño fruncido. No sabía a dónde quería llegar.

—¿Vivir juntos? ¿Tener hijos? —insistió con expresión de pánico—. ¿Nosotros con niños, Alioth? ¿Puedes imaginártelo? Ni siquiera sé si podría vivir sola, no puedo cuidar ni de mí misma.

—No estarías sola. Yo estaría contigo. Y tendríamos mucha ayuda. Además, pensé que habíamos quedado en que vivir solos, lejos de nuestros padres, era la mejor parte

de todo esto. ¿No quieres salir de esta casa?

Bri volvió a sentarse.

—¡Sí! ¡Sí! Pero, como te dije antes, yo también me lo estoy tomando en serio y estoy pensando en todo. Hay muchas cosas, Alioth, y no dejan de surgir nuevas.

—¿Y alguna de ellas es buena?

Ella se quedó pensativa.

—Sí, por supuesto. La idea no es del todo desagradable, eres tú, al fin y al cabo. Y yo te quiero.

Alioth sonrió.

—Yo también te quiero.

Se miraron en silencio durante unos segundos. Los dos estaban perdidos en sus propios pensamientos. Hasta que él regresó a la realidad e hizo un esfuerzo por relajar el ambiente.

—¿Sabes? Hay una parte que te has saltado.

Bri alzó las cejas, intrigada.

—¿Ah, ¿sí?

—Has hablado de hijos. Pero para tener bebés hay que hacerlos antes.

Bri abrió los ojos como platos e intentó contestar, pero no pudo pronunciar nada coherente. Soltó una risa nerviosa y siguió mirándolo como si estuviera loco.

—¿Qué...?

Él se enderezó en la cama y se acercó más a ella.

—Y me han dicho que domino ese arte bastante bien.

—No sabía que tenías hijos —comentó.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tal vez deberías agregar eso a tu lista mental de ventajas y desventajas de casarte conmigo.

Seguía paralizada por el escándalo, cosa que parecía casi imposible en ella.

—Eres tan...

—¿Tan qué? —la presionó, divertido por su reacción—. ¿Guapo?

—¡Engreído! —exclamó, y soltó una risa negando con la cabeza—. Mejor vamos a ver una peli. Creo que el champán te ha subido a la cabeza.

El príncipe se encogió de hombros y la rodeó con un brazo una vez más.

—Y cuando hablo de tu lista, me refiero a la primera columna, la de ventajas —agregó, sin saber si alegrarse o hundirse todavía más por la reacción de Bri ante la idea.

Cogió el control del televisor y comenzó a pasar de canal en canal hasta que ella lo paró.

—¡Déjalo ahí! ¡Adoro esta película!

—Oh, vamos —masculló—. ¿Otra vez? ¿Por qué me torturas así?

—Es imposible que odies esta película —contestó mientras se acomodaba junto a él—. Es tan...

—¿Ridícula?

—Preciosa.

Si no estuviera tan a gusto con ella entre sus brazos ya se habría levantado para salir huyendo. Había visto *Pretty Woman* muchas más veces de las que a cualquier hombre le habría gustado, y solo porque era una forma más de pasar tiempo con ella.

Una hora después, Brianna se quedó dormida. Cuando la vió, sonrió cariñosamente y se rio de sí mismo por no haberse dado cuenta antes. Colocó su cabeza en la almohada y la tapó con el edredón. Se acostó junto a ella y se dio el gusto de contemplarla un momento.

—Te quiero —dijo bajito, y le acarició una mejilla—. Algún día voy a reunir el valor necesario para decírtelo mirándote a los ojos. Sin bromas ni confusiones. La verdad, toda la verdad.

Capítulo 8

Brianna se despertó.

—¡Santo cielo! ¿Qué desastre es este?

—¿Madre? —gruñó.

¿Qué hora era? ¿Dónde estaba Alioth? Esa noche no había bebido más que un poco champán, así que podía decir con certeza lo que habían hecho. Él había estado allí, ¿se habría ido cuando ella se durmió?

La mujer todavía miraba los alrededores de la cama como si realmente hubiese un gran desorden. ¡No era para tanto! Una botella en el suelo, el pastel un poquito derretido sobre la mesita de noche, y las copas y los platitos en la otra mesa. La reina del orden tenía una hija experta en desastres, ¿por qué no lo aceptaba de una vez y se ahorrraba las molestias?

—¿Hay alguna razón para que estés aquí? ¿No es de madrugada?

—Son las cuatro de la mañana —dijo—. ¿Cuánto hace que estás aquí? ¿Cuándo fue la última vez que viste a Alioth?

Bri volvió a acostarse con un gruñido.

—¡Las cuatro de la mañana! Por favor, mamá, es hora de dormir. Una vez que me acuesto pronto y tienes que venir a molestarme en mitad de la noche.

Glenda se acercó a ella y la destapó.

—Esto no es solo una charla, Brianna. Es serio, ¿cuándo fue la última vez que lo viste?

Tanta insistencia le llamó la atención. Esa actitud no era normal en su madre, parecía...preocupada. Y era extraño, por lo general, no se preocupaba por las personas tanto como por sus preciadas posesiones.

—Hace una hora o dos. Estuvo aquí, miramos una película y nos comimos tu pastel —dijo con una gran sonrisa.

—Ya veo.

—¿Qué más te da? ¿Es que acaso ya habéis cambiado de opinión?

La mujer la miró con el ceño fruncido e inspiró profundamente antes de hablar.

—Parece que le ha pasado algo de camino a casa, no sé muy bien el qué, pero está hospitalizado. Su madre me ha llamado hace un momento. He venido a ver si estabas aquí o si existía la posibilidad de que estuvieras con él cuando ha pasado todo.

Brianna saltó rápidamente de la cama.

—¿Qué? ¿Cómo que está hospitalizado? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, Brianna. Arlet estaba muy alterada, casi no se le entendía nada. Ha sido una conversación de segundos. ¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando la vio moverse a toda prisa por la habitación.

—Me estoy cambiando —anunció desde dentro del vestidor.

Enseguida salió con unas zapatillas y un abrigo. Su cuerpo todavía estaba algo dormido y, sumado a los nervios, había empezado a temblar.

—¿Para qué? No vas a ir a ningún sitio a estas horas. No tiene sentido.

Bri se detuvo un segundo.

—¿Qué no tiene sentido? ¡Mamá, por favor, es Alioth! ¿Cómo quieres que me quede aquí después de lo que acabas de decirme? ¿Dónde está? ¿Te han dicho dónde está?

—En la clínica del centro, emergencias lo llevó allí. ¿Tenía al equipo de seguridad cerca cuando se fue de aquí?

—No lo sé, no sé a qué hora se fue. Me quedé dormida. ¿Dónde están mis llaves?

Siguió revolviendo entre los papeles del escritorio y, al no encontrarlas allí, miró en el antiguo tocador lleno de maquillaje y accesorios.

—¿Te quedaste dormida? —inquirió su madre, pero ella ni siquiera la oyó. ¡¿Por qué todo desaparecía cuando uno más lo necesitaba?!

Glenda no la ayudó a buscar, se paró a su lado y continuó con el interrogatorio.

—Brianna, dime una cosa. ¿Solo estabais viendo una película?

—Sí, madre. ¿Por qué no me ayudas a buscar mis llaves y dejamos las preguntas para mañana?

—Sabes, te iría bien utilizar toda esa cercanía para empezar a trabajar en tu relación con él. Dejad de hacer tonterías y haced lo que se os pide. Al fin y al cabo, es por vuestro bien.

—No, aquí no están. Esto es imposible, no voy a encontrarlas. ¿Habéis vuelto hace mucho? ¿Crees que el chófer estará despierto? Voy a pedirle que me lleve.

Glenda suspiró y se dirigió hacia la puerta.

—No, debe de estar durmiendo. Pero si insistes tanto le diré a tu padre que te lleve. Se ha despertado con la llamada.

—Si me presta las llaves del coche puedo conducir yo sola. —Tenía la esperanza de no tener que soportar a su padre todo el trayecto hasta la clínica—. No tiene que levantarse.

—Oh, no. Tiene que mostrar preocupación por su futuro yerno, es lo menos que puede hacer.

Y, mientras le daba instrucciones a su esposo, la señora Collingwood pensó que

ella también debía acompañarlos y mostrar preocupación por quien, tras mucho insistir, se convertiría en su familia dentro de poco.

Cuarenta minutos después, los tres estaban en la clínica.

Brianna se adelantó a ellos y llegó hasta Arlet y su esposo que esperaban sentados en una sala de espera llena de personal de seguridad.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos con certeza —contestó el rey y se puso de pie—. Lo tienen allí dentro desde hace más de una hora, pero la enfermera ha dicho que parece que está bien. Está consciente, así que suponemos que es buena señal.

—Pero, ¿qué ha pasado? —intervino el señor Collingwood.

—Todo apunta a que intentaron matarlo. Según los guardaespaldas que iban en un coche detrás del suyo, alguien los adelantó, se puso al lado del vehículo de Alioth y lo disparó.

Brianna dio un paso atrás y se cogió del brazo de su padre porque sintió que perdía el equilibrio.

—¿Cómo que le dispararon?

¿Quién querría hacer daño a Alioth? La idea resultaba inimaginable.

—Bueno, eso es lo que sabemos por ahora.

Miró por encima del hombro del rey y vio a una doctora que se acercaba. Bri se adelantó y la alcanzó a mitad de camino.

La mujer, que era bastante joven, la miró sorprendida.

—¿Dónde está? Quiero verlo.

—En la habitación al final del pasillo, pero tal vez debería dejarlo...

Brianna ya estaba demasiado lejos como para terminar de escuchar lo que ella estaba diciendo. Caminó lo más rápido que pudo, pero pocos pasos antes de llegar a la puerta de la habitación, redujo la velocidad. Tenía miedo de lo que pudiese encontrarse al otro lado.

Se asomó despacio y, al verlo con los ojos cerrados, entró tratando de no hacer ruido. Parecía dormido. Estaba tapado con una sábana, pero tenía los brazos y las manos descubiertos. Uno de ellos estaba vendado por completo y en el otro se veían algunos cortes.

Se sentó a un lado de la cama con cuidado, tenía miedo de hacerle daño. A simple vista se veía la herida del balazo, y seguía sumando cortes y moratones. Tenía uno justo sobre la ceja, parecía que le habían puesto un punto.

Iba a tocarlo justo ahí, pero apartó la mano cuando la voz de Alioth la sorprendió.

—¿Qué aspecto tengo? —abrió los ojos y la miró.

—Estás despierto —susurró y se inclinó para abrazarlo. Alioth se quejó por la

fuerza del apretón, pero no la dejó alejarse—. Lo siento, es que estaba muy preocupada.

Bri aflojó los brazos, pero dejó la cabeza apoyada en el hueco de su hombro cuando él la rodeó con un brazo.

—Estoy bien, solo son unos golpes.

—¿Unos golpes? —reclamó la pelirroja, y volvió a sentarse en la cama para poder mirarlo a la cara—. Tu padre dijo que te habían disparado, Alioth. ¿Es cierto? ¿Qué pasó? Es algo muy serio.

—Es cierto. Fue muy... extraño. No lo sé, Bri. No estoy seguro de lo que pasó. Estaba conduciendo cuando escuché bocinazos del coche de seguridad que tenía detrás. Fui a mirar por el retrovisor cuando me fijé en que tenía un coche justo a mi derecha. Cuando miré solo vi el arma. Creo que dispararon porque oí el estruendo, el cristal se rompió y después todo fue un desastre. Perdí el control, me salí de la carretera y choqué contra algo.

Brianna sentía se le helaba la sangre con cada palabra. Podría haber muerto. Eso no había sido un accidente, había sido un atentado.

—¿Entonces la bala no te dio? —se atrevió a preguntar.

Alioth sonrió y le cogió de la mano.

—No, Bri. Estoy bien.

—Ha sido un milagro. Es un verdadero milagro que estés vivo.

No quería llorar, apretó los labios y tragó saliva para no hacerlo. Pero él la conocía bien, así que la abrazó contra su pecho una vez más.

—Lo sé, pero estoy bien. No tiene sentido preocuparse por algo que no ha ocurrido. El que ha muerto ha sido mi coche. No hay forma recuperarlo. Menos mal que no era el F50.

Ella movió la cabeza a ambos lados y soltó una pequeña carcajada.

—Solo un hombre puede pensar en su coche en un momento como este. Eres un idiota.

—Pero me quieres igual.

Bri le dio un beso en la mejilla y se enderezó.

—Solo a veces. Cuando no me das estos sustos. ¿Puedes irte a casa? Iré contigo, me aseguraré de que estés cómodo y de que tu madre no te avasalle a preguntas. Todos ahí fuera están ansiosos por hacerlo. Si me autorizas puedo mantenerlos al margen hasta que te sientas un poco mejor.

El príncipe hizo una mueca.

—No creo que sea posible. Es mejor que se lo cuente todo enseguida. Luego podré descansar tanto como quiera. Pero tu compañía siempre es bienvenida.

—Entonces me quedaré. ¿Quieres que llame a tus padres para que hables con ellos?

Alioth negó con la cabeza.

—Ya vendrán. Debes de tener sueño, ¿por qué no vas a dormir? ¿Cómo es que te has enterado tan pronto?

—Ya no tengo sueño. Tu madre llamó a la mía, ella me despertó. ¡Tendrías que haber visto su cara cuando entró al cuarto! Casi le da un ataque.

—Lo imaginaba.

Él sonrió, pero Brianna volvió a poner una expresión seria. No podía dejar de pensar en que alguien le había disparado. Estaba segura de que él solo le restaba importancia para no preocuparla, pero ella no era tan tonta como todos creían, sabía cuándo tenía que preocuparse. Todos sabían que alguien tan audaz como para atacarlo así no se iba a conformar con un intento fallido.

Y si había una persona en el mundo por la que ella fuese a luchar, ese era Alioth.

—¿Por qué te fuiste sin avisarme? Tendrías que haberte quedado, no te hubiera pasado nada.

Alioth frunció el ceño por el repentino cambio de tema.

—Te dormiste —explicó—. No quería despertarte. Y no podía quedarme Bri, tus padres iban a volver en cualquier momento. Imagínate si tu madre hubiese entrado en la habitación y nos hubiese visto durmiendo juntos en tu cama. No habría quedado precisamente bien.

Ella soltó una carcajada.

—¿De verdad crees eso? ¡La habríamos hecho la mujer más feliz del mundo, Alioth! Sabes, cuando me despertó y le dije que habíamos estado allí mirando una película, preguntó si eso era todo lo que habíamos hecho. ¡Tan previsible! Estuve tentada a decirle algo más, pero después caí en cuenta de que se pondría contenta.

—No sé por qué dijo eso. He estado en tu habitación montones de veces.

—¡Oh, es que ella tiene un montón de ideas! Dijo que me vendría bien utilizar nuestra cercanía para empezar a trabajar en nuestra relación. Que hay que dejarse de tonterías y hacer lo que se nos piden, que al fin y al cabo es para nuestro bien. Prácticamente me dijo que te sedujera y que me acostara contigo, no podría haber sido más clara.

—Cuanto más le demuestres que estás en contra de sus ideas, peor se pondrá. Todos ellos —mencionó desganado.

Ella pareció confundir su actitud con cansancio y se inclinó para besarlo en la frente. Él cerró los ojos para disfrutar de ese contacto que siempre se le hacía tan corto.

—Bueno, no me importa. Descansa un poco, estaré justo aquí. No pienso moverme de tu lado, te lo prometo.

Cerró los ojos por un segundo, obediéndola. Pero no podía dejar de pensar, su mente parecía no querer descansar.

Había estado tan cerca de morir, que mientras le hacían todos los estudios en el hospital, mientras lo revisaban minuciosamente, se había odiado por no habérselo dicho nunca. No quería morir sin habérselo contado, ella tenía que saberlo.

—Debería decírtelo de una vez —dijo de golpe y ella lo miró sorprendida.

—¿Decirme qué?

—Decirte que yo...

Y de pronto, como si el destino le estuviera diciendo que no era el momento, la voz de Arlet lo interrumpió mientras entraba en el cuarto como una exhalación.

—¡Alioth, hijo!

Tenía que ser una señal, no podía ser otra cosa.

Capítulo 9

Alioth se despertó al escuchar una voz suave tararear muy cerca de él.

Estaba en su cama, sus padres habían insistido en llevarlo al palacio para tener más seguridad y él no podía estar más de acuerdo. No había dejado que Brianna lo acompañase, era mejor si ella iba a dormir a su casa, porque, a pesar de que le gustaba tenerla cerca, había momentos en los que tenía que alejarse de ella si no quería perder la cabeza y hacer alguna estupidez.

—¿Te estás despertando? —Se encontró con el rostro de Anabelle casi sobre el suyo cuando abrió los ojos—. Aquí estás, dormilón. Tenía miedo de que te hubiesen dado demasiadas pastillas. ¿Sabes qué hora es?

No tenía ni idea. Lo único que sabía era que toda esa luz que entraba en la habitación y tanto parloteo le daban dolor de cabeza.

—No, no. ¿Puedes cerrar las cortinas? Hay mucha luz aquí.

Su hermana lo miró sin entender.

—¿Las cortinas? Pero si es de noche. Está oscuro.

Al oír aquello se sorprendió e hizo que su mente se despertase por completo.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—No sé cuántas horas, no sé a qué hora llegaste, pero has dormido todo el día. El sol ya se ha ido y es casi la hora de la cena. ¿Cómo te encuentras? —preguntó moviéndose y haciendo que él rebotara en el colchón—. ¿Te duele algo? Debes de tener hambre. Y sed. ¡Hace horas que no bebes nada!

Ana se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor de la cama.

Santo cielo. Estaba mareado. Su hermana era tan dulce como agotadora.

Se cubrió los ojos con un brazo y siguió oyendo como se desplazaba de un lado para otro. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Ana, estoy bien! —gruñó cuando sintió una gota de agua fría caerle en el brazo. Se apartó el brazo de la cara y la hizo a un lado al tiempo que le quitaba el vaso que tenía en la mano.

Anabelle estaba llena de buenas intenciones, pero solía ser bastante despistada y siempre acababa provocando algún desastre.

—Te lo agradezco cariño, pero no tienes que cuidarme. Estoy bien.

Ella sonrió y señaló a un lado, donde descansaban su carpeta rosa de dibujo, un *walkman* y los auriculares. Sus compañeros favoritos, y los grandes enemigos de la reina. Arlet odiaba que Ana se concentrara tanto en sus sueños y pasara por alto las

cosas que ella creía más importantes.

—No es molestia. He estado aquí todo el día y he aprovechado para trabajar en un diseño especial. Estaba muy inspirada.

—¿Un diseño especial? —preguntó, divertido. Ella tenía mucha imaginación, por lo general, sus diseños no eran malos, pero sí algo extravagantes. Su especialidad eran los zapatos, tenía una obsesión con los tacones, los colores y los estampados.

Él no entendía mucho de diseño, pero siempre disfrutaba al verla tan entusiasmada y feliz con todo aquello.

—Muy especial, por ahora estoy con el vestido, pero pienso hacer los zapatos también.

—Déjame verlo —pidió por curiosidad. Había algo en la expresión de su hermana que lo intrigaba.

Ella sacudió la cabeza a los dos lados y soltó una risa.

—Lo siento, no puedo dejar que lo veas.

—¿Por qué?

—Tampoco puedo decirte eso. —Movi6 la carpeta a la otra punta de la cama—. Mejor olvídalo, ¿quieres que pida que te preparen algo de comer?

—No, ve tú a cenar. Creo que voy a seguir durmiendo.

Nada bueno se acercaba cuando alguna de las mellizas se ponía misteriosa. Pero decidió no inmiscuirse, de momento tenía muchas cosas en las que pensar. Estar solo lo ayudaría a aclarar y ordenar sus ideas.

Necesitaba recordar algún detalle de sus atacantes que fuera de ayuda para identificarlos. Sin pistas no había mucho que pudieran hacer.

Pero Anabelle tenía otros planes. Se sentó a su lado, con una mano apoyada en el colchón y las piernas hacia un costado.

—Todavía es pronto, hablemos un poco —propuso, para el pesar de Alioth.

—¿De qué quieres que hablemos? —contestó con calma. Quizá ella tenía algo que contarle y no iba a quitarle la oportunidad de hacerlo. De las dos mellizas, Ana era con la que siempre había estado más unido. Quizá por su carácter, porque se parecían.

—¿Estás contento porque te vas a casar con Brianna después de todo?

Directa al grano, pensó él.

—Ese es un tema que no me apetece tocar ahora mismo. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? ¿Qué hay de ti?

—¿De mí?, no hay nada que hablar de mí. Tú eres lo más interesante aquí estos días. ¡Vamos Alioth! Habla, desahógate. Si no lo haces conmigo, ¿con quién vas a comentarlo? Estoy segura de que con Bri no, desde luego.

—Desde luego —murmuró él apretando los dientes.

—¿Y? —presionó la princesa—. ¿Qué has hablado con ella desde anoche?

—Brianna está decidida a no hacerlo, por supuesto. Dice que no le importa lo que sus padres digan, porque está convencida de que no tendrán el coraje suficiente como para quitárselo todo. Y, en cuanto a mí, dice que me ayudará a conseguir una esposa adecuada.

—¡No! ¿Eso te dijo? —soltó, sorprendida—. ¿Cómo es que no se da cuenta, Alioth? ¿Por qué es tan tonta como para no verlo? Han pasado... ¿Cuánto? ¿Quince años, dieciséis? No es posible que no se dé por aludida.

Alioth la observó con la frente fruncida.

—Lo dices como si fuera tan obvio. Dame algo de crédito, hermana.

Ana se mordió el labio inferior tratando de contener una sonrisa, pero falló en su intento.

—Siento defraudarte, hermano. Todos saben que haces mucho esfuerzo por ocultarlo.

—¿Esa es tu forma de hacerme sentir mejor? —suspiró él.

Ana hizo una mueca.

—Pero ella te quiere. Tienes que reconocer eso. Todavía hay posibilidades, solo tienes que intentarlo con más ganas, Alioth. Hay que esforzarse para conseguir lo que uno quiere —dijo con convicción.

—Ella me quiere como un amigo. Soy su mejor amigo, no tengo ni idea de cuántas veces lo repitió anoche. Y esta mañana en la clínica he estado tan cerca de decírselo, tan cerca.

Anabelle lo miró con aburrimento.

—Siempre estás a punto de decírselo, mandándole señales.

—Señales que ella no interpreta.

Su hermana jadeó, entre encantada y exasperada. No podía diferenciarse qué era lo que estaba pasando por su cabeza.

—¿Y por qué no se lo has dicho, Alioth?

—Mamá ha entrado a la habitación justo en ese momento.

—¡No! —exclamó, y saltó de la cama—. No puedo creerlo, es la mujer más oportuna del mundo.

Sí, lo era. Pero tal vez lo había salvado de cometer el mayor error de su vida. Había una razón por la que nunca se lo había contado todo a Brianna. Tenía miedo de perderla, a pesar de conocerla tanto, no sabía cómo podría llegar a reaccionar ante tal declaración. Eso era algo de lo que no podría volver jamás. Nunca recuperarían su amistad, él no podría volver a mirarla a la cara si ella lo rechazaba, aunque fuese con tacto y amabilidad.

Y Alioth no quería vivir sin ella. Prefería mil veces ser su amigo para toda la vida que no volver a verla nunca. A veces era mejor tener un pedazo a no tener nada.

Quizás no tenía su amor, pero sí su cariño, y había aprendido a conformarse con eso. Tenían una relación que ni siquiera dos enamorados podrían llegar a conseguir nunca. Entre ellos había una confianza de hierro, una lealtad inquebrantable.

Ana volvió a distraerlo de sus pensamientos.

—Entonces hazlo ahora. Díselo ahora. —Alioth levantó las cejas, confuso—. Brianna lleva aquí todo el día. Ha venido al mediodía y ha pasado mucho tiempo aquí en el cuarto. Ha estado viendo las noticias y quejándose de todo lo que los periodistas dicen sobre ti.

—¿Y dónde está ahora? —inquirió en un susurro.

—No sé, hace un rato ha bajado a buscar a papá y mamá. Jess me ha dicho que están en el despacho de nuestro padre discutiendo, pero no ha podido oír mucho. Los guardias de turno no son muy amigables y no la han dejado acercarse.

—Pero, ¿qué ha podido escuchar? ¿Cómo es que la habéis dejado sola con ellos?

Decidido buscar a Brianna, se levantó de la cama tan rápido que cuando se puso de pie se cayó de espaldas sobre el colchón. Un fuerte dolor le recorrió el cuerpo débil y magullado.

Ana se apresuró a llegar a su lado desde el otro extremo de la cama y se sentó junto a él.

—Está preocupada por ti. Muy preocupada. ¿Sabes? quizá haya esperanza para vosotros, podrías convertir ese cariño en amor. Si ella es capaz de enfrentarse a nuestros padres porque no la dejan ayudarte, quizá...

—Anabelle, ¿podemos dejar este tema a un lado? Podría entrar en cualquier momento.

—Alioth, solo quiero ayudarte.

—Está bien, está bien. Si quieres ayudarme, ve a buscarla y tráela aquí.

Ella dio un respingo y contuvo la respiración.

—¿De verdad? ¿Ahora? ¿Vas a hacerlo?

¡Claro que no iba a hacerlo! Ella no lo entendía. Con diecisiete años, el corazón de Ana era demasiado joven, demasiado inocente, todavía no había sufrido ninguna decepción amorosa, y él esperaba que se mantuviera así por mucho, mucho tiempo. De momento era mejor que no lo entendiese.

—Tal vez —contestó—. ¿Me haces ese favor?

Su sonrisa se iluminó y la joven salió del cuarto en menos de un segundo. Lo dejó solo unos instantes que él aprovechó para volver a meterse en la cama y disfrutar de algo de paz antes de tener que enfrentarse a todo.

Brianna apareció más tarde, acompañada de dos jóvenes que cargaban dos bandejas repletas de lo que debía de ser la cena. Ella dio instrucciones para que las dejaran sobre la mesa que había en la otra punta de la habitación y se acercó a él mientras las muchachas hacían su trabajo.

—Me han dicho que ya te habías despertado. —Se sentó a su lado cuando las otras mujeres abandonaron la habitación—. ¿Cómo estás?

Alioth soltó un gruñido, con la cabeza todavía hundida en la almohada.

—Dolorido, débil. La verdad es que me encuentro muy mal.

Ella rio.

—No seas tan llorica. ¿Quieres cenar? Yo me muero de hambre. He hecho que suban la cena para los dos.

Esa había sido una idea genial, pensó él.

—Sí, vamos.

Alioth se ladeó y volvió a sacar los pies de la cama, esta vez con más calma, procurando no volver a marearse.

Bri lo tomó del brazo sin que él tuviera que pedirselo y lo ayudó a levantarse. Lo apoyó en su hombro y lo guio hasta la silla. Había algo extrañamente sereno en ella, pensó Alioth. Estaba muy callada y meditabunda. Eso no era normal, siempre se mostraba chispeante y arrolladora.

Pensó que podría ser por la discusión que había tenido con sus padres, pero no se imaginaba qué podía haberle provocado ese efecto.

La contempló mientras acomodaba todo en su bandeja y se la acercaba.

—Gracias —musitó—. Si vas a tratarme así, me gustaría estar convaleciente más a menudo.

—Ni lo digas —respondió, y le lanzó una mirada asesina—. Todavía no me he recuperado del susto que tuve cuando tu madre mencionó lo del disparo.

Alioth estaba a punto de empezar a comer pero, de pronto, soltó los cubiertos y acercó la silla hasta quedar frente a ella.

—¿Por eso estás así? Ya estoy bien, Bri. Deja de preocuparte.

Brianna se movió y colocó las piernas pegadas a las de él.

—No puedo dejar de preocuparme, hay alguien ahí fuera que quiere hacerte daño. Y tus padres...

—Mis padres no van a contarte nada de lo que saben, Bri, pero te aseguro que están haciendo todo lo posible para identificar a los agresores. ¿Es solo eso o hay algo

más? Ana me ha dicho que has discutido con ellos.

—Sí, estaba muy enfadada y ellos no ayudaron. —Se llevó una mano a la frente y miró hacia el techo antes de volver a hablar—. He visto las noticias, solo se habla de tu accidente. ¡Y dicen tantas cosas absurdas! ¿Por qué les pagan por decir semejantes tonterías?

Alioth se hacía una idea.

—¿Desde cuándo nos importa lo que digan?

—Desde que eso supone un problema para ti. Algunos especulan que podrías haber estado borracho y que por eso te desviaste y chocaste. ¡Como si supieran lo que te ha ocurrido! Y me enfada mucho, porque estos últimos meses has estado esforzándote mucho por hacer lo correcto, pero nadie quiere verlo. Lo único que ven son tus errores. ¡Y esto ni siquiera ha sido culpa tuya!

—Bri. —Le cogió las muñecas y las apoyó sobre su regazo—. Es su trabajo, nuestras vidas son así. Es lo que tienen el poder y el dinero, y nosotros nunca hemos hecho ni el más mínimo esfuerzo por ocultarnos, por mantenernos al margen de todo eso, sino todo lo contrario. Los alimentamos con escándalos.

—Lo sé, pero ahora tú has cambiado, y lo que están diciendo es horrible. Les he sugerido a tus padres salir y aclararlo, pero han dicho que por el momento es mejor mantener esto lo más privado posible.

—Sí —coincidió—. Es lo mejor.

—Y también —agregó, e hizo una pausa larga—, he pasado la tarde pensando en... nosotros. En lo que hablamos anoche.

—¿En qué parte?

Alioth arrugó la frente. Ya no debería sorprenderse con nada, pero seguía haciéndolo.

Parecía que Bri no se animaba a decirlo, que estaba nerviosa y le estaba dando vueltas. Eso lo puso más ansioso, habían hablado de muchas cosas la noche anterior, empezando por la noticia en la cena con sus padres, el rato en el club, lo de su casa y su conversación en la clínica.

Había sido una de las noches más largas de su vida.

La joven pelirroja soltó un suspiro y asintió como si estuviera dándose fuerzas a sí misma.

—Vas a pensar que estoy loca. Lo he pensado mucho, muchísimo, varias horas. Y he llegado una conclusión. Odio tener que decirlo, pero creo que nuestros padres tienen razón. O al menos los tuyos, los míos solo son unos egoístas interesados.

—Continúa —pidió, para no sacar conclusiones apresuradas.

—Creo que podríamos conseguirlo. Que podríamos hacer algo que te ayudaría

mucho. Darles lo que quieren, al Consejo, a tus padres, a los medios. Todos ellos necesitan esa imagen de ti para sentirse seguros. Quieren ver que tú eres lo que necesitamos y no el idiota de tu tío. Y si la única forma de conseguirlo es comprometiéndonos, creo que podemos hacerlo.

Se quedó sin palabras, temía no haber escuchado bien. Pestañeó sin decir nada y ella se cubrió el rostro con las dos manos.

—¿Crees que es una locura, que me he vuelto loca? Yo también lo he pensado, pero todo es bastante razonable si se mira desde un punto de vista objetivo.

—¿Un punto de vista objetivo? —preguntó.

—¡Sí! —exclamó ella apoyando las manos en las rodillas de él e inclinándose hacia delante—. Nos conocemos desde siempre, lo hacemos todo juntos. Muchos ya creen que estamos saliendo, ¿no es lo que preguntan siempre? No resultará difícil de creer si decidimos formalizar la relación. Es muy lógico. Ponemos los papeles sobre la mesa, dejamos las fiestas y todo el descontrol a un lado. Nos concentramos en nosotros. Es hasta... romántico.

Alioth no daba crédito.

—¿Estás diciendo que sí?

—Estoy diciendo que... bueno, sí. Tal vez no deberíamos casarnos de inmediato, pensé que quizá podríamos comprometernos y probar qué tal nos va, ver cómo reaccionan todos aquellos que lo piden a gritos. No puede ser tan malo ¿no? Solo tenemos que hacer unos pequeños cambios en nuestras vidas. No más fiestas, no más escenas conflictivas, no más apariciones en público con otras personas... ¿Sabes que quiero decir con eso?

Aquello lo hizo reír. Era lo que necesitaba para salir del estado de *shock* en el que se había quedado.

—¿Quieres decir no más Lía ni otras rubias de piernas bonitas?

Las mejillas de Bri se volvieron un poco coloradas, pero asintió con decisión.

—Exacto. Y te prometo que no habrá más hombres aleatorios en mi vida. Y voy a comportarme correctamente. Voy a ir a la universidad cuando tenga que hacerlo, voy a estudiar para los exámenes y a vestirme más adecuadamente, aunque esto último me duela en el alma. Mi madre se pondrá tan contenta que hace que me estremezca solo de pensarlo.

Esa rebeldía impulsada por llevarle la contraria a la señora Collingwood era lo que de verdad tenía que acabar. Eso resolvería la mayoría de sus problemas.

—No tienes que hacerlo, a mí me gustas así. Jamás te pediría que cambies quien eres.

—Pero es importante. Tengo que estar a la altura. ¿Nunca has oído que lo que

mejor habla de un hombre es la mujer que tiene al lado? Si voy a apoyarte en todo esto, tengo que hacerlo bien. —Bri ladeó la cabeza y le acarició una mejilla—. El único motivo por el que estoy dispuesta a aceptar es por ti, no lo olvides. Todo lo que haga será porque no quiero que tus esfuerzos se vean aplastados porque hay idiotas en el mundo que no ven más allá de sus propias narices.

Alioth cubrió la mano de Bri con la suya y la mantuvo ahí para evitar que ella la retirase.

—Tú de verdad me quieres un poquito, ¿no es así?

—Más que un poquito, diría. Estoy muy asustada, pero si estamos juntos en esto creo que hay una posibilidad de que nos vaya bien. Y si empezamos a ver que no funciona, lo dejamos. No vamos a casarnos sabiendo que solo conseguiremos arruinar nuestra amistad.

La palabra amistad no era la que más deseaba oír en esa conversación, pero fingió estar de acuerdo para tranquilizarla.

Eso abría un nuevo mar de posibilidades para él. En esa posición podía dedicarse a conseguir lo que más ansiaba, su amor.

Capítulo 10

Cuando Bri terminó de subir los interminables escalones de la entrada principal del palacio, encontró a Anabelle apoyada en el marco de una de las inmensas puertas que formaban el frente.

—¡Mírate! —dijo la joven rubia—. Ya pareces toda una princesa.

Bri se miró la ropa que llevaba puesta y soltó un suspiro en forma de lamento.

—Esto es lo que más me va a costar. ¿Tu hermano os lo contó todo?

La princesa esbozó una sonrisa de complicidad.

—Sí, solo a mí y a Jess. Mamá y papá no saben nada.

—Bien, mis padres igual. Y tampoco Zoe, todavía me siento traicionada. Tendrá que enterarse como todos los demás.

Anabelle se rio, y le dio un repentino abrazo que la dejó sorprendida.

—¿No estás ilusionada, Bri? —cuchicheó animada, con una gran sonrisa y unos ojos que brillaban de emoción—. ¡Ay, yo sí! ¡Vamos a ser hermanas de verdad!

Brianna sonrió y asintió.

—Ya puedo verlo. Y no te adelantes, solo vamos a comprometernos, no a casarnos.

Ana desdeñó su comentario con un movimiento de mano.

—No seas aguafiestas. Vosotros dos vais a casaros.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó casi con tono de burla.

—Porque mi hermano te adora, Brianna. El día que tenga que casarme, espero que ese idiota me quiera tanto como Alioth te quiere a ti —declaró, seria y solemne.

Alioth estaba de pie bajo el umbral de un balcón que daba a un pequeño jardín. Había sido todo un acierto por parte de su madre organizar el *brunch* para los miembros del Consejo y los invitados justo en ese salón. Era perfecto para sus planes.

Jessania apareció y se apoyó en el marco frente a él.

—¿Por qué estás tan nervioso? ¿No tendrías que pasearte un poco mientras esperas a que llegue? Los invitados están empezando a notarlo y mamá no tardará en acorralarte para que le des una explicación.

Sí, ya lo sabía. Y Arlet nunca los dejaba escapar antes de obtener la respuesta que buscaba. Pero no tendría que esperar mucho más, Brianna llegaría en cualquier

momento.

No la había visto en tres días, y casi ni habían hablado después de la charla que tuvieron el día de después del accidente. Pero habían acordado cómo proseguir respecto a sus planes.

En sus cortas llamadas, Bri le había asegurado que estaba volcada en su objetivo, pero él no acababa de entender exactamente a qué se refería. Imaginaba que tenía algo que ver con el cambio de vestuario, pero tres días haciendo compras eran demasiados.

También pensaba que Brianna había necesitado un tiempo para pensárselo mejor. Tenía que hacerse a la idea de todo lo que ocurriría cuando llevarsen a cabo lo que habían ideado.

Jessania no esperó una respuesta. A pesar de que las mellizas se parecían mucho, Jess era más explosiva, menos paciente y poco comprensiva. Todo debía hacerse a su ritmo, y no le importaba pasar por encima de la gente, aunque eso no la convertía necesariamente en una mala persona, pues tenía buen corazón. No era difícil diferenciar a las mellizas una vez se las escuchaba hablar.

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué no se lo has contado a mamá ni a papá. Esa vena rebelde que tenéis no va a desaparecer así como así, ¿verdad?

Alioth sonrió, pero no dijo nada y ella volvió a hablar.

—Bien, parece que no tienes nada que decir sobre el asunto. Así que dime otra cosa, ¿sabes si Dani vendrá hoy?

—¿Por qué iba a venir Daniel, Jess? —preguntó sin mucho interés.

—Porque el tío Víctor está aquí y dijo que Scott vendría. Quizás haya invitado a Dani también, ¿no?

¿Scott estaría allí? Aquello iba a ser grandioso.

En cuanto al encaprichamiento de su hermana con su amigo, prefirió no mostrar su opinión.

—Allí está —dijo él al ver a Brianna, y Jess movió la cabeza frenética pensando que hablaba de Daniel.

—Ah —suspiró cuando se dio cuenta de que no se refería a él.

Alioth llegó hasta Brianna, que sonrió al verlo y se acercó para abrazarlo. Le dio un beso en la mejilla.

—Hola, guapo.

—Hola —saludó, extrañado pero a la vez divertido—. ¿Esto es parte del show?

—Algo así, ¿no vas a decirme cómo estoy?

No necesitaba mirar cómo iba vestida para emitir una respuesta.

—Tan guapa como siempre.

Bri puso los ojos en blanco y dio un paso atrás.

—He intentado hacerlo lo mejor posible. Me he recorrido todas las tiendas que dijeron las mellizas y algunas más. He querido combinar un poco mi estilo con el estilo Real. No quiero que nadie tenga quejas, pero no voy a vestirme como tu madre.

—Estás perfecta así, Bri. ¿Cómo estás? ¿Nerviosa?

—No estoy nerviosa, estoy asustada. ¿Tú no?

—Un poco nervioso. Pero estaremos bien. —Le guiñó un ojo—. Relájate, ¿qué te parece si saludamos primero?

Brianna lo cogió de la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Fue otra sorpresa para él, pero una tan agradable que no tardó en pensar que no le costaría nada acostumbrarse a eso.

Los invitados empezaron a mirarlos con disimulo, en especial las esposas y alguna de las hijas de los miembros del Consejo, esas que todavía tenían la esperanza de llegar a ser la futura reina.

—Ah, mira. El señor McGregor ha venido con su esposa. Vamos a saludarlos.

Bri arrugó la frente cuando localizó a los mencionados.

—¿Tu padre los ha invitado? El señor McGregor está ascendiendo bastante rápido, ¿no te parece? ¿Ella está embarazada?

Todos estaban distraídos. Muchos de ellos miraban las mesas con la comida que acababan de servir. Alioth aprovechó ese momento para llevar a Bri al jardín. Estaban a la vista de todos, pero lo suficientemente lejos. Los verían, pero no escucharían nada. Quizá sería bueno que los oyeran, pero él no deseaba que todos escucharan lo que quería decirle.

Para él no era una simple actuación. Iba a hablarle desde el corazón, aunque, como de costumbre, ella no lo comprendiera.

—Está bien —anunció de repente y ella alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué ocurre?

Se limitó a ponerse frente a ella y cogerle las dos manos. Sonrió con calma y Bri lo supo.

—Oh, Dios. ¿Ahora? ¿Vas a hacerlo ya? ¿No tendríamos que estar más cerca de todos?

—Brianna —comenzó sin poder borrar la sonrisa de su cara. Por algún extraño motivo, los nervios habían desaparecido a pesar de que la mente se le había quedado en blanco y todo lo que planeaba decirle se le había olvidado. Lo único que pudo hacer fue dejar que su corazón hablase sin más. —Has sido mi mejor amiga desde los cuatro

años, no hay ningún momento memorable en mi vida en el que tú no estés. Ante mis ojos eres la mujer más buena, divertida y hermosa de todas. No puedo pensar en ninguna otra persona con la que compartir el resto de mi vida, eres la única que podría hacer mi carga más llevadera.

Por primera vez, Alioth pudo ver en los ojos de su amiga que realmente lo estaba escuchando, que sabía casi con exactitud de qué estaba hablando. Después de una pequeña pausa para darle tiempo para asimilarlo, dio un paso atrás, dobló una pierna y apoyó la rodilla en el césped.

Del bolsillo de su chaqueta, sacó una pequeña caja con el escudo de los Van Belmont grabado en la cara superior, la abrió, dejando al descubierto un anillo de diamantes.

—Yo sé que podemos hacerlo, Bri —susurró y alzó la voz cuando hizo la gran pregunta—. ¿Te casarías conmigo?

La observó con detalle, analizando su expresión e intentando deducir qué estaba pasando por su cabeza. También rezaba porque le hubiese entendido bien y no se lo hubiese tomado como un discurso más.

—Tienes que contestarme, Bri. —apremió cuando no pudo esperar más. Estaba bastante incómodo en esa posición, y tenían los ojos de todos los invitados clavados en ellos. El silencio que se había hecho en el salón era aplastante incluso estando fuera de él.

Ella parpadeó y llenó sus pulmones antes de apretarle la mano por la que estaban unidos.

—Sí —susurró y tiró de él para que se pusiera de pie—. Sí, sí quiero.

Cuando estuvo a su altura, Brianna lo abrazó con tanta fuerza que los dos se tambalearon y se rieron mientras intentaban recuperar el equilibrio.

—¡Ponle el anillo! —gritó una voz femenina que Alioth no tardó en reconocer como la de Jess.

Se separó de ella con algo de reticencia y sacó el anillo de su estuche. Le cogió la mano y se lo puso en el dedo anular. Ella estaba feliz y encantada. Sabía que ninguno de los dos olvidaría ese momento en toda su vida. Había cumplido su propósito.

Los aplausos irrumpieron en el salón y ella habló por encima del ruido, pero dirigiéndose solo a él.

—Eso ha sido precioso —dijo Bri sin poder dejar de mirarlo, se cubrió la boca cuando se le escapó una risa nerviosa—. Lo que has dicho, esto... es perfecto. ¡Ay, Alioth! Tengo muchas ganas de llorar, ¿por qué tenías que decir todas esas cosas? Me has emocionado, no me lo esperaba.

—Ese era el punto —respondió quitándole las lágrimas de las mejillas—. Pero

todo es cierto, puede ser parte del show, Bri. Pero todo lo que he dicho es verdad.

Ella suspiró y asintió varias veces con la cabeza antes de volver a abrazarlo. Quería decirle algo más pero no tenía palabras. Sentía tantas cosas al mismo tiempo que nada de lo que pudiese llegar a decir sería justo.

Si alguna vez había soñado con que alguien le propusiera matrimonio, no había sido de esa forma. Aquello superaba todas sus expectativas. Pero era Alioth, se dijo. Él siempre sabía lo que ella quería escuchar, siempre tenía algo bonito que decirle, esa no iba a ser la excepción.

Quería seguir abrazándolo con los ojos cerrados, pero la gente estaba empezando a acercarse. Ahora vendría el peor momento, o tal vez el más divertido. Ver las reacciones de todos los demás. Eso no la asustaba, la importaba muy poco lo que opinaran, pero, al fin y al cabo, esa era la razón por la que estaban llevando a cabo todo aquello.

Le dio un beso en la mejilla y, justo cuando estaba a punto de proponerle salir de allí lo más rápido posible, él la besó.

Primero la rozó con suavidad y luego ejerció una suave presión contra sus labios. Ella lo sintió todo con claridad, como si sus sentidos se amplificaran en ese preciso instante. La estaba sujetando por detrás de la cabeza y hasta podía sentir las yemas de sus dedos que la acariciaban sutilmente. Se quedó quieta, petrificada, no podía moverse. Cerró los ojos, y el mundo se apagó, no oyó más voces ni movimiento a su alrededor, solo podía sentir los labios de Alioth firmes y cálidos.

Fue un instante muy breve. Bri lo estaba disfrutando tanto que cuando el contacto se rompió, sintió como si le hubiesen tirado un cubo de agua fría encima. Tuvo que tomar una bocanada de aire para volver a respirar.

Abrió los ojos de par en par, pero siguió sin poder moverse.

—Me has besado —logró articular con dificultad. ¿Qué era esa sensación extraña que le agitaba el estómago? Había besado a muchos hombres, pero no se había sentido así desde el primero de todos, el único al que había amado. Y ni siquiera estaba segura de que fuese lo mismo.

No, no lo era, decidió. Era diferente, más intenso. No había temblado de esa forma, no había sentido ese vacío cuando se alejaban. Sabía lo que eran las mariposas en el estómago, pero no aquella sensación punzante en el pecho.

Se llevó los dedos a los labios sin dejar de mirarlo, su cuerpo estaba en una especie de trance. Una especie de corriente eléctrica estaba atravesándola de pies a cabeza y no podía detenerla.

—Sí —dijo Alioth con una sonrisa. Se veía tan... despreocupado. ¿Es que él no sentía nada?—. Teníamos que hacerlo, todos nos están mirando.

Bri no miró a los demás. No podía creer que él estuviese tan calmado cuando ella estaba tan sumamente... alterada.

—No vas a enfadarte, ¿no? —susurró y le rodeó la cintura con un brazo para girar los dos juntos hacia Jess y Ana que era las primeras en la larga fila que se había formado a su lado—. Solo ha sido un besito de nada, del todo inocente. Te lo prometo.

—¿Un besito de nada? —jadeó, al borde de un ataque de nervios. ¿Eso había sido para él, un besito de nada? A ella no se lo parecía, y a su cuerpo tampoco.

Capítulo 11

Las mellizas llegaron casi a brincos hasta ellos y los apretaron en un gran abrazo grupal.

—¡Eso ha sido...! —exclamó una, sin terminar lo que quería decir.

—¡Oh, por Dios! —gritó la otra.

Y así siguieron, con un montón de frases incoherentes, hasta que Ana se detuvo primero y miró a Bri con seriedad.

—Bueno, creo que deberías mostrarte un poquito más feliz y menos asustada. No pareces una mujer a la que acaban de proponer matrimonio.

Entonces, a pesar de lo aturdida que estaba, Brianna se obligó a sonreír. Intentó concentrarse en cómo se había sentido hasta antes de que él la besara.

—Lo siento —dijo, demasiado consciente de la cercanía de Alioth—. Tienes razón. Pero estoy feliz, esto ha salido... mejor de lo que esperaba.

—¡Qué envidia! ¡Yo también quiero algo así! ¿Cuándo va a llegar mi turno? —exclamó Jessania. Ana la golpeó en el brazo. —¡Jessania! —siseó—. Ya sabes que a madre no le gusta que te expreses así.

—¡Pero es cierto! —se quejó la melliza—. Yo también me quiero casar con el hombre perfecto, largarme de aquí, tener mi propia casa, tener un hijo. Pero mi hombre perfecto es tan lento que quizás termine siendo yo quien se declare y le proponga matrimonio.

Bri consiguió relajarse un poco con esa conversación y soltó una carcajada. —¡Yo quiero ver eso! ¡Pobre Daniel!

Alioth intervino. —¿Podemos dejarnos de tonterías? A ti —le apuntó a su hermana—, te falta mucho tiempo para todo eso. Nada de declaraciones ni propuestas de matrimonio a cualquier hombre.

—Pero no sería *cualquier* hombre —agregó Brianna, con lo que se ganó una mirada amenazante.

Alioth estuvo a punto de darle una respuesta, pero Arlet y Ewen llegaron hasta ellos. Estaban gratamente sorprendidos y formularon montones de preguntas que les hicieron prometer que les responderían más tarde.

Tenían tanta audiencia y aquello los había pillado tan desprevenidos que no podían disimular su sorpresa.

—Deberían estar más que contentos —murmuró Brianna cuando sus padres se acercaron también—. Estamos haciendo todo lo que querían.

—Y lo estamos —contestó Arlet—. Voy a admitir que ha salido mucho mejor a lo que habíamos planeado. Lo han hecho muy bien —dijo, dirigiéndose a los padres de Bri.

—¡Y ese beso, mamá! ¿Lo has visto? —exclamó Jess—. Si alguien desconfiaba, después de ese beso es imposible que le quede alguna duda.

La reina miró con expresión reprobatoria a su hija, pero no negó su afirmación. —Lo van a hacer muy bien —finalizó, y se alejó para pasearse entre los demás invitados del brazo de su esposo.

Brianna y Alioth no pudieron escapar fácilmente de los ojos curiosos que se acercaron a felicitarlos con expresiones de asombro a causa del repentino cambio de etiqueta en la relación. Algunos, honestos en su deseo de felicidad hacia la nueva pareja, otros, no tanto.

Uno de estos últimos, sin lugar a dudas, era lord Víctor. Brianna detestaba a ese hombre más incluso que a su hijo. Había tanta maldad en él que a veces pensaba que no podía culpar a Scott por ser como era. ¿A qué más podía aspirar con semejante ejemplo a seguir?

Un mozo les acercó una bandeja con dos copas de vino rosado y ninguno de los dos dudó en tomarlas. Bri pensó que había llegado en el momento justo, si tenía que ser amable con ese hombre y soportarlo, necesitaba un trago de algo bien fuerte.

—Sobrino —dijo el duque y extendió una mano hacia él. Alioth la tomó sin decir nada, y Bri tuvo que mirar hacia otro lado en un intento de evitar que se le notara demasiado la expresión de repugnancia—. Parece que tengo que felicitarlos. Señorita Collingwood.

El príncipe estaba más entrenado y siempre había sido mejor que ella disimulando lo que sentía. —Gracias, tío —respondió, casi sin mover las facciones.

—Lord Víctor, siempre es un placer verlo —compuso Bri con una sonrisa forzada, y se bebió el contenido de su copa de un solo trago, ella no tenía la facilidad de su amigo para mentir. De alguna forma acababa poniéndose en evidencia—. ¿Cómo se encuentra hoy? ¿Cómo está Scott?

—Muy bien, gracias. Mi hijo ha decidido retirarse, creo que algo le ha sentado mal. Parecía un poco indispueto.

Ella tenía una idea de qué podría haber sido.

—Qué pena, no hemos llegado a saludarlo —comentó, y miró a Alioth, que la mantenía firme a su lado, y cada vez apretaba más su mano como señal de aviso para que parase.

—No, qué lástima. Ahora, si nos disculpas, tío, hay alguien con quien tenemos que hablar.

Se despidieron y pasaron a su lado para volver a entrar al salón.

—¿Recuerdas cuando éramos niños —mencionó Alioth cuando estuvieron lejos de los oídos del duque—, que siempre decías que querías ser actriz?

—Por supuesto —contestó ella intrigada por esa extraña pregunta.

—Bueno, pues el mundo de espectáculo tiene mucho que agradecerle a tus padres por haberse opuesto a esa idea. Me temo que tus dotes interpretativas dejan mucho que desear.

Bri lo miró ofendida un instante y después empezó a reír.

—¡Qué malo eres! Que no pueda disimular lo mal que me cae ese hombre no quiere decir que no tenga talento como actriz.

—Si lo tuvieras —apuntó, y trató de quitarle la copa—, no te resultaría tan difícil.

—Hay cosas demasiado fuertes como para esconderlas, Alioth. En especial algunos sentimientos.

Alioth la observó mientras se bebía toda la copa. Suspiró y cogió otra de una bandeja que pasaba junto a ellos. Él la imitó.

Alioth pensaba que tenía que dar pasos pequeños, nada de prisas ni arrebatos, y aquel beso significaba tenía una oportunidad. O eso quería creer, pues al parecer Brianna estaba más sorprendida que horrorizada. ¿Se enfadaría cuando supiera la verdad que le había ocultado durante tanto tiempo?

La observó mientras ella hablaba con un par de mujeres que se habían reunido a su alrededor para ver el anillo de compromiso. Quizás se molestase, pensó, pero si hacía bien su trabajo, ese enfado no tenía por qué durar mucho tiempo.

—Oh, tú sí que eres una chica afortunada. Ni la mismísima reina pudo darse el gusto llevar ese anillo cuando se comprometió —comentó una de las mujeres, y ocultó una risa maliciosa en un trago de vino.

—¿Por qué? ¿Cómo sabe usted eso? ¿Por qué es tan especial? —Bri alzó las cejas y esperó una respuesta.

La mujer parpadeó exageradamente, de esa forma que tanto le irritaba al príncipe, y se llevó una mano al pecho. —¿Es que no lo sabes?

—Obviamente no, señora. No lo estaría preguntando si lo supiera, ¿no le parece?

—Es mi culpa —intervino Alioth—. No tuve tiempo de explicárselo, pero lo haré ahora, si nos disculpan, señoras...

No le dio tiempo de nada. Sin dejar de rodear con su brazo la cintura de Brianna, la condujo fuera del salón donde estaba celebrándose el *Brunch*.

Ya habían dado el gran paso, ahora quedaba esperar a que el rumor se extendiera y llegara a los medios de forma natural. Después tendrían otro reto al que enfrentarse.

—¿Qué pasa con el anillo? —preguntó Bri sin dejar de caminar cuando estuvieron

solos en el pasillo.

—Es una joya de la familia, durante generaciones fue el anillo que el futuro rey le daba a su prometida. Pero mi abuela nunca se lo quitó y...

—Tu padre no pudo dárselo a tu madre cuando se comprometieron. —acabó ella—. Si era una tradición, ¿por qué tu abuela decidió romperla?

Alioth se encogió de hombros. —¿Quién sabe? ¿Tal vez no le gustaba mi madre como futura nuera? No tengo ni idea, ni quiero saberlo. Lo importante es que ahora está en tu dedo y te queda muy bien, ¿te gusta? —preguntó, para intentar cambiar de tema. Le cogió la mano del anillo y la sostuvo con la suya para que los dos pudieran apreciar la piedra preciosa.

—Es bonito, pero me resulta curioso que una mujer lo haya cuidado con tanto esmero toda su vida.

—Y que haya muerto con él puesto, eso es más escalofriante aún —agregó Alioth, divertido por la expresión de ella—. Se lo sacaron antes de meterla en el ataúd, según cuentan. Yo no lo recuerdo, era muy pequeño.

Bri arrugó la nariz y soltó una queja.

—Eso es horrible, Alioth. Me da un poco de asco. Y miedo, ¿y si está embrujado?

—Oh, vamos —dijo con una carcajada—. Son tonterías. ¿Qué te apetece hacer? Creo que ya hemos terminado aquí por hoy, ¿te apetece que salgamos a tomar el aire a algún sitio? ¿Vamos a almorzar a algún lado? He visto que no has comido nada.

Ninguno de los dos había probado bocado. Al principio no tenían hambre a causa de los nervios y la ansiedad que les causaba el hecho de pensar en lo que tendrían que hacer durante la velada, y después de eso habían estado demasiado ocupados recibiendo felicitaciones y contestando preguntas.

Necesitaban relajarse, tener un momento de paz para los dos.

—Tienes razón, solo he tomado ese horrible vino. Estaba asqueroso, por cierto. Pero, ¿salir a comer? No creo que sea buena idea, los medios todavía están agitados por lo de tu accidente. Cuando he llegado los *paparazzi* estaban apiñados fuera.

—¿Qué propones entonces? Tenía la esperanza de salir a presumir de prometida. —Musitó mientras la miraba a los ojos. Por un instante le pareció ver algo más en su mirada, algo que no pudo descifrar, pero desapareció tan rápido cuando ella le dedicó una de sus sonrisas radiantes que no le dio tiempo ni de considerarlo.

—Ya tendrás mucho tiempo para eso, te lo aseguro. Va a ser muy divertido, pero ahora un sándwich me sentaría genial, y creo que hay un sitio donde podemos tener algo de tranquilidad durante un rato.

Esta vez fue ella quién lo tomó del brazo y lo impulsó a caminar por el pasillo. Alioth no tenía ni idea de a qué se refería, pero tampoco le importaba. Si era con ella,

cualquier lugar era el paraíso.

Los jardines del palacio eran inmensos, llenos de árboles frondosos y muchos lugares secretos, Como ese rincón al que fueron, donde había un pequeño espacio entre varios árboles gigantes y viejos, con raíces gruesas que sobresalían del suelo.

Habían tardado una media hora en encontrar el sitio en cuestión. Se sentaron sobre una manta y atacaron la comida con voracidad. De repente, Bri dejó su sándwich de pollo a medias y lo puso a un lado.

—No puedo dejar de preguntarme porqué tu abuela no dejó que el rey le diera el anillo a tu madre. ¿No se llevaban bien cuando convivían juntas aquí?

Alioth le dio un sorbo a su bebida. Esta vez habían cogido zumo, tenían que mantenerse lo más alejados posible del alcohol. —No lo sé, no lo recuerdo. Pero no me extrañaría, mi madre tiene su carácter y mi abuela no era la mujer más dulce del mundo. ¿Por qué te llama la atención?

—No lo sé, me ha sorprendido. Me resulta difícil imaginar que tu abuela no la quisiera, tienen sus cosas, pero como reina es intachable. A pesar de que nos vuelve locos, la admiro. Su forma de gestionar las cosas... si llegáramos a casarnos tú y yo. ¿Cómo podría llegar a ocupar su lugar algún día?

El príncipe vio la preocupación en el rostro de Bri. Le fascinaba que ella estuviese pensando en un futuro juntos. Se sentó más cerca y estiró un brazo para posar una mano sobre la de ella.

—Lo harías perfectamente. Y no tendrías que ser como ella, del mismo modo que yo no seré el reflejo de mi padre, ni mucho menos. Haré mis propias reglas y tomaré mis decisiones basándome en mis ideales y convicciones, no en los de él.

Bri ladeó la cabeza con una tenue sonrisa que asomaba en sus labios.

—A ti también te admiro. Serás el mejor, y yo estaré ahí para verlo. Nos casemos o no, siempre voy a estar a tu lado, vigilando que no te pongas demasiado serio, demasiado aburrido.

¡Dios! Cuando decía ese tipo de cosas le daban ganas de callarla a besos. La adoraba por ser tan amable siempre y darle tanta fuerza.

—Te quiero —se limitó a decirle como siempre. Esas eran dos palabras que nunca se callaba, y estaban cargadas de un sentimiento mucho más intenso que el que ella les atribuía. La joven pelirroja suspiró y su sonrisa se borró de golpe. Alioth hasta sospechó que no había oído lo último que él había dicho—. Bri, ¿qué sucede?

—No me encuentro bien —susurró, y se llevó una mano al estómago—. Creo que

algo me ha sentado mal.

—¿El sándwich? —Alarmado, se colocó de rodillas delante de ella—. ¿Qué te pasa?

—Me duele el estómago, mucho.

—¿Así de la nada?

—No, tenía unas molestias hace un rato, pero no le di mayor importancia. ¡Ay! — Se quejó y dobló el cuerpo hacia adelante—. ¿Qué me pasa? Me duele mucho, Alioth.

Aquello no era normal, ella podía llegar a comer más que él y nunca le había pasado nada. Lo estaba asustando. La levantó del suelo y la cargó como a un bebé sin perder tiempo, dejándolo todo allí.

Notó que estaba helada.

—Tranquila, te llevaré dentro.

—¡Me duele! ¡Bájame! Me duele mucho —lloriqueó y lo golpeó en el pecho. Alioth hizo caso omiso y no paró. Tal y como se encontraba, veía difícil que pudiera mantenerse de pie por ella misma.

Aceleró sus pasos hasta que se topó con un guardia de seguridad que en cuanto los vio corrió hasta darles alcance desde su puesto de vigilancia.

—¡Alteza! ¿Qué sucede? ¿Puedo ayudarle en algo?

Alioth miró a Brianna. No dejaba de retorcerse del dolor, aún podía sentir su piel fría y, ahora estaba pálida como una losa blanca. Si la llevaba dentro de casa sólo conseguiría perder tiempo, y si alguien los veía se armaría un escándalo que no haría más que hacerla sentir peor.

—Tengo que llevarla al hospital. Comunícate con seguridad y diles lo que sucede. Necesito un coche ahora mismo.

Le costó llegar al lugar donde los esperaba el coche, no iba a dejar que otro cargase con Bri, y ella no dejaba de moverse casi inconscientemente. La colocó en el asiento trasero, se sentó junto a ella y dio la orden al chófer para que se pusiera en marcha.

El viaje se hizo eterno a pesar de que sobrepasaban el límite de velocidad, y la cosa empeoró cuando ella dejó de quejarse y se sumió en la inconsciencia.

Capítulo 12

—Alioth, ¿qué sucede?

El príncipe levantó la cabeza, que tenía enterrada entre sus manos, cuando oyó la voz de Daniel. Era la única persona a la que había podido llamar en la hora y media que llevaba allí gracias al teléfono que le había prestado una de las secretarias. Sumido en la desesperación, esperaba a que los médicos salieran y le informasen sobre qué estaba ocurriendo con Brianna.

Le hizo una señal al único guardaespaldas que había llevado con él para que dejara que Daniel se acercase.

—No lo sé, se la llevaron y aún no han salido.

Daniel se sentó a su lado.

—Pero, ¿qué ha pasado? —indagó.

Alioth no tenía idea, por más que repasara la situación una y otra vez no conseguía encontrar ninguna explicación.

—Estábamos comiendo en el jardín cuando empezó a encontrarse mal. Primero dejó el sándwich a medio terminar, lo cual es extraño en ella, era su favorito. Cinco minutos después empezó con los dolores en el estómago. Se puso helada y pálida. No dejaba de retorcerse, no lo sé, Dani. No sé qué le ha ocurrido. De camino a aquí se desmayó y no pude hacerla volver en sí.

Daniel movió la cabeza a ambos lados.

—¿Había bebido mucho?

—Solo dos copas de vino. Habíamos salido del *brunch* de mi madre, ¿no estabas allí? Tu amigo fue.

—Scott me invitó, pero tenía cosas que hacer —comentó el joven.

—Entonces hay algo que voy a contarte antes de que lo oigas en otro lado —contestó Alioth y soltó un suspiro.

Se debatió entre decirle la verdad de cómo se estaban desarrollando las cosas o darle la versión que iba a hacerse pública. Escogió la última opción. Daniel era buen amigo para ambos, pero también era amigo de Scott y, además, y esto era importante, era el hermano del único hombre al que Brianna había amado, aquel por el que tanto había llorado cuando se marchó a otro país para trabajar.

Podía confiar en Daniel, pero no podía permitirse correr el riesgo de que a Daniel se le escapara algún retazo de la verdad. Era mejor que nadie estuviese al tanto de la situación actual.

—¿Entonces vais a casaros? ¡Guau! ¡Vaya, sí que es una sorpresa! —soltó el muchacho después de escuchar la noticia—. Quiero decir... ¡Guau! Ni siquiera pensé que ella te... nada, olvídale. Felicidades, de verdad, estáis hechos el uno para el otro.

Alioth soltó una risa y asintió.

—¿Quieres que llame a sus padres? ¿O a los tuyos? —preguntó Daniel.

—¡No! —exclamó. No quería tenerlos allí en aquel momento. Lo volverían loco a preguntas que él no podía responder, y ya tenía bastante con no saber lo que estaba ocurriéndole a la mujer que amaba—. Vamos a intentar que esto se extienda lo menos posible.

—Como quieras, estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé —dijo—. Gracias por venir, eres el único al que podía llamar. Quise hablar con mis hermanas, pero no lograrían salir de casa sin que mis padres las descubrieran y no quiero preocupar a Zoe... en su estado, es mejor no darle estos sustos.

—Para eso están los amigos, Alioth.

Pasó una hora más hasta que una doctora salió con noticias. Alioth la reconoció como la misma que lo había atendido a él días atrás.

—¿Cómo está Brianna, doctora? ¿Por qué tardan tanto?

La mujer levantó las dos manos para pedirle que se calmara.

—Tranquilo, alteza. La señorita Collingwood está estable. Hemos logrado controlar la situación. En gran parte es gracias a usted, hizo bien en traerla de inmediato. Si hubiese esperado media hora más, me temo que su prometida no lo habría logrado.

Esta vez fue él quien tuvo que detenerla para darse tiempo y procesar lo que estaba diciendo. Respiró profundamente una, y luego otra vez.

—¿Puede explicarse mejor, por favor?

La mujer miró a Daniel y luego a él.

—Me temo que es un asunto delicado.

—Es de confianza—replicó Alioth—. Puede contarlo.

La mujer seguía sin estar convencida y la paciencia de Alioth estaba a punto de acabarse. —¿Y sus padres? Ellos deberían...

—Llegarán en cualquier momento, ¿puede decirme qué está pasando con mi prometida? —La interrumpió y remarcó las dos últimas palabras, esperando que tuviesen el efecto deseado. Era amable, pero había ciertas circunstancias en las que se permitía ser menos considerado.

—La han envenenado, alteza. Me temo que encontramos altas concentraciones en sangre de un veneno muy potente, no creo que quiera escuchar los detalles, pero

tuvimos que hacerle un lavado de estómago en conjunto con absorbentes locales para extraer lo que restaba de las toxinas.

—¿Veneno? —repitió él. Se había quedado en la primera frase, ni siquiera había escuchado el resto.

—¿Cómo es posible? —agregó Daniel, tan estupefacto como el príncipe.

—Sí, alteza. Se trata de un veneno bastante común para matar ratas. Ingresó por vía oral, como ya le dije, en altas concentraciones. Además de lo que ya había pasado a la sangre, todavía había muchísimo por absorberse. Si me permite, dudo mucho que haya sido accidental, no en esas proporciones.

Estaba mareado, enfadado y asustado. Un coctel peligroso de emociones para alguien que tenía que mantenerse lo más frío posible frente a cualquier público. Pero no podía con eso, se llevó las manos a la cabeza y giró sobre sus talones.

Comenzó a caminar como si pretendiera salir de allí, pero después de dar diez pasos se giró y regresó con más preguntas.

—¿Está segura?

—Por supuesto, acabamos de confirmarlo con los análisis del laboratorio. Normalmente debemos informar de estos casos a la policía, pero tratándose de su familia hay protocolos especiales, ¿qué sugiere usted que haga?

Alioth no podía pensar en protocolos.

—No lo sé, Daniel, ¿puedes ocuparte? ¿Puedes avisar a mis padres de lo que está ocurriendo?

—Por supuesto, iré a hablar con ellos. ¿Tú estás bien? Tal vez deberías sentarte...

—Gracias, Daniel. De verdad te lo agradezco, pero lo que necesito ahora es verla. ¿Dónde está? —preguntó.

Daniel se alejó y lo dejó a solas con ella.

—Todavía la están atendiendo, está estable, pero necesitamos seguir con los análisis para asegurarnos de que el peligro ha pasado. Siéntese y tranquilícese, alteza. Me temo que tiene que esperar un poco más antes de poder verla.

Esperar, esperar, esperar.

Alioth no quería esperar más. Se sentía como un niño pequeño al que obligan a quedarse quieto cuando quiere salir a jugar, con la excepción de que él no quería jugar, quería golpear a alguien, muy probablemente matar a alguien, al responsable de todo eso.

No tenía dudas de que su ataque de días atrás y este estaban relacionados. Ese tipo de coincidencias no existían. Lo cual lo llevó a un interrogante más.

—¿Es posible saber cuánto tiempo pasó entre que ingirió el...veneno, y empezó a encontrarse mal? —le preguntó a la doctora. Ella frunció el ceño y no contestó de

inmediato. Alioth dejó que lo pensase bien.

—Puede que una hora o dos. Por lo general, tarda más tiempo en hacer efecto en humanos, pero como ya le he comentado, la cantidad que encontramos era altísima. Quienquiera que lo hiciera, quería asegurarse de no fallar. Y es mi obligación decirle que esto no tiene que ser obra de un tercero necesariamente.

—No —bramó sin dejarla continuar—. Ni se le ocurra sugerir que ella podría haberse hecho esto a sí misma. Esa no es una opción.

—Muchas veces la familia no lo sospecha, pero...

Una vez más, el príncipe se impuso.

—Este no es el caso, doctora. Alguien atacó a Brianna, y no va a salir bien parado, se lo aseguro.

Después de esperar horas, Brianna empezó a despertar. Alioth abandonó la silla en la que había permanecido sentado junto a la cama durante horas. Nadie había conseguido sacarlo de allí a pesar de que la doctora había especificado que Bri no despertaría enseguida y a pesar de que sus padres y los de ella habían acudido llenos de preguntas que él no podía contestar.

Les había relatado lo poco que sabía, después de que hubiesen trasladado a Brianna a una habitación en la que sí podían visitarla. La señora Collingwood casi había sufrido un ataque de nervios, pero eso no era nada inusual. El rey había deducido al instante lo mismo que él: aquello estaba relacionado con el ataque de Alioth. Allí no estaban ocurriendo accidentes ni coincidencias, era un atentado contra la familia real. Brianna también podría haber sido otro error por parte de los agresores, otro intento fallido.

Ahora estaba solo, todos se habían marchado del hospital para volver más tarde. Se sentó en la esquina de la cama, y vio como ella empezaba a despertar poco a poco. No hizo nada ni tampoco habló. Le dio tiempo mientras ella abría los ojos despacio y con dificultad hasta acostumbrarse a la luz. Parpadeó varias veces y apretó los párpados antes de conseguir abrirlos por completo.

—Alioth—dijo ella, pero su voz apenas se escuchó.

—Bienvenida —contestó y sonrió, el dolor que había sentido en el pecho empezó a esfumarse al poder volver a escuchar su voz.

La joven pelirroja soltó un lamento y se removió en la cama.

—Me duele la cabeza—lloriqueó—. ¿Qué me pasa? Me siento débil.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó, Bri? —preguntó él, le tomó la mano y la llevó

hasta sus labios. La besó y la mantuvo allí unos segundos antes de colocarla en su regazo.

—Me dolía mucho el estómago, pero ahora ya no. ¿Estoy en el hospital?

Poco a poco, iba recobrando la consciencia, lo cual se notaba principalmente en su voz, cada vez más normal.

—Sí, aquí estamos. Solo fue un susto, ya estás bien.

—Pero, ¿qué me pasó? —insistió—. Me dolía mucho, Alioth. Nunca me había encontrado tan mal.

Alioth se puso de pie para acabar con el tema. No se lo contaría si podía evitarlo, pero tendría que hacerlo más temprano que tarde. Ella se preocuparía, pero no podía dejar que permaneciese en la ignorancia. Eso quizás era más peligroso todavía.

—Habla de eso cuando te sientas mejor, ¿de acuerdo? Has dicho que te duele la cabeza, debería llamar a la doctora para que venga a verte.

—Sí, por favor. Me siento como si tuviera una resaca horrible y solo me tomé dos copas de vino, no es divertido.

—El vino. El vino rosado —repitió el príncipe. Esa tenía que ser la respuesta que había estado buscando.

Brianna se había bebido su copa entera y él ni siquiera la había probado.

Brianna escuchó atentamente todo lo que la doctora le explicó cuando volvió a revisarla al enterarse de que había despertado. Por la expresión de Alioth, intuyó que él no quería que se lo contaran todo con tantos detalles como estaba haciendo la doctora, pero de todos modos necesitaba oírlo.

Era otro atentado hacia su ahora prometido, un ataque diferente e inesperado. Al final, toda la seguridad extra que le habían puesto no había servido de nada. Fuese quien fuese el que estaba interesado en hacerle daño, sabía cómo hacer las cosas.

—Sabes lo que es, ¿verdad? Esto no iba contra mí, alguien te quiere hacer daño y se está moviendo rápido. —le dijo en cuanto se quedaron solos.

Alioth suspiró y se sentó en la cama junto a ella. —Sí, lo sé —reconoció—. Pero no vamos a hablar de eso ahora.

Brianna quiso sentarse en la cama, pero todavía tenía el cuerpo como gelatina y tuvo que conformarse con moverse un poco para recomponer su postura.

—¿De qué más podríamos hablar? Tal vez no te preocupe, pero a mí sí. ¿Has hablado con tus padres? Tienen que hacer algo.

—Estoy seguro de que están haciendo todo lo que pueden, Bri. Pero hay cosas

difíciles de controlar.

—¿Quién querría matarte? —insistió—. ¿Qué daño podrías haberles hecho?

—Mucha gente —contestó. Bri sabía que estaba restándole importancia para dejar el tema atrás—. Y no necesariamente porque les haya hecho ningún daño, ser quien soy tiene sus ventajas y desventajas. No es nada nuevo.

—Pero esto es muy extremo, y muy injusto también.

Él sonrió con tristeza y no dijo nada. Le tomó la mano en la que llevaba el anillo puesto y la acarició en silencio. Bri debía estar acostumbrada a todas sus muestras de cariño, pero después del «besito de nada» que él le había dado, no podía pasar nada por alto. En comparación con eso, todo lo demás había sido una distracción, incluso haber estado a punto de morir.

Ahora que estaba fuera de peligro y sin ningún dolor tan fuerte que no la dejara pensar ni sentir otra cosa, lo único en lo que podía concentrarse era él.

Se dijo a sí misma que había sido un beso pequeño, otra escena más del show que habían montado, que no debía importarle ni afectarle. Pero Brianna había besado a muchos hombres y nunca se había sentido así. Ese era el problema. ¿Por qué Alioth había supuesto esa diferencia?

Entonces recordó otra cosa que la hizo gemir de vergüenza y de frustración. Su corazón empezó a latir más deprisa al recordarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Alioth, asustado.

—Nada, nada —murmuró y sacudió la cabeza. ¿Por qué ocultárselo? Tenía que probarse a sí misma que era algo absurdo, y si no se lo contaba significaría que se estaba tomando demasiado en serio lo que le pasaba—. Bueno, te vas a reír y vas a pensar que estoy loca. Tal vez el veneno me afectó.

—¿Qué sucede? —insistió él y la miró con más preocupación.

Bri soltó una risita.

—Es que cuando estaba sedada, dormida, tuve un sueño. Y acabo de recordarlo.

Alioth soltó una exhalación y frunció el ceño, molesto.

—¿Un sueño? Pensé que te encontrabas mal.

—¡Deja de preocuparte ya! estoy bien, Alioth. ¿No quieres escuchar mi sueño?

Alioth no podía dejar de preocuparse, ella se quejaba a menudo porque le parecía que él no se tomaba en serio su propia seguridad, y ese era el mismo caso, pero ahora los papeles habían cambiado. Él había creído que la perdía y ahora no podría olvidarlo tan fácilmente, el miedo aún estaba a flor de piel.

Pero si ella estaba dejando el tema atrás un momento, él se permitiría hacer lo mismo.

—Claro que quiero —compuso divertido e interesado—. Dime.

A pesar de su inicial entusiasmo, ella dudó antes de empezar a hablar, lo que llamó más su atención.

—Bueno, yo estaba dormida. No sé dónde, en algún lugar. Pero yo sabía que estaba dormida—musitó en voz baja, vacilante y confundida—. Y entonces alguien me besaba.

—¿Estabas dormida y alguien te besaba? ¿Eso soñaste?

—Sí, déjame terminar, no me interrumpas —pidió—. Entonces, después del beso, muy al estilo Bella Durmiente, me desperté. Y lo vi. Vi a quien me besó, él estaba allí, frente a mí, mirándome.

Hizo una pausa tan larga después de decir eso, que él estuvo tentado de preguntarle, pero se contuvo y esperó.

—Eras tú —articuló, con una pequeña sonrisa en sus labios—. Tú eras el príncipe. Y tú me despertaste. Con un beso.

A Alioth le costó salir de la sorpresa, pero por una razón distinta a la que probablemente Bri estaba pensando. Sabía que eso no había sido un sueño, pero no se lo iba a decir.

Antes de que despertara, él la había besado. Tan solo un fugaz roce de labios, porque no había podido resistirse, porque estaba preocupado y desesperado por verla abrir los ojos y escuchar su voz una vez más.

Y no es que hubiese esperado que funcionara y dudaba que lo hubiese hecho, pero tampoco había imaginado que ella pudiera haberlo sentido y lo hubiera interpretado como un sueño. ¿De verdad era posible? ¿o solo se trataba de una gran coincidencia?

Bri se cubrió el rostro sin dejar de sonreír.

—Vamos, ríete, te soy permitido. Es muy tonto, no sé de dónde ha salido. Aunque puede que sea tu culpa.

Alioth pudo encontrar la voz para responderle.

—¿Mi culpa?

—Sí, tú me besaste.

Le gustó saber que ella no lo había olvidado. Y no solo eso, le había afectado mucho más de lo que él imaginaba.

—Ah, Bri ese solo fue un...

—¿Besito de nada? —lo interrumpió.

—¡Sí! —afirmó él, divertido por la expresión en su rostro, e intentó cambiar el rumbo de la conversación. Quería que pensara en él, ese era su propósito, pero si hablaban demasiado sobre ello, si indagaban mucho en el mismo tema, corría el riesgo de exponerse—. No sé por qué le das tanta importancia.

—Es que... Nunca antes me habías besado y fue muy...

—¿Muy...? —La instó a continuar, pero ella no parecía encontrar las palabras

adecuadas.

—Desconcertante —terminó Brianna después de una pausa—. Tal vez si me hubieses avisado antes, habría tenido tiempo para prepararme.

—No lo planeé, en el momento creí que tenía que hacerlo. Y lo hice.

Y era cierto, solo que no de la forma en la que se lo estaba haciendo entender a ella. Siempre que la tenía cerca, cuando hablaban o ella sonreía, se moría de ganas de besarla. Y nunca sucumbía, esa había sido la diferencia.

Lo había deseado y lo había hecho. Y no por valiente, sino todo lo contrario, porque había encontrado una excusa para hacerlo sin tener que ponerse en evidencia.

—¿Lo hiciste porque todos nos estaban mirando? —continuó. Alioth no acababa de entender por qué lo estaba analizando tanto.

Si le decía que sí, le mentiría a la cara y no quería hacerlo.

—Tal vez, tal vez no —dijo entonces, enigmático.

—¿Y eso qué quiere decir? —murmuró ella.

Alioth se había quedado sin respuestas. Una vez más.

Capítulo 13

Bri se despertó sin tener ni idea de en qué momento del día estaba. Después de pasar tres días en el hospital, le habían dado el alta médica y el rey había propuesto que se trasladara al palacio para mayor seguridad.

Era bueno no tener a su madre alrededor, todo era mucho más tranquilo si ella estaba lejos. Después de haberse comprometido con el príncipe, su madre le restaba importancia al asunto del envenenamiento e insistía en que tenía que ocuparse de los preparativos de la boda lo antes posible.

¿Por qué había pensado que con solo comprometerse se desharía de aquella presión? Qué ingenua había sido.

Se levantó de la cama y miró la hora mientras se ponía una bata encima del pijama. A ella le gustaba tener días para holgazanear en la cama, mirar televisión, leer una novela de vez en cuando... pero cuando alguien le ordenaba estar en cama, todo cambiaba. Su vena rebelde se resistía y no la dejaba obedecer, no podía evitarlo.

Salió del cuarto y se topó con uno de sus guardias, que la siguió hasta que entró en el cuarto de Alioth, que estaba a solo unos pasos del de ella. Él estaba sentado en la cama, con varios libros a su alrededor.

—Yo también debería ponerme a estudiar un poco, aunque ya no creo que pueda salvar el semestre —murmuró mientras subía a la cama.

—Necesitarías un milagro para que eso sucediera —contestó Alioth—. Pero podrías comenzar a leer para empezar el próximo más preparada.

Bri soltó una risa.

—¿De qué me serviría leermelo todo ahora? Para cuando empiece el semestre siguiente, no voy a recordar nada.

—Pero no sería igual, ya tendrías una idea y... —Se interrumpió porque sabía que era en vano explicarle todo eso. Ella odiaba su carrera, solo estudiaba finanzas porque su padre prácticamente la había obligado. Quizás si tuviera la oportunidad de elegir algo más acorde a sus gustos, algo que ella pudiese disfrutar, todo sería diferente—. Olvídalo, ¿cómo te sientes?

—Hambrienta, aburrida. Me quedé dormida mientras miraba televisión. ¿Has visto que hay guardias en el pasillo?

—Están aquí para protegernos, Bri. ¿Por qué no buscas a las mellizas? Tal vez te entretengas.

Ella hizo una mueca.

—Lo haría, pero solo quieren hablar de la boda. Y tu madre me ha vuelto loca todos estos días para que pongamos una fecha. Dijo que, si no lo hacemos nosotros, lo harían ellos.

Alioth dejó el libro a un lado y se giró para mirarla.

—Lo sé, también me lo ha dicho. Le dije que lo más importante ahora era encontrar a quien nos está atacando, pero dado que quieren mantenerlo en secreto, tenemos que seguir con nuestras vidas como si nada ocurriese.

—¿Mantenerlo en secreto? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que alguien acabe muerto? —Lo increpó—. Porque los dos estuvimos bastante cerca, ¿qué más necesitan para tomárselo en serio?

—Bri, Bri, ya lo sé —explicó con calma—. Yo te entiendo, pero es importante verlo desde todos los ángulos. No podemos mostrar debilidad ni darles crédito, solo lo empeoraría todo. ¿Lo entiendes?

—La verdad es que no —respondió resignada—. Pero si tú crees que eso es lo mejor, confío en ti. Y sobre la boda, ¿quizás dos meses y medio? ¿Qué te parece? Que tu madre escoja el día que le parezca adecuado.

Él sonrió y asintió.

—Me parece perfecto.

—Pero —agregó—, todavía está en pie lo de cancelarlo si alguno de los dos cree que es necesario.

—Por supuesto.

—Bien. ¿Me puedo quedar un rato mientras estudias? No sé qué hacer, te prometo no molestar.

Alioth accedió y volvió a sus libros. Brianna se recostó sobre la cama boca arriba, pero dejó los dos codos apoyados en el colchón, en una posición perfecta para seguir mirándolo. Tenía mil ideas en la cabeza, y añadir una cuenta atrás para la boda no ayudaba a calmarla.

Era una cuenta atrás, sí. Pero, ¿qué ocurriría cuando llegase a cero? O peor, ¿qué iba a hacer mientras la cuenta durase?

Desde que había despertado en el hospital se sentía una persona diferente, y nada tenía que ver con el hecho de haber estado a punto de morir. Su punto de inflexión había sido ese beso, ese bendito beso que la había dejado tonta, mareada, y muy, muy confundida.

Después de cuatro días, seguía sin entender por qué le había afectado tanto, y por qué ahora, cada vez que lo veía, cada vez que le hablaba o la miraba ella se sentía extraña.

¿Quizás era por que le estaba ocultando lo que le ocurría? ¿O era algo más? Si se

era fiel a sí misma, tenía que admitir que el beso le había gustado más de lo que probablemente debería.

Siguió observándolo mientras él volvía a enfrascarse en sus libros.

Era guapo, muy guapo. Pero eso ella ya lo sabía y nunca había afectado a su relación. Bri sabía que el exterior no le importaba lo más mínimo, no cuando se trataba de él. Conocía todos sus defectos y todas sus virtudes, así como Alioth conocía las de ella. No importaba cuantos errores cometiera cualquiera de los dos, siempre estarían juntos y siempre lo querría de la misma forma.

¿Pero, qué forma era esa? ¿Qué significaba realmente? Nunca se lo había planteado. ¿Lo quería solo como a un amigo o era más que eso?

Buscó en su mente algún recuerdo que le ayudase a aclararse.

¿Cómo se había sentido ella al verlo con otra mujer? Allí tendría que haber una respuesta a alguno de sus interrogantes.

Pero por más que lo pensara, no la halló. No había tenido la oportunidad de acceder a esos sentimientos, Alioth nunca había estado en una relación estable antes, siempre que se veía con alguien, ella sabía de antemano que él solo buscaba pasar el rato y distraerse.

La única que había durado más que una o dos noches era Lía, y Bri tenía que reconocer que esa mujer la ponía de mal humor.

Sin darse cuenta, soltó un suspiro de frustración.

—¿Pasa algo? —inquirió Alioth.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió la joven. Rezaba por no haber expresado ninguno de sus pensamientos secretos en voz alta.

—Me estás mirando fijamente y has suspirado de una forma que me preocupa. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Brianna no lo dudó.

—No. No hay nada. Perdón, sigue estudiando, no voy a molestarte más. Estás muy guapo cuando estás concentrado.

¡Y lo estaba! Le gritó una vocecita burlona dentro de su cabeza. Cuando sonreía era dulce, como un ángel, pero cuando estaba serio y concentrado tenía algo tan... atractivo. Seducía sin siquiera proponérselo.

Las mujeres no lo buscaban solo por su título, o por lo menos no todas. Podían no conocer su interior tan bien como ella, pero sí tenían ojos y Alioth era la clase de hombre digno de ser apreciado.

El príncipe sonrió ante su mirada esquiva, pero no le dio mayor importancia. Bri se sintió aliviada porque no le hubiese hecho más preguntas. Y entonces se le vino otra idea a la cabeza.

Alioth sí la había visto con una pareja estable, ella había estado con Arthur mucho tiempo. ¿Él habría sentido algo parecido con Arthur a lo que ella sentía por Lía? Volvió a mirarlo y decidió que no. Si bien él y Arthur no se habían tolerado mucho debido los celos de su ex novio por su amistad tan cercana con el príncipe, nunca había observado ningún indicio en Alioth que la llevara a pensar que él sentía algo especial sobre la relación.

Se dio vuelta y se tapó con una manta.

—Voy a dormir un rato.

—¿Otra vez?

—¿Qué más puedo hacer?

Alioth frunció el ceño.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Solo estoy aburrida —contestó—. Llámame a la hora de la cena.

Él murmuró algo a modo de respuesta, pero Bri no llegó a oírlo bien. Se giró y apoyó la cabeza en la almohada creyendo que no podría dormirse con la cabeza y el pecho tan saturados de interrogantes.

Alioth la despertó un rato más tarde y bajaron a cenar con sus padres y las mellizas.

Pocas veces había visto a esa familia tan feliz como cuando les anunciaron que habían puesto una fecha a la boda. Ana y Jess estaban emocionadas, y sus padres estaban, ante todo, aliviados. Viendo el rostro del rey, al que Bri había admirado siempre, se volvió más consciente de la situación que estaban atravesando y, de alguna manera, sintió más peso sobre sus hombros.

No le gustaba pensar que de ella dependían tantas cosas. De ella, que era la reina del caos y las malas decisiones. ¿Cómo podían confiarle tanto?

Después de la cena, Brianna estaba en su cuarto cuando sintió un golpe en su puerta seguido de una voz:

—Soy yo.

Era Alioth. Bri soltó un suspiro al reconocerlo. Temía que la reina y sus hijas volvieran a abordarla para empezar con los planes de boda ahora que ya tenían la fecha que tanto deseaban.

El príncipe entró y cerró la puerta detrás de él.

Bri apretó un puño cuando se dio cuenta de que nada más verlo, todo dentro de ella empezó a agitarse. Lo único bueno era que confiaba en que no fuera tan evidente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Alioth, que se había quedado junto a la puerta.

—¿Todavía no estás lista? ¿O es que vas a ir en pijama?

—¿Ir a dónde?

—A la fiesta de Dani, no podemos dejarlo plantado. Además, necesitas despejarte, estás muy rara y creo que es por el estrés de la situación.

—Más que estrés diría que me estoy volviendo loca —murmuró por lo bajo y salió de la cama—. No sabía que Daniel iba a dar una fiesta esta noche, pero tú y yo acordamos que no más fiestas. Entra en el paquete de casarnos y no tener amantes.

—Sí, pero esto no será igual. Es en la casa del tío de Daniel, dijo que sería algo pequeño y tranquilo. Y además iremos juntos, no será como las otras fiestas, si nos lo proponemos y nos esforzamos.

La joven pelirroja contempló su sonrisa segura y confiada.

—¿Y qué hay de los que quieren matarte? No es sensato ir a un lugar como ese.

Alioth le agarró los dos brazos y los masajeó para quitarle la tensión. Lo único que logró fue ponerla peor al darse cuenta del efecto que conseguía cuando la tocaba. Se preguntó si todos los amigos hacían eso. ¿Era normal la relación que tenían? Nunca se había cuestionado ese tipo de cosas antes, eran tan cotidianas como la sensación de seguridad que experimentaba cuando estaba junto a él.

Dio un paso atrás para romper el contacto y su línea de pensamiento.

Alioth arrugó la frente, pero contestó a su pregunta anterior.

—Intentaron hacerlo bajo mi propio techo. No creo que exista un lugar más seguro que otro que no sea este. Y llevaremos seguridad. No voy a esconderme y darles el gusto de sentir miedo.

Bri temía que, si ella se negaba, él fuese solo y se pusiera aún más en peligro. Y, por otra parte, sabía que si las mujeres lo veían sin compañía pensarían que todavía estaba libre.

—Está bien, dame diez minutos y estaré lista. Tal vez allí consiga algo más sustancioso de comer.

—Pero nada de alcohol. Recuerda lo que dijeron los médicos. Tú estómago no podría soportarlo por el momento.

—Ya lo sé —comentó con aburrimento, era la última en querer volver a sufrir esos dolores otra vez—. Me portaré bien si tú lo haces.

—Todavía no me puedo creer que Alioth y tú vayáis a casaros. ¡En dos meses!

Brianna no tenía ganas de hablar de eso con Daniel. Habían acudido allí para distraerse y lo había logrado hasta que él tocó ese tema cuando la acompañaba a la

cocina a buscar algo de comida.

—Dos meses y medio, pero no hablemos de eso ahora.

—¿Por qué no? ¿Estás segura de que quieres hacerlo, Bri? Es que yo creía que todavía pensabas en mi hermano. Todo es tan repentino.

—¿Por qué ibas a pensar eso? —preguntó de mal humor. Se llevó el sándwich de salmón a la boca, pero se detuvo antes de morderlo. Hizo una mueca y lo alejó. Ya no tenía hambre.

Daniel alzó las manos en el aire.

—Lo siento, no te enojés.

Ella ignoró sus palabras.

—Y se supone que eres amigo de Alioth, no es muy leal por tu parte que estés preguntándome esto.

—Por eso mismo te lo pregunto, no creo que merezca la pena casarse con alguien que ama a otra persona.

Bri se mordió la mejilla y se bajó del taburete.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Nadie va a querer a Alioth como yo. Nadie lo conoce mejor ni se preocupa más por él. ¿Lo entiendes, Daniel? Tu hermano no me importa, él se fue, me dejó y no le importó nada.

—Eso no es así.

Bri lo detuvo.

—No, no vamos a discutir por esto. Es tu hermano, entiendo que quieras defenderlo. Mejor dejemos el tema aquí, no quiero que nos peleemos.

El muchacho asintió. Ella le dijo que iba a buscar a Alioth y lo dejó solo en la cocina con el sándwich sin tocar.

No estaban siendo los mejores días de su vida, pensó Brianna. No lograba nada de lo que se proponía, era un desastre andante. Miró hacia atrás y se aseguró de que los dos guardaespaldas estuviesen cerca. No la perdían de vista, y Bri tampoco a ellos. No sabía si estaba siendo una tonta, pero estaba asustada y tenía miedo. Ahora sabía que no debía olvidarlo y bajar la guardia.

Se movió entre los invitados que bebían y conversaban entre sí. Conocía a la mayoría, eran parte de su círculo y llevaban la misma vida que ella semanas atrás. Pero ya no más. No estaba segura de qué era con exactitud lo que la había hecho cambiar, si era el miedo, la presión que recaía sobre sus hombros o esos sentimientos que estaba descubriendo por Alioth, pero ya no quería esa vida. Quería más. Mucho más. Algo mejor.

Y tenía que empezar por largarse de allí.

Alioth vio a Lía apenas entraron en la casa donde se estaba dando la fiesta. No tenía intención de acercarse, pero cuando Bri se fue con Daniel a la cocina, supo que tenía que aprovechar ese momento para aclarar las cosas y evitar cualquier problema.

Se sentó en el banco vacío que había enfrente de ella sin decirle nada.

La joven rubia tenía una copa en la mano, pero no estaba bebiendo. Tenía la mirada perdida y simulaba observar algo por la ventana que tenía al lado.

—Así que lo conseguiste —mencionó Lía de forma inexpresiva—. Conseguiste lo que tanto deseabas.

—¿Qué quieres decir?

Lía soltó una risa amarga y se giró para mirarlo con desdén.

—No te hagas el tonto, he visto las noticias. Supongo que quieres mis felicitaciones.

—Quise contártelo antes, pero no hubo oportunidad. Lo siento.

Lía se encogió de hombros.

—No, la que lo siente soy yo. Por ser tan estúpida como para soñar que alguna vez me tendrías en cuenta para algo más que para pasar el rato. Desde el primer día supe que a quien querías era a ella. Todo el mundo lo sabía.

—Nunca quise hacerte daño. En otra vida, una en la que Brianna no existiera, yo podría haberte amado como te mereces. Pero por alguna razón no es en esta, estoy seguro de que encontrarás alguien mejor que yo. —le aseguró para aligerar el ambiente—. No soy tan bueno.

Logró robarle una sonrisa.

—No te subestimes, no eres solo una cara bonita y un título importante —compuso Lía—. Espero que tu prometida sea consciente de lo afortunada que es.

Alioth sacudió la cabeza a ambos lados.

—Soy un idiota, y deberías odiarme. Me sentiría menos culpable si lo hicieras.

—En eso estamos de acuerdo. Debería.

Repasó sus alrededores con la mirada hasta que vislumbró a su prometido sentado en una banqueta al lado de una ventana. Tenía una copa en la mano y frente a él había una mujer.

Bri no podía verlos con claridad desde allí y con tantas personas delante, pero no

necesitaba estar más cerca para saber quién era esa mujer. Solo con ver su color de cabello podía imaginarlo.

Ninguno de los dos la notó. Siguieron con su conversación sin percatarse de su llegada. ¿De qué podrían estar hablando esos dos? Cuando llegó allí pudo ver que Lía tenía una mano apoyada en la rodilla del príncipe y Alioth cubría la de ella.

Apretó los puños a los costados de su cuerpo para no hacer otra cosa con ellos. ¿Necesitaba otra prueba más que su propia reacción para comprobar que no le gustaba ver a Alioth con esa mujer?

—¿Interrumpo? —preguntó.

Alioth sonrió y se puso de pie, despreocupado.

—Claro que no. ¿Has encontrado algo para comer?

—Ya no tengo hambre. ¿Tú has acabado?

Alioth hizo una mueca por su tono, pero contestó con calma y algo de diversión.

—Sí, sí. Le estaba explicando a Lía la situación actual.

Bri no le veía nada de gracioso.

—Ya veo —masculló y lanzó una breve mirada hacia la aludida antes de volverse hacia él—. Entonces le has dicho que nos vamos a casar en dos meses y medio.

—Sí, Bri. ¿Dónde está Daniel? ¿Ha pasado algo?

—No, todo está bien. —Mintió. No estaba bien, pero ya no tenía que ver con lo que había hablado con Dani. Eso había sido eclipsado por algo mucho más importante, aunque irracional. No podía dejar de preguntarse si aquella era una muestra de que él no se sentía igual que ella con respecto a su relación.

Fuese como fuere, se dijo, regañándose, él le había prometido que no habría más mujeres en su vida mientras estuvieran comprometidos. No iba a dejarla en ridículo frente a todo el mundo. No cuando ella lo estaba ayudando. Y podía valerse de esa promesa para justificar la reacción que le estaba costando tanto de ocultar.

Decidida, dio un paso adelante y sonrió alzando los ojos hacia él.

—Todo está perfecto.

Y, con esa premisa, levantó los brazos y lo sujetó por la nuca para acercarlo a su boca. Tuvo que arrimarse más para alcanzarlo y sus cuerpos se acercaron tanto que se rozaron. Brianna lo podía sentir, no podía evitar que su calor amenazara con derretirla.

Lo tenía sujeto con tanta fuerza, que lo obligó a inclinarse mientras ella se ponía en puntillas. Enseguida sintió la calidez de su boca y no se echó hacia atrás a pesar de que estaba temblando.

Este no fue un beso delicado como el primero, ni amistoso, ni dulce o vacilante. Fue exigente, manchado por la irritación que la dominaba después de verlo con otra mujer y por su propia reacción.

Si alguna vez se le había pasado por la cabeza que él la rechazaría, se había equivocado. Alioth la tomó por la cintura y la apretó más contra su cuerpo. Bri dejó escapar un suspiro y se estremeció cuando sintió cómo la mano de él se movía por la parte baja de su espalda.

Era inimaginable lo que un solo beso podía llegar a despertar. Mientras se devoraban mutuamente, Bri olvidó el motivo que la había impulsado a hacer aquello en primer lugar. El placer, la necesidad de más, el deseo que ningún otro le había despertado y su asombro al descubrirlo, lo nublaban todo. Ya no estaba enfadada ni molesta.

Y podrían haber continuado, ninguno de los dos hizo amago de detenerse. Hasta que un silbido de alguien que pasó a su lado los hizo volver a la realidad.

Se separaron y se miraron a los ojos durante unos segundos. Brianna abrió la boca para decir algo, pero no logró pronunciar nada. La agitación no había pasado y no sabía cómo controlar el revoloteo en su pecho y su estómago. Así que huyó. Salió de la casa y se paró de golpe al sentir la brisa fresca en su rostro.

Era agradable, cerró los ojos y respiró profundamente para serenarse. Pensó solo en lo bien que se sentía la frescura en contacto con su piel ardiente.

—Brianna.

Oyó su nombre y unos pasos cada vez más próximos. Sabía a quién pertenecían, pero no estaba segura de querer enfrentarse a él.

Volvió a emprender la marcha, pero no fue muy lejos porque él la alcanzó y la detuvo agarrándole un brazo.

—¿A dónde vas?

—Al coche, no quiero estar más aquí. Te estaba buscando para irnos, pero si estás muy ocupado, me iré sola.

Alioth estaba tan aturdido como ella, y lo entendió. No era para menos después de cómo se le había tirado encima antes de salir corriendo. Pero no veía en su rostro nada que lo ayudara a deducir cómo se sentía.

—Te acabo de explicar que le estaba aclarando las cosas a Lía, no seas así.

Sin que tuviera que pedirlo, el coche en el que habían llegado se acercó a ellos y el guardaespaldas que estaba detrás les abrió la puerta.

Bri entró primero y el príncipe la siguió, deslizándose en el asiento de su lado.

—¿Así cómo? Todo el mundo sabe que nos vamos a casar, que estamos comprometidos y en cuento me descuido te encuentro hablando tan amistosamente con tu ex... ¿amiga especial? No sé cómo llamarla.

Alioth ladeó la cabeza y se sentó más cerca. El coche se puso en marcha con el chófer y su acompañante en la parte delantera.

—Tenía que hacerlo —prosiguió sin importarle quién estuviese escuchando. Sabía que todo lo que hablaran allí estaba protegido. Él nunca había desconfiado de las personas que trabajaban para ellos ni de su lealtad—. Se lo debía. No éramos nada, pero teníamos algo. No podía ignorarla sin más.

Bri apretó los labios y guardó silencio porque no había nada que refutarle. Tenía razón.

—¿Y hay alguien más a quien le tengas que dar explicaciones? Me gustaría saberlo para estar preparada.

—Sabes que no —respondió con el ceño fruncido y le tomó la barbilla para obligarla a mirarlo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás molesta? No estaba haciendo nada malo y lo sabes. No actúes como si no me conocieras.

Brianna hizo que la soltara de un manotazo.

—Lo que ocurre es que no quiero que me dejes como una tonta. Me lo prometiste, me dijiste que no habría más mujeres. Nos vamos a casar y puede que nuestra relación no sea del todo normal pero no quiero que...

Él la detuvo, molesto, y alzó la voz más de lo normal.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te pasa hoy? Sabes que yo no te haría eso.

Bajó un poco la voz en la última frase y le acarició una mejilla al tiempo que se ponía a la altura de sus ojos.

—Perdona. No se volverá a repetir.

En el fondo, Brianna siempre había sabido la verdad. Pero los estúpidos celos, que nunca antes había reconocido como tales, le habían jugado una mala pasada.

Y ahora, con ese tono tan sereno con el que le hablaba, esa mirada seria y preocupada que tenía, se dio cuenta de que quería volver a besarlo.

Inhaló profundamente para controlarse y se regañó por ser tan estúpida.

—Está bien, lo siento. Tienes razón —balbuceó y se movió hacia un costado para tomar distancia.

Alioth arrugó la frente y contempló el espacio vacío que había quedado entre ambos. No se movió, y Bri lo agradeció en silencio, fingiendo no darse cuenta de nada.

—¿Entonces me besaste para marcar el territorio? ¿Fue un *besito de nada* para mostrar tu posición?

Brianna odiaba esas tres palabras. Lo miró ofendida, sintiendo el enfado que volvía a nacer en ella.

—No existo eso de un *besito de nada* —gruñó—. Ni este ni ningún otro. Un beso es un beso, Alioth.

—¿Eso quiere decir que me besaste porque querías besarme? ¿Eso tiene algún otro significado?

—No lo sé, ¿tiene algún significado para ti? —contestó a la defensiva y él quiso responderle algo, muy posiblemente con otra pregunta, y por eso ella lo cortó una vez más—. Estoy cansada, creo que voy a dormir. Despiértame cuando lleguemos al palacio, por favor.

Se giró hacia el lado de la ventana y cerró los ojos. Aunque sabía muy bien que dormir sería lo último que conseguiría en ese viaje, o esa noche.

Capítulo 14

Tal y como había predicho, esa noche no pudo dormir, y cuando por fin parecía que lo estaba consiguiendo, las mellizas habían ido a despertarla para salir de compras.

Y así, con su malhumor y el sueño que arrastraba, había tenido que soportar a su madre, a su futura suegra y a las otras dos jóvenes, que estaban mucho más ansiosas por la planificación de la boda que ella misma.

Cerca del mediodía, tras regresar del centro, Bri estaba bajando las escaleras para almorzar con la familia cuando vio a Alioth acercarse.

Le costaba mirarlo a la cara ahora que la euforia de la noche anterior había pasado y ella había tenido tiempo de pensar con claridad en la locura que había hecho besándolo. Se sentía algo avergonzada y esperaba que él no le hubiese dado demasiada importancia al asunto.

—Hola —dijo.

—Bri, ¿cómo te fue? Mamá ha dicho que ibais de compras —saludó él. Se detuvo un escalón por debajo de ella y Bri supo que había algo que no andaba bien.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad. ¿Qué sucede? Pareces... preocupado.

—¿Yo? No, no. Solo estoy cansado, he pasado toda la mañana trabajando con mi padre. Y anoche no dormí bien.

—Yo tampoco dormí bien anoche —contestó y apoyó las manos en sus hombros, aprovechando que estaba unos centímetros sobre él—. Y no me mientas, te pasa algo. Vamos, cuéntame.

Alioth sonrió y la tomó por la cintura con las dos manos. Bri se quedó estática, sintiéndose estúpida al reaccionar de forma tan exagerada a cosas que antes le pasaban desapercibidas.

—¿Para qué hablar de cosas feas? Iba a buscarte para salir, quiero llevarte a un sitio.

—Iba al comedor, nos están esperando para almorzar. Y me muero de hambre, entre la dieta que llevo por la intoxicación y mi madre, que no me ha dejado probar nada en toda la mañana porque dice que tengo que estar en forma para la boda, voy a desaparecer.

El príncipe soltó una carcajada y bajó un escalón caminando hacia atrás.

—Vamos, te llevo a comer y luego me acompañas.

—Pero ¿por qué no almorzamos aquí y vamos después? ¿Tienes mucha prisa?

—La verdad es que sí. —Alioth apretó los labios, pero enseguida regresó a su

expresión jovial—. Piénsalo, si te quedas te darán otra vez puré de calabaza y zanahorias. Si vienes, podemos conseguir algo sano pero más de tu gusto.

—¿Pero dónde iremos después? —Insistió contagiada por su aparente entusiasmo.

—Es una sorpresa, no insistas. ¿Me hace el honor de acompañarme, mi futura princesa?

Bri asintió y le tomó la mano, dejando que la condujera. Su corazón hechizado vibraba de expectación. Y ya no le importaba, pensó Bri al contemplar la sonrisa que Alioth le dedicaba. Tal vez así era como tenían que ser las cosas.

Quizás todo iría bien si dejaba de poner tanta resistencia y permitía que las cosas fluyeran a su ritmo.

Aún estaba encantada de haber tenido una comida decente después de tantos días cuando llegaron a ese camino de tierra en el medio de la nada. Miró por la ventanilla del asiento trasero e hizo una mueca.

—Maravilloso, ¿no? —dijo Alioth, y se acercó a su lado para mirar por la misma ventana. El conductor iba despacio y esquivando surcos en la angosta calle, pero aun así rebotaban en sus asientos de vez en cuando.

—Creo que no lo entiendo. ¿Dónde estamos?

—Lejos de la ciudad.

—Ya lo veo, pero, ¿por qué estamos aquí? En medio de la nada. ¿Estás seguro que estamos en el sitio correcto? —preguntó—. ¿Confías en este chófer? Si nos matan aquí nunca nadie nos encontrará.

Alioth rio y negó con la cabeza.

—¿De dónde sacas todas esas ideas? Sé a dónde estamos yendo, Bri. Tú confía en mí.

—No son tan descabelladas —se defendió, y siguió mirando hacia afuera—. Alguien quiere matarte y este lugar me da escalofríos. Estamos muy lejos y muy solos.

—Esa es la idea —susurró él cerca de su oído, y la hizo estremecer.

No más mentiras, pensó Bri. No sabía cómo era posible que con solo un beso hubiese cambiado su forma de pensar tan radicalmente, pero era cierto, no podía negarlo. El único problema que tenía ahora eran los sentimientos de él. ¿Cómo iba a conseguir adivinar si existía la posibilidad de hacer que él la correspondiera? Tenía miedo a arriesgarse a confesárselo todo y arruinar su amistad.

Prefería mil veces esconderlo para siempre que perderlo también como amigo.

Dejó de mirar hacia afuera y giró la cabeza hacia él, que todavía estaba muy cerca.

Aprovechó para estirarse hacia atrás de espaldas a él y descansar contra su pecho. No dijo nada, solo cerró los ojos y sonrió cuando sintió que sus brazos la rodeaban.

—Esto es perfecto —comentó sin pensarlo—. Podría dormirme de esta forma.

—¿Todas las noches?

—Tal vez —respondió, pícara, sospechaba que estaba jugando con ella como a él le gustaba cuando se daba la oportunidad—. Tal vez me duerma ahora mismo.

—Y te acompañaría si no fuese porque ya hemos llegado.

Bri se enderezó y volvió a mirar hacia el exterior, sin olvidar esa pequeña conversación que estaban teniendo.

No había podido imaginarse con qué se encontraría, pero lo que vio la sorprendió. ¡Una casa! Detrás de árboles viejos y en medio del campo, alejada y oculta de los ojos de cualquiera.

Les abrieron la puerta y bajó del coche sin poder salir de su asombro. Era grande y antigua. Había montones de hombres trabajando, iban y venían enfrascados en sus propios asuntos.

—¿Qué te parece? —preguntó Alioth.

—No lo sé, es lo último que esperaba. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Quería que la vieras. ¿No te parece un lugar increíble? Ahora mismo es un poco ruidoso porque están trabajando, pero cuando no hay nadie... Es pura paz, como el cielo mismo. Los sonidos de la ciudad no llegan hasta aquí, y tampoco tenemos vecinos... —Señaló a sus alrededores con una mano—. Es perfecto.

—Sí, es muy hermoso, pero, ¿por qué estamos aquí nosotros?

—Porque es nuestra. Era de mi madre, ella me la regaló. Pensó que nos gustaría.

Había muchas cosas extrañas allí, Bri frunció el ceño y volvió a mirar a sus alrededores.

—¿De tu madre? ¿Cómo es que ella poseía este lugar? Esta no es la casa de tus abuelos.

—No lo sé, pregunté, pero no quiso contestar. Dijo que es un regalo y debo aceptarlo sin hacer preguntas. Ya conoces a mi madre, tiene muchos misterios. Yo tampoco sabía que existía hasta hace tres días.

—¿No te parece que tu madre tiene muchos secretos?

Alioth torció el gesto con una sonrisa y le cogió una mano.

—Es una reina, casi es su deber tenerlos. Vamos, entremos. Creo que ya han limpiado, ahora están empezando con las reparaciones, pero hay un lugar que ordené específicamente que no tocaran.

La condujo primero por la planta baja y después escaleras arriba, por el primer piso, ambos estaban llenos de muebles antiguos pero impecables. Mientras lo miraba

todo a su paso, se preguntaba de dónde podría haber sacado la reina ese lugar, o más bien, por qué lo había conservado oculto de esa forma, tanto que ni su hijo supiese de su existencia.

En medio del pasillo de arriba, Alioth se detuvo frente a una puerta y la abrió dejándole espacio para que entrara.

Era una habitación. Lo primero que vio fue el ventanal, que llegaba hasta el suelo, y después la cama inmensa junto a este.

—¿Esta es la habitación principal?

—Eso supuse, es la más grande.

—Es preciosa. Todo aquí es muy hermoso, Alioth.

—¿Tanto como para vivir aquí?

—Sí, no podría haber soñado con un lugar más bonito. ¿Esto significa que estaremos solos? —preguntó y se dirigió hacia un tocador que llamó su atención por su diseño del siglo pasado—. Porque si es así, vamos a tener que hacer clases de cocina para no morir de hambre. Yo no sé hacer nada más que sándwiches, y tú tampoco. Y por no hablar de todo lo que hay para hacer en una casa como esta.

Alioth se acercó riendo y se paró detrás de ella. Bri pudo verlo por el espejo del tocador y sus ojos se encontraron allí.

—Tendremos ayuda, por supuesto. Solo la mínima necesaria, me crié en un palacio lleno de gente. Necesito un cambio, un respiro. ¿Y qué mejor que contigo a mi lado?

—Sí, es perfecto. Es una idea magnífica —susurró Brianna sin dejar de mirarlo a los ojos a través del reflejo.

—Míranos —musitó—. Sé que haremos un gran equipo. Siempre hemos sido un gran equipo.

Ella lo escuchó y obedeció. Observó cómo se veían juntos, algo a lo que nunca le había prestado la debida atención.

—Somos un gran equipo —dijo—. Y por eso todo debería ser sincero.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Alioth, vacilante.

—Tus besos. Si me vas a besar, Alioth, más te vale que lo hagas de verdad. No más juegos.

Se miraron a los ojos, sin parpadear.

—Como deseas —musitó él y procedió a cumplir sus demandas.

La tomó con fuerza por detrás de la cabeza y la atrajo para besar sus labios. Con el otro brazo le rodeó la cintura e hizo que todo el cuerpo de Brianna quedara sobre el suyo como único lugar de apoyo. Ella no tardó en responderle y, saliendo de su asombro inicial, le devolvió el beso con la misma intensidad y euforia.

¡Eso era lo que quería! Le dijo una pícara vocecilla en su cabeza.

Le encantaba. Estaba cautivada. Le habría suplicado que no se detuviera nunca si hubiese forma de hacerlo sin dejar de besarla. Estaban tumbados en la cama, ella tenía las manos sobre su pecho y flexionó los dedos, agarrando con fuerza su camisa en la fantasía de arrancarla para poder tocar su piel y eliminar otra barrera.

Alioth tomó el control e hizo que girasen para cambiar de posiciones y quedar sobre ella. Bri disfrutó al sentir su cuerpo encima y lo abrazó, acariciándole la espalda y uno de los brazos que él utilizaba para sostenerse mientras que con el otro recorría el contorno de su cuerpo.

—¿Es este un beso de verdad? —inquirió. Bri no iba a responder, pero al notar que él no volvía a besarla, se obligó a abrir los ojos.

En su mirada pudo ver el mismo deseo que ella sentía. No era la única que sentía aquello.

—No lo sé, no me estás besando ahora mismo.

Alioth negó con la cabeza y volvió a bajar la cabeza para apoderarse de su boca una vez más. Le dio un beso largo e implacable, profundo y ardiente. Lo hizo a propósito, no se detuvo ni se alejó un milímetro hasta que ella tuvo que empujarlo para poder tomar una bocanada de aire.

—¿Qué me dices ahora? —la desafió.

Pero Brianna no iba a dejarle ganar.

—No, dímelo tú. ¿Qué tal? ¿Ha sido *algo* o no ha sido *nada*?

—Ha sido algo, mucho más que eso.

—Sí —coincidió, contenta y orgullosa de sí misma por haber tenido la valentía para enfrentarlo y andarse sin rodeos. Era el cambio que ansiaba, aunque le aterraba dar un paso equivocado—. Yo también lo creo. Y me encanta ese *algo*. Por favor, dime que te pasa lo mismo y que no estoy estropeando nada por hablar de más.

A Bri se le heló la sangre cuando Alioth se puso más serio y se levantó de la cama. La invadió un sentimiento de pérdida y desilusión, y empezó a pensar que tenía que escapar de allí lo antes posible.

Pero él detuvo todo eso cuando estiró una mano, invitándola a levantarse también.

—Ven.

—Lo acabo de arruinar todo —se lamentó ella.

—Sí —sostuvo y le acunó las mejillas con las dos manos—. Pero no como crees. No es tu culpa, es mía. He esperado demasiado.

—No te entiendo.

—Ese es el problema, nunca lo has entendido. No lo viste y yo no me atreví a ser directo por miedo a perderte. Aunque lo deseaba, Brianna, créeme que deseaba decírtelo todo de una vez.

—¿Decirme qué? —balbuceó con el corazón acelerado.

—Que te amo —soltó Alioth como si ya no le fuese posible retenerlo más. Como si se estuviese liberando de un gran peso. Se puso de rodillas y se sujetó a ella por las dos manos—. Que te he amado toda mi vida. Desde que te conocí el primer día de clases hasta hoy, nunca dejé de amarte en silencio. Y no voy a dejar de hacerlo nunca. Lo intenté, luché contra ello, pero solo conseguí amarte más.

Bri quería decir algo y nada salía de sus labios. Acababa de sufrir una sacudida, era como si el mundo entero hubiese temblado, y en cierta forma lo había hecho.

—No hay remedio —agregó Alioth con una media sonrisa, y se puso de pie—. No tiene cura.

—¿Por qué...? ¿Cómo puedes amarme si soy un desastre? Esto no es lo que esperaba... yo... yo quería que te enamoras de la persona que voy a ser, alguien que merezca la pena amar. Alguien digna de ti.

—No, Brianna, mi amor por ti va mucho más allá de lo que hagas con tu vida. Puedes cambiar muchas cosas, puedes dejar de hacer algunas y comenzar con otras nuevas, pero en el fondo siempre serás tú. Esa niña, esa joven, esa mujer que me llenó de luz y me enseñó a vivir y a ver las cosas a su modo. Encontré en ti a alguien con quien ser libre, lo entiendes, ¿verdad? ¿Sabes de qué estoy hablando?

Sorbió por la nariz porque sus palabras la estaban haciendo llorar, y asintió varias veces.

—Sí, lo sé. Es por eso que somos amigos. Yo creía que así se sentían todos los amigos, pero hace poco me di cuenta de que no era así. Nunca fuimos solo amigos, eres demasiado importante para mí, eres mucho más. Creo que no quería verlo, que me asustaba.

—Yo creo que el amor es así, por lo menos yo estoy aterrado.

—¿En serio? —inquirió—. ¿Tú? ¿Por qué?

—Porque ahora que te lo he dicho, tengo más miedo a perderte que antes.

Capítulo 15

Bri sonrió y lo abrazó apoyando la cabeza en su pecho, pero volvió a mirarlo de frente cuando habló.

—No vas a perderme, y menos ahora. Te dije que voy a esforzarme por tener lo que quiero, por merecerlo. Y a quién quiero es a ti. Nos vamos a casar y vamos a vivir en esta casa tan hermosa y llena de misterio.

Él asintió y la tomó por las mejillas.

—Sí, tienes toda la razón.

Después de recorrer la propiedad, que contaba con un amplio campo además del pequeño bosque que dejaba la casa oculta a ojos del que pasara por la carretera, volvieron al palacio cuando la tarde estaba cayendo.

Con cara de malas noticias, Ana los interceptó antes de que llegaran a las escaleras, poniéndolos en alerta con su expresión y la forma en la que apretó los labios antes de empezar a hablar.

—Hay alguien que quiere verte —le dijo a Brianna directamente y le lanzó una mirada hacia su hermano—. Jess y yo lo hemos intentado todo para que se marchara, pero hace cuatro horas que se sentó en el sillón del salón blanco y no se ha movido de allí. Es muy... persistente.

—¿Me está buscando a mí? —preguntó Bri.

Ana no pasó por alto sus rostros, algo cambiados, y alzó las cejas mientras los estudiaba.

—Sí, a ti. Pero tal vez... Alioth podría ir y decirle que...

—No —la interrumpió su hermano—. Brianna irá, ella tiene que hacer esto.

La joven pelirroja se giró hacia él, confundida.

—¿Cómo? ¿Quién es? ¿Tú lo sabes?

—Me temo que sí —compuso serio y esquivo—. Ve. Estaré en mi cuarto cuando termines.

—No entiendo nada, Alioth... —Quiso pedir una explicación, pero él negó con la cabeza y le dio un pequeño beso en los labios antes de dar la vuelta y subir las escaleras sin agregar nada más.

Bri entró al salón blanco y miró hacia todos lados buscando a la persona en cuestión. El salón blanco era amplio y hacía honor a su nombre. Había un hombre de espaldas a ella, con las manos en la espalda mientras miraba por la ventana hacia los jardines. Bri no pudo reconocerlo.

—Disculpe, señor. ¿Me está buscando a mí? —se atrevió a preguntar.

El misterioso caballero no respondió enseguida y hasta tardó en girarse. Pero a Brianna le bastó con ver su perfil para reconocerlo y quedarse helada.

—Arthur —pronunció sin proponérselo y tragó cuando sintió que su garganta empezaba a cerrarse.

—Hola, Bri—dijo él y sonrió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Acaso no es obvio?

—No, no lo es. ¿Qué rayos estás haciendo aquí? —repitió con más ímpetu.

—He vuelto. He vuelto por ti. Oí las noticias y cogí el primer vuelo que encontré.

Brianna soltó una risa nerviosa y sacudió la cabeza sin creerse lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía alguien llegar de repente y arruinar un día perfecto? ¿Cómo podía atreverse?

—Estás bromeando, ¿verdad?

Arthur apretó los labios y se aproximó a ella.

—Bri, escúchame. Sé que estás disgustada, sé que te hice daño, pero...

Una vez más se negó a que la tocara y lo apartó de un manotazo.

—¡No! ¡Tú no sabes nada! ¿Por qué crees que tienes derecho a aparecer en mi vida cuando todo es perfecto? ¿Qué haces aquí, Arthur?

—He venido por ti. Daniel me ha contado lo que está pasando, no te puedes casar con él. No me creo eso de que estás enamorada de él. Dime qué es lo que ocurre de verdad, ¿son tus padres? ¿Ellos te están presionando? No tienes que hacerlo, yo estoy aquí, ya he vuelto. Lamento no haberlo hecho antes, pero...

—Vete. Por el amor de Dios, vete y déjame en paz. No te costó mucho dejarme la primera vez, ¿no?

—Bri, por favor. No hagas esto. Las cosas no son así y tú lo sabes.

Lo empujó, furiosa e indignada. No quería escucharlo más, solo conseguía remitirla al tiempo en que se había quedado devastada cuando él la había dejado para marcharse a Londres.

—Vete, Arthur. Vete ya —rogué casi en un susurro.

—No —respondió de la misma forma y se puso más cerca, con los labios sobre su mejilla—. No voy a ir a ningún lado, voy a hacer que cambies de opinión. Él nunca podrá amarte como yo, ¿acaso ya has olvidado todo lo que hicimos juntos? Te prometí que nos casaríamos, que formaríamos una vida juntos, que seríamos felices, y que tendríamos todo lo que siempre soñamos.

—Pero te fuiste —replicó sin moverse.

—No podía vivir bajo la sombra de mi padre para siempre, creí que lo

entenderías. Necesitaba ser alguien en este mundo para poder darte todo lo que merecías. Y ahora lo soy, tengo una carrera increíble, y me siento orgulloso de todo lo que he conseguido.

—Bien por ti —dijo con sarcasmo y lo miró a los ojos—. Me alegra que haberle hecho caso a mi padre te haya hecho feliz.

Brianna había descubierto que su padre había sembrado todas esas ideas en su cabeza y siempre lo había odiado por ello. En gran parte, toda su reticencia a casarse o salir con alguien decente después de Arthur siempre se había debido a eso, era su castigo hacia los señores Collingwood por haberla alejado del hombre al que amaba.

—Pero él tenía razón, no tenía nada para ofrecerte. Todo provenía de mi padre y estaba bajo su control. ¿Ese era el hombre con el que querías casarte, Bri?

—Quería estar contigo, te quería a ti. —Sorbió las lágrimas, pero algunas mojaron las manos de él—. No me importaba nada más, podrías haberme esperado un año para que pudiera ir contigo. Podrías haberte ido sin necesidad de acabar con todo lo que teníamos.

—No habría sido justo para ninguno de los dos y lo sabes. Muy en el fondo lo entiendes, yo sé que sí. —Se inclinó más, sus labios serpentearon por su mejilla y también su nariz que le hizo cosquillas. Era lo que hacía, así la seducía y la conquistaba—. Te quiero, por favor, perdóname. Voy a recompensarte toda la vida, te lo juro.

Brianna se quedó helada cuando sintió ese mismo roce sobre su boca. Le tomó un segundo reaccionar y otro levantar la mano para abofetearlo.

—¿Cómo te atreves? ¿Tan estúpida crees que soy? —Alzó la mano izquierda y dejó el anillo de compromiso a la vista—. ¿Ves esto? ¿Sabes lo que significa? Me voy a casar con un hombre que me ama y me respeta tanto como yo a él.

La expresión de Arthur se endureció.

—¿Tú lo amas?

—Sí, Arthur.

Él asintió.

—¿Y a mí? ¿Todavía sientes algo por mí?

La pregunta la pilló desprevenida y no supo qué contestar. No lo había pensado, un mes antes habría dicho que sí, que, a pesar de todo, todavía lo quería.

—Todavía hay esperanzas entonces —agregó Arthur, e interpretó su silencio como un sí.

—No, Arthur. No las hay —pronunció decidida—. Si de verdad te importo todavía, vas a alejarte y dejarme rehacer mi vida con Alioth.

Salió de la habitación. Escuchó que Arthur la llamaba desesperado. Ella no miró

atrás. Subió las escaleras y caminó hasta la puerta del cuarto de Alioth. Él había dicho que la esperaría allí.

Vio que los guardaespaldas de Alioth no estaban. Se volvió hacia uno de los guardias que estaba junto a la puerta de Jessania.

—¿Dónde está Alioth? No está en su cuarto, ¿verdad?

—El príncipe ha salido, señorita Collingwood. Hace unos diez minutos — respondió el joven.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé, señorita.

Bri supo que algo no iba bien. No podía haberse ido mientras ella estaba hablando con su ex novio en el piso de abajo. Alioth no haría eso.

—¿Al menos sabes si salió del palacio o todavía está aquí?

—Creo que se llevaban el coche, señorita.

Capítulo 16

Brianna no había conseguido enterarse de dónde había ido Alioth. No había forma de comunicarse con él y los del equipo de seguridad no habían querido contarle nada.

Al final, volvió a meterse en la cama cansada de dar tantas vueltas en el cuarto y en su cabeza. Después de un rato abrió los ojos y se encontró con la persona a la que había estado esperando durante horas. Todavía no entraba sol por la ventana.

—Bri, ¿estás bien? —preguntó él.

Brianna hizo una mueca.

—¿Tienes idea de cuántas horas he estado esperándote? Preocupada por no saber dónde estabas, furiosa porque no me habías avisado de que te ibas cuando me prometiste que estarías aquí esperándome.

—No creí que fueses a regresar.

Bri se levantó de la cama y lo siguió. —No creías que fuese a regresar —repitió—. ¿Y por qué rayos ibas a pensar eso? ¿Qué creías que iba a hacer, que me iba a ir así, de repente, con Arthur? ¿Que iba a dejarte por él?

—No sabía qué pensar —musitó volviéndose hacia ella.

Ella estaba anonadada.

—Sabías que estaba aquí y me sacaste corriendo para que no me lo encontrara. Cuando volvimos sabías que era él y me enviaste para que me enfrentase a él yo sola.

—Creí que era lo que querías, yo no tenía nada que hacer ahí.

—¿Qué no tenías nada que hacer allí? No digas tonterías, claro que tenías que estar allí conmigo. Eres mi prometido, nos vamos a casar. Tenías que estar a mi lado para dejarle claro que no tiene ninguna oportunidad.

El rubio sacudió la cabeza a ambos lados.

—No, Brianna. Hice lo que tenía que hacer. Te di la oportunidad de elegir con quien querías estar. Sin presiones. Te quiero y no voy a ser tan egoísta como para atarte a mí y mantenerte a mi lado solo porque te veas obligada a hacerlo.

—Pero te fuiste, cuando volví ya no estabas. Me dejaste sola cuando más te necesitaba.

—Tenía miedo y no quería hacer ninguna tontería. No sabía cómo resistir las ganas de entrar en ese salón y sacarlo a rastras del palacio.

—Eso es lo que deberías haber hecho. Me habrías hecho muy feliz. Él lo necesitaba.

—¿Eso quiere decir que...?

—¿Que te elijo a ti? —Bri terminó la frase por él—. Sí. Claro que sí. Una y mil veces.

Bri sonrió y se puso de puntillas para besarlo. Fue un beso fugaz, se alejó enseguida, asustada por el tremendo olor a alcohol.

—Espera —dijo deteniéndolo a regañadientes.

—Tienes razón, lo siento —balbuceó Alioth apartando las manos de su cuerpo.

—No seas tonto. —Bri se rio y no se resistió a darle un beso fugaz antes de volver a hablar—. Es tu camisa, apesta a humo y me distrae. Me gusta el sabor a alcohol en tu boca, es *sexy*, pero eso no.

Alioth movió la cabeza hacia su hombro y arrugó la nariz al sentir el olor.

—Sí, debería darme un baño para sacarme todo esto. Es asqueroso.

Ella negó con la cabeza y estiró la mano hacia los botones de la camisa.

—No, ahora no. Hay una forma más fácil de solucionarlo —dijo mientras los desabrochaba uno a uno.

Cuando acabó con toda la fila, y bajo la curiosa mirada de su prometido, pasó a cada puño y desabrochó también esos. Alzó la vista hacia sus ojos y lo rodeó hasta quedar detrás de él.

—¿Ves? —susurró, después de quitarle la camisa y arrojarla al suelo—, así es mucho más fácil y rápido.

Le rodeó el cuerpo con los dos brazos y posó las palmas abiertas en su abdomen. Besó todos los rincones de su espalda ahora descubierta. Le habría gustado llegar a su cuello, pero su altura no se lo permitía. Con la yema de los dedos recorrió su pecho aún sin verlo, pero sintiéndolo todo. Le encantaba poder disfrutarlo así, sin prisas y con la certeza de que lo recordaría al día siguiente, todos los días de su vida.

—No creo que sea el momento —comentó él.

—Y yo no creo que haya uno mejor que este —replicó con una sonrisa—. Tú eres todo lo que necesito para que sea perfecto.

—Hace dos minutos no podías estar más furiosa conmigo. Y ahora quieres...

—Que me hagas el amor —respondió Bri—. Olvidémonos de todo por esta noche, solo tú y yo. El mundo no existe. Mañana volveremos a la realidad y hablaremos de todo lo que queda pendiente.

Alioth le recogió el cabello del rostro.

—¿No tendrías que ser tú la que dice que es muy pronto?

—¿Muy pronto? Me has esperado quince años, ¿cuánto tiempo más necesitas?

—Yo no diría quince....

La joven pelirroja soltó una carcajada y volvió a darle un beso.

—¿Puedo? —preguntó él, al tiempo que levantaba el dobladillo de la parte

superior del pijama. Tras la confirmación de ella, acabó de quitársela por completo.

Había soñado una y mil veces con verla así, solo para él. Sus dedos se movieron solos por toda la superficie de su piel, sus brazos, su abdomen. Le besó el cuello y descendió por el contorno de la clavícula. Pensaba saborear cada centímetro de tal manera que todo detalle quedaría grabado en los dos, impregnado en todos sus sentidos.

—Te amo. —Volvió a tomar sus labios con ansias, en un beso profundo y apasionado.

Bri suspiró, deleitada.

—Hazme el amor —pidió una vez más en forma de susurro y con los ojos cerrados.

Alioth no contestó, reclamó su cuerpo todo para él, la liberó del sostén y lo dejó caer al suelo. Sin prisa, observó embelesado su torso desnudo, más hermoso incluso de como lo había imaginado en sus fantasías.

Bri le dio un momento para apreciarla, pero luego fue ella quien tomó el control y se pegó a él, aplastando los senos contra su pecho. Lo encendió más y él le devolvió el favor besándola hasta derretirla.

Llegaron a trompicones a la cama donde Alioth continuó haciendo todo lo posible para cumplir su objetivo, sumergirse en ella, en su suavidad y su calor, hacerla sentir la mujer más amada sobre la tierra.

Capítulo 17

Alioth se despertó a la mañana siguiente a causa de los insistentes golpes en su puerta. Los ignoró durante un rato y se dedicó a mirar a la hermosa mujer que tenía entre sus brazos aún dormida. Le besó el cabello y la apretó más contra su cuerpo.

Sin embargo, no pudo seguir ignorando los aporreos a la puerta cuando estos se volvieron más fuertes y Brianna empezó a removerse también. Casi no habían dormido la noche anterior, estaba seguro de que habían conciliado el sueño justo cuando había empezado a amanecer y tenía la firme convicción de descansar durante toda la mañana.

Con esa idea, se levantó de la cama y se enfundó un pantalón para atender los golpes con una pequeña idea de quién podría tratarse.

—Mamá —soltó—. ¿A qué se debe tanta insistencia?

Consternada, la mujer lo miró de pies a cabeza.

—¿Por qué has tardado tanto en contestar? Estaba a punto de llamar a los guardias para que tirasen la puerta abajo. Estaba cerrada y tú no salías.

Alioth soltó una risa, entre indignado y divertido por la forma tan particular que tenía su madre de preocuparse.

—La puerta estaba cerrada porque a veces me apetece tener un poco de privacidad y no he salido antes porque estaba durmiendo. ¿Tanto te cuesta de creer, mamá?

—Con todo lo que está sucediendo me parece lógico preocuparme por mi hijo. ¿Cómo iba a imaginar que estabas durmiendo a estas horas? Son las diez y media de la mañana. ¿Brianna está contigo? Pasé por su habitación y tampoco está allí, ni siquiera parece que haya dormido en su cama —comentó, y lo observó con particular curiosidad.

El príncipe apretó los labios para reprimir la sonrisa que quería formarse en su cara al pensar en ello.

—Sí, está aquí. Mira, mamá, lamento que te hayas preocupado. Pero ya ves, estoy bien. ¿Me buscabas por alguna razón o solo querías comprobar que estoy vivo?

La mujer no dio el brazo a torcer, era tan testaruda y persistente que siempre acababa sacándolo de sus casillas.

—¿Brianna ha pasado la noche aquí?

—Sí, madre. ¿Eso es un problema?

—Supongo que no, os vais a casar en muy poco tiempo. Aunque lo ideal sería que no estimulaseis los cotilleos del servicio, Alioth. Hay muchas cosas en juego. En fin, solo quería informaros personalmente de que es necesario que estéis presentes en el

almuerzo, y no estaremos solos. Tu padre ha sumado a alguien de confianza a la investigación por los atentados contra ti y quiere hablar con todos nosotros.

La hora del almuerzo estaba muy cerca y Alioth no se sentía preparado para volver a la realidad.

—¿Tiene que ser hoy? ¿No puede ser más tarde? En la cena, tal vez.

La reina lo detuvo.

—Ya está todo organizado, Alioth.

—Está bien. Estaremos allí. ¿Algo más, mamá?

—Nada más cariño, eres libre de regresar con tu novia. Me alegra saber que al fin estás haciendo algo para conseguir lo que deseas.

Se marchó y lo dejó congelado unos segundos, sorprendido por lo que acababa de oír. Como de costumbre, no entendía lo que su madre había dicho, ¿lo estaba halagando o era una forma sutil de sermonearlo?

Volvió a la cama y Brianna preguntó quién estaba en la puerta.

—He tenido que atender a mi madre, no dejaba de molestar.

Bri soltó una risa y se sentó en la cama para verlo de frente, despierta por completo. —¡No me digas que nos ha visto! Tendrías que haberme despertado, me moría por ver su cara. ¡Ya me la estoy imaginando!

—No, Bri. No la he dejado entrar.

—¿Por qué? —inquirió desilusionada—. Habría sido divertidísimo.

Alioth rio y negó con la cabeza. —De todas formas, sabe que pasaste la noche aquí, fue a buscarte a tu cuarto y notó que no habías dormido allí. Quiere que bajemos a almorzar con ellos porque tenemos un invitado. Parece que papá ha contratado a alguien más para que ayude a los de seguridad con la investigación.

—¿Y tenemos que almorzar con él? ¿Tan importante es?

—Eso parece —contestó Alioth y cambió de tema rápidamente—. Pero aún hay tiempo hasta el mediodía. ¿Qué quieres hacer?

Se inclinó hacia ella y se detuvo justo antes de que sus narices se rozaran. Brianna ladeó la cabeza y se tomó un momento antes de sonreírle con picardía.

—Contigo, muchas cosas.

—Eres libre de hacer conmigo lo que quieras, ya te lo dije.

—Aunque quiero —confesó, pero después su expresión se volvió seria—, tenemos que hablar de algunas cosas.

No había escapatoria. Conocía muy bien esa expresión en el rostro de su prometida, cuando estaba decidida a hacer algo, no había nada que hiciera que cambiara de opinión.

—Está bien. Dime. ¿Qué es lo que te tiene tan inquieta?

—Arthur —dijo ella—. Ayer. Me besó.

El joven rubio permaneció sin pestañear y la contempló en silencio sin siquiera mover un músculo. Le llevó un momento procesar lo que Bri acababa de decirle, no era lo que esperaba. En realidad, no había sabido qué esperar, no lo había considerado en serio. Estaba rebotante de felicidad y aquello le había nublado la mente.

—Él te besó —repitió como un tonto.

—¡Sí! Pero te juro que lo abofeteé en cuanto reaccioné. Lo alejé enseguida de mí. Lo tomó por las dos mejillas y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

Bri lo miró como si estuviera loco.

—¿Preferirías que te lo ocultase? ¿Quieres que tenga secretos contigo?

—Claro que no, lo siento. De verdad, no puedo creer que se atreviese.

Alioth supo que, si tenía un enemigo más grande que el responsable de los atentados contra su vida, ese era Arthur Hamilton. Tendría que ir con mucho cuidado, estaba claro que no iba a rendirse tan fácilmente.

—No estás molesto conmigo, ¿no? Quise decírtelo anoche, pero...

—Está bien.

Bri dejó escapar una risita.

—Pero ya me ocupé yo de él. Además, le dije todo lo que necesitaba escuchar.

—Ahora quiero que me prometas algo —agregó—. Quiero que me prometas que no volverás a salir y emborracharte solo porque no estás seguro de mi amor. Pase lo que pase, prométemelo.

—Lo prometo. Por nosotros.

Ninguno de los dos estaba muy entusiasmado con la reunión del rey y la reina para almorzar, pero les intrigaba saber qué tenía de especial aquel invitado para que su majestad insistiera en reunirlos a todos.

Bri se percató de cómo los cuatro miembros de la familia real y los empleados estaban ya presentes en el comedor.

—¿Y, dónde está el misterioso invitado? me muero de curiosidad —comentó Bri.

—Acaba de llegar —respondió Ewen.

Todas las cabezas giraron casi de forma sincrónica. No se trataba de ningún extraño.

Las mellizas juntaron las cabezas y empezaron a cuchichear enseguida a pesar de

los intentos fallidos de Arlet de obligarlas a callar.

No podía ser él. De todos los hombres en el mundo, ¿en qué rayos estaba pensando Ewen para contratarlo a él?

—¿Qué hace él aquí? —demandó Alioth y fulminó con la mirada al recién llegado—. Creí que tenías a alguien de confianza para tratar asuntos privados, ¿no fue eso lo que dijiste, madre?

—Sí, Alioth. Eso dije, por las buenas referencias que nos llegaron desde Londres y lo allegadas que han sido siempre nuestras familias, tu padre decidió contratar al señor Hamilton.

—Yo no creo que sea una buena idea, y mucho menos creo que él sea digno de confianza.

Arthur logró imponerse a él antes de que nadie volviese a hablar.

—Tal vez en el pasado tuvimos algún problema, alteza, pero esto no tiene nada que ver. Estoy aquí para hacer mi trabajo. Si duda de mis habilidades, puede ponerse en contacto con mis antiguos jefes en Londres como hizo su majestad.

—No creo que sea necesario —intervino Ewen—. Tome asiento, Señor Hamilton, por favor.

—No entiendo qué estás haciendo aquí. Creía que en Londres trabajabas en la embajada, con diplomáticos, políticos y todas esas... cosas—exclamó Brianna.

El hombre sonrió.

—¿Recuerdas que mientras terminaba mi carrera en Relaciones Internacionales hice la de Criminología? En la embajada en Londres hice algunos contactos y empecé a trabajar en un centro de investigaciones. Planeo hacer lo mismo aquí también ahora que he regresado para quedarme.

—¿Has hablado con alguno de los miembros del Consejo que te recomendé? —le preguntó Ewen a Arthur para atraer la atención de todos.

—Sí, majestad. He hablado solo con dos de ellos por ahora. Es más, esta mañana visité al señor Andersen. Como usted indicó, le dije quién soy y que trabajo para la Embajada en Londres, me recibió muy bien, un hombre muy amable. Muy conservador, según pude ver. Exactamente como usted lo describió.

—¿Cree que puede tener algo que ver con los atentados, entonces?

—Es muy pronto para afirmar algo así. Sin embargo, mi visita fue más provechosa de lo que podía imaginar. Pude enterarme de algo que, de otro modo, no habría llegado a su conocimiento hasta mucho más tarde.

Sacó de un bolsillo interno de su chaqueta un sobre marrón y se lo entregó al rey. —Esto llegó justo cuando estábamos hablando. Me ofrecí a hacer averiguaciones para él con total confidencialidad. Necesitaba una excusa para poder mostrárselo a usted.

Brianna pensó que del sobre saldrían papeles, pero el sobre era demasiado pequeño para guardar documentos. En efecto, cuando Ewen lo abrió sacó de allí lo que parecían ser unas fotos.

El rey se quedó en silencio mirándolas, y todos dejaron de comer mientras aguardaban que él compartiera con ellos algo de información.

—No lo entiendo, ¿qué es esto? ¿Quién las envió?

—El señor Andersen tampoco lo sabía. Llegó sin ninguna nota. Creo que, si pudiésemos encontrar la forma, sería útil saber a quién más le llegaron; estoy seguro que no fue el único en recibirlas.

—Su objetivo, sea quien sea, es obvio. Como no han conseguido borrarlo del mapa, quieren desprestigiarlo —comentó el rey y las volvió a poner en el sobre. Pero no fue a Arthur a quién se las pasó, sino a Alioth.

Bri se inclinó hacia él llena de curiosidad y sin molestarse en disimularla. Ella también tenía derecho a saber de qué se trataba.

Lo primero que apareció fue una hoja del tamaño del sobre y en ella, una sola frase en marcador negro.

«Anoche, Olive Club»

—¿El Olive Club? —preguntó Brianna. —¿Qué sucede? ¿Sabes qué es eso? —preguntó a su prometido.

—Puedo imaginarlo —contestó Alioth y cerró los ojos.

Extrañada, sin siquiera figurarse de qué se trataba, Brianna arrugó la frente y lo observó esperando alguna pista más. Pero como no lo hizo, soltó un suspiro y le quitó el sobre.

—Dame eso, no puede ser tan malo —dijo Brianna.

Vio la primera foto. Su ceño fruncido se acentuó cuando vio la imagen que apareció ante sus ojos, pasó a la siguiente, y luego otra más, y así hasta que las vio a todas en cuestión de segundos.

Era Alioth y eran fotografías de la noche anterior. Lo sabía porque llevaba puesta la misma camisa con la que había llegado a su cuarto, esa que le había quitado porque apestaba a humo. No estaba solo. En la primera imagen había una rubia muy cerca de él, en una postura sugerente que no podía ser confundida con nada más, y en las demás se estaban besando. Pegados el uno al otro, la rubia lo abrazaba por el cuello y él le rodeaba la cintura con los brazos. Era Lía.

—Bri, eso no es...

—Cierra la boca —siseó y movió el brazo cuando apoyó una mano sobre ella—.

¡No me toques!

Se levantó de golpe haciendo que la pesada silla de madera chirriara sobre el suelo. Le lanzó las fotos a Arthur en la cara, lo cual lo tomó por sorpresa y lo hizo retroceder.

—¿Estás feliz ahora? Esto es lo que pretendías ¿no? ¡Eres un imbécil!

Volvió a gritar. Cogió una foto que había caído en la mesa cerca de sus manos y volvió a lanzársela.

—Ahora te odio más que antes.

Se golpeó con el costado de una de las sillas cuando giró para salir de allí, pero eso no la frenó. Pasó entre los guardias, que se abrieron para no interponerse en su camino, y siguió caminando con paso apresurado.

Cuando llegó a la escalera, Alioth la alcanzó, pero Bri siguió subiendo sin mirarlo. Con la vista fija en los escalones, se concentró en ir más deprisa y respirar.

—Detente ya, por favor. No te pongas así, no pasó nada, te lo juro.

—No le llamaría nada a lo que acabo de ver —espetó cuando llegó a la segunda planta, pero no se detuvo.

—Había bebido mucho, estaba hecho un desastre. Se acercó, me vio así de afectado y lo aprovechó. Me besó y le respondí, sí. Fui un estúpido, lo siento. Pero no ocurrió nada más, no significó nada.

Por fin pudo llegar a la puerta de su cuarto y no miró atrás cuando entró. Ni siquiera intentó cerrar la puerta porque lo tenía pegado a sus talones, pero él sí lo hizo después de entrar.

Se sentó en la cama, se quitó los zapatos y los tiró. Alioth se movió para esquivarlos cuando pasaron volando a su lado. Luego se acercó a ella.

—Bri, por favor. Mírame. Tienes que creerme. Me conoces.

La joven soltó una risa mezclada con llanto.

—Sí, te conozco. Y sé cómo eres con ella. ¿Cómo sé que no te la llevaste al coche después?

—No puedes creer eso, es una tontería. Te amo, Brianna. A ti, solo a ti.

—¡No es ninguna tontería! —Volvió a gritar y se puso de pie para alejarse—. ¡Me mentiste! Yo te conté lo de Arthur, que sí fue una tontería. Pero no dudé ni un segundo en decírtelo porque así somos nosotros, no tenemos secretos. O eso creía. Eras el único en quien podía confiar y ahora ya me queda ni eso.

No solo estaba molesta, estaba herida.

—Puedes confiar en mí, en el fondo sabes que sí. Nunca te haría eso. Yo...

—¡No me digas que me amas! ¡Eso no soluciona nada! Son solo palabras. También me amabas antes mientras te acostabas con ella y muchas otras casi delante mío.

Sin retener más las lágrimas se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la madera de la cama. Juntó las rodillas a su pecho y escondió el rostro entre sus brazos. Lo sintió cerca y se encogió más cuando le acarició el cabello.

—Por favor —rogó. —¿Qué puedo hacer para arreglarlo? Lo siento mucho, debí decírtelo todo. No quería mentirte, pero tenía miedo de hacerte daño. No llores, Bri. Por favor, no llores. Voy a arreglarlo todo, te lo juro.

—Quiero estar sola, vete —musitó Brianna sin mirarlo.

Él lo dudó, tardó un momento en ponerse de pie y otro más en dar el primer paso, pero finalmente se marchó, y cuando oyó el clic de la puerta al cerrarse, Bri se atrevió a levantar la cabeza.

Estaba sola, como había pedido.

Se permitió desahogarse, lloró con fuerza, sintiendo toda la presión que ejercía ese nudo que tenía en el pecho.

¿Por qué cuando por fin eran felices tenía que pasar algo horrible? Tendría que haber sospechado que todo estaba siendo demasiado perfecto. Esa noche que habían pasado, esas caricias y los besos que habían compartido. Le había hecho el amor, la había hecho sentir amada, respetada, adorada, especial, algo que no recordaba que le hubiese pasado nunca.

Todo era como un sueño, y entonces Bri recordó que uno siempre acababa despertándose de todo sueño.

Capítulo 18

Pasó los siguientes cuatro días recluida en su habitación. No quería hablar con nadie ni ver a nadie. Rechazó a todas las personas que fueron a visitarla, incluidas su hermana y las mellizas. El rey también intentó hablar con ella, pero no pudo decir más de dos palabras antes de que Brianna lo cortase y le pidiera amablemente que la dejara sola. Era un hombre bueno, no tenía nada que ver con su padre, a quién no veía desde hacía días, pero Bri sabía que Ewen solo buscaba arreglar las cosas entre Alioth y ella para poder estar tranquilo.

Tampoco habló con su prometido en todo ese tiempo, aunque fue imposible no verlo. Alioth iba cada día y se sentaba a su lado cuando ella estaba en la cama o en el sofá mirando la televisión o leyendo alguna revista. No decía nada, lo había intentado una vez y ella le había pedido que se marchara al instante. Desde entonces, no abría la boca, se quedaba allí en silencio y la observaba un rato, miraba la televisión o leía algún libro que llevaba consigo.

Bri sabía que él estaba tan perdido como ella. No tenían ni idea de qué hacer el uno sin el otro, nunca habían experimentado algo así. Le partía el corazón estar tan cerca y a la vez tan lejos de él. Cada vez que se marchaba, ella empezaba a llorar, y por mucho que creyera que el dolor remitiría, se hacía cada día peor.

Arlet pasó a visitarla. Era una de las pocas personas que no había ido a decirle que recapacitara y le estaba agradecida, solo esperaba que ahora no estuviera allí para eso.

—Hola, Arlet —saludó Bri, y trató de sonreír—. ¿Qué la trae por aquí?

—¿Aquí a tu cueva, quieres decir? ¿Tu escondite? —Miró a su alrededor, posiblemente horrorizada con el desastre que había en la habitación.

—Puede que sea mi escondite, sí, no tengo ganas de salir a ninguna parte.

—¿Ni a almorzar con nosotros?

—Mucho menos eso. ¿Le molesta? ¿Al rey le molesta? Soy su invitada y estoy siendo muy grosera, ni siquiera lo había pensado.

—No, Brianna. No es molestia, pero no es sano que estés aquí encerrada. Yo sé que estás disgustada con mi hijo y te apoyo, ¿pero qué ganas aislándote de todos?

Bri ladeó la cabeza. No esperaba que Arlet se mostrase tan amable y comprensiva.

—No estoy enfadada, estoy triste. Alioth me hizo daño, me mintió. Estábamos tan...bien. Me dijo que me amaba.

Las cejas de la mujer se alzaron, sorprendida.

—¿Te lo dijo?

—¿Usted lo sabía? —inquirió—. ¿Todo el mundo lo sabía menos yo?

—Me temo que sí, cariño. ¿Y tú? Ya sé que le quieres, ¿pero, es el mismo tipo de amor?

—Sí. Yo le amo. No siempre lo he sabido, pero sé lo que siento ahora, estoy muy segura. Y creí... que íbamos a ser felices. Si yo lo amo y él me ama, ¿qué pondría interponerse? Debería ser fácil, ¿no?

Arlet dio algunos pasos lentos por la habitación y suspiró. Bri la miró atenta, aquella mujer siempre estaba dándole sorpresas, la admiraba y también le intrigaba. Había un aura de misterio a su alrededor.

—El amor nunca es fácil, Brianna. La vida se interpone, pero una chica inteligente y fuerte como tú debería saber manejarlo

—¿Fuerte e inteligente? ¿Usted de verdad piensa eso de mí o solo lo dice para que arregle las cosas con Alioth?

—Brianna, sé que a veces soy dura contigo y mi hijo, pero no te habría aceptado como su futura esposa si no supiera que eres lo suficientemente buena como para ser reina algún día. Solo tienes que... madurar un poco. Los dos lo necesitáis. Quizás estos problemas os ayuden a hacerlo. No voy a exigirte nada, es tu decisión, pero piensa en cómo sería tu vida sin él, o qué sería de mi hijo sin ti. Piensa en todo lo que habéis pasado juntos y si de verdad quieres rendirte tan fácilmente. ¿Quieres cederle el sitio a esa mujer?

Bri se hundió en la cama. Quería llorar y quería abrazarla. No podía creer que esas palabras estuviesen saliendo de la boca de Arlet. Alioth jamás se lo creería. Nadie lo haría.

—Yo lo amo, nunca hubiese pensado en dejarlo. Es solo que... me duele mucho. ¿Tiene sentido? Lo necesito, pero cuando lo tengo cerca me duele aún más.

Arlet suspiró y se puso de pie.

—Está bien, lo entiendo. Lo que necesitas es tiempo y distracción. Te ayudarán a aclarar tus pensamientos. Y hazlo sufrir un poco, se lo merece.

Los ojos de la joven pelirroja se abrieron como platos ante la sonrisa maliciosa de su futura suegra. ¡No podía ser que hubiese dicho eso! Se le escapó una risa y se cubrió la boca, aunque no pudo ocultarlo.

—¿Eso cree?

—Él está sufriendo y me da pena verlo así, hasta que recuerdo lo que hizo; se lo merece. Mujeres como esas solo traen problemas, no lo crie para que tenga ese comportamiento. Me decepciona. Es algo que no puede repetir, tiene que aprender de esto.

—Pero Alioth...

Brianna tuvo que apretar los labios para dejar de hablar, le era difícil reprimir su costumbre de defenderlo y toda esa rabia que le nacía cuando alguien hablaba mal de él. Incluso cuando, ese día, su madre tuviese razón.

—Vamos, levántate y date un baño. Tengo cosas que hacer y hoy vas a acompañarme. —La joven quiso replicar, pero la reina no le dio lugar—. Tenemos una larga tarde por delante. Estarás tan ocupada que no tendrás tiempo de pensar en nada más.

No tenía ganas de salir, pero la reina no le estaba dando opción alguna.

A Bri le costó horrores levantarse de la cama y llegar al baño. Se miró en el espejo y pensó en que no estaba tan mal. ¿Por qué la había mandado a darse un baño? Que estuviese encerrada no quería decir que no se bañase. Pasaba mucho tiempo dentro de la bañera por las mañanas y una vez hasta se había preparado un baño caliente por la madrugada porque no podía dormirse.

Se dio una ducha y se cambió con algo de ropa acorde a la compañía que tendría esa tarde. Se secó el pelo con el secador que odiaba y se sujetó unos mechones detrás para dejarse el rostro despejado. Nunca podría verse tan bien como Arlet, tan pulcra, impecable y perfecta.

Lo último que esperaba era chocar con Alioth al abrir la puerta. Los dos se quedaron estáticos en su lugar cuando se vieron y él fue el primero en hablar después de un segundo.

—Hola, Bri —musitó, sonrió y se quedó mirándola de pies a cabeza.

Ella también lo observó. Tenía un traje gris y un ramo de peonías rosas en la mano. Bri sabía que eran peonías porque eran sus favoritas y Alioth lo sabía bien. Siempre le llevaba un ramo gigante en su cumpleaños, o a veces simplemente cuando quería sorprenderla.

—Hola —dijo a modo de respuesta. Era la primera vez que le dirigía la palabra en varios días.

—Te he traído flores —susurró, y extendió el ramo hacia ella—. Creí que te gustarían.

Las cogió y la llevó hasta su nariz para sentir su perfume. Quería sonreír, Alioth sabía cómo alegrarla. Le encantaba su gesto y las flores. Una pequeña sonrisa terminó por escapársele de los labios, pero no lo miró hasta que pudo volver a esconderla.

—Gracias.

El príncipe dio un paso hacia ella, estaba dubitativo y vacilante. ¡Estaba nervioso! ¡Por ella! Brianna quería gritar, era ridículo que no supieran qué decirse el uno al otro.

—Quería invitarte a caminar por el jardín un rato. He pensado que te haría bien salir.

—No puedo, voy a salir.

Volvió a entrar al cuarto y buscó un florero vacío. Lo llevó al baño y lo llenó de agua para poner las flores allí. Cuando terminó, él todavía estaba apoyado en el marco de la puerta siguiendo cada uno de sus movimientos.

—¿Puedo acompañarte? Ya no tengo que trabajar más por hoy.

Pensó en decirle algo horrible. Quería decirle que iba a un bar a verse con otro hombre y que podía acompañarla si así lo deseaba.

Pero no lo hizo, cuando abrió la boca para hablar, un sentimiento que le costó indentificar se arremolinó en su pecho y no se lo permitió.

—Voy a salir con tu madre, quiere que la acompañe a no sé dónde. No creo que quieras venir.

—No me importa —declaró—. Solo quiero estar contigo, no me importa si vais a una reunión para tomar el té con todas sus amigas.

—¡Qué crueldad! Santo cielo, ni lo menciones —murmuró sin querer y se miraron cuando se les escapó una risa a los dos.

—De verdad que quiero estar contigo —agregó Alioth—. No quiero que estemos así. No puedo estar lejos de ti.

—Esto no va sobre lo que tú quieres —musitó—. Se trata de lo que yo necesito.

Alioth no dijo nada, se hizo a un lado para dejarla pasar hacia la puerta. La siguió en silencio por todo el pasillo y bajó las escaleras a su lado.

Cuando llegaron abajo, se atrevió a mirarlo y él le sonrió tímidamente.

Era bueno que Arlet la hubiese comprometido a salir con ella, porque veía muy tentadora la idea de caminar por el jardín con el príncipe. Si pudiesen hablar, si pudiese sacar todo lo que sentía dentro, quizás empezaría a sentirse mejor. Pero Bri aún no se sentía preparada para hacerlo, la idea la aterraba.

Al final, era cierto lo que decían. Amar era un gran riesgo, el daño que podía causar entregarle el corazón y el alma a alguien era devastador. Aunque también decían que el amor podía curarlo todo, ¿no?

—No quiero que vengas, Alioth. Lo entiendes, ¿verdad?

Él asintió, resignado.

—Lo entiendo. Ahí viene mi madre, espero que os divirtáis —dijo, alzando un poco más la voz—. Sea lo que sea que hagáis.

Brianna miró a la reina.

—No vamos a tomar el té ¿no?

La reina frunció el ceño.

—Claro que no, tenemos varios lugares que visitar hoy. No te aburrirás, ya te lo he dicho.

Ella temía que la definición de «aburrido» podía ser bastante diferente para ambas, pero no replicó.

—Pero tú no vienes, hijo, lo siento. Solo iremos Brianna y yo.

—Ya he sido informado de eso, madre. Solo me estaba despidiendo.

Alioth le dio un beso en la mejilla al tiempo que le colocaba una mano detrás de la cabeza para que no se escapara. Mantuvo pegados los labios a su piel un par de segundos y le susurró «te amo», antes de retirarse.

Brianna estaba gratamente sorprendida, lo último que esperaba era pasar una tarde tan agradable con la reina. Cuando se lo proponía, Arlet podía ser una persona muy distinta a la que todos conocían. O quizás era así de verdad y nunca lo mostraba, era difícil de averiguar.

Lo único que Bri sabía, era que ser reina era una gran responsabilidad y Arlet lo llevaba todo a la perfección. Ese día habían visitado tres de los centros de organizaciones benéficas que ella patrocinaba y, por lo visto, había muchos más. Uno de ellos era una residencia que servía de hogar temporal para niños abandonados o huérfanos.

Arlet se había dedicado a hablar con la encargada del lugar, pero ella había preferido recorrerlo y observar a todos esos pequeños que necesitaban de forma urgente una familia que los acogiese y les cambiara aquella carita triste que tenían por una sonrisa.

Más tarde, cuando iban en el coche hacia su próximo destino, Bri le había preguntado a la reina qué más podían hacer ellas para ayudarlos, pero Arlet le había dado una respuesta nada alentadora.

—Hacemos que ese lugar exista, Brianna. Lo mantenemos y pagamos a los profesionales para que les consigan un buen hogar. ¿Qué harías tú? Desde luego, no podrías adoptarlos a todos.

—¿Por qué no? —susurró la joven muy bajito, pero Arlet la oyó.

—Necesitas enfriar ese corazón tuyo un poquito. Como reina, algún día tendrás que tomar decisiones difíciles, hacer elecciones que puede que vayan en contra de todo lo que crees, pero, aun así, necesarias. No puedes dejar que tus sentimientos te guíen o te va a resultar todo muy difícil de manejar.

Eso no sucedería Jamás. ¿Y, de todos modos, a qué se refería? ¿Cómo podía decir algo así una persona que financiaba un hogar de acogida para niños?

Todavía estaba dándole vueltas a las palabras de su futura suegra cuando el coche

se detuvo y les abrieron la puerta para bajar.

Le costó ubicarse, pero cuando reconoció el lugar en el que se encontraban soltó un suspiro. Había sido una tarde demasiado bonita como para acabar bien.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —demandó saber, cuando seguía a la reina por el camino de entrada de la casa del duque, lord Víctor. Lo último que podía desear en cualquier día era ver a ese hombre o cualquier miembro de su familia.

—Me desagrada estar aquí tanto como a ti, pero tengo que tratar un asunto con mi cuñada. Seré lo más breve posible, sé amable.

Bri hizo una mueca. Ser amable era muy difícil con aquellas personas. Scott y su padre iban más allá de lo que una persona podía tolerar. En cuanto a la duquesa, la madre de Scott, Bri no tenía una opinión concreta, la mujer casi nunca era vista en público ni tampoco visitaba el palacio, por lo que pocas veces se habían encontrado. Seguro que prefería quedarse en su casa cuando tenía la oportunidad de estar lejos de su marido y su hijo, pensó Bri. No debía de ser fácil convivir con dos rufianes despreciables como ellos.

Jenna, la esposa de lord Víctor, las hizo pasar al salón y ordenó que les trajeran té. Desesperada por evitar la tediosa conversación podía anticiparse, Bri pidió permiso para salir al jardín.

Si iba a pasar un rato largo allí, prefería hacerlo sola, entre las flores y bajo el sol. Hacía tantos días que no salía, que ni se había percatado de lo mucho que lo echaba de menos y lo bien que le sentaba respirar aire puro. Se sentó en un banco de madera que encontró, cerró los ojos y levantó la cabeza hacia el sol, como si fuera una flor de girasol joven, y permaneció así un rato.

Estaban lejos de la ciudad, lo que hacía que no se oyesen los molestos ruidos urbanos. Y fue ese silencio el que le permitió darse cuenta de que alguien se había acercado a ella.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Scott, que iba acompañado de su padre—. ¡Bri!

¡Lo único que le faltaba! ¿Por qué había creído que tendría la suerte de no toparse con ellos?

—Buenas tardes, lord Víctor —dijo ella, e ignoró al más joven. Tampoco se puso de pie como debería hacer para tratar con alguien como el duque.

—Oh, vamos. ¿Qué he hecho ahora para que me trates así?

—No te estoy tratando de ninguna forma, Scott. Prefiero no tener nada que ver contigo, y sabes muy bien por qué.

Lord Víctor levantó las cejas.

—Creo que me estoy perdiendo de algo. ¿Ha tenido algún problema con mi hijo, señorita Collingwood?

—Su hijo, señor, es un idiota. Ese es el problema. Me insultó de un modo despreciable porque no puede aceptar el no poder engatusarme con unos encantos que no posee.

Scott soltó una risa y desechó todas sus palabras, aunque Brianna pudo notar que lo había hecho enfurecer.

—¿Qué haces aquí de todos modos? ¿Has venido con mi tía? ¿Eso quiere decir que al final no has dejado a Alioth después de lo que hizo? —La joven pelirroja arrugó la frente. Sabía que las fotos habían sido enviadas a varias personas, pero no había pensado que les llegarían a ellos—. Pensé que tenías más dignidad, reconozco que estaba equivocado, creí que te quería más a ti que a todas esas mujeres con las que salía. Seguro consiguió lo que quería y...

No lo dejó terminar y lo abofeteó. No iba a permitir que le hablase de esa forma. Que Alioth no estuviera a su lado no significaba que ella no pudiese defenderse por sí misma.

—¡Eres una...!

Esta vez fue su padre quien lo interrumpió de inmediato.

—¡Scott, por favor! ¿Qué modales son esos?

Bri puso los ojos en blanco, no se creía ni por un instante que fuese a defenderla.

—Discúlpelo, señorita Collingwood. Creo que mi hijo está indignado por la forma en la que mi sobrino la ha tratado. Parecía tan enamorado... es una pena que lo haya arruinado todo tan pronto por un descuido.

Víctor le dedicó una sonrisa penosa que solo la hizo enfurecer más.

—¿Quién ha dicho que lo nuestro se ha terminado? Como usted ha dicho, solo fue un descuido. Nada que no pueda ser fácilmente olvidado.

—Estás loca —gritó Scott—. Parece que también me equivoqué contigo, lo único que estás buscando es escalar al trono. No le quieres tanto todos dicen.

—Me gustaría saber de dónde sacas tantas conclusiones. ¿Quién te da el derecho a juzgar lo que hago o dejo de hacer?

—Mi hijo solo está consternado con la actitud del príncipe. Una señorita como usted no debería tolerar semejante falta de respeto por parte de un hombre, ni siquiera del futuro rey —intervino el duque.

Bri ladeó la cabeza.

—¿Me está diciendo que debería dejarle por unas fotos que algún cobarde hizo solo para perjudicarle ante la opinión pública?

—Creo que las fotos no han sido publicadas en ningún medio —comentó.

—No, solo han sido distribuidas de una forma bastante metódica, me pregunto qué era lo que se proponía el responsable con semejante juego. ¿Usted qué opina, lord

Víctor? ¿Tiene algo que decir al respecto?

El duque se tomó un momento para responderle mientras la evaluaba de forma muy poco sutil.

—¿Está usted acusándome de algo, señorita Collingwood? Lo único que he querido decir es que no me parece que una infidelidad deba ser perdonada. Usted todavía está a tiempo de renunciar a un matrimonio con problemas, y si es inteligente tomará la decisión adecuada.

Entre los dos habían colmado su paciencia, y allí no había nadie presente que la controlase para que no dijera lo que realmente pensaba.

—Perjudicando a Alioth delante del Consejo conseguirá que lo saquen para siempre de la línea de sucesión y lo nombren a usted heredero legítimo. Eso es lo que usted quiere. Pero escúcheme bien —dijo con ímpetu y seguridad—, con tal de no darle ese gusto, solo por evitar que usted llegue jamás al trono, me casaría con él, aunque se acostase con una mujer diferente cada noche.

Hizo una pausa para respirar profundamente para recuperar el aliento y los miró a los dos por última vez antes de detenerse en el hombre mayor.

—Recuerde esto, lord Víctor. Y espero que no sea usted quien está detrás de todo lo que está ocurriendo porque, de ser el caso, pienso asegurarme personalmente de que lo lamente.

Satisfecha, abandonó el jardín.

Capítulo 19

Después de salir de la casa del duque, Bri decidió quedarse en el centro de la ciudad y dejar que la reina se volviese al palacio. Había decidido no hablarle de su discusión, por lo menos de momento.

Necesitaba pensar, y para eso tenía que estar lejos de todos. Entró a un café y se sentó en el rincón más alejado de la puerta, contenta de no haberse encontrado con ningún *paparazzi*.

Los dos guardaespaldas se sentaron en una mesa junto a la suya. Estarían allí hasta que llegase el coche que Arlet había dicho que enviaría, y luego, quizás les pediría que la llevaran a la casa en la que supuestamente viviría cuando se casaran. No imaginaba un mejor lugar para despejar su mente que aquel.

No podía dejar de pensar que lord Víctor tenía algo que ver con las fotos que les habían enviado a los miembros del Consejo. No sabía si también estaba relacionado con los ataques, pero el presentimiento estaba ahí, casi demasiado obvio como para no habersele ocurrido antes.

Lord Víctor era el único beneficiado Alioth desaparecía del mapa, y dado que carecía de escrúpulos, tenía mucho sentido.

¿Debería correr a contarle sus sospechas al rey? No, se contestó a sí misma. Era su hermano, no podía hacer semejantes acusaciones sin tener pruebas.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando sintió que alguien se aclaró la garganta junto a ella. Alzó la cabeza para mirar a la camarera y parpadeó al creer que estaba alucinando.

¿Había pensado que el día no podía empeorar?

—¿Qué haces tú aquí? —demandó.

Era la última persona a la que quería ver.

—Trabajo aquí, algunas personas tenemos que hacerlo para mantenernos, ¿sabes? —dijo Lía, y movió su melena rubia a un costado—. Aunque no creo que lo entiendas, estoy segura de que ni siquiera conoces esa palabra. ¿Qué vas a pedir?

Bri soltó una risita.

—¿A ti? nada. Ya me envenenaron hace poco y no tengo ganas de que vuelva a pasar. Creo que mejor me voy a un lugar más agradable, este ha dejado de estar en mi lista.

—Como desees —contestó la joven y se encogió de hombros—. ¿Has visto a Alioth? ¿Cómo está?

Brianna trató de contener ese cúmulo de ira que se arremolinaba en su pecho, ansioso por explotar.

—Por supuesto que he visto a Alioth, es mi prometido. Nos vamos a casar, ¿no te has enterado aún? Vivo en el palacio.

—Yo que tú no estarías tan segura. Hace un par de noches lo vi, estaba solo en un bar del centro. Estuvimos tomando unas copas, hablando...

—Lo sé —la cortó antes de que terminara y tomó un profundo respiro para controlarse mientras se ponía de pie. No iba a darle el gusto de perder los nervios y hacerla sentir satisfecha por haber besado a su novio—. Me lo dijo, Alioth me lo cuenta todo. Además de mi futuro esposo, es mi mejor amigo.

Lía alzó las cejas sin creerle.

—¿Te lo contó todo? ¿Todo lo que hicimos?

—No seas ridícula, Lía. ¿Qué es lo que piensas, que Alioth va a dejarme a mí para casarse contigo? ¿O que yo voy a dejarlo solo porque tú no lo dejas en paz ni respetas nuestra relación? Nada de eso va a pasar, deja de soñar.

—Ya veremos —le advirtió, muy segura de sí misma—. Todos tenemos un as en la manga, Brianna. Alioth y yo vamos estaremos juntos, le pese a quien le pese.

Era una tontería darles valor a sus palabras, solo estaba despechada y lo único que deseaba era hacerle daño y desquitarse por no poder tener al príncipe. Alioth tenía la mayor parte de la culpa por no saber cómo y cuándo cortar las cosas cuando era necesario, pero ella no tenía por qué soportarlo.

—Adiós, Lía. Te deseo una buena vida y espero que encuentres a una persona que te quiera para que puedas dejar de pensar en alguien a quien no le importas.

Quiso irse, pero Lía le cerró el paso.

—Ahora no me crees, pero él acabará conmigo. Ni tú ni nada podrá impedirlo, te lo juro.

Los guardaespaldas, que se habían levantado en cuanto ella lo había hecho, se colocaron a su lado, listos para quitar a Lía del paso si ella daba la orden. Pero Bri no quería montar ningún escándalo, así que mantuvo la compostura y siguió hablando.

—Él me ama, Lía. A mí. Y yo a él. No hay nada en el mundo que puedas hacer para separarnos. Si intentas algo la única que saldrá perjudicada serás tú.

—Dices eso porque todavía no te has enterado de la situación. Disfruta mientras puedas, cuando menos esperes, yo estaré allí para reclamar lo que es mío.

Finalmente se hizo a un lado y Bri pudo volver a emprender su marcha hacia la puerta. No le contestó, la dejó decir la última palabra. Se reía porque sabía que efectivamente la chica estaba obsesionada y un poco trastornada. Le daba algo de pena, pero era mínima porque la rabia y el dolor que le provocaba pensar en las fotos eran

más fuertes.

Pasó toda la tarde en la casa que Alioth estaba remodelando y luego volvió al palacio. Llegó a su cuarto y se sorprendió al ver todo en perfecto orden, lo cual tenía que ser obra de Arlet.

Se sentó en la cama y sus ojos fueron a parar directamente al lugar donde había dejado las flores esa mañana. Todavía estaban allí, no las habían movido ni un centímetro. Se puso de pie y caminó hasta ellas. Alguien golpeó la puerta.

Era Alioth. Sabía que estaba en su cuarto cuando llegó porque sus guardias estaban en la puerta, pero no imaginó que aparecería tan rápido a buscarla. Conociéndolo, habría pedido que lo avisaran cuando la vieran llegar.

Se cruzó de brazos y se enfrentó a él.

—¿Necesitas algo?

—Solo quería saber cómo estabas. Mi madre llegó temprano y dijo que volverías en un rato. Eso fue hace horas, estaba preocupado.

—Es desagradable no saber nada, ¿verdad?

Evitó acercarse a las flores porque sería mostrar un signo de debilidad hacia él y no quería.

Volvió a la cama y se quitó los zapatos. Fue una mala jugada, porque Alioth enseguida estuvo a su lado, muy cerca.

—Por favor no seas tan cruel conmigo. No he venido a discutir. ¿Has tenido algún problema con mi madre? ¿Por eso no habéis vuelto juntas? Ella dijo que habíais pasado una tarde estupenda.

Bri asintió, tenía que reconocer que hasta cierto momento lo había sido.

—Tu madre es muy buena cuando quiere, me ha sorprendido mucho hoy, no me lo esperaba. Pero tenía que ir a la casa del duque y me encontré a tu tío y a Scott. Tuvimos una pequeña discusión.

La expresión de Alioth se volvió dura.

—¿Qué te dijeron?

—Nada a lo que no pudiera responder. Olvídalo.

Él suspiró.

—Me estás castigando. No quieres hablar conmigo, no me cuentas nada, casi ni me miras... y estás en todo tu derecho, pero yo ya no sé qué hacer para que me perdones. Por favor, dime qué quieres que haga.

—¿Harías lo que fuera?

—Cualquier cosa menos alejarme de ti. Eso no lo voy a hacer, quieras o no.

—Lo pensaré —murmuró.

Alioth cerró los ojos y rio por lo bajo.

—Estás siendo cruel. Conmigo. Nunca habías sido cruel conmigo.

—Y tú nunca me habías mentido —respondió—. Pero no estoy siendo tan dura como debería. Si fuera más fuerte, habría cogido mis cosas y me habría marchado hace días. Debería haber ido a mis padres y decirles que no me casaría con un mentiroso.

—No digas eso —pidió—. Sabes que no es cierto. No te mentí, lo único que hice fue no decírtelo para no herirte. No quería que te enfadaras ni te disgustaras por algo que no valía la pena. Yo nunca te mentiría, yo te amo. ¡A ti, solo a ti! ¡Por favor!

—¡No grites!

—¡Te amo! —exclamó una vez más y se inclinó hacia ella—. ¡Te amo! ¿Sabes cuantas veces he querido gritártelo? Quería cogerte por los hombros y sacudirte para que reaccionaras. Te he amado toda mi vida y ahora, por un estúpido error siento que he arruinado cualquier posibilidad de que tú puedas quererme igual.

Brianna no podía respirar ni moverse, sus palabras le retorcían el corazón. Ya no sentía dolor, solo sentía mucho amor. Quería responderle, pero su cerebro no lograba colocar las letras en el orden correcto.

Fue entonces cuando entendió que él estaba sufriendo tanto o más que ella. No se le había ocurrido que pudiese sentirse así, no a ese extremo. Su propio dolor la había cegado.

Se le cayó una lágrima y el príncipe se la secó de inmediato.

—Lo siento —le dijo él, al interpretar mal el significado de aquella lágrima. La besó en la frente y se levantó de la cama. No volvió a mirarla, salió de la habitación y cerró la puerta.

Brianna lloró una vez más al quedarse sola.

Después de no dormir casi nada en toda la noche, Alioth se marchó temprano para intentar concentrarse en la biblioteca de la universidad antes de entrar a clase. Era una tarea difícil, lo último en lo que podía pensar era en las clases de derecho que tenía aquella mañana.

Llevaba en la sala de estudios del piso superior de la biblioteca más de una hora cuando envió al único guardaespaldas que tenía junto a él a preguntarle al encargado sobre la ubicación de un tomo que no podía encontrar. Era mucho más fácil si bajaba otra persona en su lugar, siempre suponía una complicación y una gran incomodidad ser

reconocido en las inmediaciones de la facultad.

—No debería dejarlo solo, alteza, será mejor que lo acompañe.

—¿Cuánto puedes tardar? ¿Dos minutos? Aquí no me ven, si te quedas más tranquilo, no me moveré hasta que regreses.

Al hombre no le gustó nada, pero no se atrevería a contradecir al príncipe, y se marchó apresuradamente.

Los demás guardaespaldas estaban patrullando los alrededores, siempre atentos ante cualquier situación anormal. Alioth no tenía miedo.

Mientras esperaba, siguió buscando en las secciones cercanas a su mesa hasta que dio con lo que había estado buscando. Con el libro en la mano, se dispuso buscar a su guardaespaldas para avisarle de que ya lo había encontrado. Pasó por las mesas de estudio, que estaban vacías a esa hora de la mañana, y llegó hasta la misma escalera por la que había bajado su guardaespaldas.

Puso un pie en el primer escalón y entonces oyó una silla moverse y se giró extrañado. Habría jurado que estaba solo allí. Pero en lugar de ver a nadie, lo único que vio fue el respaldar de una de las sillas metálicas precipitándose sobre él. Lo golpeó de lleno en la parte derecha de la cabeza con tal fuerza que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Sintió el filo de los escalones en la espalda y el dolor lo atravesó un instante antes de que todo se volviera negro y silencioso.

Brianna bajó a desayunar con la familia real por primera vez en muchos días. A pesar de que había pasado la noche en vela, se sentía lista para ver a Alioth y compartir la mesa con él y con todos los demás. Quería hablar con él. No sabía qué decir con exactitud, pero no quería que pasaran ni un día más sintiéndose miserables, especialmente cuando tenían una relación lo suficientemente fuerte como para solucionarlo y superarlo.

Cuando llegó al comedor, se desilusionó mucho al verlos a todos excepto a él. Parecía que el universo estaba en su contra.

—Buenos días —saludó, bajo la mirada atenta de todos.

El rey no tardó en responderle con una gran sonrisa que dejaba ver lo feliz que le hacía que se volviera a reunir con todos. Arlet, por su parte, le pidió que la acompañara esa tarde a un par de visitas más que tenía que hacer.

—Me gustaría mucho —dijo con sinceridad—, pero hoy quería buscar al jardinero del palacio para que me enseñe a plantar flores.

Se hizo un silencio absoluto sobre la mesa que duró hasta que la reina habló

después de unos segundos.

—¿Plantar flores? —preguntó confundida.

Bri asintió.

—Sí, ayer estuve recorriendo la casa de campo que están remodelando. Sobre todo me fijé en los jardines, están muy vacíos. Quiero llenarlos de flores y de árboles frutales.

—¿Y quieres empezar sembrando tú las flores? No sabía que te gustaba la jardinería —intervino Ewen.

—Jamás he plantado nada, majestad. Pero puedo aprender, ¿no? No puede ser tan difícil. Además, necesito ocupar mi tiempo en algo si voy a dejar las clases en la universidad. El año que viene empezaré de nuevo, una carrera diferente. ¿Le parece bien eso?

—Perfecto, lo esencial ahora es que te ocupes de la boda.

—Sí —murmuró Bri por lo bajo—, la boda. Hablando de la boda, ¿dónde está Alioth?

Jessania contestó:

—No sé dónde está, pero sí te puedo decir cómo está. Muy triste, casi desolado, diría yo. Por tu culpa. Te compra flores, hace que te preparen desayunos increíbles cada mañana, lo ha intentado todo para que lo perdones y tú lo rechazas. Creí que eras su amiga y que lo querías.

Brianna pestañeó asombrada y enderezó la espalda para apoyarla por completo en el respaldo de la silla.

—Soy su amiga y lo quiero, Jess. Pero se portó muy mal, y unas flores no arreglan nada.

—¡Han pasado días! —exclamó la joven rubia haciendo aspavientos con las manos—. ¡Él lo siente! ¡Tú lo sabes, Brianna! Para ya de hacerlo sufrir, estás siendo una...

—¡Jessania! —la detuvo Arlet—. Suficiente. La relación de tu hermano y su prometida no es algo que te incumba ni a ti ni a nadie más que a ellos.

—Yo creo que estarías igual si te hubiese pasado lo mismo a ti —comentó Anabelle, dirigiéndose a su melliza—. No puedes ponerte de su lado, las mujeres tenemos que apoyarnos.

—Bueno, yo me marcho —intervino el rey con una expresión que denotaba la prisa que tenía por salir de allí alejarse de esa discusión—. Que disfrutéis del desayuno.

Todas lo ignoraron excepto Bri, a quien le habría gustado poder hacer lo mismo.

Jess negó con la cabeza y contradijo a su hermana.

—Alioth la quiere, eso es lo único que importa.

—Yo no lo veo así. Si vas a dejar que los hombres hagan lo que se les antoje,

nunca van a respetarte —explicó Ana sonriéndole a Bri—. Y por eso te apoyo. Al fin y al cabo todavía estás aquí, y eso es porque lo quieres y sabes que él también te quiere. Pero necesitáis tiempo para resolverlo, y lo haréis. Yo sé que sí.

La otra princesa hizo una mueca de asco y la miró arrugando la nariz.

—¡Ay! ¿Quién te crees que eres? Sabelotodo.

—Gracias, Ana. Y espero que nunca te pase, Jess, pero supongo que solo así lo verás desde mi perspectiva.

Jessania relajó los hombros, abandonó esa expresión de enfado y su mirada se entristeció.

—Es que no me gusta verlo así, Bri. No ha sonreído en días, está irreconocible. Me parte el corazón.

—Lo sé, Jess. A mí también. ¿Dónde está?

—En la universidad, no volverá hasta la tarde —respondió Arlet mientras dejaba el diario a un lado y volvía a la conversación—. Así que quieres sembrar flores, veamos...

Lo había conseguido. Había hablado con el jardinero, conseguido montones de semillas de flores que saldrían en esa época del año, y tenía tres ayudantes que el propio encargado de la jardinería del palacio le había ofrecido.

Una vez en la casa de campo, donde el movimiento de los constructores no cesaba ni un segundo, se habían instalado en un lugar alejado de donde estaban los trabajadores para empezar a preparar el jardín. Habían removido la tierra, agregado el abono orgánico y los tres hombres habían hecho su magia. Al final, ella no había aprendido nada. Todo lo habían hecho de tal forma que parecía fácil, pero la verdad era que Bri no había entendido nada.

Se miró las manos en las que llevaba puestos unos guantes que no habían llegado a ensuciarse ni un ápice.

—¿Qué hay de las macetas? —preguntó a uno de ellos, un joven rubio que debía de tener su edad—. ¿Puedo hacerlo yo?

—No se preocupe señorita Collingwood, en cuanto acabemos con esto, nos ocuparemos de las macetas, no tiene usted que ensuciarse.

¿No la estaban dejando hacer nada porque no querían que se ensuciase? Se había cambiado para trabajar con la tierra, llevaba zapatillas y un pantalón de algodón oscuro. Se plantó delante de él y le enseñó las manos enguantadas.

—Creo que no me he expresado bien, quiero hacerlo yo. Quiero que me enseñéis,

quiero aprender, y no voy a hacerlo si no puedo hacer otra cosa más que mirar.

El muchacho sonrió después de un segundo de vacilación y asintió.

—Está bien, si así lo desea. —Le entregó una pequeña pala y se agachó junto a la primera maceta que vio para mostrarle cómo usarla—. Puede remover la tierra de esta forma, ¿ve? ¿Qué flores quiere plantar?

—Peonias rosas —dijo Bri sin dudar.

—Me temo que no tenemos peonias hoy, señorita. Las conseguiremos para la próxima vez. Quizás cuando terminen de arreglar la casa podemos sembrarlas en la entrada.

Bri se mostró conforme y miró los nombres en los paquetes para decidir por cuál empezar. Petunias, geranios, begonias, verbena, dalias. Las rosas no faltarían, tampoco los jazmines. Tendría el jardín más hermoso de todos, lleno de color y de alegres flores.

Siguió las instrucciones y empezó a preparar su primera maceta, mientras tanto, pensaba si así sería su vida cuando estuviese casada. ¿Se dedicaría a cuidar el jardín, asistir a galas y fundar organizaciones de beneficencia? Le parecía un cambio tan grande que la asustaba, un mes atrás se habría burlado si alguien le hubiese planteado semejante panorama para el resto de su vida.

Se quitó los guantes cuando vio que eran más molestia que ayuda. Sonrió, pensando en la cara que pondría su madre si la viese con las manos llenas de barro. Una vez lo había hecho de niña, ya ni siquiera recordaba porqué, y su madre casi había tenido un ataque de nervios, quizás porque había ocurrido delante de la reina, en el propio jardín del palacio. Lo único que recordaba a la perfección era perseguir a Alioth mientras lo amenazaba con arruinar su perfecto traje blanco.

Cada recuerdo bonito empezaba y terminaba con él. Y no quería que eso cambiara nunca. Podía perdonarlo y asegurarse de que no volvería a repetirse la situación por la que estaban pasando. Podían conseguirlo juntos si lo deseaban con todo su corazón.

Ya habían pasado horas desde el mediodía, pero ella y los ayudantes seguían ocupados. Ahora estaban plantando los árboles frutales que habían llegado como un misterioso regalo del rey Ewen. Bri admiraba a aquel hombre por el empeño que ponía para que ella tuviese todo lo que quería y no pensara en dejar al príncipe o cancelar la boda.

Estaba observando cómo cavaban un agujero para colocar el quinto esqueje de manzano y se preguntaban cuánto tiempo tardaría en dar frutos. De pronto, uno de sus guardaespaldas se hizo notar a unos pasos de distancia.

—Señorita Collingwood, disculpe que la moleste.

—No me molesta —sonrió—. ¿Va todo bien, señor Nash?

—Parece que hay un problema y debemos llevarla al palacio inmediatamente.

—¿Qué problema? —preguntó. Le temblaba la voz.

—Algo le ha ocurrido al príncipe Alioth. Tiene que venir con nosotros, señorita.

Capítulo 20

Brianna se tambaleó.

—¿Qué?... ¿Qué le ha pasado? —Se acercó al hombre mientras se limpiaba las manos llenas de tierra con un trapo—. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado, señor Nash? No se quede callado, dígamelo.

—Disculpe, señorita, pero no lo sé. Solo nos han dicho eso. La reina ha ordenado que la llevemos al palacio.

Ella asintió y se despidió rápidamente de los jardineros. Siguió a su guardaespaldas y se metió en el coche. Estaba nerviosa y preocupada. Ese horrible sentimiento de impotencia hacía que sus pensamientos tomaran cualquier dirección, y ninguna era agradable. *No podía estar pasando lo mismo otra vez, no podía pasarle nada malo.*

El camino al palacio se le hizo eterno. Se arrepintió una y mil veces de no haberle dicho la noche anterior todo lo que quería decirle. ¿Y si ya no tenía la oportunidad de hacerlo nunca más?

Apretó los ojos con fuerza para quitarse esa idea de la mente. No ganaba nada con pensar lo peor.

Hizo muchas preguntas al guardia que los esperaba en una de las entradas traseras del palacio, pero no obtuvo respuesta alguna. Caminó a toda prisa hacia el área donde vivía la familia y justo entonces encontró al rey.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? —inquirió.

Vio que Arthur estaba allí.

Ewen le habló con calma y ternura:

—Está en su cuarto, Brianna, es más seguro si lo tenemos aquí que en...

Ella se alejó mucho antes de que terminara de hablar y no escuchó el resto de lo que dijo. Se disculparía luego, lo único que deseaba hacer ahora era ver a su prometido.

Atravesó el corredor sin mirar a nadie ni detenerse hasta llegar a la puerta del cuarto. Una vez allí, como ya le había pasado antes, el miedo a lo que vería la paralizó durante unos segundos antes de abrir la puerta.

Reunió fuerzas y entró en la habitación. Alioth estaba tumbado en su cama y tenía puesto un collarín terapéutico, pero desde tan lejos no podía ver si estaba despierto o no. Aun así, sintió que el corazón volvía a latirle. Estaba vivo y en su cama, eso tenía que significar que estaba bien. Se aproximó y vio que estaba despierto.

—Gracias al cielo que estás bien —dijo. Una lágrima de alivio caía por su rostro—. ¿Por qué tienes eso puesto? ¿Qué te han hecho?

Alioth se enderezó y se apoyó en el respaldo sobre un almohadón.

—Estoy bien, Bri. No ha sido nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? —exclamó. Se acercó y vio que tenía un moratón en la cara—. ¿Y esto?

—Quiero decir que ha sido nada grave, por suerte estoy bien, solo son unos golpes. Estaba bajando las escaleras de la biblioteca cuando oí un ruido, me giré y alguien me golpeó con una silla, o me la tiró encima, no estoy seguro.

—Alguien te quiso matar, otra vez —declaró—. ¿Cómo es posible? ¿Nadie ha visto nada? ¿No se supone que hay personas para cuidarte, cómo dejaron que eso pasara?

—Tranquilízate y mírame —pidió, y la tomó de la mano—. Estoy vivo, lo demás no importa. Ya nos ocuparemos luego. No tienes que preocuparte por mí.

Ella se negó a obedecer.

—¿Te ha visto un médico?

—Sí, he estado toda la mañana en el hospital. Me han hecho una revisión completa. Todo está bien, esta cosa molesta que me han puesto —dijo, mientras se quitaba el precinto del cuello ortopédico para sacárselo y dejarlo a un lado— es solo por precaución, pero no creo que lo necesite más. Lo único que tengo que hacer es permanecer despierto hasta la noche, por lo menos.

—¿Cómo que toda la mañana? Nadie me ha dicho nada.

—Mi madre no quería preocuparte.

Era imposible que no se preocupara, no entendía los razonamientos de la reina. Sacudió la cabeza alejar aquellos pensamientos y concentrarse en que él estaba bien, y al fin estaban juntos como había esperado todo el día.

Lo abrazó y lo besó en la mejilla sana.

—No seas así de adorable solo porque casi me matan de nuevo, me haces desear que fuese así siempre. No quiero que me dejes de hablar otra vez.

—No pensaba hacerlo, y no tiene nada que ver con lo que te ha pasado. Me levanté esta mañana lista para hablar contigo, para acabar con esto de una vez, pero ya te habías ido.

—¿Acabar con esto? Bri...

—¡No! Quiero decir acabar con el sufrimiento de los dos. Escúchame. Yo sé que me quieres, y sé que lo que vi en las fotos no significó nada. Te creo, siempre te creí. Lo que me dolió fue que me mintieras, que me lo ocultaras. A esto me refería cuando hace semanas te dije que no quería que lo que pudiera suceder entre nosotros acabara

con nuestra amistad.

—Lo sé —volvió a interrumpirla—. Te juro que he aprendido la lección, si me das otra oportunidad no volverá a pasar. Te lo prometo como el amigo que he sido toda tu vida, nunca te había fallado hasta ahora y no volverá a pasar.

Bri asintió.

—Lo sé. Yo también lo siento, no me gusta verte triste.

—Ven aquí —pidió, y la abrazó—. Todo ha sido culpa mía, no tengo nada que perdonarte.

Brianna cerró los ojos y se quedó en silencio mientras sentía las caricias en su pelo. Intentó no apoyarse mucho sobre su cuerpo por si tenía más golpes allí, pero eso no le impidió disfrutar de la nueva paz que la invadía. Era momentánea, lo sabía; había mucho a su alrededor por lo que preocuparse, pero esos segundos eran solo para ellos dos.

—Tengo algo más que pedirte —recordó.

Alioth la dejó salir de entre sus brazos a regañadientes, lo había esperado tantos días, lo había deseado cada noche, y ahora que volvía a tenerla con él se le hacía difícil soltarla, aunque fuese solo un momento.

—Lo que sea.

—Nunca, jamás, te vuelvas a acercarse a ella.

Aquello le pareció gracioso.

—Bri, ya te dije que no iba a volver a ir a ese tipo de clubes yo solo, y prometimos no ir más a fiestas como hacíamos antes. No más alcohol, no más fiestas ni descontrol, ni mucho menos escándalos. Te tengo a ti, ¿por qué iba a buscarla a ella? Esa noche ni siquiera la había visto hasta que la tuve casi encima.

—Tampoco vamos a ir más al café del centro, ese que tiene nombre de mujer. ¿Verónica? ¿Vanessa?

—¿Victoria? —propuso él.

—Como sea, tú sabes cuál es.

—¿Por qué? —preguntó divertido, pero borró la sonrisa de inmediato cuando vio que a ella no le hacía gracia.

—Trabaja allí.

—¿Desde cuándo? ¿La has espiado? —susurró, no se lo podía creer.

En parte se sentía un poco halagado porque ella se estuviese encargando de delimitar las reglas, y algo culpable por haber hecho que se pusiera así de paranoica.

—¡No! Me la encontré ayer, de pura casualidad. ¡Y no sabes lo que me dijo! ¡Es una víbora y una descarada! Me costó muchísimo contenerme para no cogerla del pelo y empotrarla contra la pared. Dijo que tú y ella ibais a estar juntos a pesar de todo, que

iba a aparecer cuando menos lo esperara para reclamar lo que le pertenece.

—¿Reclamar qué? —musitó con calma, y le tomó un brazo para tirar de ella y hacer que se acercara de nuevo—. Yo te pertenezco a ti. Debería hablar con Lía y pedirle que te...

—¡Ni se te ocurra! —lo interrumpió—. No quiero que vuelvas a verla. Nunca, jamás. Prométemelo.

—Está bien, está bien. Te lo prometo, pero deja de preocuparte. No hay nada en el mundo que pueda hacer para separarme de ti. Excepto matarme, eso es lo único que le daría resultado.

—¡Alioth! —exclamó, y le pegó en el brazo haciendo que se estremeciera. Le había dado justo en uno de los golpes—. No juegues con eso.

—Estaba bromeando, deja ya de preocuparte. Déjame abrazarte, te he echado de menos. —La volvió a coger entre sus brazos e hizo que se apoyara en su pecho.

No estaba preocupado por Lía, ¿no era lo que hacían las mujeres, molestarse unas a otras cuando tenían celos? Igual que los hombres, reconoció.

Imaginaba que la otra joven aún no podía superar que la hubiese rechazado aun estando ebrio. Y no entendía por qué, ellos ya habían hablado y creía haber dejado claro que amaba a Brianna. Se sentía culpable, sí. Era otra carga más que añadirse, pero una que no podía resolver. No podía obligar a Lía a que dejara de pensar en él, ella lo olvidaría con el tiempo, cuando entendiese cómo eran las cosas y lo aceptara.

Lo único que importaba ahora era arreglar su relación con Brianna, porque por más que ella dijera que lo perdonaba, él no dejaba de sentirse culpable por haberla hecho sufrir. Un día, hacía ya muchos años, él la había descubierto llorando por los regaños y maltratos de sus padres al no poder controlarla de la forma que ellos deseaban, le había secado las lágrimas con el pañuelo que su padre le había enseñado a llevar siempre encima y se había jurado a sí mismo que siempre la haría reír cuando estuviese triste.

Por aquel entonces solo era un niño, pero nunca había faltado a esa promesa. Hasta hacía casi una semana.

—Me gusta que me acaricies el pelo. Me entran ganas de dormir, estoy muy cómoda. ¿Por qué no te dejan dormir? ¿No deberías descansar?

—Me di un golpe muy fuerte en la cabeza, perdí el conocimiento durante un rato. La doctora dijo que para más seguridad tenía que mantenerme despierto unas horas más. Quería tenerme en observación en el hospital, pero mi padre no creía que fuese seguro.

—Es que no lo es —contestó ella—. Ningún sitio es seguro para ti. No seas testarudo, tienes que cuidarte.

—Ahora mismo me siento muy protegido —susurró con la intención de desviar el tema.

Encendió el televisor y empezó a pasar de canal para encontrar algo que lo mantuviese despierto. No deseaba moverse ni que ella lo hiciera. Le gustaría cerrar los ojos y disfrutarla, pero correría el riesgo de dormirse.

—Vuelve, vuelve —le indicó Brianna para que retrocediera de canales. Él había visto lo que estaban dando y pasó de largo con la esperanza de que ella no se diese cuenta—. Ay mira, qué bonito. *Ghost*. Hace muchísimo que no la vemos. Déjala.

Odiaba esa película tanto como odiaba *Pretty Woman* y muchas películas románticas que se veía obligado a ver cuando estaba con ella. Siempre podía decir que no, pero aceptaba solo con tal de estar con ella.

—Siempre acabas llorando con esta película, ¿por qué no buscamos algo más divertido?

—Entonces es bueno que estés aquí para secarme las lágrimas y abrazarme, ¿no? —Le dio un beso en la barbilla y le acarició una mejilla con la nariz—. Es por eso que me gusta ver estas películas contigo, ¿cómo es que todavía no te has dado cuenta?

Brianna despertó a la mañana siguiente en la misma posición en la que se había quedado dormida, lo cual era extraño, porque siempre se movía durante la noche y desmontaba la cama por completo.

Tal vez era parte de su inconsciente la que había hecho que se quedara quieta, Alioth estaba con ella y no quería hacerle daño. De costado, mirando hacia él, sonrió y le acarició la mejilla golpeada que estaba cada vez más oscura. No podía dejar que siguieran haciéndole daño, temía que llegase el día que no tuviese tanta suerte y logaran herirlo de gravedad, o algo peor.

En ese momento llamaron a la puerta. Lo besó en la mejilla y se levantó de la cama intentando no hacer ruido para que siguiera durmiendo y se dirigió a abrir la puerta para verificar quién estaba picando. Miró el reloj, y se dio cuenta que no era tan temprano como había imaginado.

Cuando abrió, se encontró con la última persona que había imaginado.

—Arthur —pronunció sorprendida, salió del cuarto y entrecerró la puerta para que Alioth no los escuchara ni se despertara—. ¿Qué necesitas?

—Vengo a hablar con el príncipe sobre el nuevo protocolo de seguridad. —Él también estaba sorprendido de verla allí, y se le notaba tanto que Bri quería reírse en su cara. ¿En serio había creído que dejaría a su prometido, su mejor amigo, y correría

a sus brazos?

—Alioth está dormido, le diré que te busque luego. —Se debatió si recurrir a él o no para resolver lo que estaba rondando en su cabeza. Podía ser un completo imbécil en cuanto a su relación, pero Bri confiaba en que haría bien su trabajo—. ¿Puedo pedirte algo, Arthur? Tiene que ser confidencial, al menos por ahora.

Interesado, el señor Hamilton accedió al instante. Brianna miró a los guardias que estaban a un par de pasos de distancia hacia los costados en ambas direcciones, y decidió bajar la voz todavía más.

—Quiero que investigues a lord Víctor y a su hijo Scott.

—¿El duque? —inquirió él con una mueca y bajó la voz tanto como ella—. ¿Qué quieres saber?

—Tengo mis sospechas sobre ellos. Ese hombre es capaz de todo, y es como una piraña. Piénsalo bien, ¿quién es el principal beneficiado si Alioth muere o queda tan desprestigiado frente al Consejo y el propio rey, que deciden desheredarlo?

—Sí, Bri, pero es su tío. Es el hermano del rey, no podemos hacer semejante acusación sin tener pruebas.

—Es por eso que quiero que lo investigues —insistió la joven—. Y también quiero que lo hagas de forma confidencial. Simplemente pasa diez minutos con él y verás de qué estoy hablando, es un hombre despreciable, igual que su hijo. Además, odia a Alioth. — Él no respondió enseguida, y Brianna no tardó en impacientarse—. ¿Vas a hacerlo o tengo que pedírselo a alguien más?

La puerta de la habitación se abrió e hizo que ambos se sobresaltaran. Alioth salió y los miró a los dos con el ceño fruncido. Se acercó a Brianna y le rodeó la cintura con un brazo antes de decir nada.

—Buenos días —saludó Bri, divertida, y se apresuró a hablar porque veía venir una inminente escena de celos—. Arthur te estaba buscando a ti. Pero le dije que estabas durmiendo y que lo buscarías luego, no es tan urgente, ¿verdad? —preguntó, girándose hacia Arthur.

—No, no es tan urgente —dijo Arthur, serio, y con tono profesional—. Antes que salga, alteza, hablaremos del nuevo protocolo de seguridad.

—Muy bien, señor Hamilton. Si eso es todo, puede retirarse —contestó el príncipe, tajante y carente de simpatía alguna.

Arthur se despidió, y Bri se quedó esperando una respuesta que nunca llegó: ¿Lo investigaría o no? No quería preocupar a Alioth, así que tuvo que callarse y no preguntar nada.

Volvieron a entrar a la habitación. Él serio y enfurruñado, ella riéndose de él.

—Volvamos a la cama —propuso—. Todavía es temprano.

Se puso de puntillas y lo besó en los labios. Solo una vez y muy fugaz. Se sorprendió al recordar que en toda la tarde que habían pasado juntos el día anterior, incluso durante la noche, durmiendo en la misma cama, no se habían besado. No de esa forma. Eso era una muestra de que entre ellos había mucho más que pasión, era un vínculo mucho más fuerte. Y le encantaba.

—Volvamos a la cama —volvió a decir en un susurro, y esta vez fue él quien le robó un pequeño beso. Cuando se alejó, Bri lo retuvo y se acercó para susurrarle—: Hazlo de nuevo.

—Con gusto —musitó Alioth.

La besó despacio, sin prisas, recuperando en ese beso todos los días perdidos. Luego se apartó y la besó detrás de la oreja apartándole el cabello, despejando toda esa área, acariciándola de una forma suave pero tentadora.

Sintió que se le erizaba la piel con cada caricia, y cerró los ojos para dejarse llevar por todas esas sensaciones.

—No vas decírmelo, ¿verdad? —farfulló Alioth, sacándola de su nube de placer.

Bri parpadeó, confundida y apoyó las manos en los brazos de él.

—¿Decirte qué?

—Qué es lo que Hamilton tiene que hacer por ti. He oído lo que decíais.

La joven pelirroja suspiró y dejó caer la cabeza hacia adelante, apoyándose en su pecho de golpe. Si estaba preguntando, es porque no lo había escuchado todo. Todavía tenía la oportunidad de ocultárselo hasta que tuviera más datos, como había planeado. Sin embargo, le había hecho jurar que no habría más secretos, sería muy hipócrita por su parte romper la promesa al día siguiente.

—¿No hay ninguna posibilidad de que sigamos con lo que estábamos haciendo y te lo cuente luego?

Alioth movió la cabeza a ambos lados sin mediar palabra, aunque no se veía muy afectado, solo curioso. Ella dejó caer los hombros al ver sofocada su fantasía de perderse el uno en el otro durante un rato, y lo condujo a la cama para empezar a narrarle su teoría.

Con algo de suerte, él no vería su hipótesis tan descabellada.

Capítulo 21

La semana siguiente pasó volando. Convencidos de que la boda iba a realizarse, a pesar de las recomendaciones de Arthur para que la pospusieran, dedicaron algún tiempo a conocer a la organizadora que la reina había contratado y asintieron con la cabeza cada vez que ambas proponían algo.

Bri sentía interés por su boda, pero sabía que Alioth no era un hombre cualquiera: era el príncipe de Sourmun, su alteza real, el futuro rey, y todos los ojos del mundo estarían puestos en ellos aquel día, en cada detalle; y era justo por eso que prefería dejarlo todo en manos de expertas.

Solo había dos cosas en las que no pensaba ceder.

La primera era el vestido, que de momento hacía ver que aceptaba que fuera confeccionado por los mejores diseñadores del país que la reina había elegido. Sin embargo, no era ese el que ella tenía planeado usar. El vestido no era feo. Era perfecto, pero para otra mujer. No quería verse al espejo antes de caminar hacia el altar o que Alioth la mirara, y viera a otra persona. Quería sentirse cómoda al menos con algo.

En lo segundo que no cedería era en el ramo. Serían peonías blancas y rosas, no era negociable, no quería otra flor en su ramo, y había amenazado con montar uno ella, de su propio jardín, si no era eso lo que veía el día de la boda.

Brianna estaba en su cuarto junto a las mellizas y Zoe, su hermana mayor, mirando un montón de revistas de decoración para cuarto de bebés. Básicamente, Bri les hacía compañía y estaba agradecida porque la distrajeran un rato mientras Alioth estaba reunido con su padre y el Consejo. Esas Juntas empezaban a ponerla nerviosa.

Soltó el enésimo bostezo desde que estaban allí y Zoe la miró.

—Perdón —dijo, cubriéndose la boca—, no es que esto me aburra, solo estoy cansada.

—¿Cansada de qué? —intervino Jess—. Si hemos estado aquí toda la mañana. Papá y mamá nos tienen presos a todos.

—Es por nuestra seguridad, Jess. No empieces. —respondió Anabelle sin quitar los ojos de su cuaderno de diseño ni dejar de mover su lápiz de color rosa.

Como la conversación se diluyó con el cambio de tema, Bri se ahorró el tener que darle una respuesta a su futura cuñada, pero su hermana siguió observándola y hasta dejó la revista para sentarse a su lado en el sofá.

—Ese ha sido mi primer síntoma —comentó bajito.

—¿Síntoma? No sabía que bostezar era signo de algo más que de tener sueño.

Dijiste que no estabas aburrida, ¿cómo es que tienes sueño a esta hora?

No podía discernir si Zoe estaba jugando con ella o hablaba en serio. No se estaba riendo, pero estaba embarazada, y según había oído, las mujeres en ese estado tendían a cambiar su comportamiento muy a menudo.

—Es que... no he dormido bien —susurró, con la esperanza de que Ana y Jess no estuvieran escuchando. Lo último que quería eran más preguntas—. Desde que Alioth y yo nos reconciamos no hemos descansado mucho por la noche. No sé si me entiendes. No me hagas explicártelo con detalles delante de ellas.

Zoe apretó los labios y asintió, seria y circunspecta. Bri levantó las cejas, sorprendida por esa respuesta tan... amarga por de parte de su hermana. ¡Como si estuviera mal! Podría haberlo esperado de todas las veces anteriores, pero ahora iba a casarse con este hombre. ¡Y era Alioth!

—¿Qué? —demandó Brianna a la defensiva, pero aún en voz baja—. No me vengas con tonterías, Zoe. Me voy a casar en dos meses.

Su hermana, siempre serena y dulce, ladeó la cabeza mientras sonreía. Una sonrisa llena de tal felicidad que la hizo retroceder un poco.

—Hermanita —musitó—, no te enfades por lo que voy a preguntarte, pero es importante. No quiero ser entrometida, pero ya que no hablas con mamá, tienes que hacerlo conmigo.

—Zoe... —farfulló en tono de advertencia.

—Habéis tomado precauciones ¿no?

La pregunta la pilló por sorpresa. No era una mojigata, no le importaba hablar del tema, pero eso era algo en lo que efectivamente no había pensado hasta el momento.

—Bueno... Es Alioth —balbuceó—. No es un desconocido.

—Pero él ha estado con montones de mujeres antes, Bri. Tú lo sabes.

—Sí —refutó enfurruñada—. Y yo con muchos hombres.

—Palabras que jamás volverás a repetir, futura reina.

La joven pelirroja puso los ojos en blanco, aunque internamente reconoció que Zoe tenía toda la razón. —En fin, lo que quería decir es que él siempre tomó precauciones con las demás. Nunca ha tenido problemas, ¿crees que alguna habría dejado escapar la oportunidad de enganchar al príncipe? Además, Alioth no es tonto.

Zoe soltó una risa y negó con la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¡Dios mío, cuánto le quieres! Me encanta que estéis juntos y que lo defiendas así. ¿Cómo es que te costó tanto ver que lo querías de esta forma?

—Nunca me había besado, si lo hubiese hecho antes, todo sería diferente. Entonces, ¿Has acabado con tu sermón de hermana mayor sabelotodo?

La expresión de diversión de Zoe desapareció y Bri tuvo su respuesta.

—Si él no se protege, al menos tú lo estás haciendo, ¿verdad?

—¿Te refieres a las pastillas? Sí, es lo único de lo que nunca me... —De repente abrió los ojos de par en par y se llevó una mano a la frente—. ¡Ay no! No puede ser, no puede ser. ¡Ay, Zoe!

Se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado al otro delante de su hermana. Las mellizas alzaron sus cabezas rubias y clavaron los ojos en ambas.

—¿Qué pasa? —preguntó Jess, que era la más avispada y curiosa.

Bri la ignoró y continuó hablando con su hermana.

—Desde que me envenenaron me dijeron que no tomara nada por unas semanas después del lavado de estómago y todo eso. ¡Ay, Zoe!

Volvió a sentarse y a llevarse las manos a la cabeza. La mayor le puso una mano en la espalda y la acarició con ternura.

—Calma, Bri. No te pongas así, no pasa nada. Estás a punto de casarte, es lo mejor que podría pasaros. Peor sería que no pudieseis tenerlos.

—No digas tonterías, no podemos ser tan irresponsables.

—Hay momentos en los que uno no piensa en nada. Especialmente esos momentos. —Ella se estaba divirtiendo mucho, pero Brianna no le veía la gracia, al contrario, estaba a punto de ponerse a llorar—. ¡Anímate, Bri! Al final puede que acabéis complaciendo completamente al Consejo y al rey casi sin proponéroslo.

—¿Acabo de oír lo que acabo de oír? ¿Voy a ser tía? —indagó Jess, tenía los ojos brillantes y una sonrisa inmensa.

—¿Qué? —intervino Ana, y saltó de la cama—. ¿Vamos a ser tías? ¿Tías de verdad?

—¡No! —soltó Bri antes de que empezaran a saltar y a gritar tan fuerte que todo el palacio se enterase—. No lo sabemos, son puras suposiciones de Zoe solo porque tengo un poco de sueño.

—Por eso y porque no han tomado ninguna precaución —agregó la aludida, con lo cual se ganó una mirada furiosa por parte de Bri.

Jess soltó otra exclamación.

—¡Espera, espera! ¿Alioth y tú ya... ? ¿Cuándo ibas a contárnoslo? ¡Quiero saberlo todo!

—¡Qué asco, Jess! ¡Es nuestro hermano! —Anabelle se tapó las orejas con una mueca de repulsión.

—Imagina que es otra persona y ya está.

—¡No podría!

—Bueno entonces vete afuera o ponte los auriculares y enciende el *discman*. Yo sí

quiero escucharlo.

—Mejor me voy —declaró y no perdió tiempo en marcharse.

Jess se sentó entre las dos que quedaron en el sofá y las contempló ansiosa. Bri tenía la mirada perdida en algún punto delante de ella y tuvo que llamar su atención para traerla de vuelta.

—Vamos, empieza. Ana ya se ha ido.

—¿Qué? ¿Por qué se ha ido?

Zoe contestó sin dejar de reír.

—Jess quiere que se lo cuentes todo sobre tu primera vez con Alioth, y Ana piensa que es asqueroso, así que se ha ido.

—No te voy a contar los detalles de mi vida sexual con tu hermano, Jessania. Sería muy raro.

—¿Por qué? No me digas que te da vergüenza...

—No es vergüenza, pero es tu hermano y no creo que quiera que tú sepas ese tipo de cosas sobre él. —La princesa dejó claro con sus muecas que no estaba contenta—. Ni una palabra a nadie sobre lo que has escuchado.

Brianna, nerviosa y preocupada, por no decir aterrada, había salido al jardín pensando que el aire fresco y el sol la calmarían, pero había olvidado que era día de visitas guiadas y recorridos turísticos en el palacio, y los jardines estaban llenos de personas y cámaras ansiosas por tropezarse con algún miembro de la familia real como si fuesen una especie de animal exótico.

El rey y Alioth salieron de la reunión con el Consejo y ella se les unió en el recorrido por el pasillo.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó.

—Agotadora —contestó Alioth y la envolvió con un brazo por encima de los hombros.

—Pero has estado bien —lo felicitó su padre—. Así es como tiene que ser siempre. Debes demostrar que te importan nuestros problemas y que piensas en cómo solucionarlos. Además, los dos tenéis que pensar en cómo hacer que el pueblo os quiera, os tenga cariño como pareja, como familia. ¿Lo entendéis? Tienen que veros como sus futuros gobernantes y no como dos niños.

«¿Como dos gobernantes?», pensó Brianna, y casi se le escapa una carcajada. ¡Si eran un desastre! Todavía les faltaba pulirse mucho como para siquiera empezar a imaginarlo. Pero no lo dijo, por supuesto, porque Alioth necesitaba que su padre

confiara en él y sintiera que era capaz de cumplir su rol.

—¿Y cómo cree que podemos hacerlo? —preguntó Bri mientras seguían avanzando—. ¿Con más obras benéficas? No sé si eso ayuda de verdad, parece demasiado... superficial. Siento que es regalar algo que nos sobra y eso no nos hace ser mejores personas.

—Ya lo descubriréis, siempre habéis trabajado bien juntos, también podréis con esto. Pensad en lo que os parezca correcto, no me defraudéis, muchachos. El futuro de nuestra dinastía está en vuestras manos.

El rey entró en su despacho personal y los dejó fuera. Los dos estaban de piedra, tal vez pensando en lo mismo, en el peso que estaban cargando sobre sus hombros aún demasiado débiles.

El príncipe soltó un suspiro. Él aún hacía un esfuerzo por conservar la sonrisa, tuvo que reconocer Bri. A pesar de todo, Alioth era fuerte, persistente, y ahora sabía que en gran parte lo hacía por ella.

—Lo solucionaremos todo. No te preocupes, estás un poco pálida. ¿Ha pasado algo más?

—Ay, Alioth —articuló sin saber cómo pronunciar las siguientes palabras—. Puede que... tal vez...

Lo intentó varias veces y de distintas formas.

—Me estás asustando, Brianna.

—Deberías estar asustado —le advirtió, y lo cogió de la manga para entrar a una sala en busca de más privacidad. Hizo que se sentara en un sofá y se colocó a su lado, a sabiendas de que no hacía otra cosa que preocuparlo más—. ¿Tú recuerdas que cuando estuve en el hospital la doctora dijo que no podía tomar nada durante unas semanas? Ni alcohol, ni pastillas...

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con eso? ¿Por qué es un problema? ¿Tomaste algo y te encuentras mal? —Le sostuvo el rostro con las dos manos y la examinó, lo que aumentó más los nervios de ella. No quería tener que decirlo de forma tan directa, pero la estaba obligando.

—No, no he tomado nada. Ese es el problema. No me he tomado las píldoras, Alioth. Y tampoco tomamos precauciones cuando estuvimos juntos. Y puede que... —Hizo una pausa para inhalar y exhalar lenta y profundamente—. Existe la posibilidad de que esté embarazada.

Cuando terminó de hablar estaba temblando. No lo había dicho en voz alta hasta ese momento y una sensación extraña la recorrió de pies a cabeza. Esperó la reacción de Alioth, que se quedó de piedra, sin pestañear y según le parecía a ella, sin respirar.

Capítulo 22

Diez segundos después, Alioth seguía sin moverse, y Bri esperaba una respuesta que no llegaba. Permaneció inmóvil hasta que ella volvió a decir su nombre con un hilo de voz. Entonces, Alioth pareció recuperar de nuevo la respiración y el control de sus músculos. Parpadeó y la miró a los ojos.

Le tomó las manos sin abandonar la estupefacción, pero se las llevó a los labios por un instante antes de acercarse más a ella en el sofá. Bri no podía soportar tanto silencio, en especial porque no sabía cómo interpretarlo.

—Di algo, me estás matando de los nervios—masculló.

—Lo siento, lo siento —dijo el príncipe al fin, y le tembló la voz tanto como a ella todo el cuerpo—. Es que... no me lo esperaba. Me has sorprendido. ¿Estás... estás segura?

—No, pero creo que es factible. He revisado el calendario y tengo un retraso de seis días. —Se tapó el rostro con las manos todavía pensando que no podía ser cierto, no podía estar pasándole a ellos.

Alioth puso la mano en su rodilla y le dio un apretón.

—¿Y eso es mucho?

—No es normal, pero ya me ha pasado en otras ocasiones. Aunque ahora es distinto, ahora sí tengo que preocuparme. —Clavó sus ojos en él, que seguía en un estado de *shock* del que estaba haciendo un gran esfuerzo por salir—. No me estoy tomando las píldoras y no hemos tomado precauciones. Ni la primera vez, ni nunca. ¿Cómo somos tan irresponsables, Alioth? ¿Es que soy yo la que te arrastra al lado oscuro?

—No digas tonterías. —Sonrió y la abrazó—. Tú eres la luz de mi vida, la más brillante de todas. Nos olvidamos porque sabemos que no es un problema, de ninguna manera sería un inconveniente. No teníamos por qué preocuparnos, Bri, por eso que ni siquiera lo consideramos.

Lejos de soltarlo, Bri lo abrazó con más fuerza. Él siempre sabía qué decir, lo resolvía todo, siempre encontraba la solución. La vida era mucho más simple cuando estaban juntos.

Se movió para sentarse en su regazo y le dio un beso en los labios.

Él se adelantó y volvió a hablar antes de que ella encontrase algo que decir.

—Un hijo sería lo mejor que podría pasarnos.

—Haría felices a tus padres y al Consejo. Es lo que quieren ¿no?

—No, Bri —compuso Alioth acariciándole una mejilla. Sus ojos brillaban, estaba emocionado y ella se sintió mal por estar tan asustada y confundida—. No pienso ni en mis padres ni en el Consejo cuando imagino un hijo. Pienso en ti y en mí. Podemos formar una familia, solo nuestra. Viviremos en nuestra casa de campo llena de flores y lejos del mundo.

—Yo no sé si estoy lista para ser madre —gimoteó, y bajó la mirada porque se sentía avergonzada por sus propios temores—. No sé cómo ser una esposa, ni una princesa, y mucho menos cómo ser madre.

Se secó las mejillas con el dorso de la mano y contuvo el llanto que le causaba un nudo en la garganta.

—Perdón. Yo te quiero Alioth, de verdad que te amo. Deseo estar contigo con todo mi corazón, pero tengo miedo de no poder llegar a ser nunca lo que debería, lo que todos esperan.

—Yo espero que seas tú misma. Es lo único que necesito, que seas mi amiga incondicional. La misma de siempre. Así eres perfecta. Lo demás lo arreglaremos si estamos juntos.

Se miraron a los ojos, él buscaba borrar todos sus miedos y encontrar a esa mujer alegre, achispada y algo imprudente que lo conquistaba cada día, no permitiría jamás que dejara de serlo. Por ella sería capaz de romper todas las reglas jamás escritas por sus antepasados que condicionaban su futura vida.

Volvió a cubrirla con sus brazos y a estrecharla contra su cuerpo donde descansaron sin decir ni una palabra durante varios minutos.

—Entonces... ¿te gustaría ser padre? ¿Tan pronto?

—Nunca lo había pensado. Era algo que me parecía tan... lejano. Solo una idea abstracta. Ser papá... —repitió mientras asimilaba las palabras.

Bri se enderezó, todavía seria y dudosa. Él le regaló una sonrisa y le pellizcó la nariz con cariño. —Un bebé que llora toda la noche, que hay que alimentar, bañar, cambiar, dormir. Creo que nunca he cogido a un bebé en mi vida.

Alioth le tocó el vientre con la yema de los dedos.

—Puede que ahora estés haciéndolo de una forma muy especial.

—Puede que ni siquiera sea cierto, es solo una posibilidad. —aclaró, pero algo en su interior, quizás su intuición de mujer, le decía que no estaba equivocada.

Dos días después, Zoe ya le había conseguido una cita con su propio ginecólogo. Con sumo cuidado de no ser descubiertos ni seguidos por los *paparazzi* u otros periodistas,

y con el equipo de seguridad que tenían que llevar a todos lados por la amenaza permanente sobre sus cabezas, asistieron los dos juntos a la clínica privada donde se encontraba el consultorio del doctor Melton.

Alioth había insistido en acompañarla y estaba incluso más emocionado que ella. Por fortuna, no había muchas personas en la sala de espera. Allí solo había una mujer embarazada y cuatro niños pequeños, dos sentados en el suelo con papeles y lápices de colores y los otros dos en las sillas mirando dibujos animados.

El más pequeño de todos niños se les acercó enseguida y los miró con curiosidad. Les sonrió y clavó sus ojitos azules en Brianna.

—Hola —le dijo Bri, divertida—. ¿Cómo te llamas?

Sin nada de timidez, él se acercó más.

—Eric —respondió y estiró un brazo para tomarle un mechón de cabello—. ¿Por qué es naranja?

Justo entonces, la mujer que debía ser su madre lo vio e intervino.

—Cariño, no molestes a la señora. Sigue dibujando con Charles.

—Está bien, no me molesta —contestó Bri mirando la manito diminuta de Eric en su cabello. También observó su pequeño cuerpo de rodillas sobre el sillón para llegar hasta ella, su piel blanca y suave, con unos ojos inocentes pero curiosos y la sonrisa de un ángel.

Alioth debió intuir el rumbo que habían tomado sus pensamientos porque posó una mano sobre la de ella y le hizo saber que él estaba pensando lo mismo.

—¿Te gusta mi cabello? —preguntó.

Eric asintió varias veces sin perder su sonrisa y le soltó el pelo para sentarse a su lado.

—¿Dónde está tu bebé? ¿Todavía es un caramelo?

Brianna y Alioth se miraron sin saber qué contestar. La joven mujer volvió a intervenir para sacarlos del apuro. —Eso le dijimos cuando me quedé embarazada y todavía era demasiado pronto para que se notara—comentó señalando su panza—. No entendía cómo un bebé podía estar aquí dentro si él no podía ver nada. Primero fue un caramelo, luego un limón, y ahora es un melón porque todavía no cree que sea un bebé de verdad.

Le costó seguir la lógica, pero Bri asintió de todos modos.

—Bueno, yo... todavía no sé si tengo un caramelo.

—¿Entonces qué tienes? —inquirió Eric mientras observaba más de cerca su vientre cubierto por la blusa.

—Tal vez un bombón —propuso Alioth, y se ganó toda la atención del niño, que se interesó por él y quiso seguir haciendo preguntas.

La madre del pequeño se disculpó y se levantó para alejarlo. Sacó de su bolso un paquete de galletitas dulces, se lo entregó y le dijo que las compartiera con sus hermanos.

Una vez que se aseguró de que todos estaban tranquilos de nuevo, volvió a su sitio. Bri sabía que debería permanecer quieta y callada, intentar relacionarse lo menos posible para evitar ser reconocida, pero le fascinó la forma en la que, sin gritarle ni regañarlo como habían hecho sus padres con ella toda la vida, la mujer podía controlar a los cuatro y volver a sentarse tranquila en su silla.

—Tiene unos hijos preciosos —dijo, cuando la señora estuvo de vuelta.

—Gracias. Sois primerizos, ¿verdad?

—Esperamos serlo —contestó Alioth.

—Oh, qué bonito. Todavía recuerdo cuando mi esposo y yo vinimos aquí por primera vez. Ya han pasado diez años. Sé que es aterrador al principio, nosotros también éramos muy jóvenes. Pero ser padres es lo mejor que os pasará en toda vuestra vida, el amor de un hijo es único e incomparable.

Bri oyó sus palabras y estudió su expresión sincera. Allí no había más que alegría, su voz denotaba el cariño que sentía por sus hijos y lo orgullosa que estaba de ser madre. No hacía falta que lo dijera con más palabras porque lo irradiaba por todos sus poros.

—Gracias —musitó, y no necesitó aclarar por qué estaba agradeciéndoselo, la mujer la entendió perfectamente.

—Soy Ría Ballas, por cierto. Y ellos son mis hijos, Frankie, el mayor, Duncan, Charles y Eric que se ha presentado solo.

Bri no podía dejar de presentarse si ella lo hacía, y tampoco le gustaba mentir sobre quién era. Sabía por experiencia que decir su nombre y el de Alioth no siempre significaba exponerse. Muchas veces había ocurrido que las personas no los reconocían si solo utilizaban su nombre de pila y omitían el apellido. Tal vez porque a pesar de saber que ese era el nombre del príncipe, pocos imaginaban que era posible tener al heredero de la corona enfrente.

Y, tal y como había esperado, Bri hizo las presentaciones y Ría no se inmutó.

—¿Lleváis mucho tiempo casados?

—En realidad, todavía no estamos casados. Tenemos la boda en dos meses. ¿De cuánto tiempo estás?

—¡Felicidades! Ya llevo cinco meses, será una niña. Llevamos años esperándola. Deberíamos haber parado con Charles, que es el tercero, pero siempre había soñado con una niña y mi esposo y yo no quisimos darnos por vencidos. Ahora que ya la tenemos, vamos a tener que conformarnos, se acabaron las excusas.

Era tan dulce que Bri se sentía conmovida y celosa, hacía que todo pareciese tan fácil que hasta resultaba inverosímil. O quizás no, una familia con una madre como esa mujer a la cabeza sería diferente a todo lo que conocía. Alguien que no pensara solo en el dinero, el poder o el qué dirán, una madre que se preocupara más por sus hijos que por ella misma o el resto del mundo.

Si Bri tenía hijos, quería ser así. No como su madre, ni como Arlet. Quería ser como Ría Ballas.

Y cuando algo se le metía en la cabeza, no había nada que consiguiera quitárselo.

—¿Y ya han pensado en un nombre? —preguntó Alioth

—Nina, se llamará Nina.

—Es un nombre precioso —musitó Bri en el momento que uno de los guardaespaldas se acercaba a ellos. Sabía que estaban intranquilos porque ellos interactuaran con alguien que no conocían, pero como habían dispuesto que esa visita debía ser tan discreta, no podían desplegar el protocolo de seguridad como de costumbre.

—Alteza, ¿puedo hablar con usted un segundo?

Podrían haber pasado desapercibidos, Ría nunca se habría enterado de quienes eran si él no lo hubiese llamado por su título.

Cuando Alioth se levantó con resignación, la señora Ballas se deshizo en disculpas por no haberse dado cuenta y Bri se dedicó a tranquilizarla y asegurarle que no tenía importancia. También le pidió que mantuviera ese encuentro en secreto y se atrevió a preguntarle si algún día podía invitarla a tomar el té con ella y su hermana, que también estaba esperando un hijo por primera vez. Le pidió que les explicase más sobre el mundo de los bebés y el embarazo. Quería conocer los especialistas a los que visitaba, saber más sobre las clases de preparación parto, y todo lo que pudiera serles de ayuda.

Después de que Ría saliera de la consulta entraron ellos. El doctor Melton los recibió a ambos y, a excepción de su saludo inicial, no les brindó ninguna atención excesiva ni preferencial.

Era un hombre serio y profesional, con una forma de proceder que la hizo sentir cómoda al instante. Brianna le habló de su envenenamiento y el lavado de estómago que interrumpió su método anticonceptivo. Finalmente le habló del síntoma por el cual Zoe había plantado la duda, incluyendo sus días de retraso.

Él fue claro y le explicó que si bien existía la posibilidad de que estuviera

embarazada, había otras condiciones que podían provocar esa fatiga continua y el retraso, especialmente la etapa de estrés que estaba atravesando en ese momento de su vida.

—Vamos a hacer un chequeo general e incluiré la prueba de embarazo.

—¿Y no puede hacerme un ultrasonido?

El médico sonrió.

—Me temo que no serviría de nada. Aún es muy pronto para ver algo, precisamente las pruebas de orina también pueden fallar debido al poco tiempo que ha pasado.

Bri no se había hecho ninguna prueba de orina porque temía que alguien la descubriera. No podía enviar a nadie más a comprarla, ni siquiera a su hermana, puesto que también podían reconocerla a ella y no confiaba en nadie más para pedírselo sin arriesgarse a que llegara a oídos de las personas equivocadas.

Su hijo no solo sería su hijo y el de Alioth, fuese niño o niña, sería el heredero de la corona de Sourmun, lo que podía significar que pasaría a convertirse en uno de los objetivos de aquellos que iban tras la cabeza del príncipe.

—Está bien, doctor. ¿Y cuándo tendremos los resultados? —indagó Alioth.

—Depende el laboratorio de análisis que elijan y cuándo vayan. En cuanto los tengan, vienen a buscarme y los analizaremos juntos.

—Muy bien, gracias. Así lo haremos.

Se despidieron y se marcharon de la clínica, pero no fueron enseguida al laboratorio. Bri no se sentía con fuerzas para ir a ningún otro lugar más que a su cama. Había estado tan nerviosa y tensa que ahora se sentía muy mal, le dolían los músculos y el cuerpo en general, tanto que hasta sentía nauseas.

Se abrazó a su prometido en el coche y dejó que la cuidara y mimara durante todo el camino. Quería encerrarse con él y no ver a nadie más. Podría perderse en sus caricias lo que quedaba de día e intentar olvidar lo que estaba ocurriendo.

Pero cuando llegaron al palacio, sus planes se vieron frustrados. Consiguieron llegar a su habitación, pero Arlet entró al cabo de diez minutos.

—¿En qué estabais pensando? —exigió saber.

—¿De qué estás hablando, mamá? —preguntó el príncipe, cansado.

La reina avanzó y se sentó en la cama donde Brianna ya se había acostado y no hacía ningún esfuerzo aparentar estar mejor de lo que se sentía.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Como los dos siguieron mirándola como si no tuviesen ni la más mínima idea de lo que estaba hablando, se dio por vencida y lo preguntó directamente—. Ya sé que habéis ido al ginecólogo los dos juntos. Solo puede haber un motivo para que Alioth te haya acompañado, Brianna. ¿Es que pensabais que no iba a enterarme? ¿Cuándo vais a aprender?

—No es tu problema, mamá. Me parece que somos lo bastante mayores como para que nos estés controlando de esta forma. Hay una razón por la que no te lo hemos dicho.

—No vamos a discutir esto ahora, Alioth —sentenció, y posó sus ojos en Brianna—. ¿Estás embarazada?

La joven pelirroja se tapó todavía más y contestó mientras luchaba por mantener los ojos abiertos. —No lo sabemos. Tengo que hacerme unos análisis.

—¿Y qué estáis esperando?

—A que Brianna se encuentre bien, ¿no ves cómo está, mamá? Y con tu interrogatorio solo lo estás empeorando.

Arlet reconoció que su hijo llevaba toda la razón y se levantó después de cubrir a Bri con más mantas.

—Lo siento. Pero cuando deduje lo que estaba ocurriendo me ilusioné al saber que podríamos estar cerca de resolver toda esta situación. Un heredero tuyo respondería a todas las dudas del Consejo y les daría esperanzas y seguridad a todos los ciudadanos que te apoyan. —Se puso de pie tras besar a Bri en la frente, como todo un modelo de madre cariñosa, o suegra satisfecha, y se acercó a su hijo—. Además, nada me haría más feliz que ser abuela.

Alioth se metió en la cama con Bri cuando se quedaron solos. La cubrió con su cuerpo, abrazándola desde atrás y brindándole todo el calor y protección que ella necesitaba. Le dio unos leves besos en el cuello y en la mejilla, haciéndola sonreír a pesar de que no había hecho más que ponerse nerviosa con las palabras de la reina. El peso que recaía sobre sus hombros no dejaba de aumentar.

—Relájate, amor. Todo saldrá bien, será como tiene que ser y seremos felices juntos pase lo que pase.

—Puede que nuestro bebé ni siquiera exista y ya tiene que soportar toda esta carga —dijo—. Ser la esperanza y la seguridad de un país entero y hacer feliz a tu madre. No sé cuál de las dos tareas es más complicada.

Alioth soltó una risa y le dio un beso corto.

—Nuestro hijo será el bebé más querido del mundo. No pienses en el peso, Bri, piensa en que por cada uno que quiera hacerle daño, habrá cien que lo querrán proteger.

—Ya te has hecho la idea de ser padre, ¿no? Ese granujilla que hemos visto esta tarde te ha hecho pensar.... A mí también, sigo aterrada, pero también estoy entusiasmada —confesó—. Mis sueños son diferentes a los que tenía hace dos meses y todo es por ti. Por este amor que has despertado, porque no necesito nada más que a ti a mi lado para ser feliz. El resto del mundo solo es un obstáculo que me gustaría

borrar.

—No podemos borrarlo —susurró él—. Pero podemos usarlo a nuestro favor.

Capítulo 23

Al día siguiente, Alioth acompañó a Bri a realizarse los análisis. Los dos estaban ansiosos, pero se sentían más confiados que el día anterior. Ella estaba más segura después de considerarlo con calma y con el apoyo incondicional de su futuro esposo. Sin embargo, seguía sintiendo un gran peso sobre sus hombros, en especial porque Arlet y Ewen no dejaban de presionarlos continuamente.

El rey había contratado un asesor de imagen que los ayudaría a buscar la mejor forma de ganarse el cariño de su pueblo y de que el resto de la realeza aceptara a Brianna como la futura reina de un país que dependía por completo de la monarquía. Ella no creía que esa fuese a ser la solución a nada. Sabía de sobras que era algo muy común, que muchos políticos, empresarios y miembros de la nobleza utilizaban un asesor de imagen. Pero aquello no funcionaría con ellos, Alioth también pensaba lo mismo.

Arlet, por su parte, los había vuelto locos con demandas e indicaciones sobre el inminente embarazo, hasta tal extremo que Bri había pasado de estar aterrada por la posibilidad de estar embarazada, a temer si no lo estaba. Como los resultados no estarían listos hasta pasados dos días, Bri había decidido distraerse con otras actividades.

Esa misma tarde había llevado a Alioth de forma oficial al orfanato que había visitado por primera vez con la reina. Con ese primer encuentro había descubierto un mundo que no conocía, algo en lo que le gustaría contribuir más que solo con dinero. Deseaba que Alioth lo viera y comprendiera su deseo de ayudar a todos esos niños que habían sido abandonados a su suerte porque sus padres ya no estaban en este mundo o porque no los querían lo suficiente.

Ver todas esas caritas tristes o ansiosas de cariño le despertaba más sentimientos relacionados con la maternidad. Ningún hijo suyo sufriría jamás ese tipo de dolor, ni por parte de ella ni de su padre. Ellos serían los padres que cualquier niño necesitaba, no como había sido el caso de Bri.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Alioth. — ¿Has pensado en algo?

—Quiero que tengan una familia, cada uno de ellos debería tener un hogar y por lo menos un padre o una madre que les dé amor. Hay muchas personas que no pueden tener hijos, ¿por qué no pueden adoptar a estos?

—La adopción no es algo fácil, Bri.

—Debería serlo —contestó mientras saludaba desde la ventanilla del coche a los

pequeños que salieron a despedirlos.

El príncipe le tomó una mano y reclamó su atención cuando el coche empezó a moverse y las ventanillas a levantarse por su seguridad, para resguardarlos del acoso de los flashes que los perseguían.

—Cada día me enamoro más de ti, ¿es posible? —dijo Alioth antes de besarla—. Y cuando todos vean lo maravillosa persona que eres, van a adorarte como yo.

—Me sobrestimas. Pero te voy a creer porque la única opinión que de verdad me importa es la tuya. Solo quiero que me acepten para que tú estés bien, para que todo salga bien para ti. No quiero que nuestro amor sea un inconveniente y te genere más problemas que alegrías, no podríamos vivir así.

—Eso no va a pasar, Bri. Si tuviera que elegir entre mi posición y estar contigo, te elegiría a ti mil veces y sin dudarlo. —Volvió a besarla y calló cualquier otra réplica que ella tuviese pensado ofrecer—. En cuanto pase la boda, te prometo que me pondré a trabajar en un proyecto para cambiar la legislación sobre adopciones y tú, como mi compañera, te encargarás de convencer a las esposas de los miembros de Consejo para ayudar a que se apruebe. Vamos a ser un gran equipo, estoy convencido.

Y en ese momento, toda era luz y esperanza en su futuro.

Al día siguiente, Alioth tenía que asistir a una reunión con su padre y otros diplomáticos extranjeros que les llevaría toda la mañana y parte de la tarde. Por esa razón, Brianna decidió que era un buen día para que ella y Zoe visitaran a Ría Ballas como habían acordado.

Fueron a su casa a escondidas, con mucho cuidado de no ser descubiertas, no querían exponer a aquella familia en los medios.

Zoe y Ría congeniaron al instante. Su hermana mayor amaba a los niños, tenía un espíritu mucho más maternal que ella misma y los hijos de la señora Ballas la conquistaron enseguida. También conocieron a su esposo, Brad, un financiero que trabajaba para una empresa privada y un padre cariñoso. Brianna supo que la razón por la que él les agradó de inmediato fue el hecho de verlo sentado en el suelo escuchando a sus cuatro hijos, uno por uno, mientras le contaban qué habían hecho ese día en el colegio. El señor Collingwood jamás había tenido ese tipo de detalle con ninguna de ellas, ni siquiera con Zoe, que era su favorita. Tanto él como su esposa habían estado demasiado ocupados toda su vida como para reparar en nimiedades como esas, dando como resultado dos niñas desesperadas por un poquito de amor y atención.

—¿Y cómo vas a llamarlo? —preguntó Ría a Zoe mientras tomaban el té en el jardín de la casa. Era un lugar modesto, pero bonito. Había espacio de sobra para que los niños jugaran, ya fuera en el patio trasero o dentro de la casa, que tenía dos pisos.

—Si es un niño, se llamará Bradley, como mi abuelo. Si es niña, será Amberly.

—Será un niño —reafirmó Brianna, convencida de eso desde que se había enterado de que iba a ser tía—. Papá quiere un nieto varón y tú se lo darás. Un nieto que lleve el nombre de su padre, serás considerada la hija perfecta una vez más.

—Tú serás una reina, ¿por qué sigues pensando eso?

Estuvo a punto de contestarle que no importaba lo que hiciera, ella siempre le daría una razón para seguir siendo la oveja negra de la familia, por mucho que lo intentase.

—Bueno, Bradley es un nombre muy bonito—intervino Ría con la intención de suavizar la conversación—. Y todos le llamarán Brad, como mi esposo. Es una gran coincidencia.

Pasaron la tarde hablando sobre bebés, de su rol como madre y de la vida en general. Quedaron en verse en pocos días, cuando Bri ya tuviera los resultados de los exámenes médicos.

Ría era una persona de corazón puro, una madre modelo, una buena compañía y un referente para Bri. La joven decidió que quería volver a verla más a menudo en el futuro. Ría había aportado una nueva perspectiva al modo que Bri tenía de enfrentarse al embarazo, y a su futura vida.

Cuando finalmente tuvieron los ansiados resultados, acudieron a una cita improvisada con el doctor Melton. Entraron al consultorio hacia el mediodía con un sobre cerrado que acababan de recoger del laboratorio y no se atrevían a abrir.

El médico abrió el sobre mientras ellos aguardaban frente al escritorio sentados y cogidos de la mano. Analizó todas las hojas sin decir ni una palabra, lo cual aumentó la tensión de la pareja hasta el extremo. Después dejó los papeles sobre la mesa y los contempló en silencio unos segundos antes de que Brianna lo forzase a hablar.

—¿Y bien, doctor? ¿Qué significan todos esos números? ¿Estoy embarazada?

—Me temo que no, señorita Collingwood.

Su sonrisa nerviosa se transformó en una expresión pétrea, lo que reflejó su sorpresa y su repentina desilusión. No era lo que esperaba oír, fue como recibir un golpe en el pecho que la dejó sin respiración.

—Pero... no lo entiendo, creía que...

No podía dejar de balbucear a causa del dolor agudo y punzante del pecho que le quitaba el aliento. Alioth le acarició una mano y colocó la otra en su brazo para llamar su atención.

—No pasa nada, Bri. No te preocupes, tal vez no era el momento. Tendremos un bebé más adelante.

Ella negó con la cabeza, estaba tan angustiada que no podía mirarlo a la cara.

—Es que... Yo lo sentía. Estaba casi segura. ¿No puede haber un error, doctor? Mírelos otra vez.

—Bri... —suplicó Alioth de nuevo.

El médico intervino.

—Me temo que no, señorita Collingwood. No solo no está embarazada, sino que al parecer hay algo más que le impide estarlo.

Otro golpe. Un fuego helado le recorrió la columna y se mareó.

—¿A qué se refiere? —preguntó con un hilo de voz.

—Tiene un desequilibrio hormonal importante que podría provocarle grandes dificultades para concebir. Posiblemente el retraso de su periodo se deba a esto también.

—Pero siempre he sido regular, nunca he tenido ningún problema ni me he sentido tan mal como ahora.

—Porque los anticonceptivos lo mantenían controlado. Ahora que no los ha tomado en un tiempo, su cuerpo trabaja solo, sin ayuda, y el desequilibrio sale a flote.

Brianna parpadeó y las lágrimas empezaron a caer.

—¿Me está diciendo que no voy a poder tener hijos propios? Yo necesito tener hijos, ¿entiende?

El príncipe pasó un brazo detrás de su espalda para intentar tranquilizarla y dejar al médico explicarse, pero a Brianna se le hacía difícil contener el llanto, aunque tampoco estaba haciendo un gran esfuerzo. Sentía que el futuro lleno de esperanza que había creado se derrumbaba y no podía hacer nada para impedirlo.

—Hay tratamientos, no desespere —explicó Melton con calma—. Tenemos que hacer más estudios para determinar la causa y buscar el procedimiento más adecuado a seguir.

—¿Y después de eso podré ser madre?

—Nada es cien por cien seguro, pero siempre aparecen nuevas técnicas, ambos son muy jóvenes todavía y gozan de buena salud. Es un proceso largo, pero puede dar buenos frutos, cada vez más parejas se animan a intentarlo.

—No, no. Usted no lo entiende —siguió sollozando y se puso de pie—. Necesito salir de aquí, Alioth. Perdón doctor, ahora no puedo con esto.

Alioth la siguió y cuando la alcanzó la condujo al coche lo más rápido posible. Una vez dentro, ella se hizo un ovillo y él la abrazó y le rogó que se calmara y lo escuchara.

A pesar de estar desconsolada, hasta tal punto que sentía dolor físico a causa de la

angustia y la decepción, puso su atención en él e intentó secarse las lágrimas, que no dejaban de brotar.

—Todo va a ir bien, Bri —dijo Alioth sosteniendo su rostro con las manos—. No llores, por favor. Tenemos mucho tiempo.

—¡Pero ya has oído al doctor! Ha dicho que estoy enferma, que no puedo tener hijos.

—No, no ha dicho eso. No estás enferma. Haremos un tratamiento y ya verás como todo se arregla.

Él siempre lo solucionaba todo, la hacía sentir mejor con sus palabras y curaba sus heridas. Pero esa vez temía que no había nada que pudiera arreglarlo.

—¿Y si no lo soluciona? ¿Y si no puedo? Necesitas herederos y yo no puedo dártelos.

—Sí, sí lo harás. Todo va a ir bien, cuando sea el momento adecuado, tendremos un hijo. No pienses en los demás, solo en ti y en mí.

La sentó en su regazo, la tomó por la cintura y la cubrió por completo con sus brazos, para que ella se apoyase en su pecho. Bri cerró los ojos e intentó obedecerlo. No obstante, era imposible. No dejaba de llorar porque sus pensamientos no se detenían, y ninguno era bueno ni alentador. Los latidos de su corazón le golpeaban con fuerza el pecho y retumbaban en su garganta ahogándola.

—¿Qué vamos a decirles a todos? —preguntó—. ¿Viste cómo nos miraba tu padre anoche en la cena y hoy en el desayuno, la sonrisa que tenía? Estoy segura que tu madre se lo ha contado.

—Vamos a decirles que fue una falsa alarma —propuso con tono despreocupado, pero Bri sabía que él también estaba afectado por aquello.

Lo que le tocó decir luego hizo que se le retorciera el corazón, pero si no lo hacía allí tendría que hacerlo luego y no por eso dolería menos.

—No, tenemos que contárselo todo —insistió.

Alioth se puso firme y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No, si les dices eso van a querer cancelar la boda solo por precaución. Escúchame bien, no hay nada en este mundo que impida que me case contigo, si ellos intentan hacer algo para separarnos, voy a renunciar a todo y te juro que no me importa, pero me gustaría que empezásemos nuestro matrimonio de la mejor forma posible.

La joven se mordió el labio inferior para que dejase de temblar.

—¿Y después? ¿Cuándo vean que no podemos tener hijos? —negó con la cabeza varias veces—. Me van a odiar, todos me van a odiar. ¿Por qué nada nos sale bien?

—Nadie te va a odiar, no llores, Bri. Buscaremos otro médico si quieres, vamos a tomárnoslo con calma. No ganas nada con desesperarte, solo te haces daño.

—Es que —articuló— ya me había hecho a la idea. Pensaba que tendríamos un bebé, solo nuestro. Estaríamos los tres juntos en nuestra casa de campo y tú tendrías asegurada tu posición. Creí que finalmente seríamos felices.

—Lo seremos, Brianna. Te lo juro, yo voy a hacerte feliz. —La besó en la sien y mantuvo los labios pegados a ella mucho rato.

Aunque estaba acurrucada sobre él y envuelta en su calor, Bri seguía teniendo frío. Casi sin pensarlo, se llevó una mano al abdomen, donde había imaginado que estaba su bebé. Cerró los ojos y se negaba a creer que nunca tendría uno propio. No podía rendirse, si lo hacía, eso significaría que también debería renunciar al amor de su vida.

Todavía estaba en la misma posición cuando llegaron al palacio. Apenas abrieron la puerta del coche, Jessania se interpuso en su camino y se metió al coche obligándolos a hacerle un lugar.

—¿Qué diablos has hecho ahora? —gritó a su hermano, y no le dejó decir ni una palabra—. Mamá está furiosa y lleva cuarenta minutos preguntando por ti.

—¿De qué estás hablando, Jess? —inquirió Bri, agotada por el llanto. Lo único que deseaba era meterse a la cama o en una bañera con agua caliente, no estaba de humor para gritos ni peticiones.

—Eso mismo quiero saber. Ni mamá ni papá quieren decirme nada, sé que están con alguien en el despacho principal, pero ni Ana ni yo pudimos ver quién era. ¿Por qué todo este secretismo? ¿Qué has hecho ahora, Alioth?

Ninguno de los dos creía que la noticia que acababan de recibir hubiese llegado tan rápido a oídos de la reina. Además, hacía menos de media hora que habían salido de la clínica; era imposible.

Una nueva incógnita se abría ante ellos y el pronóstico no era alentador.

Capítulo 24

A pesar de no encontrarse bien, Bri estaba demasiado intrigada como para encerrarse en su cuarto y dejarse carcomer por la incertidumbre mientras Alioth acudía a la llamada de sus padres. Por eso decidió acompañarlo al despacho del rey y no se dejó convencer por nadie de lo contrario.

La reina fue la primera en verlos y se acercó a los dos.

—¿Qué te pasa, Brianna? Mira cómo estás —preguntó.

—Nada, ahora no importa —respondió para evitar el tema y centrarse en la verdadera razón por la que se encontraban en aquella habitación—. ¿Qué pasa? ¿Por qué prácticamente nos han arrastrado hasta aquí en cuanto hemos llegado?

—En realidad era solo a Alioth al que debían traer. ¿Por qué no te vas a descansar un rato, cariño? No parece que te encuentres bien.

—No. Donde esté Alioth estoy yo.

El rey, que los esperaba sentado detrás de su escritorio y aún no había abierto la boca, se puso de pie y caminó hacia una pequeña sala adjunta que poseía el estudio, un lugar de descanso que también solía utilizarse para reuniones.

Bri y Alioth se miraron con la misma pregunta en los ojos: ¿Estaría allí el invitado misterioso?

Por un instante, Bri había pensado que podría ser Arthur, pero no imaginaba que mantuvieran tanto misterio con él a esas alturas. También le resultó inquietante la expresión en el rostro de Ewen. Estaba serio, preocupado, y hasta parecía disgustado, lo cual no era usual en él.

Cogidos de la mano como habían llegado, siguieron al rey y a su esposa.

—¿Qué diablos...? —dejó escapar el príncipe, y detuvo su marcha.

Brianna se tambaleó y se mareó por segunda vez ese día cuando vio la desagradable sorpresa que la aguardaba, pero Alioth reaccionó con rapidez y la sostuvo con cuidado.

Lía les sonrió a los dos sin levantarse del sofá en el que estaba sentada, tranquila y relajada.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —demandó el príncipe, y abrazó a su novia para que no se cayera al suelo.

—Hola, Alioth —saludó ella sin inmutarse por su tono furioso—. Sabía que te sorprendería verme. Brianna, ya te lo advertí, ¿recuerdas? No hace mucho tuvimos una conversación...

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió Alioth sin dejarla acabar.

Lía no llegó a contestarle porque el rey intervino y trató, una vez más, de alejar a Bri de todos ellos.

—Será mejor dejar que ellos acaben con esto. Vamos, Brianna, te acompañaré en persona a tu cuarto. Tienes mal aspecto, hija mía.

No iba a lograr convencerla por más dulce que se mostrase, le daban igual todas las atenciones.

—Me voy a quedar aquí hasta que esta mujer entienda que no tiene nada que hacer en nuestra casa.

—En realidad, sí lo tengo —volvió a intervenir Lía, que parecía desconocer todas las reglas establecidas para moverse en presencia del rey. Incluso Brianna, que no era la mayor fan de las normas, se sorprendió ante su descaro—. Estoy aquí porque Alioth tiene que enterarse de que voy a tener un hijo suyo.

Un silencio pétreo cayó sobre la sala, la joven consiguió silenciarlos a todos y en su rostro creció una sonrisa de suficiencia y victoria. Podría estar feliz por haber ganado lo que parecía ser la primera batalla, pensó Bri, pero no tenía ni idea de quienes eran sus rivales. Había una persona entre todos ellos que tenía una larga trayectoria en guerras ganadas, en aplastar a sus oponentes como cucarachas sin titubear.

A Arlet tampoco le importaban los daños colaterales mientras ella consiguiera lo que deseaba.

—Estás mintiendo.

El príncipe fue el primero en hablar. Le tembló la voz, pero consiguió cerrar el espacio que lo separaba de su prometida y colocarse a su lado y buscar su mano para evitar que se cayese.

—No soy tan estúpida, Alioth. Me ofendes. ¿Crees que vendría aquí y me enfrentaría a tus padres sin estar segura de lo que digo? Estoy embarazada de cuatro meses, haz las cuentas que quieras, van a coincidir. Mírame.

Abrió la fina chaqueta que llevaba y dejó ver la evidencia de sus palabras. No era muy grande, pero el vestido ajustado que llevaba puesto dejaba a la vista un vientre prominente, muy parecido al que había observado en la señora Ballas días atrás.

—No puede ser mío. Siempre tomo precauciones, no me vas a engañar.

Lía le restó importancia, se encogió de hombros y volvió a sentarse en el sofá.

—Algo debe de haber pasado, quizás falló, se rompió, no lo sé. El hecho es que voy a tener un hijo tuyo. Tu primer hijo, tu heredero. El heredero de todo esto.

Aquel fue el detonante de Arlet.

—¡Jamás! —exclamó, y enfrentó a la muchacha, que no se dejó intimidar—. Ya te

lo he dicho hoy y vuelvo a repetírtelo, una mujer como tú no tiene nada que hacer en esta familia. Ni tú ni ese niño que llevas dentro se relacionarán con el apellido Van Belmont nunca.

—Lo siento, su majestad —replicó Lía a modo de burla—, pero este niño al que usted se refiere tan despectivamente, es su nieto. El hijo de su hijo. También es un Van Belmont.

Ewen habló antes de que su mujer desollara viva a la joven. Él siempre mostraba una postura más conciliadora y esperaba solucionar cualquier conflicto sin llegar a la violencia.

—Los herederos deben ser hijos legítimos, si no estás mintiendo, tu hijo solo será un marginado, el responsable de romper la armonía de una familia feliz. ¿Esa es la fama que quieres otorgarle? —preguntó el rey.

—¿Se está usted oyendo a sí mismo? —lo acusó con incredulidad—. Un niño es totalmente inocente de los pecados de sus padres. Y, en cualquier caso, yo no he hecho nada malo. Cuando esto ocurrió Alioth era un hombre libre, soltero, que disfrutaba de todas mis atenciones. Y todavía lo es, aún no está casado.

La reina jadeó, escandalizada por esas palabras, pero fue Alioth quien, tras salir a duras penas de su inicial estado de conmoción, habló.

—¡Ya basta! Esto es una locura, yo no soy el padre de ese niño. Lo único que quieres es incordiarnos, vengarte porque no te elegí a ti. Herir a Brianna, que no te ha hecho nunca nada. Si hay un culpable aquí soy yo, he sido yo el que te hizo daño Lía, no metas a los demás en esto.

Alioth no quería soltar a su prometida, pero quería coger a esa otra mujer y sacarla a rastras de su vista, del palacio y de su vida. No creía que hubiese sido capaz de llegar tan lejos, obviamente sido un error subestimarla.

—Bien —sentenció la joven rubia, y volvió a levantarse—. Entonces hablemos tú y yo a solas.

El rey había retenido a Arlet, pero no consiguió hacerlo por mucho tiempo, ella volvió a intervenir en la conversación que parecía no poder tolerar. —¡De ninguna manera! —bramó haciendo que todos se sobresaltaran—. Esto es una falta de respeto para la mujer con la que te vas a casar, Alioth. No te crié para que fueses dejando bastardos esparcidos por todo el mundo.

—Es por eso que es mejor que lo solucione —decidió Ewen—. Vamos a dejarlo solo para que ponga fin a este problema de una vez. Es su responsabilidad.

—¡Ewen! No podemos permitir...

—Mamá, por favor —pidió Alioth en voz baja sin saber exactamente en quien debía concentrarse. En Lía, en sus padres, o en su prometida. Brianna seguía en

silencio, tan quieta que daba la impresión que ni siquiera respiraba. Incluso sin saber si era cierto, era un golpe demasiado fuerte para ella.

En los últimos días se habían visto atrapados en una vorágine de sucesos que desestabilizaban cada vez más su salud emocional y mental. A pesar de que lo intentaban, de que estar juntos era como una nube, un consuelo para todos los cambios que los aplastaban, él temía que Brianna se quebrase y no volviese a ser la misma después de toda la angustia a la que se estaba viendo sometida por su culpa.

Quería abrazarla, pero no sabía en qué estaba pensando y le daba miedo hacerle todavía más daño. De todos modos, le rodeó la cintura y, para su sorpresa, ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Dejadnos a solas, así no vamos a llegar a ningún sitio —les dijo a todos, y luego dijo a Bri en un susurro que solo ella pudo oír—. Dime algo, por favor. Lo siento, Bri. No tenía ni idea...

—Lo sé. No me obligues a irme a mí también, quiero escucharlo.

—No, claro que no —consintió.

A regañadientes, el rey y su esposa salieron de la estancia, pero el príncipe no dudó que se quedarían a esperar en la sala contigua. Y con toda la razón. Si eso llegaba a oídos de alguien más, sería un escándalo internacional que devastaría a sus padres y destrozaría para siempre la reputación de su familia.

Esta vez no se trataba de sus salidas nocturnas, ni de las habladurías que habían surgido cuando él se negó a hacer la carrera militar como todos sus predecesores, esto iba mucho más allá.

Brianna dejó de abrazarlo y enderezó la espalda. No había derramado ni una lágrima, y eso lo tenía tan sorprendido como asustado, no sabía qué podía significar. Podría ser que se hubiese cansado de llorar durante el camino de regreso del médico, o quizás estaba pasándole algo más por la mente.

—Lo habías planeado —apuntó ella a Lía—. Ya lo sabías cuando nos encontramos en el café.

—Sí —confirmó la joven rubia—. Lo sé desde hace más de tres meses. Me hice una prueba cuando llevaba pocas semanas.

—¿Por qué esperar? Si lo sabías desde antes de que me comprometiera, ¿por qué no lo has dicho antes?

Lía empezó a caminar lentamente.

—Es complicado. Me han pasado muchas cosas. Pensé en hacerlo de inmediato, estaba tan feliz que casi me cegó la estupidez. Luego me senté a pensarlo, tú estás enamorado de ella. —Su voz se mantenía calma, pero la forma en la que los miraba a ambos dejaba en claro que no sentía agrado por ninguno de los dos—. Siempre lo

estuviste, yo solo era una distracción, sabía que no te alegrarías como yo.

—¿Alegrarme? Sabes quién soy, Lía. Mi vida no es fácil, no depende solo de mí.

—Y si lo hiciera, tampoco te entusiasmaría la idea de tener un hijo mío, admítelo. No seas hipócrita. Por eso esperé. Ahora ya no puedo deshacerme de él, el embarazo está muy avanzado. No pueden obligarme. Tendrás que hacerte cargo y reconocerlo.

—Eres una maldita desgraciada, lo tenías todo planeado. —Brianna se acercó a ella y la enfrentó.

Lía tampoco se amilanó.

—Sí, es cierto. No planeé quedarme embarazada, pero ya que me había condenado, tenía que sacar provecho de la situación. Cuando mis padres se enteraron me echaron de casa sin nada más que lo que llevaba puesto. A ninguno le importó cómo me sentía, qué era lo que me estaba pasando. Solo les preocupaba que cuando empezara a notarse, todos los vecinos del mísero barrio donde vivíamos iban a hablar de la hija de los Adams que sería madre soltera. No tenía dinero ni sitio a donde ir, estaba desamparada. ¿Alguna vez te has sentido así, Brianna? No tienes ni idea de lo que es mi vida, has crecido en una cuna de oro, jamás te ha faltado de nada.

—¡Ya basta! ¡Tú no sabes nada sobre nosotros! —gritó Alioth—. Y ese niño no es mío. No puede ser mío.

—¡Lo es y vas a hacerte cargo, Alioth! Asume tu responsabilidad, maldita sea. Eres el único hombre con el que he estado en mucho tiempo. —Pasó por al lado de Brianna y se acercó a él, le acarició el brazo y bajó el tono de voz—. Yo sé que no me quieres, y no pretendo que así sea. Pero tienes que creerme, es tu hijo, tu heredero.

—Solo los hijos legítimos son herederos.

—Lo sé. Todavía no te has casado, no es demasiado tarde.

Los ojos del joven rubio se abrieron más y retrocedió, se alejó de ella como si estuviese electrificada y le hubiese dado una descarga.

—No —dijo automáticamente—. Eso nunca, Lía. Me voy a casar en dos meses, no puedes pedirme eso.

—¡Es tu hijo! —insistió.

—No hay manera de saberlo con seguridad —musitó Brianna, y agarró la mano de su prometido. Ahora era él quien la necesitaba para no caerse—. Tu palabra no basta.

—Podéis hacer una prueba de paternidad, no me importa. No tengo dudas. Niña o niño, es un Van Helmont. ¿Qué dices tú, Brianna? ¿Vas a dejar que por tu egoísmo un niño se quede sin padre?

—No lo entiendes, tú no entiendes nada—susurró ella con voz apenas audible.

—Los que no entendéis sois vosotros —respondió Lía exasperada, y se sentó en el sillón que tenía al lado—. Hay algo más.

A Alioth se le escapó una risa seca.

—¿Más?

No respondió de inmediato. La muchacha dejó atrás esa pose de mujer cruel y dispuesta a arruinarles la vida y por primera vez desde que se habían encontrado, mostró su lado débil.

—Cuando fui al médico a corroborar el embarazo me hizo una serie de pruebas y descubrió algo más. Tengo un tumor cerebral, no me queda mucho tiempo de vida, el tratamiento habría matado al bebé, y ni siquiera era seguro que fuese a funcionar. Entonces, elegí. —Acompañó la última palabra con una sonrisa triste y acarició su abdomen—. Escogí la vida segura, la vida de mi bebé. Él podía vivir si yo se lo permitía, en cambio no había ninguna seguridad para mí, y si lo conseguía, cargaría con ese peso por el resto de mis días.

Alioth se sentía incapaz de procesar todo lo que estaba oyendo hasta el punto que se le hacía muy difícil respirar.

—Lía, lo que estás diciendo es...

Ella sacudió la cabeza y prosiguió sin darles tregua.

—Es la verdad. ¿Quieres hablar con mis médicos? Haz lo que necesites hacer para convencerte, pero puedo asegurarte algo, Alioth, renuncié a luchar por mi vida para que este niño pudiese nacer. No voy a permitir que lo abandones, no me importa lo que tenga que hacer.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió Bri, y soltó la mano de su futuro esposo. Él la observó a ella a pesar de que Lía seguía hablando, y vio que empezaba a alejarse.

—Quiero que haga lo que corresponde, lo que es correcto. Quiero que se case conmigo y reconozca al bebé, necesito poder irme y saber que está protegido. No quiero pensar que mi hijo va a acabar en uno de esos hogares con montones de niños huérfanos que son abandonados a su suerte cuando cumplen la mayoría de edad después de pasar toda su niñez solos, sin amor, sin cariño. ¿No querías lo mismo para tu hijo?

Brianna no le contestó, ni siquiera se volvió a mirar a ninguno de los dos.

—No me encuentro bien, necesito... tomar aire —declaró, y se llevó una mano al pecho mientras buscaba la salida.

En segundos desapareció de la vista de ambos y Alioth resistió las ganas de salir corriendo detrás suyo. En cambio, clavó unos ojos llenos de rencor y odio en Lía.

Capítulo 25

Brianna salió del despacho sin mirar al rey ni a la reina que estaban sentados esperándolos. Corrió en dirección a su cuarto, se encontraba cada vez peor. Intentó reprimir las náuseas mientras subía las escaleras. Una vez llegó a su habitación, todo el contenido de su estómago acabó en el váter. Se quedó allí, sentada en el suelo. Tenía malestar y un dolor en el pecho que no podía controlar. No supo cuánto tiempo pasó allí. Después de un rato oyó que la puerta se abría y unos pasos se acercaban a ella.

No era Alioth, era una mujer, a juzgar el sonido de los tacones que resonaban en el suelo.

—¿Brianna? —inquirió Arlet—. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que llame al médico?

—No —contestó, y se puso de pie despacio, con gran esfuerzo porque todavía se sentía mareada, y se acercó al grifo para enjuagarse—. No creo que el médico pueda resolver nuestros problemas.

Bri no pretendía ser tan brusca, sabía que no era su culpa y solo intentaba ayudarla, pero estaba desconsolada y furiosa con el mundo en general.

—Te acompaño a la cama, tienes que descansar, esto no le hará ningún bien al bebé —agregó Arlet.

—¡No hay ningún bebé! —gritó. Salió del baño y se apresuró a llegar a la cama con temor a desmayarse por el camino—. No estoy embarazada, nunca lo he estado.

—Pero... ¿Cómo lo sabes? ¿Ya has ido al médico?

—Veníamos de allí —sollozó, y se cubrió el rostro con las manos.

La reina la abrazó, pero no había nada que la consolara, ni siquiera la reconfortaba ese poco cariño maternal que estaba recibiendo por primera vez en su vida.

—No llores, no importa. Ya lo tendréis, sois jóvenes os queréis, tendréis muchos niños con el tiempo. Ahora tenemos que concentrarnos en la boda, cada vez estamos más cerca.

Bri se alejó y la miró como si estuviera loca. Y en parte lo estaba, con todo lo que estaba ocurriendo, en lo último que quería pensar era una boda que no sabían si se iba a celebrar. Había problemas mucho más graves a los que enfrentarse, los cuales se les escapaban de las manos y se estaban volviendo incontrolables.

—¿La boda? ¿Usted se da cuenta de que puede que no haya boda? ¡Alioth va a tener un hijo con otra mujer!

Arlet hizo una mueca, como si le costara oír la verdad. Apretó los labios y tardó unos instantes en volver a retomar la palabra.

—Esa mujer es una cualquiera, lo único que quiere es atrapar a mi hijo con sus engaños. ¿Cómo vamos a creer que el hijo es de Alioth?

Seguía negándose a reconocer lo que estaba pasando. A Bri le hubiera gustado poder hacerlo también, quizás de esa forma le dolería menos. Pero no podía, ya no.

—Eso algo que se arregla con una simple prueba, no creo que sea tan estúpida como para mentir en eso, y más si sabe que es algo fácil de comprobar —dijo Brianna.

—El niño no puede ser de Alioth, ¿entiendes lo que eso significaría? Nuestra familia no puede tener un escándalo de tal magnitud, nos arruinaría. Y además de eso, piensa en la vergüenza, lo que le haría a tu matrimonio tener a esa mujer dando vueltas a tu alrededor. Alioth estaría unido a ella de por vida.

—Pero eso no es lo importante. Lo que importa aquí es el niño, es inocente, no tiene la culpa de ser hijo de quien es ni de la situación en la que fue concebido. ¿No le parece?

—Eso no le importará a nadie, tu corazón es demasiado noble, Brianna. Ya te dije que tendrías que tomar decisiones que a veces no te gustarían. Esta es una de ellas. Tú y Alioth vais a tener que olvidar que ese niño alguna vez ha existido, por el bien de esta nación, de nuestra dinastía y hasta de tus propios hijos. No querrás tener a un bastardo reclamando el lugar de tu primogénito.

Bri agarró con fuerza la colcha de la cama que tenía debajo de sus dedos y las apretó con las mismas ganas que tenía de coger a la reina y sacudirla hasta hacerla entrar en razón.

—¿Y qué pasa si yo no tengo hijos? —inquirió, mientras se secaba los ojos con los puños—. Si por algún motivo yo no puedo tenerlos, ¿no se arrepentiría toda su vida de no haber reconocido a este?

—No digas tonterías. Por supuesto que vas a tener hijos —compuso—. Estás así de alterada por todo lo que está sucediendo, Brianna. Puede que no sea ahora, pero Alioth y tú vais a tener todos los hijos que queráis.

—¿Y si no los tenemos? —insistió a pesar de que se daba cuenta de que discutir con la reina era en vano.

—Si no tenéis hijos en unos años —dijo finalmente Arlet con cansancio—, las mellizas habrán tenido tiempo de cumplir la mayoría de edad y ser aptas para ascender al trono. Anabelle es la mayor y por suerte es la más manejable de las dos. Ella, o sus hijos, sucederán a Alioth en el trono si llegase a pasarle algo.

—Sigo sin entenderlo, ¿qué piensa hacer con el bebé? No puede hacerlo desaparecer por arte de magia.

—Nadie ha hablado de magia. Esa mujer no sería la primera ni la última persona en desaparecer porque le causa demasiadas molestias a la familia real. Tenemos

personal que se encarga de esos asuntos. Ya lo aprenderás.

—Dios —murmuró, con más náuseas acechando su estómago tras el horror y el espanto de lo que estaba oyendo. Ella no era ninguna asesina y no se le ocurriría jamás pensar en algo tan atroz como eso. Tampoco había creído jamás que Arlet fuese capaz de matar, porque eso era lo que habían significado sus palabras.

De pronto, se preguntó a quiénes más habría hecho desaparecer, y se alejó de ella. Se metió en la cama, y se cubrió con las sábanas las mantas.

—¿Puede dejarme sola? Necesito pensar.

La reina suspiró.

—No hay mucho en que pensar, Brianna. Alioth te quiere mucho como para hacer algo que te perjudique. Eso me alegra y me alivia, porque sé que tomará la decisión correcta.

Brianna no le contestó, creía que no se lo merecía.

Se volvió hacia un lado y le dio la espalda esperando que se marchara. Cerró los ojos deseando fervientemente dormirse para olvidarse de todo durante un rato.

Alioth intentó sacarle más información a Lía, hacerla contradecirse y dismantelar su mentira, pero no lo consiguió. Estaba convencida de todo lo que decía, desde el hecho de que el bebé era suyo hasta la certeza de que estaba condenada a muerte sin posibilidad de recuperación. Le mostró todos los exámenes de su ginecóloga, certificados de tiempo de embarazo, y otros

También le dijo que era muy posible que no llegara a ver el nacimiento de su hijo y tuvieran que internarla y conectarla a montones de máquinas para poder mantener su cuerpo con vida y así el bebé pudiese acabar de gestarse. Que había sido su decisión y era consciente de cuáles serían las consecuencias.

Entonces, a pesar de que en lo único que podía pensar era en cómo se estaría sintiendo Brianna, empezó a creerla. Principalmente porque en su relato no incluía nada que la beneficiara a ella misma, sino tan solo que buscaba una forma de proteger a su hijo y no dejarlo desamparado cuando ella ya no estuviera presente.

Además, la culpa lo carcomía. Si realmente él era el padre, era responsable de haberla usado, de no quererla lo suficiente y aun así dejarla embarazada. Era el culpable de que ella no siguiera el tratamiento para así poder garantizar la supervivencia del bebé.

Para colmo, estaba haciendo sufrir a Brianna como nunca nadie lo había hecho antes y eso lo estaba matando. Debería estar abrazándola, consolándola y diciéndole

que tendrían muchos hijos en el futuro y que no debía preocuparse por nada porque encontraría la solución a todo. En cambio, estaba compartiendo el tiempo con otra mujer que pretendía ocupar su lugar.

Era un desastre, toda su vida esperando algo y ahora que lo tenía, estaba a punto de perderlo.

Después de cruzarse con su madre y mantener con ella una discusión acalorada que no llegó a ninguna conclusión, buscó a Brianna en su cuarto.

La encontró dormida en un extremo de la cama.

Sin hacer ruido, se quitó los zapatos y se metió también debajo de las mantas, la abrazó por detrás y la atrajo hacia su cuerpo.

Le acarició el pelo pidiéndole mil veces perdón por todo el dolor que estaba causándole, aunque ella no pudiera oírlo.

Se quedó dormido. Cuando despertó había pasado como mínimo tres horas. Brianna tenía la cabeza apoyada en su pecho.

Cuando se movió, descubrió que estaba despierta.

—Hola —dijo ella y sonrió apenas.

—Hola —respondió Alioth acomodándose y sujetándola contra él, no quería que se escapara—. ¿Hace mucho que estás despierta? Hemos dormido durante horas.

—Hace un ratito. Ojalá no me hubiese despertado.

El príncipe arrugó la frente.

—No digas eso, yo estoy aquí contigo.

—No por mucho tiempo—se lamentó, lo abrazó y después susurró: —Te quiero, Alioth.

—¿Por qué dices eso? —reclamó—. Nosotros nunca nos vamos a separar, no importa lo que pase, voy a arreglar todo esto para que podamos estar juntos, para que seas feliz a mi lado. Te lo prometo.

—Alioth, ya la has oído. ¿Tú crees que miente? No puedes dejarla sola.

—Si el niño es mío, lo reconoceré. Pero no voy a casarme con ella, no voy a casarme con nadie que no seas tú.

Bri se arrodilló en la cama y le sujetó las mejillas.

—Yo sé que me amas, pero también sé que tienes un deber con esta nación, con tu familia, con el Consejo, con todas las personas de este país. Necesitas un heredero, y tal vez yo nunca pueda dártelo. Si te casas con ella...

—¡No! —la cortó, incapaz de seguir escuchando sus palabras—. No sigas, ni siquiera tendrías que estar considerando algo así.

—Ha dicho que se está muriendo, ¿qué más puedes hacer? Es tu deber. Puede

hacerse una prueba de paternidad antes de que nazca, ¿no?

—Por supuesto que haremos una prueba de paternidad en cuanto sea posible, pero no con el objetivo de casarme con ella si es positiva. —No tenía ni idea de qué iba a hacer si él resultaba ser el padre. Sería un escándalo tremendo y su lugar en el trono volvería a peligrar.

Bri cerró los ojos y suspiró.

—Arlet me ha dicho que el niño será un problema para la familia, y como todo problema, lo hará desaparecer. A él y a su madre. Prácticamente me prometió que iba a mandar que los mataran a los dos. Si es tu hijo tienes que protegerlo, incluso de tus padres.

—Y lo haré, te lo juro. Pero contigo a mi lado, Brianna. Te necesito, yo sé que es duro para ti y que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero por favor, no me dejes. No pierdas la esperanza en nosotros, podemos conseguir lo que sea si estamos juntos. Es lo que siempre me has dicho, ¿recuerdas?

Le pasó el pulgar por la mejilla para secarle las lágrimas que empezaban a caerle y se acercó para besarla en los labios.

—Sí, pero esta vez la única forma de protegerlo es casándote con ella. Y eso es algo que yo no podría soportar ver por mucho que entienda tus motivos.

¡Seguía insistiendo en eso! Alioth sabía que nunca iba a casarse con Lía. Quizás eso lo convertía en una persona terrible, pero no iba a hacerlo de ninguna manera. ¿Estaba siendo egoísta o inmaduro? No lo sabía, era probable, pero tenía una obligación con su pueblo, con su familia, con su amor por ella. Casarse con Lía significaría fallarles a todos y atarse a una mujer por la que no sentía nada.

—No voy a hacerlo —insistió.

—Alioth, ha dicho que está enferma, que no tiene cura... tal vez... sé que esto es muy duro, pero cuando ella ya no esté... —Hizo una pausa, pero no se detuvo a pesar de que él seguía intentando hacerla callar—. Podamos volver a estar juntos tú y yo.

La expresión de Alioth se desencajó.

—¿Qué estás diciendo? No, Bri. No voy a casarme con ella, no vas a tener que esperar a nada. Sácate esas ideas de la cabeza.

La joven clavó sus ojos en él, todavía con una mano sobre su mejilla. Él no sabía si realmente lo estaba mirando o solo estaba perdida en sus pensamientos con la mirada fija en su rostro. Tenía un semblante triste, pesaroso. La abrazó sin decirle nada, pero con ganas de no soltarla jamás. No lo haría, no permitiría que las circunstancias le quitaran lo más preciado que tenía en la vida.

Esa noche, aunque cubiertos por una cortina de incertidumbre, hicieron el amor buscando olvidar la desdichada realidad que les tocaba vivir. Pero fue una distracción pasajera. Todo el amor que se profesaban en esas caricias, esos besos, esos momentos en los que se sumían el uno en el otro, solo podían enmascarar la realidad de forma temporal.

Brianna se despertó en plena madrugada. Alioth dormía plácidamente abrazado a ella como casi todas las noches, de modo que tuvo que salir de debajo de su brazo lentamente para no despertarlo.

Con todo el pesar del mundo, había tomado una decisión tras hablar con él la tarde anterior. Lo conocía tan bien que sabía lo que su mejor amigo haría con todo lo que estaba ocurriendo. Y ella no podía permitírselo, lo amaba demasiado como para permitir que cometiera un error del que podría llegar a arrepentirse toda su vida.

Salió de la cama, caminó de puntillas hasta el escritorio y cogió una hoja y un lápiz. Como no quería encender la luz, tomó uno de los libros de Alioth y también lo llevó con ella hasta un lugar junto al ventanal por donde entraba la luz de la luna y la iluminación de los focos del jardín.

Se sentó en el suelo y empezó a escribir.

Cuando acabó, dobló el papel por la mitad y puso el nombre de su destinatario con letra más grande. Colocó la carta debajo del reloj de muñeca de Alioth, sobre la mesita de luz. Con un llanto silencioso lo besó en una mejilla y lo contempló durante unos segundos más antes de cambiarse y marcharse de la habitación. Entró al cuarto adyacente, cuyo armario todavía utilizaba, y empezó a guardar algunas prendas en una maleta con ruedas.

Todavía no había salido el sol cuando salió al pasillo y se chocó con los guardias. Los había olvidado por completo.

—¿Va a salir, señorita Collingwood? —preguntó uno de ellos, extrañado.

Bri, que sabía que seguía teniendo mala cara a pesar de todo el maquillaje que se había puesto para disimular que había estado llorando durante horas, intuyó que si decía que iba a salir era muy probable que despertaran a Alioth para alertarlo, y tuvo que improvisar un plan.

—Tengo que llevar esto a mi coche, es para la iglesia, para beneficencia.

—¿Desea que nosotros nos encarguemos? Puede volver a descansar.

—Sí, gracias. Pero tiene que ser a mi coche. ¿Puede pedir que lo saquen y lo dejen preparado en la salida derecha? Quiero ir en ese cuando salgamos por la mañana.

—Por supuesto, señorita.

—Gracias —contestó, y le entregó la valija—. Voy a bajar a la cocina, tengo

hambre.

Se había asegurado de tener el coche listo, pero todavía tenía que deshacerse de los guardaespaldas que la seguían a todos lados incluso dentro del palacio. Cada vez más nerviosa, bajó las escaleras y oyó cómo caminaban detrás de ella.

—¿Brianna?

La sobresaltó oír su nombre en la voz de un hombre, pero enseguida se dio cuenta de que no era Alioth.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, cuando vio a Arthur acercarse a ella.

—Trabajar. ¿Qué haces tú despierta a estas horas y merodeando por el palacio?

—Tengo hambre, voy a la cocina por algo de comida—murmuró—. ¿Hay algún problema?

Brianna no quería parecer sospechosa, pero sabía que la escena que estaba montando era difícil de creer.

—Podrías haber pedido que te llevaran algo.

—Bueno, quería bajar, Arthur. Necesitaba caminar. No me digas que me estoy poniendo en peligro, te has encargado de que todos estemos muy protegidos —dijo mientras miraba hacia los dos gorilas a su espalda.

Pero él debía de desconfiar, porque siguió observándola con la mirada afilada.

—¿Estás bien? ¿Has estado llorando? Tienes...

—¡Ya sé qué cara tengo! —exclamó—. Tengo un espejo, Arthur. Sé que no tengo buen aspecto, porque me encuentro mal. Muy, muy, muy mal.

Eso pareció ablandarlo.

—¿Qué te pasa? —indagó preocupado, y volvió a acercarse—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Bri dejó caer los hombros y asintió.

—Sí, hay algo que puedes hacer por mí.

—¿Qué es? Dímelo, haré lo que sea.

—Necesito que cuides de Alioth, no dejes que le pase nada.

Arthur le devolvió una mirada confusa, ella sabía que no era lo que él esperaba oír.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Quiero que encuentres a la persona que quiere hacerle daño, necesito saber que va a estar bien.

—Es mi trabajo... es lo que estoy haciendo todo el tiempo —balbuceó—. Pero no entiendo por qué me estás diciendo todo esto. ¿Qué pasa?

No quería llorar porque sabía que se delataría sola. Con gran esfuerzo y una inhalación profunda para contener el llanto le dio un corto abrazo y se alejó.

—No pasa nada —compuso—. Estoy un poco tonta, pero, de verdad, confío en que lo cuidarás.

Quiso sonreír, pero como no podía, se dio la vuelta sin más y volvió a encaminarse hacia la cocina. Aún no habían llegado las cocineras para comenzar a preparar el desayuno y eso fue un gran alivio.

Como gran amiga del príncipe que había sido siempre, conocía todas las salidas del palacio, incluso la red de túneles subterráneos que este poseía desde que había sido diseñado un par de siglos atrás. La cocina tenía una entrada secreta que ya habían utilizado en varias ocasiones para escaparse y salir de fiesta.

Aguardó que los de seguridad revisaran la cocina en busca de cualquier anomalía o persona extraña y les ordenó que esperaran afuera. Cerró las puertas de la cocina y una vez sola, buscó en el suelo el baldosín correcto y lo levantó con gran esfuerzo.

—Aquí estás —murmuró, y encendió la pequeña linterna que llevaba escondida dentro de la blusa.

Bajó unos peldaños de la escalera y volvió a colocar la baldosa en su lugar desde dentro el túnel. Ahora solo quedaba llegar hasta su coche y conseguir salir de las inmediaciones del palacio.

Aunque estaba triste y aterrada, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Capítulo 26

Brianna no se creía que hubiese sido capaz de dar semejante paso por sí sola, sin embargo, lo había logrado. Se había escapado del Palacio Real, que debería ser el lugar más seguro de la ciudad, había engañado a los agentes de seguridad mejor entrenados del país. Sólo había dos explicaciones posibles, o ella era muy inteligente o había un fallo grave en el sistema de seguridad de la familia real.

Se inclinaba más por la segunda opción.

Después de parar en una estación de servicio y llenar el depósito de gasolina, cosa que jamás había hecho en su vida, compró en ese mismo sitio un mapa de rutas.

Estuvo tentada de pedir indicaciones para llegar al lugar de destino que tenía en mente, pero no quería que nadie, por desconocido que fuera, supiera a dónde se estaba dirigiendo. Si iba a hacerlo, tenía que hacerlo bien.

Condujo durante horas sumida en un profundo silencio sin siquiera encender la radio, y solo se detenía unos momentos cuando sentía que empezaba a tener calambres en las piernas o que se iba a quedar dormida.

El viaje duró veinte horas en total. Bri lo dio por finalizado cuando estuvo frente a un cartel con el nombre del pequeño pueblo que buscaba. No sabía por qué estaba allí, ni por qué le había parecido el lugar idóneo para vivir un tiempo mientras decidía qué hacer con su vida.

Días atrás, cuando había visitado la casa de Ría, había visto la foto de ella y su esposo en su viaje de bodas. Era una playa del sur del país, en un pequeño poblado que recibía pocos turistas por temporada.

Incluso conocía el nombre de pila de los dueños de la cabaña en la que su amiga y su marido se habían alojado. Ría era muy habladora, y si Bri hubiera sabido que estaría allí en tan poco tiempo, habría preguntado más cosas para que le resultara más fácil encontrar un lugar para quedarse.

Pero no fue difícil, una vez dentro del pueblo, recibió indicaciones exactas sobre el lugar que ella buscaba y sobre esas mismas personas.

El matrimonio de ancianos que le habían alquilado la casa a los Ballas había fallecido pocos años atrás, pero su hija y el marido de esta ocupaban ahora una de las cabañas y todavía tenían la otra en alquiler.

Era increíble el modo en que se manejaban las personas de ese lugar. Daban información a cualquier desconocido, como ella, y la trataban con toda la amabilidad del mundo. En la ciudad en la que había crecido, las personas rara vez se miraban dos

veces al cruzarse en cualquier sitio, y ella nunca se había podido acercarse demasiado a nadie. Siempre la reconocían como la hija de uno de los magnates del petróleo o como la amiga del príncipe, y los fotógrafos la acosaban incluso siendo una niña.

A pesar de haberlo tenido todo, como Lía había dicho, su vida nunca había sido fácil. La habían criado montones de niñas, sus padres siempre habían preferido tenerla lo más lejos posible porque temían que provocase algún desastre que los avergonzara en público, y la mayoría de los amigos que había hecho en el colegio la habían usado para vender alguna estúpida historia a los medios.

Entonces, ¿qué era todo lo que había tenido? ¿Dinero, una fama indeseada? Lo único bueno y estable en su vida había sido Alioth, pero ahora también se lo habían arrebatado.

Ted y Carol Tanner aceptaron con mucho gusto alquilarle la cabaña cuando se presentó en la puerta de su casa. Enseguida la condujeron a otra cabaña a escasos metros de la playa y muy cerca de la suya. Era muy bonita, pequeña para lo que Bri estaba acostumbrada, pero era perfecta y se adaptaba a sus necesidades.

Cuando se quedó sola deseó haberse llevado la cámara de fotos que Alioth le había regalado para su cumpleaños. El lugar era precioso, y lo hubiese sido aún más si hubiese podido compartirlo con él.

Deshizo la valija y colocó las prendas en una de las dos habitaciones que había. No llevaba demasiada ropa en la única maleta con la que se había escapado, pero tendría que bastar. No planeaba ir a ninguna fiesta, solo pensaba quedarse en ese pueblo mientras descubría cual sería el mejor paso para dar a continuación.

Sabía que ya no podía contar con el dinero de su familia. Cuando todo se supiera, sus padres iban a despreciarla más de lo que ya lo hacían y llevarían a cabo su amenaza. Lo que se había llevado le bastaba para pagar el alquiler de cuatro meses, la comida y la gasolina que utilizaría en ese tiempo.

Tendría que pensar qué hacer después, aunque la única opción era conseguir un trabajo, y no imaginaba qué podía hacer ella, sus habilidades eran escasas.

Sabía dar un discurso, incluso podría escribirlo, su vocabulario era amplio y estaba tan bien entrenada como el mismísimo príncipe. Podía sonreír durante horas, tomar el té con todas las reinas de Europa juntas y hasta agradecerles si se lo proponía. Dominaba tres idiomas y conocía a fondo la historia de su país con todo lujo de detalles.

Desafortunadamente, ninguna de esas habilidades le serviría para conseguir un trabajo. Tampoco sus conocimientos sobre las últimas tendencias en el ámbito de la moda o los pocos meses de estudio en finanzas le serían de gran ayuda.

Aquella tarde, bien entrada la noche, se dio una ducha y se metió en la cama con un

sándwich de jamón y queso que había comprado por el camino. Tenía un pequeño televisor de catorce pulgadas, pero prefería no encenderlo. No quería ver nada que le recordara a Alioth, le ardían los ojos de tanto llorar, estaba agotada.

Alioth cogió a Arthur por las solapas del traje y lo empujó contra la pared.

—¡Ya estoy harto! ¿Dónde está? Estoy seguro de que tú lo sabes. Deja ya de fingir. Alguien la ayudó a salir de aquí, y no puede haber sido nadie más que tú.

Arthur se deshizo de él empujándolo también, sin importarle con quién estaba tratando.

—¡No sé dónde está! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Si alguien tiene la culpa de que haya marchado de aquí de esta manera ese eres tú.

El rey tuvo que interponerse entre los dos para evitar que acabasen a golpes.

—¡Basta ya! —exigió—. Parecéis dos niños pequeños.

—¡Era su trabajo mantenerla segura! ¿No lo contrataste para eso? —exclamó el príncipe—. Y ahora está desaparecida, podrían haberle hecho daño. Nosotros estamos aquí sin saber nada, sin poder actuar. ¡Y todo por su maldita ineficiencia!

Arthur era más moderado y precavido.

—Los guardias no podrían haber sabido que ella escaparía por los túneles secretos cuando ni siquiera sabían de su existencia, no le parece ¿alteza?

—¿Y cómo explicas que saliese del palacio en su coche y con una maleta llena de ropa?

—Ya hemos hablado de esto, lo planeó muy bien. Conoce el palacio y su funcionamiento como la palma de su mano, usted mismo lo dijo, alteza.

—Alteza, alteza, alteza —murmuró Alioth, y le dio un puñetazo a la pared—. Eres un charlatán, lo único que sabes hacer es hablar. Deberías volver a tu otra profesión, tal vez tengas más éxito. Nos harías un favor a todos.

Estaba desesperado, no podía dejar de dar vueltas en círculos por aquella habitación que le parecía diminuta. Hacía más de un día que no sabían nada de ella, no habían encontrado ni la más mínima pista que les permitiera llegar hasta Brianna.

Ninguno de sus conocidos más cercanos tenía ningún dato que les fuese de ayuda, tampoco sabían adónde podría haber huido. A Alioth no le extrañaba, él era quien la conocía mejor que nadie en el mundo y ninguno de los sitios que había pensado habían dado resultado.

Todavía tenía guardada en el bolsillo trasero de su pantalón la carta que le había dejado. No se había extendido mucho, pero Bri le aseguraba que se marchaba por

decisión propia, que nadie la había obligado a hacer nada y que no debían preocuparse por ella.

Le decía que lo amaba y que estaba segura de que algún día encontrarían la forma de volver a estar juntos y ser felices. Bri le pedía que fuese fuerte e hiciera lo correcto por el bien de todos.

Alioth sabía por qué lo había hecho, seguía sin poder creer lo estúpido que había sido al creer que ella dejaría que él se ocupara de todo. En parte, Brianna tenía razón. Era su deber hacerse cargo del bebé de Lía si era suyo, y lo más correcto era casarse con ella para que el niño no tuviera que cargar para siempre con el estigma de ser un hijo ilegítimo. Pero a pesar de todo, se resistía a creer que esa era la única solución. No podía dejarla a ella de lado, no podía renunciar a lo que más quería y anhelaba en el mundo.

Cuando los padres de Brianna volvieron a aparecer en el despacho del rey, Alioth se esfumó.

—Qué fácil es hablar... —murmuró cuando cerró la puerta en las narices del señor Collingwood, que quiso increparlo por lo que estaba sucediendo. No sabía si sus padres se lo habían contado o cómo se habían enterado del problema con Lía, pero no no paraba pedirle explicaciones.

De repente, vio a Daniel Hamilton acercándose del brazo de Jess. Como si no tuviera suficiente de qué preocuparse, su hermana le traía un dolor de cabeza más.

—¿Alguna noticia? —preguntó Daniel.

—Nada, parece que tu hermano no es tan bueno como dice. Ya han pasado más de veinticuatro horas y no tiene nada.

—No seas así, no es culpa suya que ella se haya marchado. —intervino Jess, y Alioth la fulminó con la mirada, no porque estuviera mintiendo, sino porque sabía que solo pretendía quedar bien ante los ojos de Daniel.

—Tengo que salir, necesito seguir pensando en dónde buscarla. ¿Por qué no me acompañas, Daniel?, podemos pensar juntos. —preguntó y vio la expresión de alarma de Jessania, que parecía muy cómoda cogida al brazo de su amor platónico.

—Daniel y yo vamos a tomar el té, Alioth. Vete a pensar solo y tal vez a reflexionar por qué Bri se ha marchado de esta forma.

No iba a dejar que Jess desviara el tema para poder quedarse con Daniel a solas. Podía tener mil cosas por las que preocuparse, pero sus hermanas siempre serían su prioridad. Y aunque Daniel era un buen amigo, dudaría de cualquier hombre que osara establecer contacto cercano con las mellizas. Incluso cuando sabía que era Jess la que insistía.

—Tiene diecisiete años, Daniel —dijo entonces, ante la mirada desafiante de la

princesa—. Lo sabes, ¿verdad? Y también sabes que voy a tener que olvidar que eres mi amigo y matarte si le pones un dedo encima a mi hermana pequeña, ¿no?

Jessania jadeó.

—¡Alioth! ¿Cómo te atreves?

Él la ignoró y siguió mirando fijamente al joven Hamilton.

Daniel respondió sin alterarse.

—Por supuesto que sí, Alioth. No se me ocurriría. Jess y yo solo somos amigos, nada más.

Sus palabras provocaron ella le soltara del brazo le propinara un golpe en el pecho, furiosa.

—¡Daniel! ¡Estoy muy decepcionada contigo! —No le dio tiempo a responder, porque se giró hacia Alioth y también le dio un empujón a él—. Que Brianna te haya abandonado porque eres un idiota no significa que todos tengamos que ser tan infelices como tú.

Jess se fue de allí corriendo, soltaba ocasionales gruñidos que habrían hecho horrorizar a su madre.

—¿Qué he hecho? —comentó Daniel.

Alioth soltó un suspiro y le dio una palmada en el hombro.

—Lo correcto, Dani. Es mejor así.

Capítulo 27

Ted y Carol Tanner tenían un bebé. Era una niña de cuatro meses de vida que se llamaba Caroline. Bri se había enamorado de ella en los pocos días que llevaba allí, era una pequeña preciosa, pero que no dejaba de recordarle lo que ella nunca podría tener y lo que Alioth sí tendría con otra mujer.

Pensar en eso le rompía el corazón, por lo que prefería ocupar su mente en otras cosas.

Hacia una semana, tras cumplir quince días allí, había terminado por contarle la verdad a los Tanner. No podía seguir mintiendo a aquellas personas que la habían recibido tan amablemente y hacían tanto por ella.

Todos los días, mientras Carol preparaba el almuerzo o la cena, Bri cuidaba de la bebé y también aprendía sobre cómo vivir sin nadie que se lo hiciera todo. ¡Había aprendido a usar la lavadora! No podía creer fuese tan fácil.

—La mayoría de la gente cree que ser un príncipe o una princesa significa tener una vida de lujos, llena de viajes y fiestas... —comentó Carol sin dejar de mezclar lo que tenía en la olla—. Como en un cuento de hadas.

—Eso he oído... —murmuró Bri, sentada en la silla con Caroline, que bebía del biberón en sus brazos—. Pero no es cierto. No hay en la historia una familia real que haya sido completamente feliz. Yo creo que, en realidad, lo pasan mucho más mal que cualquier otra familia en el mundo. Desde que nacen, los niños están llenos de restricciones y obligaciones que ningún otro niño tiene. La vida de Alioth siempre fue complicada, a pesar de todas las escapadas que hicimos y los escándalos que armamos hace un tiempo.

—Y tú siempre estuviste con él. Casi pertenecías a su familia.

Bri asintió.

—Nuestros padres se conocían, y nosotros nos volvimos inseparables. Fui a todas esas clases aburridas con él: Protocolo, historia, idiomas. Sé hablar inglés, español y francés. Si nuestro profesor de italiano no hubiese sido tan guapo tal vez me podría haber concentrado más en las clases y dominaría ese idioma también.

Carol soltó una carcajada.

—Eres terrible.

—Si lo hubieses conocido me comprenderías —agregó Bri con una sonrisa—. El punto es que, sin darme cuenta, yo también me estuve preparando para ser una reina. Aunque estoy segura de que Arlet lo tenía todo calculado. Nunca hace nada sin

segundas intenciones.

—Así que, por mucho que sea la reina, sigue siendo como la mayoría de las suegras. Una bruja —decidió Carol—. Aunque por lo que me has contado, ella te apoya. Tan mala no puede ser.

—Lo único que ella apoya es a su propia causa, y estoy segura de que nunca vamos a descubrir cuál es esa causa en realidad. Es una mujer digna de admirar y temer. No hay que cometer el error de subestimarla.

Y evitó mencionar que era muy probable que hubiese matado a varias personas. Brianna todavía tenía esas palabras de la reina metidas en la cabeza. Todavía no podía creer lo que le había dicho, e intentaba buscar otro significado.

—Brianna —dijo Carol con una mirada maternal y llena de dulzura—. ¿No crees que es momento de llamar a tu familia? Por lo menos deberías decirles que estás bien.

—¡No! —exclamó Bri—. Ya te he dicho que no puedo comunicarme con nadie. Me rastrearían y me encontrarían enseguida. Además, a mis padres no les importa, ya te lo he explicado. El único que se preocupa es Alioth y es de él de quien necesito alejarme.

—Por eso, debe de estar sufriendo mucho al no saber si estás bien. ¿Y tu hermana, las hermanas del príncipe? Bri, han pasado tres semanas.

La pelirroja no se iba a rendir. Tenía muy claro que si se comunicaba con cualquier persona conocida Alioth se enteraría casi de forma instantánea. En algún momento hablaría con Zoe, o alguna de las mellizas, pero no aún. Necesitaba que Alioth tuviera el tiempo necesario para hacerse la idea de que ella no iba a regresar y de que él tenía que enfrentar los problemas más importantes como un adulto.

—Tal vez en otras tres semanas —decidió—. ¿Crees que Caroline y yo podemos salir a dar una vuelta por la playa un rato? Hoy casi no hay viento.

Su nueva amiga asintió, pero le manifestó que no estaba nada conforme con sus decisiones.

Brianna estaba aprendiendo que a veces hacer lo correcto significaba sacrificarlo todo, pero dolía menos si pensaba que algún día miraría hacia atrás y sonreiría pensando en lo bien que había actuado. Además, si su amor era tan grande como creían, sobreviviría a eso y a todos los obstáculos que la vida les pusiera en el camino.

Mientras tanto, en el palacio todo era un caos.

Un príncipe sumido en la tristeza, una mujer que no dejaba de reclamar los derechos de su hijo no nato, un rey desesperado por no saber qué sería del futuro de su preciada dinastía, y una reina que no dejaba de planear una boda que había sido

cancelada por la propia novia. Todos parecían haberse vuelto locos.

Los detectives ya no sabían dónde más buscar a Brianna, Arthur empezaba a creer que se la había tragado la tierra. Sabía que Bri era inteligente, pero no podía creer que hubiese conseguido escaparse de aquella forma, sin dejar rastros.

Tampoco ayudaba el hecho de que no pudieran reportarlo en los medios. Para el mundo, la futura princesa había preferido mantenerse oculta de todos hasta el día de la boda, que tendría lugar en exactamente un mes y una semana. La reina estaba manejando todo con sumo cuidado para que no se vieran azotados por otro escándalo.

Mientras tanto, los ataques que no cesaban. Dos días atrás, cuando las mellizas salían de una joyería en el centro, habían sido atacadas por un grupo de protestantes que decían pertenecer a una nueva asociación antimonárquica. Siempre habían existido, Arthur tenía conocimiento de ese tipo de organizaciones, pero hacía décadas que no se manifestaban de forma tan directa, lo cual le llevaba a creer que quien las había orquestado estaba detrás de los mismos ataques que había sufrido Alioth.

Arthur estaba ahora sentado en el despacho del rey, discutiendo con este y su esposa sobre los escasos avances que habían tenido en las investigaciones en esos últimos dos días.

—Hemos rastreado más ciudades vecinas en busca de un coche del mismo modelo y color que el de Brianna, es lo último que nos queda por hacer. Me he obligado a ampliar cada vez más el radio de búsqueda.

El rey suspiró.

—No entiendo cómo es que no podemos dar con ella después de tanto tiempo, cómo no se ha comunicado con nadie. No ha llamado ni siquiera a sus padres, es inaudito.

—Creo que los tres sabemos muy bien que con las últimas personas que se pondría en contacto serían sus padres, majestad.

—El señor Hamilton lleva toda la razón —intervino Arlet, después de todo el tiempo que había permanecido en silencio.

A Arthur le llamaba la atención que desde el primer momento ella hubiese mantenido una calma aterradora. No parecía afectarle lo más mínimo la desaparición de Brianna, ni el deplorable estado en el que se encontraba su hijo. Alioth se encontraba tan desesperado y triste que, hasta Arthur, que no sentía ni un atisbo de cariño por el príncipe, se compadecía de él.

Pero ese no era el caso de la reina. La frialdad que mostraba esa mujer era perturbadora. Arthur no podía distinguir si le era fiel a su papel como monarca de forma constante o solo era insensible por naturaleza.

—Brianna regresará cuando esté lista —finalizó Arlet.

—Espero entonces que esté lista antes de la boda. No quisiera tener que pasar por la desagradable experiencia de tener que explicarle al mundo porqué la novia no se presentó en su propia boda —dijo el rey.

El rey se puso de pie y Arthur se vio obligado a hacer lo mismo por protocolo y respeto.

Tras despedirse, Ewen se marchó del despacho y la reina le pidió que se quedara. Sin lugar a réplicas e intrigado por la petición, Arthur volvió a sentarse y esperó a que ella comenzara a hablar.

—Como usted sabe, señor Hamilton, el hecho de que Brianna haya huido no es el más grande de nuestros problemas, aunque mi esposo y mi hijo así lo vean.

—Los ataques, por supuesto —farfulló—. Le aseguro, majestad, que estamos trabajando muy duro para llegar al fondo de esta cuestión para saber quién está detrás de las continuas agresiones en contra de su familia. Hemos detenido a los que participaron en...

Arlet levantó una mano para detenerlo.

—Estoy al tanto de ese asunto, señor Hamilton. Aun así, no creo que lo que les sucedió a mis hijas tenga algo que ver con los ataques hacia Alioth. —Arthur intentó preguntar a qué se refería exactamente con ese comentario, pero ella no le dio tiempo—. Me temo que ese no es el problema del que le estoy hablando.

—Disculpe... yo no... no comprendo.

—Hay algo mucho más urgente con lo que debemos lidiar. Esa mujer que asegura estar esperando un hijo del príncipe está cada vez más cerca de montar un escándalo internacional.

El joven retrocedió.

—Oh, eso.

Arlet alzó las cejas.

—Sí, señor Hamilton. Eso mismo. Ya lo ve, a usted mismo lo escandaliza semejante atrocidad. Imagine ese mismo sentimiento multiplicado por toda la población mundial.

Arthur no se describiría como escandalizado por la noticia, estaba más bien sorprendido porque ella lo estuviese tratando con él, y le asustaba el rumbo que pudiese tomar esa conversación.

—Bueno... —tartamudeó—. Según tengo entendido, todavía no está comprobado que Su alteza real sea el padre de la criatura.

—Solo la probabilidad ya es un inconveniente. Los resultados estarán listos en una semana.

—Por ese tema no tiene que preocuparse. El doctor Melton nos ha ayudado a

mantenerlo todo en la sombra. Ni el nombre de la señorita Adams o el del príncipe aparecerán en ningún papel —explicó Arthur impaciente por salir de allí y escapar a esa charla.

—No necesita explicarme nada, confío en usted, Señor Hamilton, de lo contrario no lo habría contratado. Dicho esto, debe de estar preguntándose qué es lo que haremos con esta dichosa mujer y ese niño si la prueba de paternidad resulta ser positiva.

La verdad era que Arthur no quería saberlo. Una pequeña parte de él tenía la esperanza de que Alioth se casara con esa mujer. Así, él tendría una nueva oportunidad con Brianna. Con el príncipe fuera de juego, Bri estaría sola y Arthur podría realizar lo que había planeado antes de toparse con la noticia de que su amada estaba comprometida con otro hombre.

La expresión de la reina le avanzó que la realidad estaba muy lejos de sus esperanzas.

—Majestad, es un honor para mí prestarle mis servicios. Pero creía que mi campo se restringía a la investigación de los ataques y ahora, a la búsqueda de la prometida del príncipe. No imagino porqué debería saber nada más sobre la condición de la señorita Adams. Si he participado en algunos procesos sobre este tema, es porque el director de seguridad ha solicitado mi opinión.

—Usted hace lo que hace, porque yo lo ordeno —lo corrigió la reina. Arthur pocas veces en su vida había sentido miedo, y menos de una mujer. Y ahora estaba empezando a notar una especie de sudor frío en la nuca y sabía que era a causa de la influencia que tenía esa señora sobre cualquier persona que se encontrara cerca—. Y hoy, hay otra tarea que deseo encomendarle.

Alioth estaba sentado debajo de un árbol en lo más alto de una de las colinas que tenía el terreno de su casa de campo. Tenía dos papeles en sus manos: La carta que Brianna le había dejado antes de marcharse, y los resultados de la prueba de paternidad.

Iba a ser padre. Iba a tener un hijo con la mujer incorrecta. Hasta hacía unas horas, una parte de él todavía guardaba esperanzas de que los resultados fueran negativos, pero ahora todas sus ilusiones se habían esfumado.

Estaba roto. Se sentía perdido. Hacía un mes que no sabía nada de Brianna, llevaba más de cuatro semanas inmerso en una bruma de angustia y tormento por no saber nada de ella y por sentirse culpable del sufrimiento que le había provocado. Un sufrimiento que la ha había llevado a alejarse así sin dejar rastro alguno ni dar señales de vida.

Sabía que Bri lo hacía todo por su amor hacia él, y por su gran corazón, que

permitiría que un niño creciera lejos de su padre por esa causa.

Y ella estaba en lo cierto, Alioth seguía preguntándose si seguir las indicaciones de Bri y casarse con Lía era lo más correcto.

La disyuntiva recaía en que él también tenía un deber con su país, con su apellido, con la corona, y este deber ocupaba un sitio muy particular en su corazón. Toda su vida había sido definida en torno a su futuro como el rey de Sourmun. Era a la vez que una carga y un orgullo. Era una responsabilidad que le generaba sentimientos contradictorios: la ansiaba y la temía al mismo tiempo.

Bajó la colina con prisa y vio que un coche se detenía cerca de la entrada de la casa. Un hombre que reconoció enseguida salió de él y Alioth se preocupó todavía más por lo que podía significar esa extraña visita.

—Tenemos que hablar —anunció Arthur cuando estuvieron a pocos metros de distancia.

—¿Tienes noticias?

—Sobre Brianna, no. Es otra cosa la que tenemos que discutir.

Alioth alzó las cejas sin imaginar qué otro tema podrían tener en común y qué podría ser tan urgente.

—¿Es sobre el ataque a mis hermanas?

Hamilton suspiró.

—No, nada de eso. ¿Podemos hablar en un lugar privado?

Con la casa llena de constructores y jardineros instalando todas las flores que Brianna había dispuesto los días anteriores a su marcha, no era posible tener privacidad en casi ningún sitio. Así que lo invitó a caminar con él.

—¿Qué es eso que tienes que decirme?

Arthur hizo una mueca que demostró que mantener una charla con él le desagradaba tanto como al mismo Alioth.

—Los resultados de tu prueba de paternidad debían estar listos para hoy. ¿Ya los tienes?

—No es de tu incumbencia —respondió, apretando un puño—. ¿Por qué no vas al grano de una vez?

Arthur dejó de caminar.

—Nunca vas a madurar, ¿verdad? Sigues siendo el mismo niño caprichoso de hace años. No me extraña que Brianna te haya abandonado.

—Alioth estuvo a punto de abalanzarse sobre él y golpearlo como tanto ansiaba desde hacía semanas, pero Hamilton fue más rápido y continuó hablando sin darle mayor importancia a su expresión de furia—. ¿Crees que me interesa si el niño es tuyo o no? Estoy aquí porque tengo un deber con mi conciencia y porque sé que Brianna

estaría de acuerdo conmigo en tratar de evitar una desgracia.

—¿De qué rayos estás hablando? —masculló Alioth con el puño todavía cerrado—. ¿Qué tiene que ver Brianna? Has dicho que no tenías noticias de ella.

—Hace una semana, tu madre y yo tuvimos una conversación que me dejó intranquilo y me parece que debes saberlo. No entiende que Brianna se marchó y que no va a regresar para la boda.

—Eso no lo sabes.

Arthur miró al cielo, exasperado.

—De todos modos. Tu madre no piensa aceptar que te cases con esa jovencita a la que has dejado embarazada. Me pidió que me encargara de ella.

Entonces, captó toda la atención de Alioth.

—¿Qué te encargaras de ella? No lo entiendo... ¿En qué sentido?

—Oh, vamos. ¿No te lo imaginas? —replicó Hamilton con una risa amarga—. Quiere que haga desaparecer a la mujer y a tu hijo. La señorita Adams es un problema que nadie va echar de menos.

El joven rubio se sentó sobre el césped en medio del campo. Nunca habría creído que su madre llegaría tan lejos. Había oído sus amenazas, pero jamás la había creído capaz de cumplirlas. Estaba hablando de matar a su propio nieto. Era atroz.

—Yo me negué. Le dije que mi trabajo es proteger vidas, no quitarlas. Pero hay muchos que no dirán lo mismo, todavía estoy sorprendido de que me haya pedido algo así a mí.

—Tal vez te estaba probando, quién sabe —comentó Alioth después de unos segundos de silencio, todavía distraído con sus propios pensamientos—. Ya no sé qué pensar de mi madre.

—Mira, yo ya no puedo hacer nada. Pero tal vez tú todavía estés a tiempo.

El príncipe hundió la cabeza entre sus manos. Continuaba sin poder tomar una decisión, seguía luchando contra sus propias convicciones y, más importante aún, contra sus sentimientos.

Capítulo 28

Alioth bajó del coche disfrazado. Daniel, que iba en el lado del acompañante, también salió y rodeó el vehículo parándose al lado a su amigo. Estaban frente a una pequeña casa en la zona sur de la ciudad. Los edificios altos del centro quedaban muy lejos, y aún más lejos quedaban las mansiones de la zona norte.

—Nunca había estado aquí —comentó Daniel.

—No es a lo que estamos acostumbrados, ¿no, Dani? —respondió con una sonrisa amarga, y sintió otra punzada más de culpa por haber pensado alguna vez en no reconocer a su hijo.

Le hizo una señal a sus guardaespaldas, que también iban camuflados y mantenían cierta distancia, para que esperasen allí y no se acercaran más. Él y Daniel siguieron avanzando y tocaron el timbre de la casa.

—¿Estás seguro? —preguntó Daniel por enésima vez desde que Alioth había compartido con él su decisión.

—Estoy seguro —asintió el príncipe.

La puerta se abrió, y tuvieron que mirar hacia abajo para ver a quien los estaba recibiendo. Era una niña rubia que no podía medir más de un metro y los contemplaba con sus enormes ojos verdes.

Los dos se quedaron mirándola y esperando a que apareciera un adulto en cualquier momento, lo cual no llegó a suceder.

—Hola —dijo Alioth sin saber qué más decirle—. ¿Tú mamá está en casa?

—No —pronunció la pequeña a la vez que movía la cabeza a ambos lados—. Se fue al hospital con Lía. ¿Tú quién eres?

Alioth se quedó de piedra unos segundos y su corazón empezó a latir a toda prisa, temiéndose lo peor. Atisbó a Daniel que le devolvió una mirada preocupada y giró la cabeza hacia ella una vez más.

—Soy... un amigo de Lía —musitó, y se puso de cuclillas—. ¿Cómo te llamas?

—Lizzie.

—Lizzie. ¿Por qué ha ido Lía al hospital? ¿Se encontraba mal?

Con la inocencia de cualquier niño, Lizzie se lo contó todo.

—Lía siempre se encuentra mal, señor. Le duele la cabeza, a veces dice que se queda ciega y no ve nada. Está triste todo el rato y llora más que mi hermano pequeño. No me gusta estar cerca de ella, me pone triste a mí también.

Cada vez se encontraba peor, con cada palabra, su sentimiento de culpa crecía. La

niña no podía estar mintiendo. Lía estaba sufriendo, y cada vez más.

Sin ser capaz de marcharse y dejar a la pequeña sola, obligó a uno de sus propios guardaespaldas a quedarse con ella y con su hermano.

Daniel lo acompañó al hospital más cercano, en el que Lizzie había dicho que estarían, y habló con la secretaria. Alioth no podía correr el riesgo de ser identificado buscando a una mujer embarazada que no era su prometida.

Cuando llegaron hasta la sala de espera que les habían indicado, se encontraron con un grupo de personas. Alioth retrocedió de forma automática, acostumbrado a huir de las multitudes toda su vida.

Una muchacha joven se les acercó mientras esperaban en un rincón a que saliera alguien a dar un informe sobre Lía.

—Sé quién eres —le dijo directamente a Alioth, y el guardaespaldas reaccionó de inmediato interponiéndose entre los dos—. Eres el padre del bebé. Vienes a buscarla a ella, ¿verdad? ¿Cómo te has enterado, tu madre te dio el mensaje?

Alioth le hizo una señal con la cabeza al guardaespaldas para que los dejara, y este dio un solo paso a un lado.

—¿Es usted la madre de Lizzie? Ella me dijo que estarían aquí —preguntó Alioth.

La mujer arrugó la frente.

—¿Has estado con mi hija? Pero si le dije que estaríamos aquí. ¿Por qué ir a mi casa?

Daniel intervino.

—¿A quién le dijo usted que estarían aquí?

—A tu madre. Quise contactar contigo para decirte cómo estaba Lía—señaló la mujer mientras apuntaba a Alioth—. Pero llegar hasta ti es imposible. Cuando creí que por fin me atenderías, fue la reina la que contestó. Nunca habría creído que era tan desagradable. La había visto de lejos en algunos eventos y en las noticias, siempre pensé que era más amable. Me dijo que no tenías nada que ver con mi amiga y que no volviera a llamar o nos arrestarían a todas.

Cada vez comprendía menos la voluntad de su madre, pero veía más clara su postura con respecto a Lía. Nunca llegaría a aceptarla, y Arthur tenía mucha razón en sus temores. Lía corría un peligro que no tenía nada que ver con la enfermedad.

—Mi madre no me comentó nada, no la he visto —explicó para intentar justificarla, pero por la expresión de la joven, no le creyó ni por un segundo—. ¿Cómo está Lía? ¿Podemos verla?

—El médico ha dicho lo de siempre. Le ha dado un calmante y en cuanto se despierte tengo que llevarla a casa porque aquí no hay camas para un paciente en su estado.

—¿Su estado? —preguntó Alioth temiendo la respuesta.

Era obvio que esa mujer, cuyo nombre todavía no conocía, no tenía un ápice de delicadeza.

—Muriéndose, ese es su estado. Este doctor ya no cree que llegue al parto, aunque tal vez es eso lo que quiere, porque sería un problema menos para él.

El menor de los Hamilton no pudo contener un murmullo de horror.

—Eso es una atrocidad. Le pagan por cuidar de las personas —masculló Daniel— Deberían demandarlo por tratarlas tan mal.

—¿Demandarlo? —se burló ella—. El pobre hombre está cansado, harto. ¿Has mirado a tu alrededor, niño rico? ¿De dónde podríamos nosotros sacar un abogado para formalizar una demanda contra el único hospital de la zona? No es culpa del médico, ni de las enfermeras. Mientras vosotros vivís a base de fiestas glamurosas, en vuestros elegantísimos coches, este hospital, que recibe a todo el sur de la ciudad, no tiene recursos para trabajar como debería y los pocos doctores a los que les pagan una miseria, tienen que elegir quién vive y quién muere porque no les llegan las camas para todos.

Daniel se quedó sin habla y sin saber adónde mirar. Alioth sabía que su amigo no había tenido mala intención. Ninguno de los dos había creído que las cosas estaban tan mal. La gestión de su padre y el Consejo se hacía cada vez más deplorable y los primeros en sufrir eran los más necesitados.

—Lo siento —articuló sin saber qué más decir—. Yo me ocuparé de llevar a Lía a un lugar mejor. Debería volver a su casa con sus hijos, señora.

—Sí, debería. Es hora de que usted se haga cargo de lo que ha hecho, alteza —volvió a recalcar con cierta irreverencia en su tono—. Adiós.

Cuando ella se alejó, Daniel soltó un suspiro.

—Creía que Lía tenía dinero. ¿Cómo es que ha acabado aquí y con esa mujer?

Alioth no estaba seguro de nada.

—Ella no tenía dinero, y sus padres la echaron de casa. Asumo que acabó peor de lo que estaba.

—Pero, ¿cómo se metía en nuestras fiestas? No lo entiendo.

—No lo sé, Dani. No lo sé.

No tardaron más de unas horas en organizarlo todo para trasladar a Lía desde el hospital público hasta la clínica en la que siempre era atendida la familia real. Enseguida la recibieron los mejores especialistas, entre ellos el doctor Melton, que se

había ocupado con anterioridad de hacerle la extracción al feto para la prueba de paternidad.

Después de tantas idas y venidas, Alioth estaba agotado, pero aun así tenía la necesidad de verla antes de regresar al palacio.

Entró a la habitación cuando supo que había despertado, pero volvió a encontrarla con los ojos cerrados. Se sentó en la cama a su lado y le cogió una mano mientras observaba su rostro pálido, carente de maquillaje y con grandes ojeras. Se notaba que estaba cansada, más delgada y débil que la última vez que la había visto, y a pesar de haber pasado un mes, su vientre apenas había crecido. Debería haberla protegido y haber asumido toda la responsabilidad con ella y con su hijo desde el principio.

Lía movió la cabeza despacio y abrió los ojos lentamente.

—Hola —saludó Alioth primero, y se llevó su mano a los labios—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás un poco mejor?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó confundida, estaba tan débil que apenas podía moverse. No comprendía cómo el médico del otro hospital pretendía que Lía regresara por sus propios medios a la casa.

—He ido a buscarte, te he traído a esta clínica. Te van a atender mucho mejor, estarás bien. Te lo prometo.

Lía lo contempló en silencio con expresión neutra, como si su mente se fuese aclarando poco a poco.

—Es una niña —musitó—. El doctor me lo dijo hace un rato cuando me revisaba.

—Es genial, estoy seguro de que será tan hermosa como tú —musitó él sonriendo. Se le hacía difícil asumir que sería padre, pero tenía que disimular frente a ella—. El doctor Melton dijo que está creciendo bien, que la que tienes que cuidarte eres tú. Estás muy débil, tienes que comer más, descansar más. Ya no volverás a trabajar.

—Me despidieron hace una semana, al parecer ya se me notaba mucho el embarazo y no llevaba ningún anillo. Eso daba mala imagen. ¿Dónde está Brianna, en el pasillo?

Alioth hizo una mueca. Si Lía no se había enterado, significaba que su madre estaba haciendo un buen trabajo en ocultar la verdad al mundo.

—No está en la ciudad—confesó—. Desapareció sin avisar ni decir a nadie dónde iría y no se ha vuelto a poner en contacto con ninguno de nosotros. Pero tú no pienses en eso. Estoy seguro de que Bri está bien esté donde esté.

—Se fue por lo que dije, ¿verdad?

—Se fue para que pueda casarme contigo como querías. Como corresponde.

Ella suspiró.

—No debería haberlo hecho. Te busqué, quise hablar contigo, pero nunca me dejaban, tampoco me permitieron entrar al palacio.

—Ya lo sé, ya lo sé. Lo siento, Lía. No sé cómo pedirte perdón. Estoy preparado para que nos casemos, ya he tomado mi decisión.

—No —musitó ella—. Yo sé que no me quieres.

—Lía... —susurró Alioth, avergonzado.

—¿Qué? Es la verdad. No tuviste problemas en decírmelo la otra vez, no me vengas con mentiras solo porque ves que me estoy muriendo. Y sí, estuvo muy mal por tu parte darme la espalda de esa forma, pero la que cometió el mayor error fui yo al exigirte algo que sabía que era imposible. No es tu deber casarte conmigo, pero sí reconocer y cuidar a tu hija. Serás su única esperanza.

—Os protegeré a las dos —respondió—. No hables así, no te vas a morir. Yo te voy a cuidar. Traeremos a los mejores doctores para que te traten.

A pesar de que él ponía todo su ímpetu y su mayor esfuerzo para convencerla y convencerse a sí mismo de que todo iba a salir bien, sabía que no era así. Lía, en cambio, había abandonado, aceptaba que no tenía más esperanzas y se entregaba a un destino que la había derrotado.

—Ya es tarde para mí. No pierdas el tiempo en eso —compuso, y le apretó la mano—. Ve y búscala. Encuéntrala, quiero hablar con ella antes de irme.

A él le tomó un segundo comprender a quién se refería.

—¿Por qué?

Lía le dio una sonrisa cargada de tristeza.

—Quiero saber que no va a odiarla solo por ser hija mia. No quiero que mis errores la dejen marcada. Tú amas a Brianna y puedes tener esa vida perfecta que siempre soñaste con ella, pero no quiero que mi hija se quede fuera. No se lo merece.

Alioth no sabía qué sentía por ella exactamente, pero no le era indiferente. Nunca sería el gran amor de su vida como Brianna, no sentía ese amor infinito, pero sí le tenía un cariño muy especial. Y verla así, abatida, llena de pena, sabiendo que no podía hacer nada para cambiarlo, lo llenaba de impotencia.

—Para ya, deja de pensar en eso. Deja de preocuparte.

—No puedo —insistió—. He sido egoísta toda mi vida, Alioth. Ahora es diferente, no estoy luchando por mí, sino por alguien más. Tengo que hacerlo para poder descansar en paz cuando llegue el momento.

—Está bien —aceptó, dándose por vencido—. Haré lo que me pidas.

Alguien golpeó la puerta con suavidad y de detrás apareció el doctor Melton. Saludó con una sonrisa cordial y Alioth se puso de pie para darle un apretón de manos.

—Gracias por venir tan rápido, doctor.

—Descuide. Me llamó en el momento justo, necesitaba hablar con usted desde ayer, pero se me hizo imposible contactarlo. ¿Me concede un minuto en mi consultorio?

—¿Todo está bien con mi hija, doctor? —inquirió Lía preocupada.

—No se preocupe, todo está bien. No es de ella de quien quiero hablarle.

El príncipe lo siguió por el largo pasillo, rezando para que no se tratara de más malas noticias.

—Ya es suficiente —declaró Carol, y entró a la habitación con su hija en brazos—. O te haces la prueba o le digo a Ted que te meta en el coche y te lleve al médico. No puedes seguir así.

—Ya te he dicho que no puedo estar embarazada, Carol. Solo estoy triste —contestó Bri desde la cama donde estaba acostada, y estiró los brazos hacia la bebé—. Dámela un rato, ella me anima.

—¿Y tú crees que solo por estar triste tienes que estar descompuesta y cansada todos los días, tener nauseas por la mañana, y quitarte el período? —preguntó Carol.

Bri la miró sin dejar de llenar de besos las mejillas de la niña.

—Estoy triste todos los días, no veo por qué no. Y ya te he dicho que no tengo el período porque tengo ese descontrol hormonal que dijo el médico. Si me comprara las estúpidas píldoras, seguro que volvería a normalizarse, pero qué más da. Es la menor de mis preocupaciones.

—No, no. No es normal. Y si de verdad tienes un problema, hay que tratarlo, no puedes pasarte los días así. Llamaré a mi médico, Ted te llevará, así no tienes que estar pendiente de que alguien descubra tu coche si lo están buscando.

Bri sonrió.

—Tal vez en un par de semanas, no te preocupes tanto por mí, Carol. Relájate.

Su nueva amiga no era de las que se rendían fácilmente ni dejaban pasar las cosas. A Bri le encantaba por eso mismo, por su forma de preocuparse, pero al mismo tiempo no estaba acostumbrada a lidiar con ese tipo de interés maternal y no sabía cómo manejarlo.

—Si tan segura estás de que no estás embarazada, ¿por qué no me das el gusto de hacerte una prueba para que puedas probarme que estoy equivocada? —dijo Carol.

Brianna no le veía sentido así que se encogió de hombros.

—Bien —accedió—. Si eso te hace sentir mejor, como deseas. Pero ya te digo, no estoy embarazada, lo que yo tengo es un vacío en el corazón.

Capítulo 29

Alioth tenía más prisa que antes por encontrar a Brianna. No solo porque cada día se sentía más vacío sin ella, ni porque Lía se lo había pedido, sino porque el doctor Melton le había comunicado que creía que los análisis estaban equivocados.

Aparentemente habían sido trasapelados en un pequeño accidente, y existía la posibilidad de que efectivamente Bri estuviese embarazada.

Lo volvía loco solo pensar en que estaba sola, perdida en algún lugar lejano cuando además estaba esperando un hijo.

—No sé dónde está, alteza —insistió Arthur, y Alioth notó que solo mantenía la compostura porque estaban en presencia del rey y su esposa—. Tengo personal buscándola día y noche, no han descansado en ningún momento.

—¡No es posible que no tengáis ni una maldita pista! —Se llevó las manos a la cabeza y se tiró del cabello hacia atrás—. ¡Tienen que encontrarla, Hamilton!

—Estamos haciendo todo lo que...

Alioth golpeó la pared y, de haberse desviado apenas unos centímetros, le habría dado al vidrio de la ventana.

—¡Entonces haced algo más! Dobla el personal, triplícalo, rastread cada maldito rincón de este país. Tiene que aparecer.

Arlet se levantó del sofá en el que había estado sentada durante toda la discusión e intervino para darla por finalizada.

—Señor Hamilton, por favor, déjenos solos —dijo de repente con su tono imperativo de siempre y sin mirar siquiera a Arthur.

Él asintió y salió enseguida, dejando a los tres miembros de la familia real a solas. Alioth no dedicó tiempo a mirar ni a su madre ni a su padre. Sabía lo que le dirían, que no debía perder los estribos de esa forma con nadie, ni con un empleado. Él estaba al tanto de que su comportamiento las últimas semanas había sido vergonzoso, no había acudido a ningún evento social. Había ido a muy pocas reuniones en el Consejo en las que no había prestado nada de atención y mucho menos participado, y como esos, muchos descuidos más.

—Alioth, ¿qué sucede? ¿Por qué tanta agresividad? Sabes muy bien que el señor Hamilton quiere encontrar a Brianna tanto como tú.

El príncipe soltó un suspiro.

—¿Y eso qué quiere decir, mamá? —Ella mantuvo la barbilla en alto y no respondió, probablemente esperando una respuesta a las preguntas que había formulado

primero—. Quiero encontrar a Brianna, eso es lo que pasa. No solo quiero, sino que necesito encontrarla.

—¿No te parece que sería mejor que resolvieras el problema con esta otra mujer antes de que Brianna vuelva? Si la quieres tanto, ¿por qué traerla cuando todavía no te has encargado de esta molestia? Si te acuerdas, ella se marchó por eso.

Le hervía la sangre con solo escucharla, pero tenía que contenerse, hacer un gran esfuerzo y no darle la respuesta que se merecía. Era su madre y era la reina. Él podría ser su hijo y el príncipe, pero seguía estando bajo sus órdenes, él quizás más que ningún otro.

—Eso es algo que necesitamos resolver juntos, mamá. Y ella también podría estar embarazada, es por eso que necesito encontrarla. Quiero a la mujer que amo y a mi hijo aquí conmigo. Hay un gran peligro ahí fuera, y si alguien llegase a enterarse de esta posibilidad, correría un riesgo mayor al que creíamos.

La reina empalideció y volvió a sentarse. Al rey, en cambio, se le iluminó el rostro.

—¿Embarazada? ¿Cómo lo sabes, cómo es posible? Es una noticia maravillosa, Alioth.

—No tan buena si ella no está aquí, papá. ¿Entiendes por qué no podemos dejar pasar más tiempo?

Ewen sonrió, tranquilo.

—Cuando se entere de que está embarazada, volverá sola. ¿Qué haría una chica como ella sola con un niño?

—Lo haría bien, Ewen —contestó la reina con un tono severo—. No hay razón para subestimarla. Si ella no quiere volver porque piensa que lo correcto es ceder su lugar a esa otra mujer, estar embarazada no la hará cambiar de opinión.

—Mamá, esa otra mujer tiene nombre. Es la madre de mi hija —intervino Alioth—. No me voy a casar con ella, pero voy a reconocer al bebé.

Sus padres rieron juntos y Arlet lo miró con altivez.

—¿Y qué crees que pensará Brianna de esto? Si estás pensando en hacer que vuelva cuando la encuentres, no creo que este sea un buen argumento para convencerla.

—Por lo que has dicho hace un momento, creía que conocías a Brianna, madre, pero parece que no tanto como creía.

—Más allá de eso —agregó el rey—, arruinarías tu imagen ante el Consejo y la sociedad entera. Los medios nos harían pedazos.

Alioth volvió a alejarse de ellos, pues tenía esa horrible necesidad de golpear algo y temía no poder reprimirla por mucho tiempo. Caminó hasta el pequeño bar que su padre tenía en una esquina del despacho y se sirvió coñac en un vaso.

No les contestó hasta haber bebido un largo trago.

—¿Y qué propones, papá, que abandone a mi hija en uno de esos orfanatos que mamá y Brianna patrocinan? Porque Lía se está muriendo, no le queda mucho tiempo ni con todos los cuidados que pueda proporcionarle.

Al contrario de su esposa, Ewen siempre mostraba un poco más de compasión.

—Hijo, no creí que fuera tan... —balbuceó.

Él no lo dejó continuar.

—Soy consciente de mi deber con vosotros, papá. Pero ella me necesita, no voy a dejarla sola. ¿Qué clase de hombre sería? ¿Qué clase de hijo crees que has criado?

—Podrías perderlo todo, Alioth. Tu prometida, tu futuro —insistió el rey.

—Eso no va a ocurrir si hago bien las cosas, y estoy determinado a que así sea.

—Bueno, si tan seguro estás —compuso la reina sin un ápice de lástima ni compasión reflejados en su rostro—, es mejor que te pongas en marcha y recuperes a tu novia. Veamos si ella piensa lo mismo que tú y es capaz de volver a casa con un hombre que quiere aceptar al hijo de otra mujer.

Los dos se quedaron mirándola, esperando que se explicara mejor. Estaba de más decir que si Alioth supiera donde estaba Bri ya estaría allí con ella. Arlet interpretó sus miradas de forma adecuada y dejó escapar un suspiro cansino.

—Vamos, ¿qué esperas? Ve a ordenar que te preparen un bolso, tienes un largo viaje por delante, esta niña ha sido inteligente y se ha escondido en uno de los pueblos más recónditos del país.

Al príncipe le temblaron las piernas, para mantenerse de pie tuvo que apoyarse en el sillón más cercano y a duras penas logró rodearlo para sentarse y evitar caer de rodillas en el suelo.

—¿Qué...?

Ella sonrió victoriosa.

—He sabido donde estaba Brianna desde el principio. Siempre ha tenido protección por parte de mi propia gente, todavía la tiene, aunque ella no sea consciente. Pensaba darle más tiempo antes ir a buscarla, pero dadas las nuevas circunstancias...

—¿Sabes dónde está? ¿Lo has sabido todo este tiempo? Me viste a punto de volverme loco al no encontrarla y aun así...

—Ella necesitaba tiempo. Soy tu madre, pero también soy mujer, Alioth. Después del golpe que recibió al saber que tu amante estaba esperando un hijo tuyo necesitaba recuperarse a su modo. Habría sido diferente si hubiese sabido desde un principio que ella estaba embarazada.

Lejos de estar feliz por saber al fin donde se ocultaba, Alioth sentía que el corazón iba a salirse de la furia que le provocaban las palabras de su madre. ¡Una

manipuladora! ¡Eso es lo que era! ¿Cómo se atrevía a jugar de esa forma con los sentimientos de alguien a quien decía querer? ¿Y qué sabía ella de lo que era mejor para Brianna?

—¡Ella no es mi amante! ¡No puedo creer que nos hayas hecho esto! —estalló, pero Arlet ni siquiera parpadeó.

—Estoy segura que Brianna estará muy agradecida cuando se entere de lo que hice por ella. Ahora bien, ya no puedo seguir dándole tiempo. Necesita estar contigo lo más rápido posible si está embarazada, no podemos arriesgarnos a que esta noticia se filtre por otro lado.

—Eres tan fría que me revuelve el estómago escucharte hablar —murmuró—. Haz que tu gente le dé instrucciones a mi chófer sobre cómo llegar a ese lugar, me voy en una hora.

Se dispuso a abandonar la habitación, pero antes de llegar a la puerta recordó algo y se volvió hacia ellos.

—Y os lo advierto, si le ocurre algo a Lía mientras yo no esté, podéis olvidaros de que tenéis un heredero o un hijo.

Alioth no había perdido tiempo y le había pedido a Daniel que lo acompañara en su viaje. Si iba a ser largo, le vendría bien algo de compañía si no quería explotar de los nervios o la ansiedad.

Una hora después, estaban a punto de salir cuando una de las puertas traseras del coche se abrió de repente. Dani se movió hacia el otro lado, asustado por la sorpresa y sin darle mayor tiempo a reaccionar de otra forma.

—¿Os ibais sin mí? —inquirió Jessania, e intentó entrar sin esperar a que le hicieran un hueco.

—Nos vamos sin ti —la corrigió su hermano—. Tú no vas a ningún lado, te quedas aquí.

—No, yo voy con vosotros. Estoy harta de estar encerrada, vas a ir a un pueblo en el que no vive casi nadie, y que además tiene playa. Me muero de ganas de meterme en el agua y tomar un poco de sol. ¿Tú no, Dani?

Los dos hermanos clavaron sus ojos en él, uno furioso, la otra con una falsa sonrisa que no tenía más propósito que presionarlo para que diera se pusiera de su lado.

—Creía que no me hablabas, Jess —comentó con precaución.

—Bueno, tenemos un largo viaje por delante. Sería muy incómodo si no hablásemos, ¿no? Además —parloteó—, las flores que me mandaste ayer eran preciosas. ¿Cómo puedo estar enfadada tanto tiempo con alguien que sabe que las margaritas son mis flores favoritas?

—¿Sabéis qué? —intervino Alioth—. Si tanto tenéis que hablar, es mejor que os bajéis los dos y sigáis con esto dentro del palacio. Yo tengo ponerme en marcha ahora mismo.

La joven rubia ladeó la cabeza.

—¿Y qué nos impide irnos? Dile al chófer que salga, ya tengo el cinturón de seguridad puesto y les he dado mi bolso a los del otro coche—¡Tus nos lo impides, Jessania! —gritó—. No puedes venir.

—¿Por qué no? —vociferó. Dani intentó alejarse de ella para evitar que los gritos le perforasen el tímpano—. No me voy a bajar, Alioth. Así que es mejor que lo aceptes ya y dejes de perder tiempo.

El aludido la miró incrédulo durante un minuto, esperaba que en cualquier momento le dijera que era una broma y que no los entretendría más. Pero no lo hizo. Por supuesto que Jess iba en serio. Si había alguien con ansias de aventura en esa familia, esa era su hermana, y no se perdería aquella oportunidad por nada en el mundo.

—Mamá no tiene ni idea de que estás aquí, ¿verdad? Se va a pasar horas pensando en cómo castigarte cuando vuelvas.

Ella soltó una risa amarga.

—¿Qué puede ser más castigo que la forma en la que me hace vivir? Puede ser un palacio, pero sigue siendo una prisión. No puedo ni asomar la nariz fuera porque a ella le disgusta, y los ataques le han dado la excusa perfecta. Así que no, Alioth, no me preocupa lo que planea para castigarme. A mi modo de ver, mi vida ya es un castigo. Déjame disfrutar mientras tengo la oportunidad.

¿Y qué más podría decirle él? Era justo, la entendía completamente.

—Bien, vamos. —Le dio indicaciones al chófer para que los pusiera en movimiento y volvió a poner su atención en sus dos acompañantes—. Ahora, qué es eso de que le has enviado flores a mi hermana, Daniel.

Brianna caminaba todos los días por la orilla de la playa para disfrutar de la paz que le brindaba ese lugar, y siempre era mucho mejor cuando tenía la compañía de Caroline. Se había encariñado de esa niña incluso antes de saber que estaba embarazada, que ella tendría un hijo propio en algunos meses.

Estaba feliz, anonadada, pero feliz.

No podía creer que se le hubiese concedido tal milagro o que el doctor Melton se hubiese equivocado de esa forma, porque a juzgar por el tiempo que había pasado, ya estaba embarazada cuando le realizaron los análisis.

—¿Será una niña tan bonita como tú? ¿O tal vez un niño? —preguntó, se sentó en la arena y colocó a Caroline en una pierna.

Llevaba un mes y medio allí, pero sentía que hacía mucho más. Estaba más que agradecida por haber acabado allí en ese momento de su vida. No podía haber encontrado mejor contención que aquellos desconocidos que se habían convertido en sus grandes amigos en tan poco tiempo.

Carol y Ted confiaban en ella tanto como para dejarla a cargo de su hija mientras ellos iban a la ciudad más cercana de compras para abastecer su cocina.

—¿Puedes decirme qué voy a hacer? ¿Debería volver a casa y decirle a Alioth la verdad? —Le dijo a la pequeña, y esta le devolvió la mirada con sus grandes ojos verdes como si estuviese de lo más interesada en lo que ella estaba diciendo—. Sé que él tiene derecho a saberlo, pero, ¿qué vamos a hacer si vuelvo y él ya se ha casado con Lía? O peor, si no lo ha hecho y quiere abandonarla. No puedo hacerle a elegir entre un hijo o el otro.

Suspiró.

¿Qué iba a hacer? Cada vez que lo pensaba se le erizaba la piel. Llevaba una semana en la misma situación, desde que el primer test y los cuatro que le siguieron habían dado positivo.

—Ay, Caroline ¿por qué no podemos ser todos tan felices como tus padres?

Pasó mucho rato sentada allí hasta que la niña comenzó a ponerse nerviosa y la llevó a su cabaña para cambiarle el pañal y prepararle un biberón tal y como Carol le había enseñado.

Le encantaba estar sola con ella porque se sentía realmente capaz de cuidar de alguien por sí misma por primera vez en su vida. La llevó a dormir y se acostó junto a ella para hacer la siesta juntas.

Unos golpes en la puerta principal la despertaron. Se dirigió hasta allí un tanto extrañada, porque de haber sido Carol habría entrado sin picar. Estaba demasiado adormilada como para mirar por la ventana para ver quién era el extraño antes de abrirle.

Quitó el seguro de la puerta y la abrió sin pensar mucho, ya acostumbrada a la ausencia de peligros de su nuevo hogar.

Cuando vio quién estaba al otro lado, creyó que estaba alucinando, sacudió la cabeza e intentó cerrar la puerta.

—Brianna —lo oyó decir, y su inconfundible voz la hizo temblar. No era una alucinación. Era cierto, él estaba allí.

Capítulo 30

Brianna lo dejó entrar a la cabaña. Ella retrocedió hasta que chocó con el borde del sofá de dos plazas que ocupaba gran parte de la sala. Aún le costaba creer que él estuviese allí, que no era un sueño. Alioth sonreía como si tampoco pudiera creer que la tenía enfrente.

Cerró el espacio que los separaba y puso las manos en sus mejillas. La miró directamente a los ojos sin borrar su expresión de felicidad y emoción imposible de contener. No dijo durante un rato, ninguno de los dos lo hizo. Los sentimientos que estaban experimentando iban más allá de lo que las palabras podrían llegar a describir.

Bri respiró profundamente y un sollozo se le escapó cuando intentó hacer que el aire entrara en sus pulmones. Él no perdió ni un segundo y la abrazó fuerte contra su pecho. Brianna se aferró a Alioth de la misma forma. Lo había echado mucho de menos durante semanas, tanto que hasta le dolía pensar en él.

Caroline empezó a llorar desde la habitación y Bri se obligó a separarse de él.

Todavía no le había dicho ni una sola palabra, tenía un gran nudo en la garganta que no se lo permitía, pero tuvo que tragárselo y tomarle la mano para llevarlo a dónde estaba el bebé.

—¿Eso que oigo es un bebé? ¿De dónde has sacado un bebé, Bri? —preguntó alarmado mientras la seguía.

—Se llama Caroline —susurró, se sentó en la cama y la acunó entre sus brazos—. La cuido, sus padres han ido a la ciudad a hacer algunas compras.

Cuando la pequeña volvió a calmarse, Bri se permitió levantar la cabeza para mirar a Alioth. Él estaba observándolas con la mirada más dulce que jamás había visto.

No quería llorar, pero era imposible controlar las lágrimas.

—Estás preciosa con un bebé. A pesar de todo lo que ha pasado, nunca me he parado a imaginarte con nuestro hijo en brazos —comentó el príncipe en voz baja, y se sentó más cerca—. Te amo tanto, Bri. No sabes cuánto. No he dejado de buscarte ni un segundo.

—Alioth —consiguió decir por primera vez, pero él la silenció colocando un dedo en sus labios.

—No, ya hablaremos. Tenemos muchas cosas que decirnos, pero primero haz que se vuelva a dormir.

Caroline ya estaba dormida, Bri solo la sujetaba en sus brazos porque no se sentía

lista para hablar con él, y de alguna forma prolongaba el hecho de tener que afrontar las cosas importantes usando a la niña como excusa. Hasta sus emociones se habían refrenado al sostenerla porque sabía que si se mostraba demasiado nerviosa Caroline también lo estaría enseguida.

—Es natural en ti —observó Alioth—. ¿Quién lo habría dicho?

—Es fácil, te acostumbras enseguida porque no hay forma de que no te enamores de ella cuando la tienes en tus brazos. Creo que es lo que pasa con todos los bebés, son maravillosos.

—¿Crees que podrías enamorarte de cualquier bebé? —dejó caer él y Bri lo contempló intrigada. No era una pregunta formulada al azar, tenía un propósito muy concreto.

No contestó. Decidió volver a poner a la bebé en su lugar y se levantó para acomodar los almohadones a su alrededor. Salió del cuarto, se sentó en el sofá y esperó a que él se uniera.

Nunca se había sentido tan feliz y miserable al mismo tiempo. Tan incómoda en presencia de la única persona con la que nunca había tenido ni la más mínima inhibición.

—¿Cómo...? —comenzó a formular, pero él le respondió antes.

—Mi madre —confesó, y a Bri se le cortó la respiración—. Desde el principio supo dónde estabas. Es increíble, ¿no? De haber dependido de ella no me lo habría dicho nunca. O por lo menos no hasta un día antes de la boda, supongo.

—Tu boda con Lía —farfulló, mientras alejaba el sentimiento de fracaso al enterarse de que no había sido tan inteligente como para escaparse sin que absolutamente nadie la siguiera o pudiera localizarla.

—No, tonta. Nuestra boda, ¿es que ya te has olvidado? Nos casamos en dos semanas. Todo está casi listo, los medios predicen que será la boda de la década.

La pelirroja movió la cabeza en modo de negación y dijo entre lágrimas: Te dejé una carta, Alioth. Te dije cosas importantes, cosas que ya deberías haber asumido después de todo este tiempo. ¿No me hiciste caso en nada? ¿Nada de nada?

—Te hice caso en todo... o lo intenté. Te juro que lo intenté. —Le tomó las dos manos y las alejó de su rostro para hablarle a la cara—. Escúchame, por favor. Y mírame, quiero que me mires.

Ella obedeció, pero no se quedó callada.

—Me duele haberte dejado así, Alioth. No tienes idea de cuánto. Me dolió entonces y me duele cada vez que pienso en ti, que es a diario. Pero no lo siento, te expliqué en la carta el por qué. ¿La leíste? Dime que sí.

Él continuó sin soltarla, le sostuvo las dos muñecas en el aire a ambos lados del

rostro.

—Leí mil veces la maldita carta. Y me rompió el corazón cada vez. Pero no te culpo, sabía que el tuyo también estaba roto por mi culpa.

—Yo no te culpo por lo que pasó. No hay culpables, simplemente es la vida, malas decisiones del pasado decididas a atormentarnos.

Se hizo una pausa en las palabras, pero no en la corriente de emociones que los azotaba desde que se habían visto. Alioth dejó ir sus manos para poder encerrar el rostro de la mujer que amaba con las dos palmas.

Le acarició las mejillas y la vio cerrar los ojos en reacción a su contacto. Había soñado con la próxima vez que pudiera hacer eso. La suavidad de su piel era algo que él no olvidaría nunca, el cosquilleo que le recorría el pecho cuando la tocaba era único y había anhelado con todas sus fuerzas poder volver a sentirlo una vez más.

—Es una niña —dijo sin dejar de tocarla. No quería despegarse de ella, pero también necesitaba confesárselo todo lo antes posible—. Y es mía. La hija de Lía es mía, la prueba de ADN dio positiva. También es cierto que a Lía no le queda mucho tiempo de vida.

Como esperaba, ella se retrocedió.

—¿Entonces qué haces aquí? ¿Por qué no estás con ella como te pedí?

—Iba a hacer todo lo que me habías pedido. Todo, excepto dejar de buscarte. Lo siento, Bri, pero eso no podía aceptarlo. Nunca voy a dejarte ir, te amo.

—Y yo te amo a ti —musitó—. Marcharme fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida, pero lo hice por amor. Porque amar va mucho más allá de estar juntos, es hacer cosas que, aunque te partan el corazón, sabes que son buenas para la otra persona, aunque aún no pueda verlo.

Se secó las lágrimas con los puños de la chaqueta de hilo que tenía puesta, aunque reaparecieron al instante.

—Y tienes razón —le respondió—. Pude ver que tenías razón, pero ahora las cosas han cambiado. Hay algo más... no voy a decir que es más importante porque no va a gustarte, pero en mi corazón, Bri... yo siento que lo es.

—¿Qué es? —inquirió.

—Dímelo tú. ¿No hay nada que tengas que decirme?

Él no podía saberlo, se dijo Bri. *No era posible*. Buscó en sus ojos qué clase de respuesta esperaba pero, de algún modo, él la encontró lo que deseaba saber.

—Oh, Dios —jadeó el príncipe—. Es cierto, lo estás. Estás embarazada y lo sabes.

—¿Y cómo lo sabes tú? —preguntó, y soltó un suspiro antes de estirarse para abrazarlo—. Vamos a tener un bebé, no entiendo por qué, pero a quién le importa, ¿verdad?

Bri nunca había visto a Alioth llorar, y lo amó un poco más de lo que ya lo hacía. Adoraba que fuera capaz de mostrar sus sentimientos sin ninguna inhibición o vergüenza, no era algo que hubiese visto antes en ningún otro hombre.

Estaba segura de que su padre no había dejado caer ninguna lágrima cuando se había enterado de que ella iba a nacer, de ninguna manera.

—Pero Alioth, necesito saber... estoy esperando un bebé, pero tú...

—Yo estoy esperando dos —soltó con una sonrisa amarga—. He estado pensando en eso todo el viaje, Bri. Llegué a preguntarme si debería seguir buscándote siquiera. No tengo derecho a nada, si quisieras largarte a la otra punta del mundo con nuestro hijo tendría que permitirte porque ninguna mujer debería tener que pasar por esto...

—Dímelo —pidió—. Te escucho. Soy yo, Alioth, tu mejor amiga, por encima de todas las cosas.

—Vuelve a casa conmigo. No puedo vivir lejos de ti y ahora tampoco de nuestro hijo. Tal vez podrías querer a la niña, sé que es muchísimo pedir y que no es justo, pero de verdad creo que podemos conseguirlo. Si puedes quererla, aunque sea un poquito, quizás podemos hacer que esto funcione.

—Ese no es el problema, Alioth. Nunca lo ha sido. Esa niña tiene una madre.

Alioth asintió.

—Lía está mal, Bri. Muy mal. Es impresionante ver como la enfermedad la ha consumido en los últimos meses, además, entró en razón. Le dije que me casaría con ella para darle tranquilidad, para protegeros a ambas, pero se negó. Quiere que vuelvas, quiere hablar contigo antes de... —Fue incapaz de acabar la frase, Bri percibió el dolor reflejado en sus ojos y en su voz.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero es importante para ella, ha cambiado mucho. Fui muy injusto con Lía también desde que te fuiste, no la vi durante todo un mes. No sé si alguna vez podrá perdonarme por haceros tanto daño a las dos. No sé cómo pedirte perdón, ni a ella.

Todavía de rodillas, Bri lo besó en la frente y después se acomodó más cerca para abrazarlo.

—Yo no tengo nada que perdonarte. Tú no me hiciste daño, fui yo la que te hirió al abandonarte, pero era la única solución que vi. Habría sido diferente si hubiese sabido que estaba embarazada.

—Lo sé —susurró él y Bri notó que empezaba a acariciarle el pelo. Una sensación de melancolía, y felicidad al mismo tiempo le llenó el pecho y ella se apretó más contra Alioth.

Permanecieron allí mucho rato. No se movieron ni se dijeron nada más. Con la calidez de su abrazo y la tranquilidad que siempre le daba tenerlo cerca, Bri pensó en

todo lo que él le había contado. Se tomó su tiempo para aceptar que estaban juntos de nuevo, que no él no se iría sin ella y que ella no podía escapar otra vez.

Alioth le apartó el pelo hacia un lado y se inclinó hacia adelante.

—Me muero por besarte —declaró mientras trazaba una circunferencia con los dedos alrededor de su rostro.

—¿Y a qué esperas entonces? —contestó ella sin moverse.

El príncipe sonrió por primera vez después de esa conversación tan difícil que habían tenido. Tomó rostro y la besó con calidez, sus movimientos eran suaves y lentos como si no quisiera desaprovechar ni un instante para demostrarle lo mucho que la había echado de menos. La besó como un hombre que se creía muerto y ahora era capaz de revivir con su toque y sus caricias. Bri le devolvió el beso con la misma intensidad y las mismas ansias.

El motor de un coche que se detenía fuera de la cabaña hizo que tuvieran que separarse porque Brianna sabía muy bien a quién pertenecía. Bri se ocupó de las presentaciones, y Carol se quedó casi sin habla al reconocer al mismísimo príncipe frente a ella.

No pasó mucho tiempo hasta que estuvieron solos de nuevo. Su amiga se había llevado a Caroline, que todavía estaba dormida, y Bri tiró de Alioth hacia la salida de la cabaña.

—Quítate los zapatos, bajemos a la playa un rato.

Él clavó los pies en el suelo y no la dejó ir más allá.

—Deberíamos empaquetar tus cosas, podemos ir cuando acabemos, antes de marcharnos.

Aquel era un asunto que no habían debatido todavía, aunque en realidad no habían hablado de nada sobre lo que harían a continuación, solo de sus deseos de estar juntos.

—Alioth... yo no estoy lista para volver todavía. Necesito asimilar que estás aquí y... todo lo demás.

Él vaciló, pero no se opuso.

—Pero... vas a dejar que me quede contigo, ¿no? No voy a separarme de ti, ni siquiera creo que pueda dormir por miedo a que vuelvas a huir.

—No voy a ningún lado sin ti —lo tranquilizó Bri, y le dio un beso en la mejilla—. Simplemente dame unos días, quédate conmigo aquí en la playa, olvidémonos de todo excepto de nosotros.

Él sonrió y aceptó su propuesta, le cogió una mano mientras con la otra buscaba algo en el bolsillo de su pantalón.

—Creo que esto necesita volver a donde pertenece —canturreó y deslizó el anillo de compromiso en el dedo anular.

Brianna relajó la espalda contra el pecho de Alioth, que estaba sentado detrás de ella y la rodeaba con los dos brazos.

—No puedo recordar cuántas veces deseé que estuvieses aquí conmigo. Abrazándome, justo así, mirando como el sol se esconde.

—Podemos quedarnos así para siempre —contestó él.

«Sí, podrían», pensó al cerrar los ojos. Llevaban más de una hora allí y no tenían intención de regresar pronto a la cabaña. Podrían ver cómo se ocultaba el sol y esperar a que la luna iluminara el cielo sin moverse de ahí.

—Me muero de hambre —declaró Brianna al no poder aguantar más—. Tengo tarta de chocolate y coco en la cabaña. Voy a ir por ella, ¿quieres algo?

Alioth se puso de pie antes y la ayudó a levantarse.

—Voy contigo —dijo y entrelazó los dedos con los suyos—. ¿Nuestro hijo está hambriento?

Ella soltó una risita.

—No lo sé, pero yo estoy famélica. Tienes que probar la tarta, Carol me dio la receta, pero la cociné yo sola. No tienes ni idea de las cosas que he aprendido en este tiempo —parloteó con orgullo—. Sé cómo usar la lavadora y hacer la cama. Ya ni siquiera me quemo cuando enciendo la cocina. Me siento orgullosa de mí misma, aunque sean cosas que a cualquiera le puedan parecer insignificantes.

Alioth la besó en la sien.

—No son insignificantes para mí, yo también estoy orgulloso de ti. Aunque para ser honesto, amor, me da un poco de miedo probar tu tarta.

Capítulo 31

Brianna soltó una risa cuando Alioth recordó que Jess y Dani todavía los estaban esperando en un café del pueblo.

—Pobrecitos —compuso, todavía riendo.

—¿Pobrecitos? No, te aseguro que se lo están pasando de maravilla —masculló Alioth antes de meterse otro trozo de tarta en la boca. Una vez que la había probado no había podido dejar de comerla, de modo que Bri se sentía orgullosa de sí misma—. Esos dos tienen algo, estoy seguro. He estado tan inmerso en mis propias cosas que no les he prestado atención. ¡Él le envió flores! ¿Puedes creerlo? ¡Margaritas!

—¡Eso es tan bonito! ¡Son sus favoritas! Jess debe de estar en las nubes.

Por la mirada asesina que él le dio, supo que no le gustaba la idea de ver a su amigo involucrarse con su hermana. Cuando se trataba de sus hermanas, Alioth iba más allá de la sobreprotección, al contrario del rey, que siempre ignoraba a sus hijas más pequeñas, sólo les devolvía la falta de atención con regalos y les consentía todos sus caprichos, siempre y cuando no implicasen su activa participación.

—Por favor, no les des alas. Tenemos que controlar esto. Jess es una niña y cree que está enamorada de Daniel, no quiero que le haga daño.

Ella se levantó de la silla y se puso detrás de la de él. Posó las manos en sus hombros y se inclinó hacia adelante para darle un beso en la mejilla y abrazarlo.

—Jess ya no es una niña, Alioth. En unos meses cumplirá dieciocho, no digo que por eso pueda hacer cualquier cosa, pero Daniel es buen chico, no va a hacerle daño ni hacer nada indebido. Recuerda como éramos nosotros hace poco más de dos años.

Alioth inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla.

—¿Y por qué crees que tengo miedo? No quiero que haga ni una décima parte de lo que hacemos nosotros. Y mucho menos que pueda estar cerca de jóvenes estúpidos como lo era yo en su momento.

—Cuanto más la atéis, más ansias de experimentar tendrá. ¿Qué daño puede hacerle pasar algo de tiempo con Daniel? En algún momento tendrá su primer amor y tendrás que aceptarlo te guste o no. Es mejor que sea Dani y no algún otro desconocido.

Él apretó los ojos y Bri soltó una carcajada.

—No quiero pensar en eso —murmuró Alioth—. Si te vas a poner de su lado, vas a tener que mantenerme muy distraído para que no pegue a Daniel cuando se acerque a mi hermana.

Ella soltó una carcajada y lo besó en la frente.

—Creo que puedo hacer eso.

Alioth mandó a Jess y a Daniel de vuelta a la ciudad esa misma noche, aunque después discutir largo y tendido con su hermana acerca de ir los dos en coches separados. Daniel no participó y Bri intentó mantenerse al margen también, pero tuvo que intervenir cuando vio que no iban a ponerse de acuerdo.

Abogó por Jess, por supuesto. Las chicas tenían que permanecer unidas. Le recordó a Alioth la conversación que habían tenido un rato antes y él accedió a regañadientes, no sin darle una clara advertencia a su amigo acerca de ponerle una mano encima a su hermana.

Bri y el príncipe también partieron tres días más tarde, después de tomarse ese tiempo para consumir adecuadamente su reencuentro.

Cuando el coche empezó a alejarse del pequeño pueblo que había sido su refugio durante semanas, Bri miró hacia atrás, pero acabó volviéndose y se dedicó a observar al que sería su esposo.

Cruzó los dedos y pidió en silencio que la realidad que los esperaba en la ciudad que había sido su hogar toda su vida fuese más benevolente de lo que cabía esperar.

Pero tenía sus dudas. No le asustaba tanto lo que el rey y la reina pudieran llegar a decirle por escaparse, ni la amenaza que aún pendía sobre sus vidas. Lo que más temía era lo que Lía tenía que decirle y cómo repercutiría eso en su futuro.

El viaje de regreso fue agotador, tanto que Brianna se arrepintió de no haber aceptado la propuesta que el rey le había hecho a su hijo de enviar el avión de la familia a por ellos para agilizar el proceso. No había tenido en cuenta que no iban a hacer el viaje solos, sino que tendrían dos acompañantes en los asientos delanteros del coche en el que viajaban, y detrás en otro coche venían otros dos guardaespaldas más.

El trayecto no había sido nada privado y, a pesar de estar acostumbrados a los guardias que siempre estaban presentes, los dos parecieron acordar en silencio que había ciertas cosas de las que era mejor no discutir cuando estaban acompañados.

La reina la recibió con los brazos abiertos y no emitió ni una sola recriminación. Ewen tampoco, estaba demasiado interesado y ansioso por saber si tendría un nieto pronto o si solo habían sido falsas esperanzas las que su hijo había sembrado días atrás.

Cuando ella le confesó que estaba casi segura de que estaba embarazada, la abrazó, la besó en la frente y la miró como si fuese lo más precioso del mundo. Luego se retiró

a su despacho a celebrarlo.

—Es una excelente noticia, Brianna. Mi asistente se ocupará de pedir una cita con el doctor Melton, tú deberías descansar, ha sido un viaje largo, estoy segura. Más tarde te pondré al tanto de los preparativos de la boda y empezaremos a buscarte un asistente a ti también, lo vas a necesitar.

La joven pelirroja parpadeó ante la gran cantidad de órdenes.

—Majestad... —comenzó, pero la mujer la cortó.

—Hablares más tarde, Brianna. No te preocupes por nada ahora, el estrés no le hará bien al bebé.

Bri y Alioth se miraron mientras Arlet se alejaba. Estaban en casa de nuevo, estaba claro. De vuelta a la rutina.

—No voy a dormir ahora, hay otro sitio al que no quiero esperar más para ir.

El príncipe apretó los labios en una fina línea.

—¿Estás segura? Acabas de llegar.

—Tú mismo lo dijiste, Alioth. No tenemos mucho tiempo. Quiero verla, de verdad.

Bri se asomó por la puerta antes de abrirla del todo.

—¿Lía? —exclamó.

Lía sonrió al reconocerla, algo que nunca antes había ocurrido. Bri intentó devolverle la sonrisa, pero no lo consiguió. Estaba nerviosa e impresionada por la desmejora que veía en ella. No le extrañaba que Alioth se sintiera miserable y culpable si la había visto en esas condiciones.

—Por fin te ha encontrado —dijo Lía—. Te habías escondido bien.

—No tanto como creía —murmuró, y miró a sus alrededores mientras se acercaba a la cama. ¿Ella pasaba todos los días en ese cuarto? Era deprimente. Solo imaginar que sus últimos días podrían llegar a ser en una aséptica habitación de hospital la hacía sentirse inquieta. Tomó una silla y se colocó junto a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien, dentro de todo, hoy tengo un buen día. ¿Y tú? Pareces cansada. ¿Acabas de llegar? Anabelle dijo que volveríais hoy.

Bri asintió.

—Llegamos hace un rato. ¿Has hablado con Anabelle?

—Sí, vino a verme ayer. Dijo que quería conocer a la madre de su sobrina. Es muy bonita.

—Sí, sí lo es —murmuró, mientras observaba la delgada mano de Lía y su fino brazo huesudo. Tenía miedo de ponerse a llorar allí mismo. Nunca había estado cerca de una persona sentenciada a muerte por una enfermedad terminal y la tristeza que le provocaba saber que esa persona que tenía enfrente no viviría más de unos meses la

hacía sentirse tremendamente culpable solo por el hecho de vivir—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Lía? ¿Necesitas ayuda en algo? Sé que no somos exactamente amigas, pero...

—¿Pero podrías serlo? —la interrumpió—. ¿Podrías ser mi amiga durante el tiempo que me queda? No quisiera que me recordaras como la persona que una vez conociste, si vas a ser la madre de mi niña...

—Tú eres su madre.

—Yo me estoy muriendo, ¿no me ves? —Bri suspiró sin saber qué contestar, Lía no esperó una respuesta—. Ya lo he aceptado, Brianna, y tengo que hacer lo que sea mejor para el futuro de mi hija. Ya no pienso en mí, solo en ella.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? —preguntó—. ¿Qué voy a cuidarla cuando no estés? No podría ser de otra forma. La situación es extraña e incómoda, pero no soy una mala persona, no voy a excluirla. Puedes estar tranquila, te lo prometo.

Brianna vio que no era la única a la que se le escapaban algunas lágrimas y posó una mano sobre la de Lía, a quien dos meses atrás había odiado. Tal vez odio era una palabra muy fea, decidió. Habían sido los celos y el disgusto que le provocaba verla con Alioth lo que las había distanciado y llevado a esa enemistad tan acérrima.

—Ella va a estar bien —volvió a decir—. Todavía no sé cómo van a salir las cosas, pero lo resolveremos.

Alioth y ella tenían muchas cosas por resolver, y pensar en cómo criar a dos niños de casi la misma edad al mismo tiempo estaba en el tope de la lista. Porque, si Bri tenía algo claro, era que no dejaría nunca que sus hijos se criaran con niñeras como les había pasado a ellos dos. No quería que en el futuro sufrieran problemas de comportamiento y autoestima por falta de amor durante la infancia.

Y si la hija de Alioth y Lía iba a estar a su cargo, no sería la excepción. Imaginaba que tendrían que esforzarse el doble con ella para que no sintiera tanto la falta de su verdadera madre.

—¿Has pensado en un nombre? —preguntó.

Lía asintió y se incorporó despacio.

—Cuando era pequeña tenía una muñeca, se llamaba Geraldine. Siempre decía que mi hija se llamaría así. Todavía tengo esa muñeca, fue una de las pocas cosas que pude rescatar de casa de mis padres. Está en casa de mi amiga, donde me quedé un tiempo. Voy a decirle que me la traiga. Además de una vida que vivir, es lo único que creo que voy a poder dejarle.

—Es un nombre muy bonito —susurró Bri.

—Sí, lo es. No sé si Alioth estará de acuerdo, o si tú quieres llamarla así —murmuró la joven rubia—. Podéis decidirlo después.

—Lo haremos, claro que lo haremos. Geraldine van Belmont. Suena bien —compuso, intentaba animar la conversación y a su propio estado de ánimo.

La otra joven había dejado de mirarla, tenía las manos en su vientre y lo estaba acariciando. Se veía resignada, entregada a su destino.

Brianna se puso de pie con las esperanzas renovadas y caminó por el cuarto, inspeccionándolo. Podría empezar por hacer que ese lugar no pareciera una triste habitación de hospital que no hacía más que deprimir a quien estuviera dentro.

—¿Cuáles son tus flores favoritas? —preguntó. Al ver que Lía no contestaba enseguida, la miró y la descubrió observándola como si estuviera loca. Bri sonrió—. ¿No te gustaría tener flores aquí para alegrar este sitio? Podríamos poder unos jazmines para tapar el olor a desinfectante. ¿Cuáles son tus favoritas?

—Las margaritas.

—¿De verdad? —inquirió animada al recordar a Jess y su secreto romance—. Es genial, mañana traeré montones. Vamos a llenar este cuarto de flores y voy a comprarte esos camisones para embarazadas que venden en...

Lía la detuvo.

—No tienes que hacer nada de eso. No tiene sentido, esto seguirá siendo una clínica y yo voy a seguir estando enferma, aunque no use una bata de hospital. No te molestes. Creo haber escuchado que tienes una boda en quince días, seguro que tienes mucho que hacer.

Bri estuvo a punto de flaquear, pero movió la cabeza a ambos lados y desechó sus pensamientos.

—Pero te animaría. Estoy segura de que estar triste no ayuda a nada.

Eligió no contarle nada sobre su idea de buscar una cura y una forma de hacer que viviera para conocer a su hija. Sabía que en el estado en el que estaba la idea no sería bienvenida.

Se atrevió a sentarse en la cama a su lado y le cogió una mano.

—Voy a traer montones de catálogos de ropa para bebé y vamos a elegir la ropa que va a usar Geraldine por lo menos el año que viene. Excepto para su bautismo, todos los bebés reales tienen que usar ese faldón horrible que es del siglo pasado, como mínimo.

—Brianna...

—No, no te vas a negar.

—Está bien —asintió, seria—. Si así lo quieres. No quiero ser repetitiva, pero lo único que me importa es que la quieras. Quiero que tenga una madre y un padre, que sea feliz. Eso es todo.

—Lo será —insistió Bri.

—Enséñale a ser auténtica, natural, una buena hija, una buena hermana y, cuando llegue el momento, una buena madre. Todo lo que yo nunca he sido, pero no le cuentes eso. Si alguna vez te pregunta por mí, dile que la quise antes incluso de conocerla. Cometí muchos errores, pero ella no fue uno de ellos, ella fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

Bri asintió varias veces y tragó saliva para intentar aflojar el nudo de la garganta.

—Lo haré, te lo prometo.

—La gente hablará y ella oirá cosas horribles sobre mí —continuó—. Las dos sabemos que nadie es amable en este mundo. No va a ser fácil para mi hija, pero si tú y su padre le dais el amor que necesita, confío en que será feliz a pesar de todo.

—Será más que feliz, Lía. Nadie le va a hacer nunca daño si podemos evitarlo.

La rubia también se enjugó algunas lágrimas.

—Gracias. Y perdón si te he herido alguna vez. Yo solo quería ser como tú, tener una vida como la tuya. Quería a Alioth, pero él solo tenía ojos para ti, su corazón era tuyo. Te odié y fui una estúpida.

—Las dos lo fuimos, Lía. Supongo que necesitábamos algo drástico que nos abriera los ojos.

—Supongo —respondió la joven con una risa amarga—. Aunque a veces creo que yo hubiese preferido seguir siendo una estúpida.

Capítulo 32

El gran día había llegado y, a pesar de que no había nada que deseara más que casarse con el hombre al que amaba, Bri no estaba tan animada como creía que debería.

Muchos de los sucesos de esas últimas dos semanas habían hecho mella de su estado de ánimo y la llevaron a un desequilibrio emocional del que le estaba costando recuperarse.

El hecho de que su boda estuviese a la vuelta de la esquina y los responsables de los atentados no hubiesen aparecido todavía la preocupaba mucho. La investigación parecía estar parada porque desde hacía semanas no se encontraban pistas concretas, y el gran temor era que se produjera un nuevo ataque el día la boda.

El rey y su esposa estaban dispuestos a arriesgar la seguridad de los invitados, incluso la suya propia con tal de evitar el escándalo que podría producir la cancelación del evento, y más después de los rumores se habían extendido a raíz de la misteriosa desaparición de la novia, con las especulaciones que esto conllevaba, además de los cotilleos que circulaban acerca de una supuesta amante del príncipe.

Y era inevitable, pensaba Brianna, todo el mundo hablaría cuando Geraldine naciera. ¿Qué iban a decir? Ella no podría hacerla pasar por su hija biológica porque todavía estaría embarazada de unos cinco meses de su propio bebé.

Alioth y Bri habían decidido que dirían la verdad. Se esforzarían por hacer que todos entendieran que no había existido engaño alguno. Arlet no lo aceptaba, y Brianna se temía que nunca llegara a hacerlo. Estaba casi prohibido hablar de Lía en su presencia y también había dejado claro que esa niña nunca sería su nieta. Ewen, por suerte, no se mostraba tan incomprensivo, aunque sí algo reacio. Su única felicidad era el nieto que ellos dos les darían y decía que rezaba cada día porque fuese un niño para poder tener un heredero varón, como había ocurrido en todas las generaciones de su dinastía.

Lo que a Bri más le había afectado era tener que aceptar que Lía no se recuperaría. Había convencido a Alioth para buscar los mejores médicos especialistas en oncología del país y hasta uno de Alemania que habían conseguido por medio de los contactos de la familia Van Helmont. Todos habían revisado el caso y de manera unívoca habían llegado a la misma conclusión. Ya no había nada que hacer.

Se miró al espejo y suspiró. Le gustaba lo que veía. Anabelle había hecho un gran trabajo con el vestido y los zapatos, imaginaba que su boda quedaría en segundo plano

cuando los medios se enteraran de quién era la creadora del traje de la novia más famosa de la década, según decían.

Detrás, se encontraba el que habían elegido la reina y la señora Collingwood: Blanco, ostentoso y pesado, era todo lo contrario a lo que tenía puesto.

El que Ana había creado era mucho más sencillo en cuanto a diseño, aunque tenía un toque especial que lo hacía único. No era blanco, sino rosa pastel, formado por un corsé en la parte superior, con un cinturón de plata y diamantes grandes, que caía con una falda de tul de seda hasta apenas quince centímetros por debajo de las rodillas por la parte delantera, mientras que la parte posterior se alargaba hasta el suelo y se extendía cuatro metros más allá como una majestuosa cola.

Y lo más asombroso del vestido era que los últimos veinte centímetros de todo el contorno, incluida la larga cola, estaban llenas de peonias de tela del mismo color y tono de la tela principal. Era perfecto, original pero delicado, todos estarían hablando de su osadía y eso le encantaba. Su madre y la reina se volverían locas.

Ahora Arlet debía estar de camino a la catedral, donde se esperaba a que todos ingresaran para hacer su aparición, puesto que la última en llegar antes que la novia tenía que ser la mismísima reina.

Un golpe en la puerta le borró la sonrisa del rostro, y pensó que sería su padre y los guardias que iban a acompañarla en el coche hasta el lugar de la ceremonia, pero al abrir se encontró con una sorpresa mucho más maravillosa, era Alioth.

—¿Qué haces aquí? Creí que ya estarías en la catedral. —Tiró de él para que entrara en su cuarto y cerró la puerta detrás de ellos.

—Quería ver... cómo estabas, si no tenías dudas —balbuceó—. Estás preciosa, Bri. Eres la novia más hermosa que he visto en toda mi vida.

Bri no pudo contener la sonrisa y se acercó más para quedar a centímetros de su boca.

—Y tú estás incluso más guapo de lo normal.

Ella también le había echado un vistazo. Llevaba puesto un esmoquin negro con una camisa blanca. El detalle de la peonia en el ojal de su chaqueta era adorable, y también los gemelos de oro grabados con las iniciales de ambos.

Alioth la tomó por las dos mejillas y depositó un pequeño beso en su nariz.

—Estás radiante. Me muero de ganas de besarte, pero no me atrevo a hacer nada que pueda estropear todo lo que te has arreglado, ya tendremos tiempo por la noche.

La sonrisa de Brianna se amplió.

—Estoy ansiosa por que llegue ese momento. ¿Por qué no hicimos una pequeña boda en la playa? Habría sido mucho menos estresante. ¿No estás nervioso? Porque a mí me tiemblan las piernas, no sé cómo lo voy a hacer para caminar esos cien metros

sin caerme.

—¿Por qué estás nerviosa? Voy a estar esperándote al final del camino, piensa en eso. No tienes nada que temer.

—Lo sé, lo sé. Pero mira —dijo, y le tomó las manos—. Estoy temblando.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? Estoy aquí para eso. Puedes hacer lo que quieras conmigo. —Llevó las dos manos de su prometida y las posó sobre su pecho—. Mi corazón es tuyo desde siempre y para siempre. No necesito ninguna ceremonia ni ningún papel, la boda solo es un show que nuestro pueblo y el mundo necesitan ver para creernos.

Ella lo abrazó sin importarle si arrugaba el vestido o su traje.

—Me da mucho miedo que pase algo malo. Arthur tiene razón cuando dice que esto es una locura. Estamos demasiado expuestos, todos nosotros. ¿Y si vuelven a atacarte?

Alioth negó con la cabeza.

—No lo creo, sería demasiado público. Deja de preocuparte por eso. Arthur es un idiota, no lo escuches.

—Pero hace bien su trabajo, Alioth. Aunque lo niegues, tú lo sabes.

El príncipe hizo una mueca.

—Supongo —murmuró, y enseguida volvió a sonreír cambiándolo de tema—. Este es nuestro día, Bri. Piensa que a partir de esta noche viviremos en nuestra propia casa. Podemos pasarnos semanas sin salir de allí ni ver a nadie más. Tendremos todo el tiempo del mundo para disfrutarnos mutuamente.

—Ese es un buen pensamiento —coincidió ella, aunque sabía que tenían muchísimas cosas para las que prepararse después de la boda. Pero incluso así, todo sería diferente. Sería su esposa, en cuerpo y alma, ante la ley y ante Dios.

Se miraron con picardía, pero no tuvieron tiempo para decir ni pensar nada más porque la puerta se abrió de repente y el Señor Collingwood apareció ante sus ojos con una mirada furiosa que, según Brianna, era la única que tenía.

—¿Qué es esto? —demandó—. ¿Qué haces tú aquí, no deberías estar en la catedral?

Bri no dejó que Alioth se viera obligado a responderle. Podría seguir siendo su hija, eso nunca cambiaría, pero ya no tenía por qué verse obligada a oír sus quejas, reclamos u ofensas por ser y hacer todo lo opuesto a lo que él consideraba correcto. Y había muchas cosas que tenía planeadas que sabía que no iba a probar ni en un millón de años.

—Deberías picar a la puerta antes de entrar, papá. Nunca sabes lo que te puedes encontrar si entras de esa forma en una habitación. Me temo que habría sido muy incómodo para los tres si hubieses entrado cinco minutos antes.

Lanzó una mirada fugaz hacia Alioth, que apretó los labios enseguida para no reírse, y esperó a que el señor Collingwood procesara lo que había dicho. No la defraudó, una expresión de asco se instaló en su rostro con un par de segundos de retraso.

—Creo que es mejor que me vaya ya —anunció Alioth antes de que su futuro suegro emitiera lo que seguro era un sermón. Estuvo a punto de darle un beso de despedida, pero se detuvo antes de tocarla y se enderezó.

—Te veo en unos minutos —dijo ella.

¿Se sentiría diferente la próxima vez que se mirara a un espejo como mujer casada? Se rio sola por ese pensamiento y se volvió hacia su padre mientras sacudía la cabeza por sus tontas ideas, que por lo menos hacían que se olvidase de todo lo demás.

—Estoy lista. ¿Nos vamos ya?

El día era espléndido, el sol brillaba en lo alto del cielo después de una amenazante semana nublada. Las calles por las que Bri transitó en el Rolls-Royce con su padre estaban valladas y limpias pero, más allá de las barreras, la acera estaba atestada de gente, desde la salida del palacio hasta los alrededores de la entrada de la catedral.

A pesar de todas las veces que se dijo que no estaba nerviosa, cuando el coche se detuvo Bri sintió que se ahogaba y tuvo que inhalar profundamente antes de bajarse con la ayuda de los dos guardias vestidos de gala que la ayudaron tras descender su padre.

La boda estaba siendo televisada en directo, y sentía los ojos del mundo entero sobre ella.

Zoe estaba allí y le sostuvo el ramo mientras ella terminaba de poner los pies en el suelo.

—¡Oh Dios! —la escuchó decir, pero no había tiempo para una conversación.

Bri sonrió, pero se contuvo para que no se le notara tanto. Su velo era casi transparente, de tul de seda y un color un tono más claro que el vestido, sostenido por una tiara que había pertenecido a la abuela de Alioth, de tal forma que ni un mechón pudiese caer sobre su rostro en ningún momento de la ceremonia.

Manteniendo la compostura, pero sin dejar de sonreír, Bri dio unos pasos de la mano de su padre. Lo tenía todo memorizado, pero para lo que no estaba preparada eran los ensordecedores vítores, aplausos y aclamaciones de la gente que se había congregado para apoyarlos. Se tomó un momento para mirarlos a todos y sonrió aún más sin poder saludarlos de otra forma.

Una vez entraron en la catedral, sus oídos dejaron de escuchar al pueblo y se

llenaron de la melodía que sonaba dentro de la Iglesia. Bri se concentró en dar un paso tras otro, mantener la expresión adecuada y no olvidarse de hacer la reverencia ante el rey cuando llegaran a él.

Fueron unos largos cien metros hasta llegar a su novio.

Había dos mil invitados y Bri estaba segura de que nadie había fallado. No vio a ninguno en especial, solo rostros varios, tocados y pamelas. Tenía conocimiento de que sus más allegados estarían en las primeras filas, pero ni siquiera pudo mirarlos a ellos.

Al único al que sí reconoció fue a Daniel, que permanecía firme al lado de Alioth en el altar. Fue él quien se giró para verla entrar, dado que el príncipe no debía hacerlo. A pesar de que eran unos rebeldes por naturaleza, los dos estaban poniendo todo su empeño en seguir los rituales establecidos.

Pero cuando estuvo junto a él, para asombro de todos, Alioth se giró y le habló.

—Eres un ángel.

La ceremonia duró más de una hora y media, dirigida por el deán y con un arzobispo que los declaró marido y mujer después de realizar sus votos correspondientes.

Brianna recordaría para siempre el brillo en los ojos de Alioth y la dulzura en su voz al pronunciar las palabras:

«Yo, Alioth Alexander Louis, te tomo a ti, Brianna Collingwood, para honrarte y apreciarte siempre. Prometo permanecer junto a ti en lo bueno y en lo malo. Prometo ser un esposo y amante fiel. Prometo ser el más comprensivo en la enfermedad y la tristeza. Prometo entregarte mi alma. Prometo ser tu compañero y tu mejor amigo. Y prometo amarte con todo mi corazón para toda la eternidad. Por favor, acepta este anillo como símbolo de nuestro amor y de nuestra amistad».

Dentro de la catedral no hubo ningún beso. Bri había visto tantas películas americanas que siempre había imaginado que su esposo la tomaría en sus brazos tras ser declarados marido y mujer y la besaría con pasión. Pero esa ceremonia en particular no daba lugar a semejante muestra de afecto.

Aun así, Alioth hizo una excepción después de la procesión de salida. Se giró hacia ella tras posar treinta segundos para las fotos oficiales y la besó.

El príncipe y la princesa se marcharon de vuelta al palacio subidos en una carroza de ensueño tirada por seis caballos blancos. Dejaron los nervios atrás y saludaron a todos con un sutil movimiento de manos.

—Hemos estado muy bien—aseguró Bri—. Estoy tan orgullosa de nosotros.

—Yo también. Ha sido perfecto, Bri.

—Estaba tan nerviosa que no he podido ni ver la cara de mi madre y la tuya al verme llegar con este vestido. Zoe casi se desmaya cuando he salido del coche.

Alioth soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—Eres la novia más preciosa de todos los tiempos, y no tiene nada que ver con el vestido.

—Solo dices eso porque me amas. Y al final, es lo único que me importa. Soy tu esposa. Quiero ir a casa y empezar mi nueva vida de una vez.

Pero todavía faltaban las fotos oficiales con la familia, la comida que brindaría la reina para unos ochocientos invitados en el palacio, y por la noche, la velada que habían organizado Zoe y las mellizas para los ciento cincuenta más allegados.

Él levantó las manos que tenían sujetas y besó la de Bri.

—Y yo soy tu esposo, he cumplido el mayor sueño de toda mi vida. Diría que puedo morir en paz, pero necesito una vida entera para hacerte feliz como te prometí.

—Y yo quiero vivir muchos años más, pero no puedo hacerlo sin ti. Así que no, no puede pasarte nada. Te lo prohíbo, es mi primera orden como tu mujer.

Capítulo 33

Las celebraciones de la boda real habían sido agotadoras para todos. Especialmente para los novios, que no podían pensar en otra cosa más que en marcharse y refugiarse en una soledad compartida solo por ellos dos en su nueva casa de campo.

No se irían de luna de miel a ningún lado, como la reina había sugerido. Bri no sentía que fuese el mejor momento para marcharse a otra ciudad, ni mucho menos de gira por otro continente. Había argumentado que los malestares del embarazo simplemente no la dejarían disfrutar de nada como le gustaría y prefería quedarse tranquila en su casa, cerca del doctor y lo más lejos posible de los medios. Ese era el mejor regalo de bodas que podrían concederle.

Se movió en la cama para estar más cerca de Alioth, y él la agarró con más fuerza.

—Estás despierto.

—Lo estoy —aseguró y la besó en la frente. Bri detectó algo raro en su voz. Era normal, pensó Bri, se imaginaba cómo se sentía Alioth—. Ya es pasado mediodía, ¿puedes creértelo? Llevo meses sin dormir hasta tan tarde.

—Lo sé. Estas últimas dos semanas prácticamente no hemos tenido descanso. Pero ha valido la pena, hoy estamos aquí, marido y mujer.

Alioth levantó una mano y le acarició una mejilla.

—Sí, ahora eres oficialmente mi princesa. Te adoro Brianna, lo sabes, lo tienes claro, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. No necesitas aclararlo. ¿Por qué estás tan serio? —Él no respondió de inmediato, seguramente para buscar las palabras más adecuadas para contestarle. Así pues, Bri volvió a hablar antes de obtener respuesta—. Espera, no lo digas, ya lo sé. Estás sintiendo que eres la persona más feliz del mundo y a la vez tienes la cabeza llena de preocupaciones, yo me siento igual.

—Algo así. Lo de ayer fue perfecto, mucho mejor de lo que imaginaba. Tenerte a mi lado me da mucha fuerza, Bri, mucha seguridad. Pero me asusta perderte. Cuando anoche nos dijeron que habían atacado el coche en el que creían que viajábamos, después de la última fiesta, me sentí aterrorizado. No puedo creer que haya gente que quiera hacerte daño.

El coche con los impostores había sido atacado a pedradas por un grupo de personas que habían conseguido evadir los controles de seguridad. Y a pesar de que no había llegado a más, había borrado parte de la felicidad de su día especial.

Bri seguía sin creer que los grupos que se manifestaban en contra de la monarquía y

que habían creado varias protestas por las calles de la capital, rápidamente sofocadas la tarde de su boda, fueran los mismos que habían intentado matar a Alioth. Arthur estaba de acuerdo con ella a pesar de no tener pruebas para probar ni una cosa ni la otra, pero el rey seguía sin querer asumir que los ataques más graves podrían provenir de más cerca: desde su propia familia.

—No creo que esas personas quieran hacernos daño a nosotros —respondió ella—. Quieren despreciar lo que representamos. Odian la monarquía, están suplicando por la creación de un parlamento desde hace años y tu padre es muy inflexible. A simple vista, todo está bien, somos un país en alza. Pero hay sectores que no lo están pasando bien y me parece que cada vez esa parte de la sociedad se hace más grande, ¿no?

—Sí, lo sé y lo entiendo. Le he propuesto montones de ideas a mi padre para acercarnos a la gente, pero no me escucha, además el Consejo tiene demasiado peso sobre él.

—Un puñado de egoístas, eso es lo que son. Pero juntos vamos a hacerles cambiar de opinión. Te lo prometo Alioth, voy a ser una buena princesa. Te voy a ayudar y vamos a sacar este país y a todas esas personas que tanto nos necesitan adelante, incluso antes de que ocupes tu lugar como soberano.

—Estoy seguro de que lo harás, Bri. Me alegra que por fin estés dándote cuenta de lo mucho que vales —aseguró él.

Ella sonrió con timidez.

—No sé nada de eso, Alioth. Lo único que sé es que te amo y quiero hacer tu carga un poco más llevadera.

—Ya lo haces, Bri. Tenerte a mi lado me hace muy feliz. —Hizo una pausa en la que se miraron a los ojos sin mediar palabra. Hasta que él suspiró y volvió a hablar—. Basta ya de política, mi amor. Es nuestra primera mañana como marido y mujer, tenemos mejores cosas que hacer. Podría prepararte el desayuno, ¿qué me dices? Estoy seguro de que mi hijo está hambriento.

Brianna soltó una carcajada y omitió decir que podría no ser un hijo sino una hija.

—¿Tú vas a prepararme el desayuno? ¿Acaso sabes cómo encender el horno de la cocina?

El príncipe hizo una mueca.

—Bueno... no. Pero estoy seguro de que nos han dejado algo preparado, pedí explícitamente que dejaran comida preparada para, por lo menos, tres días. No quiero ningún empleado en la casa. Será nuestra pequeña luna de miel privada. Bastante tenemos con los guardias que patrullan fuera.

—De todas formas, hay que encender el horno para calentarlo, cariño —explicó

Bri y sonrió con suficiencia—. Lo bueno es que yo sé cómo encenderlo. Y también los fogones. Incluso podría preparar una pequeña comida decente.

—¿Aprendiste todo eso en el mes y medio que estuviste lejos?

—Sí, y algunas cosas más —mencionó y se despegó de él de un brinco, animada por no sentir las usuales nauseas matutinas—. Vamos, bajemos. Te voy a enseñar cómo. Y quiero recorrer la casa y ver todos los jardines. No puedo creer que hayan hecho tanto trabajo durante el tiempo que he estado fuera. Me encanta esta casa Alioth, es el mejor regalo que me han hecho jamás.

Completamente desnuda, se levantó y caminó hasta el armario sintiendo los ojos de su recién estrenado esposo en su cuerpo. Una vez allí buscó algo de ropa interior y observó sus alrededores. Nada de lo que había ahí le pertenecía, y tampoco tenía ni idea de quién se había encargado de comprarla.

Todo era nuevo, así como también su vida. Y le gustaba, era feliz y planeaba seguir siéndolo a pesar de las dificultades que pudieran presentarse.

Eligió el vestido más sencillo y suelto que pudo encontrar, pero se hizo una nota mental de recuperar la ropa que había dejado en el palacio. Había cosas que le gustaría conservar.

—¿Por qué no han traído nada de mi ropa? Todo esto es nuevo, y más bien para salir en la portada de una revista que para cocinar —preguntó.

—No sé si han traído toda tu ropa, pero sí sé que han transformado una habitación en un guardarropa solo para ti. Hay una puerta por aquí que te lleva directamente —explicó.

A Bri se le iluminó la mirada, la ropa y los zapatos de cualquier estilo eran su perdición. Pero sacudió la cabeza y lo tomó por los brazos.

—No, no lo hagas. No quiero verla ahora, si entro allí es probable que no pueda salir en horas.

—Lo dejaremos como última parada en el recorrido por la casa. ¿Qué te parece? Ahora ponte esto —dijo, y le pasó una camiseta de él—. ¿Es lo suficiente cómoda como para cocinar?

Ella soltó una risita y se miró. La camiseta le quedaba algo grande y llegaba a cubrirle el trasero, pero nada más.

—Sí, es perfecta.

Alioth presionó los labios mientras hacía un examen minucioso de su figura mirándola desde abajo hacia arriba, y se detuvo al llegar a sus ojos.

—Eres perfecta.

Bri recordaba cómo encender la cocina, pero utilizarla era una cosa muy distinta. Más de la mitad de las tortitas que hicieron se quemaron, y otra gran parte se desarmó

al darles la vuelta. El té era sin duda el peor que habían probado en toda su vida y tampoco tuvieron suerte con la cafetera, puesto que sin entender por qué, el café salió quemado.

Y, sin embargo, ninguno de los dos podía estar más feliz.

Pasaron tres días a solas antes de que llegaran los empleados que habían sido contratados con antelación. Y luego estuvieron cuatro días más, escondidos en ese rincón secreto que habían encontrado para aislarse del mundo.

Pero después de esa semana tuvieron que volver a la realidad. Lo primero que Bri quiso hacer fue visitar a Lía y comprobar que estaba tan bien.

Sabía que a Alioth le incomodaba la situación, que le angustiaba y le preocupaba que afectara su relación a pesar de que ella insistía en que todo iba bien. Lo cierto era que Bri sentía algo extraño en el pecho cuando lo veía acercarse a la cama de Lía en la clínica, pero no se dejaba engañar ni cegar por los celos.

Bri también intentaba acercarse a Lía, pero había algo de lo que tenían que ocuparse que era mucho más importante para el futuro de esa criatura que no tardaría más de tres meses en nacer.

—Tengo un plan —confesó a Alioth mientras salían de la clínica cogidos de la mano—. No sé si va a funcionar, pero tengo que intentarlo.

—Yo sé que es importante, Bri, pero no quiero que te sientas presionada a resolverlo. Es mi trabajo, ya haces demasiado con aceptar esta locura. Tú también tienes que cuidar tu salud, tú también estás embarazada.

Ella sonrió sin dar su brazo a torcer.

—Pero nuestro hijo no va a tener ningún problema, todos lo esperan con ansias. Las calles se llenarán de celebraciones cuando nazca, tu padre y tu madre ya lo adoran, incluso si llega a ser una niña. Pero tu otra hija no tiene la misma suerte, el Consejo va a pedir que te deshagas de ella en cuanto se enteren, y temo que tu padre se deje convencer, ya hablamos del poder que tienen sobre él. Lo que pretendo es convencerlos de que reconocer a esta niña no te quitará prestigio, ni a ti ni al país, sino todo lo contrario. Te hará parecer más humano ante los ojos de la prensa.

Se metieron en el coche con prisa y él continuó hablando mientras se ponían en marcha de camino al palacio.

—Amor —suspiró—. Sé que tienes buenas intenciones, eres la única persona en el mundo que entiende esto, incluso más que yo. Pero tienes que aceptar que vienen tiempos duros, que no vamos a poder controlarlo. Puede que algunos vean justo que

reconozca a la niña, pero lo que es seguro es que todos van a acusarme de traicionarte, y con razón.

—Pero les haremos ver que no fue así. No es justo, por eso tenemos que hacer algo para evitarlo.

Alioth la abrazó, como si de esa manera intentara protegerla de lo que él creía que sería una desilusión mayor. Pero Bri no perdía la esperanza. Sería un desafío, pero si su plan funcionaba, ninguno de los dos tendría que sufrir tanto como parecía estar previsto.

En el palacio todo estaba bastante agitado, aunque la felicidad que había traído la boda real podía respirarse aún en el aire. Una vez dentro, Alioth se fue a una junta importante y ella decidió empezar con sus deberes ese mismo día.

Se detuvo en el salón dorado, el lugar favorito de la reina, y antes de entrar, se miró al espejo para tranquilizarse. El vestido recto que había elegido le llegaba a las rodillas y era color azul pastel. Tenía un escote tipo barco bastante cerrado y se había dejado el pelo suelto, pero lo había planchado para que quedara en su lugar y ningún mechón cometiera el delito de escaparse y deslucirla en su primera aparición ante el mundo como princesa de Sourmun.

Entró a la habitación y los guardias cerraron la puerta detrás de ella. Arlet levantó los ojos del libro que estaba leyendo y le sonrió.

—Todavía no puedo creer que hayáis vuelto tan pronto a vuestras actividades, con todo lo que habéis pasado, deberíais tomaros por lo menos un mes. Estáis en todo vuestro derecho —comentó, y estudió a Brianna de pies a cabeza. En un momento asintió como si estuviese satisfecha con lo que veía, mas no dijo nada respecto a su vestimenta—. Pero me alegra que seáis tan responsables, hay muchas cosas de las que ocuparse aquí. ¿Has conocido a tus asesores?

—Sí... nos hemos conocido hace unos minutos.

—Bien, ellos tienen tu agenda, pero no te preocupes, están al tanto de tu embarazo, así que procurarán no cargarla tanto de aquí en adelante para que tengas tiempo de descansar como es adecuado.

—Arlet, yo sé que no quiere hablar de esto y que no va a gustarle lo que tengo planeado hacer. Le juro que no quiero contrariarla.

La expresión de la mujer cambió de forma radical, se volvió adusta.

—¿Entonces por qué tengo el presentimiento de que vas a hacerlo de todos modos?

Bri se la quedó mirando con tristeza y preocupación. Iba a ser difícil, pero estaba

decidida.

—No sé si sabe que la admiro y la respeto más que a mi madre. Creo que nunca se lo he dicho, también le agradezco todo el apoyo que me ha dado durante este tiempo. Pero hay cosas en las que no vamos a estar de acuerdo nunca y necesito que me deje hacerlas a mi manera. Necesito que confíe en mí, todo lo que hago es por amor a su hijo, nada más.

—Estás hablando de la niña —adivinó con voz neutra—. ¿Quieres saber qué haría yo en tu lugar, Brianna?

—La verdad es que no —susurró—. No se ofenda, pero a veces me asusta. Quizás estoy cometiendo un grave error, puede que en unos años tenga que volver a usted y reconocerle que tenía razón, que tendría que haberla escuchado. Pero no voy a darle la espalda a *esa niña*, como usted la llama, no voy a exigirle a Alioth que la aleje de él. Incluso si Lía no se estuviera muriendo, no podría pedirle que la excluyera, le rompería el corazón.

—La prensa os va a destrozar —musitó sin reparo—. A ti, a mi hijo, incluso a la niña. Será una carga que nunca podréis quitaros.

—Haremos que valga la pena. La queremos tanto que no le importará lo que los demás tengan que decir. Sabemos cómo son las cosas y, al final de día, eso es lo único que importa.

Alioth caminaba por uno de los pasillos del palacio en la zona donde habitualmente podría encontrar a su familia. Se preguntaba dónde estaba su esposa.

Había sido una reunión tediosa en la que se había empezado a debatir el presupuesto para el próximo año y él odiaba tanto las matemáticas que siempre sentía ganas de huir cuando tocaban esa cuestión.

A lo lejos vio la figura de una pareja y creyó saber de quiénes se trataba antes de ser capaz de distinguirlos con claridad. Intentó que la cólera no le nublara el juicio, pero para cuando estuvo a unos cinco o seis metros de ellos, ya estaba apretando el puño y respirando con dificultad.

Jess estaba rodeando el cuello de Daniel con los dos brazos y él la tomaba por la cintura.

—¡Alioth! —Saludó ella con una sonrisa enorme, pero no se separó del muchacho ni un ápice—. ¿Qué haces aquí tan pronto? ¿No deberías estar aislado del mundo con tu preciosa esposa?

Él ignoró su pregunta y hasta su saludo.

—¿Qué diablos es esto? Creí que había sido claro, Daniel. Es mi hermana menor, tiene diecisiete años y no voy a permitir que le pongas un dedo encima porque seas mi amigo.

—¡Ay no! No empieces, estamos pasando un día precioso, Alioth, no lo arruines — se quejó la princesa—. No quiero discutir contigo.

El heredero de la corona le dedicó una expresión fría.

—Yo tampoco quiero discutir contigo, Jessania. Es con Daniel con quien voy a hablar, ¿por qué mejor no te vas a tu cuarto y nos dejas a solas?

Para contrariarlo, la joven rubia se abrazó al joven con más fuerza. Dani sonrió y le besó la frente.

—Sí, Jess. ¿Por qué no nos dejas a solas? Yo hablaré con tu hermano. No te preocupes por mí.

—¡No! No voy a ir a ningún lado. Alioth está siendo un idiota y un egoísta. Papá nos dio permiso para estar juntos ayer, no tienes por qué darle explicaciones a nadie más.

El príncipe se puso las manos en la cadera y miró hacia el techo mientras dejaba salir un suspiro. Para alguien que creía tener la madurez necesaria como para tener novio, Jess estaba actuando como una niña.

Daniel lo sacó de sus pensamientos.

—Yo la quiero, Alioth. He intentado explicártelo montones de veces desde que volvimos de la playa, pero te empecinaste en no escucharme.

—¡Hace un mes me aseguraste que solo erais amigos! —le reclamó—. O me mentiste a mí o le estás mintiendo a ella, Daniel. Y no sé qué es peor.

Jess insistió en intervenir.

—¿Y eso a ti qué más te da? No eres el mejor ejemplo de honestidad en cuanto al amor y las relaciones se refiere. No seas hipócrita.

Alioth parpadeó sin poder creer lo que Jess le estaba recriminando. No sabía bien si se refería a que le había ocultado su amor a Brianna durante tantos años, o que iba a tener un hijo con una mujer que no era su esposa. ¿Por qué Jess no era capaz de ver que no eran solo celos lo que lo guiaban?

Daniel negó con la cabeza y rodeó a Jessania con un solo brazo para poder dirigirse a él en un intento por calmar las aguas.

—La quiero, Alioth. No te mentí cuando te dije que solo éramos amigos. Cuando preguntaste, en ese momento solo éramos eso. Ahora las cosas han cambiado, si me das la oportunidad de explicártelo...

—¿Y cómo quieres que te crea, Daniel? ¿Cómo voy a confiar en ti después de haber actuado a mis espaldas para conquistar a mi hermana?

—¡Esto no tiene nada que ver contigo! —exclamó Jess indignada—. ¡No seas absurdo! Ahora que eres feliz y tienes lo que siempre has soñado pensé que te alegrarías por nosotros, todos tenemos derecho a ser felices, ¿sabes? No eres el centro del universo, Alioth. Puedes ser el príncipe, pero yo no te pertenezco y Daniel tampoco, asúmelo.

Dio media vuelta y empezó a tirar de Daniel para que la siguiera.

Alioth se preguntó si había alguna posibilidad de que su hija heredara el carácter de su tía y solo por lo que pudiera ser, se prometió rezar en la noche para que no fuera así.

Capítulo 34

—¿Estás segura de que no quieres que entre contigo? —preguntó Alioth por enésima vez.

Bri contuvo una sonrisa.

—Todas las esposas de los miembros del Consejo están allí. Probablemente algunas de sus hijas también. ¿De verdad te gustaría entrar?

La expresión de Alioth se volvió más dura, como si intentara sofocar una mueca ante la simple idea de tener que entrar en un lugar como ese, pero la reprimió con bastante éxito.

—Si me necesitas, estaré allí —musitó.

A Brianna le hubiese encantado que la acompañase, pero eso era algo que necesitaba hacer sola. Le había tomado una semana entera organizar esa reunión. No podía permitirse fallar, era demasiado importante, ya que era el primer evento que organizaba como princesa, y aunque era pequeño, íntimo y algo particular, todas las invitadas lo recordarían y comentarían durante mucho tiempo. Pero lo más importante era el motivo por el que había decidido organizar aquella reunión.

—Todo irá bien, Alioth. Tienes que ir a la universidad y hacer el examen. No te preocupes tanto por mí. Por alguna razón, hoy estoy muy positiva, tengo mucha fe en que lo voy a conseguir y esta noche vamos a celebrarlo juntos en nuestra casa. ¿Cómo estoy? Ignora el kilo que he ganado. ¿Parezco una princesa? Pero no quiero ser solo dulce y correcta. Quiero parecer decidida y firme.

El príncipe esbozó una sonrisa serena y se llevó la mano de ella a los labios.

—Estás radiante, espléndida. Hay un brillo en tu mirada... a mis ojos ya eres una reina. La reina de mi mundo.

—Me gusta cómo suena eso —dijo, y le dio un beso rápido en los labios—. Y hablando de reinas, parece que tu madre va a cumplir su promesa y no va a venir. No sé si es bueno o malo. Sería de mucha ayuda contar con su apoyo, pero también me pone nerviosa.

—Sin su apoyo o no, vamos a estar bien. ¿Estás segura de que no quieres que me quede? —insistió Alioth intranquilo mientras miraba a sus alrededores. Estaban solos con excepción de los guardias que se encontraban a unos pasos de distancia.

—No, lo que quiero es que vayas a hacer tu examen. Yo puedo con esto, Alioth. Soy una princesa, ¿no?

Bri decidió tomarse un minuto a solas para calmar los nervios antes de entrar.

Cuando por fin se animó, la tensión no había hecho otra cosa que aumentar, pero seguía sintiéndose positiva y decidida a triunfar. Recorrió el salón, saludó a las mujeres presentes y cruzó unas pocas palabras con cada una.

Dejó pasar alrededor de cuarenta minutos hasta que llamó la atención de todas las esposas e hijas de los miembros del Consejo y empezó a hablar antes de arrepentirse y permitir que los nervios pudieran con ella.

—Gracias a todas por estar aquí hoy, como sospecharán, hay un motivo muy importante por el que he decidido reunirlos —Curvó los labios, pero su sonrisa se quedó a medio camino cuando vio a Arlet en una de las puertas. No se detuvo ni alertó a las demás de su llegada. Sin embargo, pudo evitar preguntarse qué hacía ella ahí. ¿Querría amedrentarla para que no hablara o solo buscaba estudiar cómo se comportaba frente a todas esas mujeres importantes? Cualquiera de las dos era una buena opción, ni siquiera se hacía ilusiones de que pudiese estar allí para mostrarle su apoyo—.

—No voy a quitarles mucho de su valioso tiempo, así que vamos al grano. Muy pronto, más de lo que se imaginan, la familia real tendrá un nuevo miembro.

Un coro de jadeos de sorpresa invadió la sala. Bri imaginó lo que todas estaban pensando, algo que ella ya había previsto.

—Estoy embarazada —reconoció—. No les voy a mentir, ya lo estaba antes de la boda, aunque esa no fue la razón por la que Alioth y yo nos casamos.

—¡Ay, querida! No tienes que explicarlo, todas sabíamos que el príncipe y tú acabaríais juntos en un momento u otro. Nunca pudisteis ocultar que estabais enamorados, muchas de nosotras siempre nos preguntamos por qué insistíais tanto en ocultarlo cuando se os notaba a la legua —aclaró una voz y varias murmuraron en concordancia.

Bri arrugó la frente y ladeó la cabeza, interesada esa opinión.

—¿De verdad? ¿Tan evidente era? ¿Para los dos?

—Claro que sí, alteza —intervino una de las más jóvenes presentes. La muchacha, que, si Bri no recordaba mal, se llamaba Josephine, debía de tener dieciséis o diecisiete años—. La forma en la que os mirabais, cómo os sonreíais siempre, ¡erais tan románticos! Y eso que yo siempre creí que el príncipe era un poco engreído...

Su madre ahogó un grito y la obligó a callar. Bri soltó una carcajada suave.

—Supongo que lo es, un poco por lo menos. Pero es una buena persona, Josephine, el mejor esposo que podría haber pedido y un gran amigo. Y también será un rey excelente cuando llegue el momento.

—Por supuesto que lo será —dijo otra mujer.

—Pero hay algo más —soltó Bri antes de acobardarse—. Hace unas semanas,

surgió un problema que jamás habríamos previsto. Un problema que me temo que..., bueno, es complicado.

—¿Qué es lo que ocurre, Brianna? —indagó Jenna, la esposa de lord Víctor, a quien también había tenido que invitar a pesar de que seguía creyendo que el tío de Alioth no era de confianza.

La mujer no le parecía tan desagradable como su esposo y su hijo, pero como nunca se dejaba ver lo suficiente, tampoco estaba segura de poder confiar en ella. De todas formas, fuera como fuese, en eso no había escapatoria.

—Antes de comprometernos, Alioth estuvo involucrado con una mujer. No es ningún secreto, estoy segura de que todas saben de quién se trata.

—¿La chica de las fotos? —preguntó Josephine, que fue regañada de nuevo por su madre.

Pero Bri asintió y respondió a todas las preguntas antes de que alguien las formulase.

—Sí, ella misma. Su nombre es Lía Adams y está embarazada. El bebé es de Alioth, ya lo hemos confirmado.

Jenna, que se había acercado a ella, le dijo alarmada:

—Por Dios, Brianna ¿Estáis seguros? Si eso es cierto, con todo el respeto, querida, será un escándalo.

Otra de las mujeres, una señora mayor llena de pesados anillos y joyas agitó una mano en el aire.

—Claro que no, no será el primer ni el último bastardo con el que tengamos que lidiar, Jenna. Varias de nosotras hemos tenido que hacerlo en algún momento. Lo único que pasa es que al parecer la princesa tendrá que hacerlo antes de lo que podría haber esperado.

«¿Acaso esa mujer estaba insinuando lo mismo que la reina? ¿Qué tenían en la cabeza, de dónde salían esas ideas atroces?», pensó Brianna.

Tomó aire y se animó a preguntar con la esperanza de estar malinterpretando sus palabras y su supuesta insensibilidad.

—¿Puede ser más clara, señora?

—Los bastardos son un problema, princesa. Y mucho más para la familia real, además este niño...

—Es una niña —aclaró sin poder contenerse. Ella ya le tenía afecto sin ni siquiera conocerla, para Bri, Geraldine también era su hija.

—Esta niña —prosiguió la señora de la que todavía no podía recordar ni el nombre ni el apellido— por lo que dices, será mayor que tu primogénito. Podría traerte muchos dolores de cabeza en el futuro, ¿no has pensado en que podría llegar a pensar

que tiene derecho a reclamar la corona? Sin contar con el escándalo que podría armarse si esto sale a la luz. No quiero sonar insensible, eres muy joven y no tienes la experiencia necesaria. Aun así, demuestra mucha madurez por tu parte recurrir a nosotras en busca de consejo...

Brianna arrugó la frente.

—En realidad...

—Pero lo que hacemos en estos casos es muy sencillo. Tanto esa niña como su madre tienen que desaparecer, de una forma o de otra. Esa mujer, la madre, ya sabemos la clase de persona que es, si le das el incentivo suficiente, desaparecerá de tu vida y no volverá a molestarte. Y a la niña la puedes ubicar en una de esas casas de huérfanos que patrocinas. No es tan difícil.

Jenna habló antes de que Brianna pudiera hacer lo propio, asustada como estaba.

—¡Amanda! —exclamó—. Eso es una brutalidad, ¿cómo puedes ser tan fría? Estamos hablando de una niña inocente. Piensa en tus hijos, ¿los dejarías abandonados en un orfanato? ¿Acaso has estado siquiera en un lugar de esos?

—Ese no es el punto. Esos niños...

—¡Esos niños siguen siendo niños! —la cortó Bri—. Y no voy a hacer semejante atrocidad, señora. Lía está enferma. Es muy posible que no sobreviva al parto.

—¡Incluso mejor! —festejó, para consternación de varias.

—Alioth y yo vamos a quedarnos con la niña. Mi esposo va a reconocerla y la vamos a criar junto a nuestro hijo o hija. Quizás nunca pueda llegar a ser reina, pero no voy a negarle la oportunidad de tener una familia y crecer al lado de su padre. Es lo que le corresponde por derecho.

Primero se extendió el silencio, y segundos después comenzó una ronda de murmullos ininteligibles. Jenna se acercó a ella y le dio un apretón en el brazo.

—Me sorprendes, Brianna. Eres mucho más inteligente de lo que aparentas, ahora lo entiendo todo.

—Yo, en cambio, no —comentó—. ¿Qué quiere decir?

—Que tenía que haber algún motivo por el que mi hijo y mi sobrino estuviesen tan deslumbrados por ti. Pero elegiste bien, serás una gran reina —susurró con una familiaridad y complicidad que dejaron a Bri de piedra. ¿Esa era la esposa de lord Víctor? ¿Acaso se estaba equivocando de persona? ¿Y qué era eso de que Scott estaba deslumbrado por ella? ¡Si Scott la odiaba!

La duquesa se alejó y la dejó con montones de preguntas sin responder. Su nueva familia tenía muchos secretos ocultos, si Arlet le había despertado intriga desde que la conoció, ahora Jenna también lo hacía. ¿Sería que ella también se volvería así de misteriosa con el tiempo? Esperaba que no.

Brianna volvió a llamar la atención de todas las presentes y retomó el control.

—Yo sé que puede que muchas no lo entiendan. Pero es mi decisión, y como ya le dije a alguien más —explicó, y lanzó una mirada hacia Arlet, que seguía callada junto a una de las puertas—, puede que me equivoque y me arrepienta en un futuro.

—Yo creo que es romántico y muy tierno —suspiró Josephine.

—Yo creo que es humano, Josephine —la corrigió Bri con una sonrisa—. El escándalo va a surgir, eso no vamos a poder evitarlo, lo tengo muy claro. Pero confío en poder demostrarles a las personas de nuestro pueblo que es lo mejor que podíamos hacer. Alioth no me traicionó ni me engañó, fue un desafortunado accidente el que nos puso en esta situación, y como el hombre que es, tiene que afrontar las consecuencias. No tiene escapatoria, no sería el hombre que yo amo y respeto si quisiera tomar el camino fácil. No sería el rey que todos esperamos que sea.

—Entonces no lo entiendo. Si ya lo has resuelto, ¿para qué nos has contado todo esto? —la apremió la mujer de las joyas, hastiada.

—Para que me ayuden. Si sus esposos ven esto como una amenaza al futuro de Sourmun, van a exigir que Alioth renuncie a su título, o peor, que nos deshagamos de la niña. Y es algo que no puedo permitir. Todos sabemos las responsabilidades con las que cargamos, pero estamos en el siglo veinte, señoras. Ese estigma hacia los hijos ilegítimos debería desaparecer, incluso aunque su padre sea un príncipe. ¿Ninguna de ustedes piensa igual que yo? Necesito que piensen esto: ¿Qué clase de rey sería un hombre que es capaz de abandonar a su propia hija? ¿Si no es capaz de asumir su responsabilidad con ella, qué podemos esperar que haga por su pueblo?

Brianna se sentía orgullosa de sí misma. No sabía de dónde sacaba toda esa fortaleza, nunca había tenido tanta confianza en sí misma. Seis meses atrás se habría reído si alguien le hubiese dicho que estaría frente a todas esas mujeres a las que siempre había considerado engreídas, aburridas y superficiales. Y tal vez la mayoría de ellas lo eran, pero no todas. Algunas todavía podían sorprenderla, como Jenna.

Una parte de las mujeres le mostraron su apoyo enseguida y otras se mostraron dudosas. No le importó, esperaba que, si lo pensaban mejor, más tarde acabarían aceptando que ella tenía razón. Las que se parecieron indignarse con las palabras de Brianna seguramente no cambiarían de opinión, porque al igual que Arlet tenían un corazón duro como una roca y frío como el hielo.

Se fue del salón preguntándose en qué momento se habría marchado la reina y cuánto habría escuchado. Sonrió para sí pensando en que lo más seguro era que se hubiese ido ofuscada porque había conseguido que la mayoría de invitadas la respaldaran.

Justo cuando iba a doblar por uno de los pasillos, lord Víctor apareció e hizo que se sobresaltara. Se llevó una mano al corazón y enseguida miró hacia atrás, para

confirmar que sus guardaespaldas estuvieran detrás.

—Lord Víctor —saludó, todavía respirando con dificultad a causa el susto.

—Sobrina —sonrió el hombre y le colocó una mano en el brazo—. Lamento haberte asustado, pero qué alegría verte.

Le habría contestado que no pensaba lo mismo, pero se contuvo y volvió a adoptar la sonrisa que había fingido en la fiesta; su diplomática sonrisa, la misma que tenía su tío político, el duque, que hacía que el engaño se transformara en un arte.

—El gusto es mío, tío. ¿Cómo estás? No te he visto desde la boda.

—Cierto, aunque esperaba no veros a ti ni a mi sobrino durante más tiempo. ¿Qué ha pasado con la luna de miel? Arlet dijo que iríais a algún país de América, no recuerdo cuál.

—Esas fueron ideas de la reina. Alioth y yo decidimos postergar la luna de miel. Hay demasiadas cosas que hacer por aquí, ¿no crees? El príncipe no puede permitirse desatender sus tareas con el pueblo tan agitado como está.

Al hombre le tembló una mejilla y Bri sospechó que era fruto de intentar mantenerse impasible y cordial durante tanto rato.

—Muy responsable por su parte, y la tuya, claro. Sin duda no muchas mujeres harían a un lado su luna de miel por el trabajo de su marido.

Las cejas de la princesa se alzaron sin poder contener su carácter.

—¿Pero es que no lo sabes, tío? Yo no soy como las demás mujeres. Soy la futura reina de Sourmun.

—Eso aún está por ver, ¿no crees, sobrina? El rey todavía está vivo, quien te oyera creería que no puedes esperar para deshacerte de él.

Bri soltó una risa.

—¡Por favor! Nada más lejos de la verdad, espero que nuestro rey viva por lo menos cuarenta años más, si pudiera vivir para siempre mucho mejor, sería la mujer más feliz del mundo. No ansío ser reina, simplemente asumo la realidad, el día llegará. Tarde o temprano.

El duque asintió.

—También podría ocurrir que tu esposo nunca llegara a convertirse en rey. Seguro que has oído que no todos piensan que él sea el adecuado.

¡Allí estaba el verdadero Víctor! Brianna entrecerró los ojos y lo enfrentó. El hombre la atemorizaba, pero la rabia que le provocaba escucharlo era aún más fuerte.

—¿Y quién creen esas personas que debería ser el elegido? ¿Tú?

—Es una posibilidad. Soy un Van Helmont, el trono debía ser mío desde un primer momento. Soy mayor que Ewen. Él solo fue declarado heredero por un capricho de mi padre —argumentó—. No sería extraño que surgiera alguna eventualidad que me

devolviera el lugar que me corresponde por derecho. Es una posibilidad válida.

¿Por qué no tenía una grabadora consigo? ¿Por qué los guardaespaldas estaban tan lejos? Lord Víctor siempre decía algo incriminatorio cuando estaban solos. No sabía qué era lo que intentaba conseguir con eso. ¿Asustarla, intimidarla? ¿O era otro tipo de prueba como a las que Arlet parecía estar sometiéndola continuamente?

Brianna no se dejó amedrentar ni tampoco pensó en que desafiarlo podría no ser una buena idea.

—Cuidado, lord Víctor. Quien lo oyera diría que no puede esperar a deshacerse del príncipe.

Los dos se estudiaron por una fracción de segundo hasta que el duque rompió a reír.

—¡Qué imaginación, querida! Nada más lejos de la verdad, yo solo expongo los hechos como son, al igual que tú. Nunca le haría daño a Alioth, quiero a mi sobrino.

—Y yo también, señor —murmuró—. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que tratar, que tenga una buena tarde.

Era tarde cuando volvió a la casa de campo y estaba agotada. Los nervios de las primeras horas del día, la reunión y el encontronazo con Víctor la habían dejado hecha polvo y su día solo había ido a peor.

Las mellizas se habían unido a ella para tomar el té y mientras Anabelle pasaba casi todo el rato con la vista fija en su cuaderno de diseño, Jess no había dejado quejarse sobre lo testarudo que era Alioth, que llevaba una semana sin hablarles ni a ella ni a Daniel.

Bri lo quería y aceptaba que Alioth estaba exagerando, pero también comprendía que su esposo estaba dolido porque Daniel hubiese actuado a sus espaldas. ¿Tan difícil era sentarse y hablar, explicarle sus verdaderas intenciones respecto a su hermana? Si había hablado con el rey, también podría haberlo hecho con su amigo.

Le prometió que trataría de hablar con Alioth e instarlo a que hiciera las paces con Daniel, pero solo si este reconocía que su forma de manejar las cosas no había sido la mejor. Mientras tanto, Jessania seguía parlotando acerca de su futura boda. Un matrimonio que no tendría lugar en dos años por lo menos, si es que alguna vez llegaba a ocurrir.

Entró a su casa y se dirigió a la cocina sin quitarse siquiera el abrigo. En las últimas semanas vivía hambrienta y tenía predilección por todo lo que fuera dulce. Sabía que a ese ritmo iba a aumentar de peso más de lo normal, pero después de ver a

Lía en el estado deplorable en el que se encontraba, tan delgada y débil, prefería mil veces unos kilos de más si era para el bien de su bebé.

Y Lisa, su nueva ama de llaves y cocinera, siempre tenía la heladera llena de postres y tartas. Brianna sonrió en cuanto abrió el refrigerador, pero decidió rebuscar un poco y encontró un tarro de helado.

—Alteza, disculpe que la interrumpa... —musitó Lisa.

—¡Buenas noches! —la saludó ansiosa por degustar su helado—. ¿Cómo estás, Lisa? ¿Mi esposo ya está en casa? No lo he visto ni he hablado con él desde esta mañana.

—No, lo siento, alteza. El príncipe tampoco ha estado por aquí, pero hay otra persona que ha venido a verla. Llegó hace unos quince minutos e insistió en esperarla.

La joven pelirroja arrugó la frente y soltó un bufido, resignada ante el hecho de tener que posponer su encuentro con el helado de chocolate.

—Dime que no es mi madre, por favor. Si es ella dile que estoy indispuesta y no la puedo recibir.

La señora sonrió, pero negó con la cabeza.

—No, alteza. No es su madre. Es otra persona.

—¿No es mi madre? ¿Quién es entonces?

La lista era corta, no había muchas personas que supieran donde estaba su casa de campo ni que pudieran llegar a conseguir el permiso de los guardias para entrar. Y eso la intrigó todavía más porque no imaginaba de quién podría tratarse, así como tampoco entendía por qué Alioth todavía no estaba allí.

Capítulo 35

Brianna entró a la sala que Lisa le había indicado y se topó con una figura que no había esperado. Creyó que podría llegar a ser su padre, la reina, su hermana, incluso Arthur, pero nunca quién tenía frente a sus ojos.

—Tú —soltó sorprendida, y el enojo empezó a bullir en sus venas enseguida—. ¿Qué haces tú aquí?

¿Cómo se atrevía a poner un pie en su casa? ¿Y quién le había dejado entrar?

—Tenía que verte... me he enterado de todo lo que te está pasando y pensé que quizás podría serte de ayuda.

Ella soltó una carcajada, incrédula. ¿De verdad pensaba que era tan estúpida? No le inspiraba nada de confianza y no podía evitar pensar que estaba allí por una razón muy distinta a la que decía. ¿Quizás Jenna ya les había contado lo que habían hablado?

—Vamos a ver, Scott, ¿por qué no me dices qué es lo que estás buscando en mi casa, a estas horas, para que pueda dejar de malgastar mi tiempo?

El joven apretó los labios y se acercó. Bri no despegó sus ojos de él y se mantuvo alerta. Si bien lo había visto en su boda y habían pretendido que todo estaba bien frente a los invitados, no iba a olvidar su último encuentro, ni tampoco esa noche en el club cuando la había insultado.

—Ya te lo he dicho, he venido a verte a ti. En cuento me he enterado...

—¿Te has enterado de qué? —exclamó.

—De tu problema, por supuesto. Mi madre nos ha contado del motivo de la reunión que has organizado hoy y al final he podido entenderlo todo.

—Ay, por favor —murmuró Bri—. ¿Entender qué, Scott? ¿Qué parte de mi vida te puede llegar a incumbir a ti? Tú no tienes ningún peso sobre el Consejo, no me importa tu opinión en lo más mínimo.

Scott hizo una mueca de dolor, pero no le duró demasiado. Enseguida la cambió por una expresión más seria y decidida. Se acercó a ella todavía más y le colocó una mano en un brazo. Brianna la observó con desagrado y lo fulminó con la mirada, pero no surtió efecto y tuvo que proceder a quitarla de un manotazo.

—Después de lo que pasó entre Lía y Alioth, lo de las fotos quiero decir, pensé que por fin ibas a darte cuenta de que él no era bueno para ti. Me sorprendí mucho cuando vi que no cancelabais la boda incluso después de que estuvieses fuera del mapa más de un mes, ahora entiendo que si estás embarazada no tenías otra opción...

La princesa lo miró incrédula y parpadeó varias veces.

—No seas ridículo, Scott. No me casé porque estoy embarazada, me casé con Alioth porque le quiero. ¿Y qué significa que él no es bueno para mí? Si mal no recuerdo, hace un tiempo dijiste todo lo contrario. ¿O ya te has olvidado?

El hijo del duque alzó las manos como si con eso pudiera serenarla.

—Sabes muy bien que todo lo que te he dicho en anteriores ocasiones es porque estaba ebrio o enfadado porque me habías rechazado. Siempre me causó mucha impotencia tener que intentar de todo para que me prestaras un poquito de atención y que siempre acabaras yendo detrás del imbécil de Alioth. Y ahora ves cómo has acabado...

Después de lo que Jenna le había dicho, no debería de haberle sorprendido su confesión, pero lo hizo. No podía creer que le estuviese confesando que le gustaba. Y no importaban sus motivos, siempre le había demostrado todo lo contrario, quizás su no hubiese sido un imbécil desde el principio ella le habría dado la oportunidad de llegar a conocerse mejor. Nada tenía que ver con Alioth, él solo había cavado su propia tumba.

De todas formas, eso ya no importaba. Se mostró lo más impasible que pudo y alzó la barbilla.

—Me casé con el hombre que amo, Scott. Así es como he acabado. ¿A qué vienen todas estas confesiones?

—¡A que quiero ayudarte! —exclamó, pero sin levantar demasiado la voz. Bri se preguntó si Scott sabía de antemano que Alioth no estaría allí y un escalofrío le recorrió el espinazo, de lo contrario, no habría ido con esas sugerencias; evidentemente, Alioth lo habría sacado a patadas—. Yo puedo ayudarte, si tú quieres. Aunque no confíes en mí, si me lo pides, lo haré. Si tanto lo quieres, si no piensas dejarlo después de lo que te hizo, al menos permíteme ayudarte.

¿Él se daba cuenta que parecía un loco? Lo que decía no tenía sentido.

—¿Ayudarme? —repitió—. ¿A cambio de qué, Scott? No sé qué te ha traído aquí hoy, qué es lo que pasa por tu cabeza en estos momentos, pero ten claro esto: No me interesa nada que pueda venir de ti. Tú no me interesas. Nunca lo has hecho y por supuesto, nunca lo harás. ¿He sido lo bastante clara para ti?

Tal vez no era el método más inteligente para dirigirse a él, pero le daba pavor fingir un acercamiento para descubrir sus verdaderas intenciones, además de que a Alioth no le iba a sentar nada bien.

Quizás si no tuviera una vida dentro, alguien más a quien cuidar que dependía solo de ella para estar bien, habría corrido el riesgo. Pero ahora no era una opción.

La expresión de Scott se endureció y le tembló la mejilla igual que a su padre. Cerró los ojos y suspiró como si intentara serenarse.

—Está bien, como quieras. Te voy a dar una oportunidad para que lo pienses, puede que más adelante te arrepientas de tus palabras y veas que soy tu mejor opción.

Brianna estuvo a punto de soltar una carcajada cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Qué es esto?

Vio a su esposo y se sintió más tranquila al tenerlo allí y saber que estaba bien. Llevaba varios minutos temiendo que algo pudiese haber llegado a ocurrirle, en especial por la seguridad con la que Scott se había presentado.

—He venido a ver a tu esposa —contestó el otro, insolente.

Con las manos en la cintura, Brianna miró hacia el techo. Algunas cosas nunca iban a cambiar.

Alioth se acercó a ellos y la rodeó con un brazo.

—Como bien has dicho, es *mi esposa*. No tienes nada que hablar con ella si yo no estoy presente. Y no eres bienvenido en mi casa, Scott, creí que estaba claro. Tú y yo podemos ser familia, pero no somos amigos.

—Vaya confianza tienes en tu esposa... —murmuró Scott con una sonrisa torcida y Bri arrugó la nariz porque, muy a su pesar, tenía razón, pero prefirió alejar esa idea.

Alioth siguió con el rostro pétreo y la voz grave.

—En quien no confío es en ti. Brianna no tiene que soportar tus ofensas.

—¿Mis ofensas? —se jactó Scott—. ¿Y qué hay de las tuyas? Vas a tener un hijo con otra mujer, Alioth, por favor. ¿Qué ofensa más grande que esa podría hacerle yo? No seas hipócrita, ¿por qué mejor no le cuentas dónde has estado toda la tarde?

Así que sí lo sabía después de todo. Scott estaba mucho más informado de lo que debería. Sabía dónde estaba Alioth y sabía que ella estaba sola, por eso se había atrevido a aparecer en su casa.

Bri tuvo que resistir la tentación y abstenerse de preguntar en ese mismo instante a qué se refería. No iba a darle el gusto al idiota de su primo. Guardó silencio y siguió observándolo.

—¿Acaso me estás espiando, *primo*? —indagó Alioth, y atrajo a Brianna más cerca de su cuerpo, como si notara la tensión que la había invadido. De haber podido, lo habría empujado para alejarlo de ellos.

Si creía que estaba molesta, estaba en lo cierto. Había pasado de estar asustada a estar furiosa, y su enfado iba en aumento, porque odiaba que otra persona supiera mejor el paradero de su esposo que ella, y porque sentía que Alioth estaba desviando el tema para no hablarlo delante de Scott.

—¿Yo? No, yo tengo mejores cosas que hacer. —Sin quitarse esa horrible sonrisa, volvió a poner sus ojos en Bri que intentaba guardar la calma y rezaba para que se

marchara pronto. No era la mejor ocultando lo que sentía y no creía que pudiera aguantar un minuto más—. Mi propuesta sigue en pie. Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme.

Hizo una reverencia al príncipe en forma de burla y se marchó pasando por su lado.

Cuando salió del salón, Alioth caminó hasta las puertas y las cerró. Sabía lo que venía, tenía que presentirlo, para algo se conocían desde siempre. Bri se sentó en el sofá y se cruzó de brazos esperando a que él hablase primero. No era desconfianza, pero su reacción no había sido la mejor y le hacía sospechar que algo iba mal.

Alioth se tomó su tiempo antes de acercarse y sentarse junto a ella. Firme en su determinación de no decir ni una palabra antes que él, Brianna soltó un suspiro y alzó ambas cejas para presionarlo.

—¿Por qué has aceptado recibirlo si yo no estaba aquí?

¿Qué? Gritó una vocecilla en su cabeza. ¿Qué? ¿Ese era el rumbo que iba a tomar la conversación?

Se quedó boquiabierta.

—¿Perdón? Estás bromeando, ¿verdad? Me parece que la que tiene que dar explicaciones aquí no soy yo.

O no lo entendió, o prefirió ignorarla. Cuando Alioth volvió a hablar la enfureció todavía más.

—Eres tú la que me metió en la idea en la cabeza de que él y mi tío tienen algo que ver con los ataques, Brianna. Y llego y me entero de que estás reunida con él en la sala de nuestra casa. ¡En nuestra casa! Se supone que esta es nuestra zona segura. ¿Qué hacía él aquí?

Asustada, se puso de pie y tomó distancia.

—¿Y tú crees que lo invité yo? ¿Eso es lo que estás insinuando? ¿Me estás acusando de algo?

Alioth se puso de pie casi al instante y la siguió.

—No, no. Brianna, no te estoy acusando —musitó el príncipe, más suave y comedido—. No quería decir que lo hubieses invitado, claro que no creo eso. Pero por un instante me enloqueció saber que estaba aquí, contigo. No creía que sabía dónde estaba nuestra casa.

Ella continuó firme con su enfado y a pesar de que su tono pretendía ablandarla, no lo hizo.

—Yo tampoco lo sabía. Me sorprendió tanto como a ti verlo aquí. Y no acepté recibirlo, Lisa no me dijo quién era —explicó a la defensiva—. Pero el hecho de que te haya preocupado no te da derecho a hablarme así. Y menos cuando parece que eres

tú el que está ocultando algo. ¿Dónde estabas?

—No he querido gritarte, perdona. Cálmate, por favor, no te alteres—. Estiró los brazos hacia ella, pero Bri no se movió ni un centímetro por lo que él mismo tuvo que cerrar el espacio que los separaba para tomarla entre sus brazos.

—Parece que Scott tenía razón, me estás ocultando algo —masculló al borde del llanto.

Empezaba a creer que el embarazo la estaba poniendo más sensible de lo normal, y eso se traducía en más ganas de llorar. En los últimos días le continuamente, lloraba si estaba feliz o si algo la ponía triste, incluso lloraba cuando estaba cansada y se ponía peor cuando se daba cuenta de cómo estaba.

—No pretendía ocultarte nada, por Dios. Siéntate, vamos a hablar. No es ningún secreto, ni mucho menos, pero no llores. No te lo he dicho antes porque no quería preocuparte.

Obedeció, pero no dejó que le cogiera la mano cuando se sentaron ni que la envolviera con un brazo. Al final, Alioth se dio por vencido y le dio el espacio que estaba pidiendo en silencio.

—Hoy por la tarde me han avisado de que Lía había empeorado, he estado toda la tarde en el hospital, Bri. Tuvo un amago de parto prematuro.

—¿Qué? —Se llevó una mano al corazón y respiró profundamente antes de volver a hablar, y ni siquiera así, pudo evitar el temblor en la voz—. Es muy pronto. Solo han pasado veintitrés semanas, ¿no? Es muy pronto.

Alioth asintió, serio.

—Lo es. Pero en la clínica la están controlando todo el rato, actuaron rápido, la bolsa no se rompió y pudieron medicarla para evitar que las contracciones siguieran. Parece que ahora está estable.

—Tendrías que haberme avisado. ¿Toda la tarde, dices? Podrías haber enviado a alguien a por mí.

—Bri, estás embarazada. Cuanto más tiempo pases lejos de la clínica, mejor. No quiero que cojas ninguna infección. Además, no quería que te preocuparas, tenía la esperanza de que todo se arreglara para contártelo cuando lo peor hubiese pasado. Como ahora —insistió, y la cogió de la mano—. Por favor, no te enfades. Lo único que quiero es lo mejor para ti.

A pesar de tener la mente nublada por el disgusto y la preocupación, Bri lo entendió, aunque no coincidiera con él. Alioth la rodeó con un brazo y la besó en una mejilla.

—¿Entonces no corre peligro? —preguntó.

—Es un embarazo muy impredecible, tiene muchos riesgos, pero el doctor Melton

hace lo que puede. Me habría gustado tenerte allí, estaba tan preocupado... y Lía estaba tan mal, tan alterada. No sabía qué hacer para tranquilizarla.

Una vez más, Brianna retrocedió y se mordió la lengua. Una ola de celos la asaltó y le provocó un dolor agudo y punzante en el pecho. Se repitió una y mil veces que no había razón para estar celosa, que ella ya había dejado ese tema atrás hacía semanas y que lo tenía muy claro.

Pero daba lo mismo, todo lo que se repitió una y mil veces no surtió efecto. No quería imaginar nada, pero unas imágenes horribles arremetían en su cabeza sin piedad al mismo tiempo que se sentía culpable por enfadarse con ellos, cuando Lía necesitaba más apoyo que ella y con toda razón.

De pronto, sin dar explicaciones, se levantó y cogió los zapatos con una mano.

—Mejor me voy a dormir, estoy muy cansada —murmuró.

Llegó al cuarto, tiró los zapatos a un lado y se deshizo del vestido que la estaba ahogando. Pero la sensación de bienestar no le duró nada, unas conocidas náuseas la invadieron y acabó vaciando todo el contenido de su estómago en el váter.

—¿Brianna, qué sucede? ábreme —demandó el príncipe mientras golpeaba la puerta del baño—. No estás bien, déjame ayudarte.

—Necesito un minuto, Alioth. Vete.

—Quiero ayudarte. Déjame entrar.

—No, vete. Quiero estar sola un segundo, por favor —Las náuseas volvieron, pero ya no tenía nada más para sacar a parte de lágrimas—. Déjame sola.

—Está bien, lo haré si quitas el seguro de la puerta. No voy a abrirla, pero es peligroso que te encierres. Si te pasa algo... —insistió.

Con dificultad y sin fuerzas, casi se arrastró hasta la puerta para girar la llave hacia fuera. No dijo nada más, confiando en que él cumpliera su palabra.

Una hora más tarde estaba acostándose tras un baño con agua tibia para intentar relajar los músculos. En parte había funcionado, y los párpados ya le pesaban. Había sido un día lleno de emociones, muy largo y agotador, lo único que deseaba ahora era dormir y olvidarse de todo durante unas horas.

Pero, aunque los ojos se le cerraban, cuando estuvo lista para dejarse vencer por el sueño, unos pasos en el pasillo la alertaron y volvió a recobrar toda la conciencia. Alioth abrió la puerta y entró con una bandeja de comida.

Antes de que pudiera decir nada, la acomodó en la cama y destapó el plato.

—Lisa te ha preparado esta sopa ligera. Es solo de verduras, no puedes irte a dormir sin comer después de un día así. Puedo dejarte sola si quieres, pero tienes que comer.

—Pero ya no tengo hambre. Por una noche que no cene no va a pasarle nada al bebé. Estoy muy cansada.

No lo miró, no podía. Todavía sentía presión en el pecho y un montón de sentimientos mezclados y confusos. No tenía que estar molesta con él, Alioth no había hecho nada malo, ¿pero, quién le explicaba eso a su corazón?

—¿Y si te doy unas cucharadas? Solo un poquito Bri, quizás te encuentres mejor —rogó—. Lisa dijo que ibas a atacar el helado de chocolate, te traería eso, pero no creo que te haga nada bien. Lamento haberte gritado Bri, no era mi intención ponerte así, estaba nervioso, perdón.

—No es eso, Alioth. Llévate la comida, de verdad que no tengo hambre.

El joven rubio terminó cediendo.

—Está bien, descansa. Voy a llevar esto abajo. ¿Puedo dormir aquí esta noche o prefieres que no?

Sorprendida por la pregunta, Bri se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. No lo había pensado, ni siquiera se le había cruzado por la cabeza. Como tardó en contestarle, Alioth asintió y se giró para salir de la habitación.

Bri intuyó que había tomado su silencio como una respuesta negativa y lo llamó para aclararlo.

—Quiero que te quedes aquí —dijo antes que se alejara.

¿Era contradictoria? Posiblemente. Pero si no le permitía quedarse porque se sentía insegura, el sentimiento solo iba a aumentar al tenerlo lejos.

Alioth sonrió, feliz, y se marchó para devolver la bandeja intacta a la cocina.

Cuando regresó todavía estaba despierta, Brianna no había podido dormirse sin tenerlo a su lado. No lo vio llegar, pero lo oyó desvestirse mientras ella seguía mirando hacia el otro lado.

Alioth se metió en la cama y la abrazó por detrás.

—¿Estás despierta? —susurró—. No te duermas estando molesta conmigo. Las parejas deberían irse a dormir enfadadas. Y como estoy seguro de que es mi culpa, dime qué tengo que hacer para que me perdones.

—Sé que acepté esta situación, Alioth. Soy muy consciente de ello, pero a veces me supera, me cuesta mucho manejarlo. Me muero de celos al saber que estuviste toda la tarde con ella, que la consolaste, ¿la abrazaste, la besaste? —preguntó.

—Claro que no la besé, Bri —repuso después de unos segundos de silencio y una expresión que delataba lo sorprendido que estaba con su confesión—. La abracé sí, pero no como te estoy abrazando a ti ahora. No es lo mismo, no la veo de la misma forma que a ti. Me parte el corazón verla sufrir, pero no la amo.

—Es que ella sí te ama, Alioth. He visto cómo te mira, y una parte de mí la odia

por eso. Pero la otra, la parte de mí que es buena persona, se siente culpable por ponerme así cuando ella está tan enferma. No es lástima, pero...

El príncipe la silenció con un beso suave e inofensivo.

—Lo entiendo —musitó contra sus labios—. Pero que te quede bien clarito: tú no me tienes que compartir. Yo te pertenezco, por completo. A pesar de lo que ella sienta, quiero pensar que somos amigos, necesito recordarla con cariño, es la madre de mi hija, de nuestra hija. No quiero guardarle rencor por algo que ninguno de los dos pudo controlar.

—Yo también quiero lo mismo, Alioth. Pero quiero que todo termine y a la vez que no. No le deseo la muerte, pero quisiera que estuviese lejos de nuestras vidas. —Se hizo un ovillo y apoyó la cabeza en su pecho, indignada por el rumbo de sus pensamientos—. Hoy me ha ido tan bien en la reunión, estaba tan feliz... ¿Cómo ha ido tu examen? Deberíamos estar celebrando, y no conmigo llorando como una tonta.

—Me ha ido bien, no eres una tonta, eres más fuerte de lo que imaginas. Esto no es ninguna tontería, solo confía en que un día todo este esfuerzo y este dolor darán sus frutos. Ahora tenemos dudas, pero quiero creer que en el futuro no vamos a arrepentirnos.

Capítulo 36

Brianna entró al cuarto de Lía sin saber exactamente por qué estaba allí ese día. Su esposo no lo sabía, pero no porque hubiese querido ocultárselo adrede, sino porque se le había ocurrido tras quedarse sola en la casa de campo, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Alioth tenía una reunión en el palacio y se suponía que ella asistiría con Arlet y las mellizas a la inauguración del museo favorito de la reina, cerca del mediodía, cosa que no la entusiasmaba en absoluto. Creía que era una pérdida de tiempo como la mayoría de sus obligaciones, pero tenía que adaptarse y dejar de quejarse por todo. Era una princesa y, como tal, debía cumplir. Era lo que se esperaba de ella.

Pero, como mujer, sentía que tenía otro tipo de obligaciones.

De modo que allí estaba.

—Hola —dijo.

Observó en una esquina un ramo de margaritas en un jarrón y otro en la mesilla, junto a la cama.

De no ser por las máquinas a las que ahora estaba conectada Lía, dentro de ese cuarto uno podría pensar que se hallaba en una casa cualquiera y no en una clínica. Bri le había dedicado mucho tiempo para que se sintiera cómoda y pudiera olvidarse, si podía, de su situación y de dónde estaba. Todo era mucho más fácil de llevar si la veía como una amiga y no como competencia.

La joven rubia se giró y le sonrió, lo que hizo que Bri sintiera vergüenza por su ataque de celos de la noche anterior. No le sorprendía que hubiese tenido un amago de parto prematuro, ella misma no dejaba de preguntarse cómo podía vivir un bebé en un cuerpo tan delgado, en una persona que estaba tan débil.

Lía tenía los mejores cuidados, había un ejército de personas a su alrededor ocupándose de que todas sus necesidades estuviesen cubiertas adecuadamente pero incluso así no mejoraba. El doctor Melton y el oncólogo le habían repetido una y otra vez que Lía estaba mucho mejor de lo que podría esperarse de un paciente en su estado y todo parecía ser gracias a la fuerza con la que luchaba porque su hija naciera.

Cogió la silla y se sentó junto a la cama como cada vez que iba a verla. No era la situación más cómoda a pesar de lo mucho que lo había intentado, pero prefería ir a visitarla sola que acompañada de Alioth. Eso sumaba al ambiente otro nivel de tensión que no le sentaba nada bien.

—Alioth me ha contado lo que sucedió ayer, ¿cómo estáis las dos? ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, creo que hoy todo está mejor —comentó Lía y acarició su vientre—. Él me dijo que estabas intentado hacer algo por el bebé. ¿Cómo te fue?

Bri sonrió y asintió varias veces.

—Sí, sí. Parece que todo va bien, estoy intentando que la noticia tenga el menor impacto posible en la familia, o que como mínimo, no perjudique tanto a Alioth ante el Consejo. Lo último que todos queremos es que le quiten el título y pongan a lord Víctor en su lugar, ¿no?

La joven rubia arrugó la frente y la contempló con sorpresa.

—¿Pueden hacer eso?

—Pueden, sí. Tienen mucho poder si actúan como un conjunto. Por eso es vital que al menos la mitad de ellos —«o un poco más si era posible», pensó, aunque prefirió quedarse con esa idea para sí misma— estén de nuestro lado. Son muy demandantes, tienen unas creencias muy... arcaicas. Pero confío en que hay una forma de llegar a sus corazones, tú no pienses en ello, Lía. Tienes que estar tranquila.

—Y tú también deberías —compuso—. Aunque todavía no se note, estoy segura que tu bebé siente todo lo que te pasa. Y hoy no tienes buena cara.

En efecto, no se encontraba bien. Brianna pensaba en la salud de su bebé, en especial cuando tenía a Lía enfrente, pero había cosas que no podía controlar. Como sus celos, sus inseguridades, o a Scott. No iba a dejar de darle vueltas a su aparición ni a sus intenciones hasta que pudiera descubrir de qué iba todo aquello.

—Puede que esté un poco cansada, anoche no dormí muy bien —murmuró todavía sumida en sus pensamientos.

Hubo un largo silencio hasta que Lía volvió a romperlo con una pregunta.

—Brianna, este señor, lord Víctor... es el padre de Scott, ¿no? —La princesa asintió, pensó que estaba poco informada sobre la familia real y recordó también que no había tenido ni la más mínima noción acerca de cómo comportarse delante del rey cuando había estado en el palacio hacía meses. Era chocante darse cuenta de que habían estado tan cerca durante años, y aun así tan lejos. No la conocían en absoluto. Estaba segura de que Alioth nunca se había enterado que la mujer con la que compartía cierto grado de intimidad provenía de un mundo tan alejado al suyo. No dejaba de pensar en lo superficiales que habían sido los dos y en que sus padres habían tenido algo de razón después de todo—. ¿Por qué dices que nadie lo querría a él como el futuro rey?

—Porque es malo, es... despreciable. La persona más horrible con la que me he cruzado jamás. ¿No sabías que es el hermano mayor de Ewen? Teóricamente, él tendría

que ser nuestro rey —explicó, mientras un escalofrío le atravesaba la espalda—, pero antes de morir su padre dejó establecido que quien lo sucedería sería Ewen. No sé por qué, y Alioth tampoco. Suponemos que fue porque su abuelo era un hombre inteligente y vio antes que nadie la clase de hijo que tenía.

—¿Y es por eso que Scott odia tanto a Alioth?

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú? —Bri reaccionó al instante y se inclinó hacia ella—. ¿Alguna vez Scott te ha dicho algo?

Lía soltó una risa.

—¿Y a ti no? Siempre me pareció bastante obvio. Al principio creí que era como una competición entre primos o algo así, cosas de niños ricos... después me di cuenta de que era porque los dos estaban enamorados de ti, pero solo uno de ellos recibía tu atención. Pero con lo que me dices puede que no sea solo eso...

Brianna se llevó las manos a la cara y dejó caer los hombros, rendida. Estaba confirmado, había algo mal con ella, con sus sentidos y hasta con su vista. ¿De qué otra manera podía ser posible que todo el mundo supiera antes que ella que Alioth la había amado siempre y que Scott también había sentido algo parecido?

—Scott es un idiota —dijo a Lía para cerrar el tema, al ver que la esperanza de descubrir algo nuevo sobre el susodicho se desvanecía.

—Es un imbécil, pero no creo que sea idiota. ¿Sabes? Hay algo que no os he contado ni a ti ni a Alioth. Fue hace unos meses. Alioth ya me había dicho lo de su compromiso, pero una noche yo estaba en el Olive con unas amigas y él llegó solo. —Brianna alzó las cejas, y comprendió a qué noche se refería—. Empezó a tomar una copa tras otra, solo, y cuando tú no llegaste me pareció entender qué estaba ocurriendo.

—Y te acercaste y lo besaste —se apresuró a agregar Brianna, lo último que necesitaba era volver justo a ese recuerdo—. Lo sé todo, Alioth me lo contó.

—Es que no fue así. Bueno... sí, lo besé —reconoció—, pero no iba a hacerlo. Yo tenía un plan y no iba a arriesgarme. Pero Scott estaba allí con una de mis amigas y me convenció para que me acercase. Me negué, pero insistió tanto...

—¿Te insistió para que te acercaras a Alioth?

Lía asintió, pensativa.

—Sí, me dijo que no podía perder la oportunidad. Que si Alioth estaba allí solo bebiendo de esa forma tenía que ser por algo. Pero no sé cómo explicártelo, parecía que él estaba más ansioso porque me acercara que yo misma. En ese momento lo atribuí al hecho de que él también quería impedir tu boda porque te quería para él. Pero fue muy insistente, casi me empujó hasta Alioth, y tenía una sonrisa tan perversa en su rostro que en parte accedí porque me daba miedo.

—Entonces fue él —susurró Bri—. ¡Lo sabía! El muy bastardo lo negó todo.

—¿De qué hablas? —inquirió Lía, y Bri se obligó a tomar respirar varias veces para serenarse.

—A que los fotografió o consiguió que alguien lo hiciera. Os sacó unas fotos cuando te acercaste a él y lo besaste. Al día siguiente las fotos llegaron al rey y a muchas otras personas. Yo las vi, por supuesto.

Lía parecía sorprendida y a Bri le alegró que no lo supiese. Era algo menos que perdonarle, y su declaración era una cosa más por la que estarle agradecida.

—Bueno, esa es otra prueba del resentimiento que tiene con su primo. ¿Crees que es peligroso?

Bri no solo lo creía, lo sabía. El problema era que no veía cómo demostrárselo al rey para que pudieran hacer algo al respecto.

No pudo evitar sonreír al ver a Daniel, primero porque era su amigo, y en esos momentos de la vida echaba de menos su sonrisa confiada y sus palabras tranquilizadoras de vez en cuando, y segundo, porque le parecía dulce que estuviera allí acompañando a Jess, aunque no fuese de forma oficial. Tenía que estar muy enamorado para presentarse esa infame y tediosa mañana a la reinauguración del maldito museo. Ella misma ya no sabía cómo ocultar los bostezos que le venían cada dos por tres, pero allí estaba el bueno de Daniel haciendo ese enorme esfuerzo solo para mantener entretenida a su amada.

—Precioso, ¿verdad? —preguntó él mientras señalaba con la cabeza el cuadro que Bri había fingido observar durante más de veinte minutos. Le dolían las mejillas de tanto sonreír a todo el mundo, así que había preferido pretender que estaba muy interesada en las pinturas para poder relajar su expresión sin ofender a nadie.

—Yo creo que es horrible —susurró, y miró de soslayo hacia donde estaba la reina charlando con el director del museo—. ¿Sabías que ha gastado una cantidad exorbitante de dinero en este lugar? Podría haberla invertido en el reacondicionamiento de, por lo menos, tres hospitales, o construido una escuela o..., no lo sé, cualquier cosa. Pero no, lo tiró en estas... cosas absurdas.

Daniel asintió. Él entendía lo que quería decir, había estado con Alioth en uno de esos hospitales de los que ella hablaba y también en uno de los barrios más pobres al sur de la ciudad de los que parecía que nadie se acordaba.

—¿Y tú cómo estás? Hace días que no te veía —continuó ella y se llevó una mano al sombrero de terciopelo granate que llevaba para aquella ocasión—. Quería hablar

contigo, pero no he tenido tiempo ni para respirar entre tantas *obligaciones reales*.

—¿De verdad? —La mirada de Dani se llenó de esperanza—. Yo pensaba que no querías verme, igual que Alioth. He intentado hablar con él desde hace días, pero se niega a escuchar una palabra que salga de mi boca.

—Y con toda la razón, lo que hiciste estuvo mal. ¿Por qué no se lo dijiste antes, Daniel? Sois amigos —reclamó Brianna.

—Lo intenté, te juro que lo intenté. Pero estaba tan ocupado en sus cosas, en ti, en Lía, en las reuniones del Consejo, que nunca tenía tiempo ni me prestaba atención. Puedo ser muy paciente Bri, pero todos tenemos un límite. Yo también tengo una vida, no solo soy el *amigo del príncipe*, el mundo no gira a su alrededor.

Brianna reconoció que su amigo tenía toda la razón. Le creía cuando decía que había intentado explicárselo a Alioth y este no lo había escuchado. Por otro lado, también comprendía a su esposo. Ya tenía suficientes problemas por sí solo, tantos que hasta le hacían olvidar que los demás tenían los suyos propios. Como cualquier persona en el mundo, supuso.

—Mira, Dani —suspiró, y posó una mano en su brazo, pero la retiró pronto para evitar murmullos reprobatorios o fotos indeseadas—. Quiero que Jess y tú seáis felices, y si eso significa que estéis juntos ¡Que así sea! Yo os apoyo, sé que eres bueno para ella. Y Alioth, bueno, él lo entenderá tarde o temprano. Deja que las cosas se enfríen un poco ¿vale?

Daniel asintió tras contemplarla en silencio unos segundos.

—Si tú crees que es lo mejor...

—Sí, lo creo. Y yo os ayudaré, lo prometo. Ahora, Dani, quería preguntarte algo sobre Scott.

Entre compromisos, reuniones y planes para el futuro, las semanas pasaron como si nada importara. Todo el tiempo con el que ellos contaban se consumía a una velocidad que parecía aumentar cada día.

A Brianna le daba la sensación de que con cada semana que avanzaba el embarazo, su energía iba disminuyendo, y su peso iba aumentando en proporciones agigantadas. Pero le encantaba, además de que era una excusa para que su agenda oficial se viera anulada con algunas poquísimas excepciones, el poder sentir como su hijo se movía era mágico.

Sin apenas darse cuenta, ya había pasado los cinco meses de embarazo y justo el día anterior el doctor Melton les había confirmado que era un niño. A ella le habría

dado lo mismo enterarse el día que naciera, pero el rey no iba a dejarlos en paz hasta averiguarlo, y siempre era preferible tener al soberano tranquilo y contento.

Esa tarde estaban en casa de su hermana Zoe y su esposo, Ed, celebrando el nacimiento de Bradley, su hijo.

Los Ballas también estaban allí, Zoe y Ría habían congeniado desde el principio y al igual que con Bri, se habían hecho amigas. Los Ballas podían no ser del círculo social al que siempre habían pertenecido ellas, pero eran parte del nuevo camino que todos estaban tomando y Bri los veía a su lado en el futuro.

Ría había dado a luz a su hija, Nina, hacía ya un mes. Era una pequeña adorable a quien Zoe ya declaraba como la futura novia de su hijo recién nacido. Bri, por su parte, apostaba que lo sería de su pequeño príncipe.

La madre de la niña soltó una risa, pero fue su esposo Brad, que estaba sentado junto a ella, quien habló.

—Yo digo que antes de apostar, tendremos que ver quién tiene más coraje. Mi niñita tendrá cuatro hermanos mayores a los que cualquier hombre deberá enfrentarse antes de poner los ojos sobre ella.

Todos los que se encontraban presentes giraron sus cabezas hasta el lugar donde estaban los cuatro aludidos —Frankie, Duncan, Charles y Eric— que se estaban mirando una película reproductor VHS de Zoe para mantenerse entretenidos.

—Desde ahora la compadezco —le dijo Jessania a su melliza en lo que pretendía ser un susurro, pero que todos llegaron a escuchar por el suspiro ruidoso que la joven soltó—. Si nosotras tenemos suficiente con los celos de uno, imagina cómo sería tener cuatro hermanos mayores.

Anabelle sonrió y le guiñó un ojo a su hermana.

—Cuatro veces más afortunada, Jess.

Capítulo 37

—Estoy tan feliz, no puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Lía con la misma enorme sonrisa que había tenido toda la semana debido a que la fecha del parto estaba cada vez más cerca y ella se sentía cada vez mejor.

Brianna sabía que ahora sí tenía esperanzas de conocer a su hija, el día había llegado y Lía había roto con todos los pronósticos de los médicos. Estaba consciente, de buen humor y aseguraba sentirse más fuerte que nunca a pesar de que no lo pareciese.

Y era lo mejor, después de tanto sufrimiento, Lía se merecía tener la oportunidad de conocer a su hija. Brianna hacía a un lado sus sentimientos encontrados acerca de la situación a la que se enfrentaban y cómo le iba a afectar tener a Lía cerca cuando la niña ya hubiera nacido.

Alioth se encontraba fuera de la habitación hablando con el doctor McGregor, un joven abogado de confianza del rey que había reemplazado al anterior —que resultó muerto misteriosamente en un accidente de yate mientras estaba de vacaciones hacía apenas dos años.

El joven abogado había sido escogido de entre muchos otros por unas cualidades que solo el propio Ewen entendía. Brianna sabía muy bien que para trabajar para un hombre poderoso como el rey o incluso como su padre, el señor Collingwood, dueño de la empresa petrolera que dominaba esa región del continente, había que estar dispuesto a mucho más de lo que hacían sus colegas día a día.

Alioth y él estaban ultimando los detalles de la adopción de Geraldine. Lía podía estar bien de momento, pero su enfermedad seguía progresando y era su voluntad que Geraldine fuese tan hija de Brianna como suya propia.

—Yo también estoy feliz por ti, Lía —compuso con una sonrisa mientras le daba un último vistazo a la ropa que habían preparado para que la niña se pusiera por primera vez—. De verdad, me alegra mucho que todo esté saliendo tan bien. No puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo, estoy muy emocionada por conocerla.

Dejó el pequeño bolso a un lado y se sentó junto a ella en la cama.

El mundo entero sabía que ese día nacería Geraldine, y el director de prensa de la familia real se había encargado de todo porque la reina no le permitiría a ella hacerse cargo del tema y dar una entrevista en uno de los programas más visto del país. A Brianna no le habría importado dar la cara, es más, le había parecido la forma más rápida y efectiva de soltar la bomba.

Pero Arlet había puesto el grito en el cielo y se había opuesto rotundamente. Ya tenía demasiado con la vergüenza causada por el error de su hijo, y con que no se hubiesen desecho de la niña, como para que también se le sumara el salir a dar entrevistas como una charlatana ordinaria.

Ese día, medios y cámaras de todas partes del mundo se habían apostado en la entrada de la clínica esperando nuevas noticias.

—Hay algo que quiero pedirte, Brianna. Sé que ya te he pedido mucho, pero...

La joven pelirroja se apresuró a negar con la cabeza y sacarla de su error.

—Nada de eso, dime, por favor.

Lía suspiró.

—No quiero que mi familia se acerque a ella. Nunca. Si alguna vez quieren contactar con ella, te doy toda la libertad para que los rechaces.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Solo me quiero asegurar, Brianna. Eso es todo, quiero que todo quede claro. No quiero que mi familia se acerque a ella. En el momento en el que yo muera, Geraldine es tan tuya como el bebé que estás esperando. Ni mis padres ni mis tíos tendrán ningún derecho sobre ella, no quiero que la usen para obtener ningún beneficio. Nadie quiso tener que ver nada conmigo cuando se enteraron que estaba embarazada, nadie me ayudó ni se compadeció, estoy segura de que también se enteraron que estaba enferma y no vinieron ni siquiera a despedirse...

A Brianna le dolía escucharla hablar así, de lo sola y abandonada que se había quedado, y no podía ni siquiera imaginar lo mucho que la propia Lía había sufrido por eso. Y lo hacía en silencio, nunca había mencionado mucho sobre su familia ni sobre su vida en general. No entendía si era porque le avergonzaba o por algún otro motivo, y a esas alturas, estaba convencida de que sería un misterio para siempre.

Lo único que podría contarle a Geraldine de su madre algún día, sería lo mucho que la amó incluso antes de conocerla.

—Está bien —aceptó—. No se acercarán a ella, te lo prometo.

—Y la carta —le recordó la joven rubia—. No te olvides de la carta.

La princesa asintió.

—Solo se la daré cuando considere que está lista. No lo olvidaré, no te preocupes. Ahora tienes que relajarte, en un rato conocerás a tu hija, ya lo verás. —Le tomó una mano y le dio un pequeño apretón—. Has llegado tan lejos, no te puedes rendir ahora.

—Lo sé. No lo haré, no voy a rendirme —coincidió Lía—. Gracias por todo.

El doctor Melton no tardó en llegar para llevarse a Lía, y Alioth, muy nervioso, entró enseguida. Cada uno gestionaba y expresaba sus sentimientos como podía, a los tres les pasaban cosas diferentes por la cabeza y por el corazón, y no podían discutirlo

con nadie porque era imposible que alguien más los entendiera.

—Estaremos esperando en el pasillo, solo a unos pocos metros de ti —comentó él a Lía—. Todo saldrá bien, no tengas miedo.

—No estoy asustada, Alioth. Estoy feliz.

La enfermera los interrumpió para llevársela y él se despidió besándola en la frente. Justo entonces Brianna se acercó a su esposo y posó una mano en su espalda tensa. Sin mediar palabra, él se giró y la abrazó con fuerza. La besó en la mejilla y le acarició el cabello como si fuera ella quien necesitara ser consolada. Y en parte Bri lo agradecía, ser valiente era agotador.

—¿Vamos a esperar al pasillo? Dijeron que iban a mantenerlo vacío solo para nosotros —propuso Brianna.

El príncipe aceptó.

—Sí, allí tendremos noticias más pronto.

Se suponía que no iba a ser una cirugía muy larga, al fin y al cabo, era una cesárea casi de rutina para el doctor Melton y su equipo, pero cada minuto se hacía eterno para ellos dos.

Permanecieron en silencio cogidos de la mano sin decir ni una palabra, hasta que Bri dio un respingo y Alioth se sobresaltó, asustado.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado.

Brianna soltó una risa.

—Es el bebé, está dando patadas —lo tranquilizó, y le tomó una mano para llevarla a su abdomen—. ¿Lo notas?

Ella ya lo había sentido antes de forma más leve, pero en aquel momento eran mucho más intensas. ¿Podía ser que su hijo sintiese los nervios que la invadían? Esperaba que no.

Mientras ella seguía notando sus movimientos observó que Alioth se concentraba para sentirlo también. Con una mano libre le acarició la frente para que se relajara y las líneas se borrarán. A él le llevó un poco más de tiempo conseguirlo, pero pareció que finalmente lo consiguió porque de pronto se formó una sonrisa enorme en su rostro, algo que en las últimas semanas había sido difícil de ver.

El último mes había estado tan cargado de trabajo y preocupaciones que todas sus sonrisas se habían vuelto débiles y hasta algo tristes. De no haber sido porque él se lo repetía cada segundo que pasaban juntos y se lo demostraba una y otra vez, Brianna habría comenzado a creer que Alioth ya no la quería como antes o que el matrimonio no le había sentado bien.

—Lo estoy notando —susurró él—. ¿Tú lo habías sentido otras veces? No me habías dicho nada.

—Algunas veces. Me gusta que me recuerde que me está acompañando todo el tiempo. No creí que pudiera amar tanto a alguien sin siquiera conocerlo.

—Y yo os quiero a los dos, tanto que a veces me pregunto si voy a poder querer a la niña igual. Tengo miedo de ser un mal padre para ella porque no quise a su madre lo suficiente.

—Hay muchas cosas que me preocupan acerca del futuro, Alioth. Pero no creo que tengamos que atormentarnos por eso. Si aún no confías en ti lo suficiente, confía en mí, que no dejaré que eso suceda.

No agregó nada más y tampoco lo dejó hablar. Con lentitud se inclinó y acercó a sus labios para besarlo. Sus bocas se negaban a separarse, no podían olvidar que estaban en un hospital, pero había una fuerza mucho más poderosa que les impedía volver por completo a la realidad. Alioth siguió dándole pequeños besos hasta que un ruido los alertó, se separaron para mirar a su alrededor, pero las puertas seguían cerradas.

—El doctor dijo que no era una cirugía larga, ¿qué crees que significara eso? ¿Media hora, dos horas?

—No tengo idea —respondió él—. Pero creo que si algo va mal saldrán a decírnoslo, ¿no?

Ella asintió sin estar del todo convencida y cambió de tema para distraerse mientras dejaban que pasara el tiempo.

—¿El señor McGregor lo tiene todo listo? Antes has estado hablando con él mucho rato, ¿hay algún problema?

—No, ya lo ha preparado todo. Yo... me quedé hablando con él porque no estaba listo para entrar —confesó bajito—. Su hija ya ha nacido, nunca había visto a Claus sonreír así, pero cuando pregunté por ella...

—Entonces era una niña, ¿Cómo se llama?

—Se llama Emalene, me ha enseñado una fotografía. Es adorable. Ha dicho que ya la han apuntado al jardín de infancia, al mismo que fuimos nosotros. Tal vez en unos años nuestros hijos sean amigos, tienen la misma edad.

Bri sonrió.

—¡Sí! Y Nina y Bradley también, va a ser tan bonito, todos nuestros niños van a ser amigos. ¿Pero por qué ya la han apuntado al jardín? ¿No es muy... pronto?

—Le he preguntado lo mismo, pero parece que hay mucha demanda, y si no tienes las conexiones necesarias puede que pasen años hasta que te den plaza.

Las cejas de la joven pelirroja se alzaron.

—Si el abogado del rey no tiene las conexiones suficientes, ¿entonces quién las tiene? Yo misma voy a llamarlos y a pedirles amablemente que guarden una plaza para

la niña.

—Tal vez deberías preguntarles si estarían dispuestos a abrir un curso completo solo para nuestros hijos y sobrinos —comentó Alioth mientras reía.

Siguieron hablando de varios temas. Dos horas después de que los médicos hubiesen entrado al quirófano, las puertas volvieron a abrirse.

Brianna se puso de pie y Alioth la siguió. El doctor Melton salió primero, y detrás de él una enfermera cargando entre sus brazos un pequeño bulto cubierto por una manta que Brianna reconoció al instante.

—¿Es ella? —preguntó.

—Sí, alteza. Aquí está su hija.

El corazón le latía muy deprisa y retumbaba en su pecho. Le temblaban los brazos cuando fue a cogerla, pero no dudó en hacerlo y la firmeza volvió enseguida a sus manos cuando la sostuvo.

Lloraba y reía al mismo tiempo, movió la manta un poco para poder ver su pequeño rostro y deslizó un dedo por sus mejillas.

—Bienvenida, Geraldine. Eres tan bonita —dijo en voz baja.

Si el amor a primera vista existía, tenía que ser eso. No podía dejar de contemplarla, tenía los ojos abiertos y hacía unos movimientos muy graciosos con la boca, era perfecta.

Llamó a Alioth que estaba a pocos pasos de distancia.

—¿Quieres cogerla?

Él vaciló, ladeó la cabeza y acarició a su hija, pero negó con la cabeza.

—No sé si podré, tal vez... tal vez luego.

Bri no insistió, entendía a Alioth y además no tenía ganas de dejarla ir.

—Hola, preciosa —le susurró—. No te preocupes, papá te quiere, solo está muy emocionado.

Volvió a atisbar hacia él y vio su expresión enternecida. Él iba a quererla, ya lo hacía, pensó Bri, y sonrió conmovida.

—¿Está sana? —preguntó directamente al doctor.

—Está perfecta, alteza.

—¿Y Lía? Deberíamos llevarla con ella, seguro que quiere verla, abrazarla —balbuceó con cierto dolor en el pecho al pensar en separarse de la niña. Pero era lo justo y lo correcto, Geraldine tenía una madre y esa aún no era ella.

El doctor Melton presionó los labios y su mirada se ensombreció.

—Me temo que no es posible, alteza. Hubo una... complicación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alioth.

—Había riesgos, como les explicamos...

Brianna lo interrumpió.

—¿Cómo está Lía, doctor? ¿Tan mal está que no puede ver a su hija? Era lo que más deseaba en el mundo. ¿Está inconsciente?

—La vio, Brianna. Durante unos minutos, la tuvo en sus brazos, pero cuando creímos que todo iba bien empezó a desestabilizarse. Hicimos lo que pudimos...

—No... no entiendo —susurró, aunque sí comprendía sus palabras. La expresión del hombre lo decía todo.

Alioth la rodeó con un brazo para sostenerla y evitar que perdiese el equilibrio con su hija en brazos.

—Lo siento mucho, pero la señorita Adams no ha sobrevivido.

Capítulo 38

El funeral de Lía fue al día siguiente. Asistió un número reducido de personas, incluida la única amiga que habían conocido de Lía, con quien vivió los primeros meses de embarazo.

A pesar del miedo de Brianna y de las advertencias de Lía, nadie de su familia apareció, lo cual los alivió un poco, y a la vez les decepcionó. Daniel estuvo allí, pero no fue Jess quien lo acompañó, sino Anabelle. También asistieron Zoe y su esposo, Ría, Arthur y hasta el doctor Melton. Ahí dejaban de contar, había sido un ritual corto y triste, de algún modo, la reducida asistencia lo había hecho peor.

Lía no se lo merecía, no era justo para nadie terminar así de sola. No conocía mucho más acerca de su vida, pero si había hecho el esfuerzo de dejarlo todo, incluso su vida, por salvar a su hija, no podía haber sido tan mala persona, tan mala hija o hermana como para que nadie se presentara nunca a verla y a apoyarla en su enfermedad, en sus últimos días.

Sin embargo, a pesar del luto y toda la angustia, Alioth y Brianna tenían una nueva luz en sus vidas. Geraldine Isabella van Helmont podría no ser aceptada por parte de la familia, pero sus padres le darían todo el amor necesario para compensar sus pérdidas. Desde muy pronto supieron que no tendría una vida fácil, que la carga de la fama y de su apellido harían que fuese el doble de complicado para ella que para el hermano que estaba en camino.

Anabelle y Brianna se encontraban en el salón blanco del palacio tras la incómoda cena que habían organizado para presentar a Geraldine a la familia y amigos más cercanos. Una velada que, sin dudas, habría salido mejor sin Arlet y los señores Collingwood presentes.

Lord Víctor se había portado mucho mejor que esa banda de tres, a pesar de que ella bien sabía que el hombre no estaba nada contento por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos para el príncipe.

Brianna había tenido la esperanza de que Arlet, al ver a su nieta, —porque eso era Geraldine, su nieta de sangre, hija de su hijo favorito— su corazón se hubiese conmovido un poco, pero la reina tenía un corazón impenetrable y lo demostraba cada día, con cada acto y cada palabra, o la ausencia de estos.

—No estés triste, Bri —dijo Ana mientras acunaba a la bebé—. Al menos mi padre se enamoró de ella en cuanto la vio, como todos nosotros. Tienes su apoyo, no es poca

cosa.

Brianna hizo una mueca, contrariada.

—Es que... no es solo el apoyo político, Ana. Yo sé que es importante, para Alioth, sobre todo. Pero le prometí a Lía que Geraldine sería feliz, me prometí a mí misma que no habría diferencia entre mis hijos de sangre y ella. Quiero que sea dichosa, que crezca con una familia que la quiera.

Ana sonrió sin apartar los ojos de su sobrina y la acercó más a su pecho.

—Lo será, Bri. Mira, yo me considero una persona amada y feliz a pesar de que para mi madre nunca fui ni soy lo suficientemente buena. Y sí, me duele, pero os tengo a todos vosotros y lo compensáis perfectamente. Tal vez Geraldine sea como yo, o mejor aún, como Jess, que no le importa nada de lo que nuestra madre diga. Nos tendrá a todos nosotros, Bri.

—Ya lo sé —suspiró—. Me cuesta entender cómo alguien puede no quererla, mírala. Es preciosa, tan pequeña, inocente, indefensa. Es todo lo bueno de este mundo.

La princesa sonrió.

—Lo sé. Por mi lado, Bri, te prometo que la voy a querer mucho, va a ser mi sobrina favorita. ¿Crees que cuando tu bebé nazca podría mudarme con vosotros para ayudar a cuidarlos?

—No creo que tu madre lo permita, Ana. Pero si de mí dependiera no tendría ningún problema —comentó.

Anabelle siguió parloteando con los ojos fijos en su sobrina.

—A Jess no le entusiasman tanto los bebés, no la entiendo, está tan enamorada y no deja de hablar de lo mucho que desea casarse con Dani... pero no parece que le interese tener hijos por lo pronto y, en caso de que ocurra, dice que con uno se conformaría. ¿Por qué conformarse con uno?

—Tal vez prefiere disfrutar un poco de Daniel primero. Una vida tranquila en pareja, viajar, salir, pasar un día entero en la cama sin tener que pensar en nada más, no lo sé, hay tantas cosas que me gustaría hacer con Alioth y no podemos ni siquiera imaginarlas... —Soltó otro suspiro y se puso de pie—. No me malinterpretes, no me quejo de lo que me ha tocado. Ha ocurrido por una razón y estoy agradecida por todo lo que tengo, pero también entiendo a Jess. Si tienes la oportunidad, creo que sería bonito disfrutar de las cosas y darte tu tiempo para todo.

Anabelle despegó los ojos de la niña y miró a la joven pelirroja con cierta incertidumbre.

—¿Hasta para encontrar a *esa* persona? A veces siento que nunca va a aparecer. Tú lo has tenido contigo toda tu vida y Jess casi que también.

—¿Y qué? —preguntó Bri con una risa—. No tiene por qué ser igual para todas,

Ana. ¿Qué prisa hay? Aparecerá cuando sea el momento adecuado.

—¿Y si cuando lo haga no puedo verlo? —insistió.

—Nosotras lo haremos por ti. Para eso están las hermanas, ¿no?

Uno de los guardias golpeó la puerta y anunció la llegada de la duquesa. Ana y Brianna se miraron extrañadas, pero permitieron la entrada.

Jenna había estado presente en la cena pero, como siempre que estaba en presencia de su esposo y el resto de sus conocidos, se había mostrado callada y alejada, tanto que a Bri le había parecido que la mujer con la que había tratado en su reunión meses atrás no era la misma que había tenido esa noche frente a ella.

—Hola, tía —saludó Anabelle con una sonrisa, pero no le prestó mucha atención y siguió meciéndose en la silla con Geraldine en sus brazos.

Bri se acercó a la mujer.

—Jenna, ¿cómo estás? No hemos tenido la oportunidad de hablar mucho hoy.

—Es difícil cuando hay tantas personas que buscan un minuto de tu atención. Quería felicitarte por tu hija, es muy hermosa. Todo tu esfuerzo surtió efecto, tenéis mucho apoyo. Quizás no el de todos, pero sí lo suficiente. Estoy orgullosa de ti.

La princesa sonrió, aunque había algo en la forma de mirar de Jenna y en el tono con el que hablaba que le provocaba una sensación extraña.

—¿También tenemos el apoyo de lord Víctor? —preguntó para tantear el terreno, siempre era bienvenida cualquier oportunidad de investigar más.

—Creo que esa respuesta no es necesaria, Brianna.

Con su elegancia clásica, Jenna pasó a su lado y caminó en silencio hasta pararse junto a una ventana. A ella no le quedó más remedio que seguirla. Se preguntaba qué era lo que ocurría, porque, sin duda alguna, algo estaba sucediendo con su reciente tía.

Estuvo a punto de preguntarle si había algo más que quisiera compartir, cuando la duquesa volvió a hablar sin dejar de mirar hacia el jardín.

—Esta familia guarda muchos secretos —murmuró.

—Todas las familias lo hacen, ¿no? —comentó con un toque de humor, aunque sus pensamientos viajaron enseguida a una persona en especial.

—Supongo, pero de haber sabido que sería una carga tan grande de llevar nunca me habría metido en esto. La familia real... —canturreó con una risa seca—. ¿Quién no querría formar parte de ella? ¿Quién no querría casarse con un príncipe?

—¿Qué quiere decir?

La señora la miró a los ojos.

—Eres una chica inteligente, Brianna. Y tuviste suerte, Alioth es un hombre bueno, justo, que no tiene nada que ver con el resto de los Van Helmont.

—¿Se refiere a su esposo? ¿Hay algo que quiera decirme sobre lord Víctor? —

indagó impaciente y confundida, la conversación había tomado un rumbo inesperado.

Pero Jenna parecía no tener nada de prisa y siguió con su desesperante parloteo.

—Mi esposo es una persona horrible y mi pobre hijo no ha sabido sobrellevarlo de otra forma más que imitándolo. Pero eso tú ya lo sabes, no necesito explicarte más, solo recordarte que tengas mucho cuidado. Víctor no es de los que se rinden tan fácilmente.

—¿Por qué me dice todo esto ahora?

—Porque tienes que estar alerta, a veces pienso que esta familia está maldita. ¿Conoces a alguien que sea feliz? Yo lo era, antes de caer como una tonta en la fantasía de ser una princesa y casarme con un hombre al que no amaba y al que nunca podré amar. Supongo que lo mismo le pasó a Arlet, aunque, a diferencia de mí, ella siempre estuvo hecha para esto, una maldad de ese nivel tiene que haber nacido con ella.

Bri empezó a sentirse incómoda, algunas cosas simplemente no debían decirse en voz alta, y Jenna estaba escupiéndolo todo. Giró la cabeza apenas hacia Ana que la miró con las cejas alzadas y ella tuvo que encogerse de hombros a modo de respuesta.

—Pero no todos son iguales, Jenna. Alioth no es así, yo no soy así, tampoco las mellizas, ni el rey.

—¿Eso crees? —replicó Jenna—. ¿De verdad piensas que Ewen es mejor que su hermano? Eso es a lo que me refiero, Brianna. No te dejes engañar, tienes que tener los ojos más abiertos. El rey no es tan bueno como les hace creer a todos, solo lo oculta muy bien, mejor que cualquiera de nosotros. Y eso lo hace aún más peligroso.

—¿Hay alguna razón por la que esté diciéndome todo esto, tía? ¿Hay algún problema con el que la podamos ayudar? —inquirió Anabelle. Brianna sintió pena por ella, escuchar esas cosas acerca de su padre y su madre no tenía que ser fácil pero, como siempre, Ana reaccionaba de la mejor manera posible.

La mujer la miró con sorpresa, como si apenas recordara que ella estaba allí.

—No... —balbuceó—. No hay ningún problema. Perdón, Ana. Yo no...

La joven rubia se adelantó.

—No se preocupe, está bien. No ha dicho nada que no sepa, conozco a mis padres muy bien.

Otro golpe se oyó en la puerta y el mismo guardia de antes volvió a asomarse.

—Disculpe alteza, lord Víctor y su hijo están aquí.

Y antes de que ella pudiera hablar, el primero abrió la puerta y entró mientras ignoraba las quejas del guardia.

—Querida, ¿dónde estabas? Te he buscado por todos lados.

La expresión de Jenna y hasta su postura cambió y volvió a ser la mujer distante, aunque dulce, que ya conocían.

—He venido a despedirme de Brianna, cariño. No he tenido tiempo de felicitarla durante la cena.

El hombre le dio a Bri esa sonrisa ensayada de siempre y tomó a su mujer del brazo.

—Por supuesto. Confío en que habéis tenido tiempo suficiente para hacerlo.

—Sí —coincidió Brianna—. Espero volver a verla pronto, Jenna. Debería visitarme un día.

Víctor tiró de su esposa para empezar a caminar hacia la puerta y hasta respondió por ella.

—Claro, claro. Un día de estos. Buenas noches Brianna y Anabelle.

Scott se había acercado tranquilamente por detrás de su padre con las manos cruzadas detrás de la espalda, el ceño fruncido y los labios apretados al ver al duque llevarse de esa forma a su mujer. Por la forma en la que Scott los observó y la manera en la que Jenna hablaba de su hijo, a Bri le parecía que había cierto vínculo afectivo entre ellos. Scott no podría ser del todo vacío, tenía que sentir algo de amor por su madre, pero seguía siendo un cobarde por limitarse a mirar cuando su padre la trataba de esa forma.

Empezaba a comprender que había mucho detrás de la actitud fría y de esa vida de soledad por la que Jenna se había decantado siempre. Las sospechas que había tenido estaban muy cerca de la verdad.

—¿Tú también vienes a despedirte, Scott? —preguntó.

Él ignoró su pregunta y le respondió con otra.

—¿Mi madre os ha dicho algo? Ha estado un poco alterada estos últimos días.

—No mucho, solo hablamos un momento de mi hija. Nada más —mintió Bri, y atisbó hacia Ana, que le sonrió a su primo premeditadamente.

—¿Por qué dices que tía Jenna ha estado alterada, Scott? ¿Algo nada mal?

—No lo sé, Ana. No estoy seguro —contestó, nervioso—. Pero si ha dicho algo extraño o fuera de lugar, es por eso. Ahora si me disculpáis, debo irme. Buenas noches.

Se giró hacia la puerta y tras dar un par de pasos se volvió y clavó su mirada en la joven pelirroja.

—Supongo que no has cambiado de parecer ni has considerado mi oferta. Es una lástima ¿sabes? Hasta esta misma tarde tenía esperanzas, es una pena. De verdad que lo lamento mucho, pero creo que no más de lo que vas a lamentarlo tú —dijo con expresión de verdadero pesar.

Si Brianna no hubiese tardado tanto en recuperarse del golpe de sus palabras le habría preguntado si la estaba amenazando o qué era lo que quería decir exactamente.

Hacía tan solo unos minutos había estado considerando que Scott tuviera un

corazón y fuera capaz de sentir amor por alguien. Y ahora, una vez más, se regañaba por tener esperanzas en algo que sabía imposible. Algunas cosas no tenían remedio ni cura, y tenía que empezar a aceptarlo.

Ambos estaban exhaustos y ansiosos por llegar a su casa y a su cama. El viaje a la casa de campo se les estaba haciendo eterno. Vivir allí podía tener muchas ventajas, pero el tiempo que tardaban en llegar hasta allí al final de una larga jornada, sin dudas no era una de ellas.

Y aunque Geraldine solo tuviese quince días de vida también le había afectado mucho su primera presentación en sociedad, con tanta gente a su alrededor y tantas voces desconocidas. O eso era lo que sospechaba Brianna, porque la niña se había mostrado muy inquieta y no habían existido brazos que la calmaran hasta que el coche empezó a avanzar, finalmente se quedó dormida en los primeros minutos de viaje acunada por Alioth.

Bri también cerró los ojos y se apoyó en el hombro de su esposo cuando el llanto cesó. Los deberes que le habían encargado como representante de la corona después de su boda habían sido agotadores, pero ser madre primeriza al mismo tiempo que esperaba su otro primer hijo no tenía comparación.

Llegaba el punto en el que lo único que anhelaba con fervor era el silencio y la paz. Tan solo un minuto ininterrumpido de calma.

Dejó de dormir cuando el coche se detuvo, pero enseguida captó que Alioth miraba por los vidrios polarizados de la ventanilla y trataba de llamar la atención del conductor, que estaba hablando por su teléfono móvil, un teléfono inalámbrico del que los miembros del Departamento de Seguridad Real no se separaban ni un minuto.

—¿Qué ocurre? —susurró Brianna—. ¿Por qué nos hemos parado aquí?

—Eso mismo estoy intentando averiguar —contestó él.

—Disculpe, alteza —habló el chófer al fin y los dos vieron cómo sacaba el arma de un compartimento oculto debajo del volante—. Parece que hay un problema en la casa, el equipo que llegó previamente lo está revisando todo en estos momentos. Es mejor que esperemos aquí. El apoyo llegará en unos minutos.

—¿Qué clase de problema? ¿Y dónde están los demás? —exigió saber Alioth mientras buscaba el otro coche de seguridad que los acompañaba siempre.

—Están revisando la casa, alteza. Notaron anomalías cuando se adelantaron para anunciar su llegada y procedieron a investigar.

—¿Anomalías? ¿Qué anomalías? —insistió Brianna—. ¿Dónde están los demás

guardias de la casa, por qué estamos solos en el medio de la nada?

De haber estado sola no habría tenido tanto miedo, pero con su hija —o hijos— en el coche era difícil no entrar en pánico. Lo único que había a sus alrededores era oscuridad y silencio.

Se habían detenido en una parte del camino que no tenía iluminación con el propósito de despistar a cualquier curioso. Nadie diría que esa angosta ruta de piedras en el medio del campo conducía a alguna parte, mucho menos a la mansión del heredero de la corona, pero en ese momento lo único que conseguía un lugar así era asustarla más.

—Hay dos guardias heridos y tres muertos por lo que han podido contar, pero parece que los agresores ya no están. De todas formas, es mejor esperar refuerzos antes de que los lleve para la casa, están más a salvo aquí que en cualquier otro lugar.

Bri había entrado en pánico mucho antes de que el chófer terminase de hablar, al oír las palabras *heridos y muertos*.

—El coche está blindado, Bri. Tenemos las puertas cerradas con seguro, estás aquí conmigo. Nunca dejaría que os pasara nada —susurró, y la besó en la frente—. ¿Quieres cogerla?

Ella miró a su hija dormida en los brazos de su padre y negó con la cabeza.

—Es mejor que no, estoy tan nerviosa que acabaré despertándola.

—Está bien, no va a pasar nada, cariño. No tengas miedo.

Pero sí lo tenía, estaba aterrada. Se cobijó en el pecho de su esposo y tocó la diminuta manita de su hija pensando en Lía. Donde estuviese, no dejaría que nada le ocurriera, tenía que tener fe y confiar en eso, en que ella los protegería. Al menos Geraldine tenía un ángel de la guarda que velaría siempre por ella.

Los minutos se volvieron eternos hasta que las luces de otro coche los iluminaron desde detrás. Salió una figura del vehículo. El conductor preparó el arma desde su asiento y Bri cerró los ojos preparándose para lo peor. Quiso gritarle que arrancara, que escaparan de allí, pero las palabras no le salieron. Sin embargo, no fue un disparo lo que escuchó después, sino unos golpecitos en el vidrio de la ventanilla que la hicieron sobresaltarse.

—¿Estáis bien?

La voz de Arthur nunca había sido tan bien recibida, apenas lo reconoció se animó a volver a abrir los ojos y recuperó el aliento que había estado reteniendo casi sin darse cuenta. Ella asintió y Alioth también.

—¿Podemos entrar en casa ya? No quiero estar aquí —pidió Brianna.

—Sí, hemos mandado otro equipo para que entre por el otro lado y vienen más refuerzos en camino. ¿Preferís volver al palacio o entrar en la casa?

Alioth posó sus ojos mientras esperaba a que ella decidiera, y Bri tuvo sus dudas. En cualquier lugar donde se encontraran estarían en peligro, pero por lo menos allí, en su propio hogar, nadie miraría con malos ojos a su bebé.

—Nos quedamos —sentenció, y nadie cuestionó su parecer.

Arthur asintió y le indicó al chófer que se pusiera en marcha, mientras él y los demás los seguían en el otro coche.

Tardaron un par de minutos más en llegar frente a la casa, que estaba rodeada por motos y demás vehículos en los que había llegado la seguridad extra. El centro de la agitación parecía ser la entrada, y fue por eso que Arthur y algunos más los condujeron por una entrada alternativa y subieron por las escaleras de servicio hasta el piso superior donde se encontraba el cuarto principal.

Había sido todo un acierto concederles la noche libre a sus empleados, Brianna no quería ni pensar en lo que podría haberles pasado.

Alioth depositó al bebé en medio de la cama y Bri se sentó en una punta.

—¿Vas a decirnos ahora qué es lo que está pasando? —exigió el príncipe, con lo que demostró lo alterado que estaba. Y con Arthur como receptor, parecía que le era mucho más fácil expresar su frustración y enfado de manera agresiva—. ¿Cómo es posible que alguien haya entrado en nuestra casa? ¿Dónde está toda esa seguridad que nos prometiste, Arthur?

—Eso mismo estamos intentando averiguar, Alioth. Ponerte así no nos va a ayudar, tenemos que tener la cabeza fría.

El príncipe soltó una risa seca.

—Es lo único que has dicho desde que mi padre te contrató, me hace preguntarme si no serás tú quién está detrás de todo esto. Tienes los motivos, los medios y hasta la mejor forma de cubrirte. La única pregunta es por qué sigues fallando, ¿cobardía, tal vez?

Bri se levantó de un salto y lo tomó del brazo antes de que alguno de los dos llegase a las manos.

—¡Alioth, ya basta! —Siseó asombrada por la dureza de sus palabras—. Y bajad la voz, vais a despertar a la niña. Creía que teníamos claro quién está detrás de todo esto, lo único que ha hecho Arthur es ayudarnos. Todos estamos nerviosos, pero no podéis pelearos como niños ni acusar a nadie sin pruebas.

—¿No es lo que hemos estado haciendo contra mi tío, Bri? —Inquirió él, más calmado, y apoyó una mano sobre la de ella que todavía descansaba en su brazo—. No hay nada que indique que quiere hacernos daño, no tenemos ningún tipo de evidencia en su contra. Solo sospechas.

—Pero todos estamos de acuerdo en esas sospechas. ¿No, Arthur? Y sabemos fue

Scott quien sacó esas fotos de Lía y de ti. ¿Qué más necesitamos?

El joven rubio negó con la cabeza.

—No, Bri. Lía no dijo eso, dijo que Scott la impulsó a acercarse a mí. Nada más. Las fotos las pudo haber sacado cualquiera, un *paparazzi* incluso.

¿Qué pasaba con él aquella noche? Bri buscó a Arthur en busca de ayuda, pero él se encogió de hombros.

—Alioth tiene razón —murmuró Arthur entre dientes con claro pesar por tener que reconocerlo.

—¿Y lo que Jenna me dijo? Tiene que tener algún valor.

Los dos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Lady Jenna? —se adelantó a preguntar Arthur con la voz ronca.

—Sí, esta noche, antes de que llegara nuestro queridísimo tío Víctor y se la llevara casi a rastras. Me dijo que esta familia tiene muchos secretos, que no tengo que confiar en nadie, que tenemos que tener mucho cuidado. Y habló de su esposo, de tu madre —detalló mientras miraba a su marido—, y hasta de tu padre. Anabelle estaba conmigo y lo escuchó todo. Podéis preguntarle. Nunca había visto así a Jenna. Y lo más curioso es que después de que lord Víctor se la llevara, Scott se acercó y nos dijo que no le prestásemos atención a nada de lo que pudiera haber dicho su madre, que llevaba toda la semana actuando así, raro.

—¿Actuando cómo? Estaba muy bien en la cena, tan seria y callada como siempre.

—Por favor. —Arthur frenó la conversación—. Antes se seguir, hay algo que no he tenido la oportunidad de deciros. Antes de recibir la alarma de aquí, estaba volviendo al palacio. Su majestad solicitó mis servicios de forma urgente. Hace más o menos una hora, el coche en el que viajaba Lady Jenna sufrió un accidente.

Capítulo 39

Con la cuna de la niña en su misma habitación para mantenerse a salvo todos juntos, al menos por esa noche y hasta que pudieran cambiar todas las cerraduras y establecer un nuevo protocolo de seguridad para la casa, Bri y Alioth todavía seguían anonadados por la noticia que Arthur les había dado.

—Tal vez deberías ir para saber qué pasa —propuso Brianna a Alioth.

Alioth puso las manos alrededor de su cintura y le besó el cabello.

—No voy a irme a ningún lado lejos de vosotras. Arthur dijo que nos llamaría por la mañana, Bri. Necesitamos descansar un poco, vamos a la cama, amor.

Cogió el cierre del vestido y se lo bajó por la espalda sin quitar sus ojos de los de ella reflejados en el espejo. Bri sacó los brazos y dejaron que la tela cayera en el suelo sin molestarse en levantarlo.

La abrazó y apoyó la cabeza en su hombro, cerró los ojos y disfrutó de ese instante de paz.

—Vamos a dormir, tú más que nadie necesitas descansar. Cierra los ojos, deja de pensar en todo esto, piensa en nosotros. Piensa en nuestra noche de bodas —le susurró al oído.

Ella soltó una risa y Alioth aprovechó su distracción para levantarla en sus brazos.

—No creo que esa sea una buena idea.

El príncipe arrugó la frente mientras la depositaba en su lado de la cama.

—¿Y por qué no? Es un buen recuerdo, especialmente a esta hora y en este lugar.

Se inclinó hacia ella sin terminar de soltarla y rozó sus labios con provocación. Brianna respondió, por supuesto, los dos deseaban lo mismo y solo hacía falta que uno de ellos se animara a tomar la iniciativa. Ambos necesitaban cerrar las puertas a sus problemas con el mundo y centrarse solo en ellos dos.

Colocó una mano sobre su mejilla, la enmarcó con su palma y volvió a besarla sin vacilación. Saboreó su boca y acarició la piel de su espalda desnuda. En el momento en que dejó de besarla, se desvaneció la magia que los rodeaba.

Bri colocó las manos en su pecho y abrió los ojos con lentitud, sin dejar de esbozar esa sonrisa llena de amor y adoración hacia él.

—No podemos, Alioth. Geraldine está aquí esta noche. No deberíamos.

—Está dormida, amor. Y es un bebé. Tienes otro dentro de ti todas las demás noches y no te has quejado por eso.

—¡Es diferente! —exclamó en un susurro.

Alioth continuó con su expresión enfurruñada.

—Si me dejaras hacerte el amor, después me lo agradecerías. Puedo hacer que te olvides de todo.

—Ya sé que sí —contestó ella. Luego sonrió por su rabieta, y estiró una mano con la que le peinó el cabello hacia atrás.

Alioth la miró con ojos de cachorrito.

—Y tú haces que yo me olvide de todo.

—Creo que por hoy tendrán que bastarte mis besos, amor.

Él fingió disgusto, pero no pudo resistirse a la mirada que le estaba dando y terminó buscando sus labios una vez más.

—Me conformaría con soñar con el recuerdo de tus besos, Brianna. —Ella alzó las cejas con suspicacia—. Bueno, no por siempre, pero una noche creo que podría pasar.

—Eso me gusta más —compuso complacida—. Y yo me conformo con perderme en tus ojos, es todo lo que necesito para ser feliz.

—Al menos por una noche —agregó Alioth con una risa y la besó en la frente antes de levantarse y empezar a desvestirse de camino al armario.

Cuando regresó con el pijama puesto, también lo hizo con un fino camisón de seda para su esposa y la ayudó a colocárselo porque todos sus movimientos estaban más limitados desde que la barriga le había empezado a crecer.

Se acostaron y él la abrazó desde atrás porque Bri prefería dormir mirando hacia su derecha las últimas semanas, pero también pedía que cubriera su espalda para sentir su calor.

Y él no iba a negarse, ni siquiera necesitaba que se lo pidiera.

—Tengo miedo, Alioth —la escuchó decir—. Estoy muy asustada.

—No lo estés —dijo, acariciándole el cabello como sabía que a ella le gustaba. Además, aquello también lo tranquilizaba a él—. No voy a dejar que nos pase nada malo.

Brianna estiró la cabeza hacia atrás y la giró un poco para mirarlo.

—Es eso lo que me asusta. No es a mí a quien quieren hacerme daño, Alioth. Es a ti. Tienes que prometerme que no harás nada estúpido que te ponga en peligro.

Alioth apretó los labios, considerándolo.

—Te puedo prometer que voy a hacer todo lo posible por salir sano y salvo de esto, Bri, para que cuando todo termine podamos estar juntos con nuestros niños.

Ella hizo un gesto que demostraba todo su miedo.

—Eso no es suficiente.

—Confía en el amor que te tengo, Brianna. Confía en que haré todo lo posible para pasar el resto de mi vida contigo.

La joven se mordió los labios y lo abrazó. Él supo que lo hacía para no llorar, que las emociones estaban a flor de piel últimamente, con su embarazo, su reciente maternidad casi obligada y la amenaza que pendía sobre sus cabezas, su sensibilidad se había multiplicado.

—Durmamos un poco, preciosa. ¿De acuerdo? Nos sentiremos mejor por la mañana.

No sabía cuantas horas había dormido, a él le parecieron apenas segundos desde que había cerrado los ojos cuando oyó el llanto de la niña. Brianna se movió y atinó a levantarse por inercia.

—Quédate, iré yo —susurró Alioth, y la besó en la frente antes de volver a cubrirla con las mantas.

Se calzó las zapatillas que estaban junto a la cama y caminó en medio de la oscuridad hasta chocar contra la cuna. Encendió la lámpara más próxima y sonrió al ver a Geraldine; tan pequeñita que era y cómo podía gritar de esa forma.

La alzó sin prisas a pesar del llanto incesable, y cogió una de las mantas que había en la cuna para taparla y salir de la habitación.

—Vamos a dejar que mamá duerma esta noche. Así que sé buena con papá y ten mucha paciencia con él, ¿vale?

No miró a los guardias apostados en la puerta de su cuarto, pero cuando empezó a caminar en dirección a la cocina sintió que alguien lo estaba siguiendo. Como nunca antes había hecho, miró hacia atrás para comprobar quiénes eran los que se quedaban y quién lo acompañaba. Había llegado a la conclusión de que ya no se podía confiar ni en la que decía ser su propia gente, no hasta que atraparan a los responsables de sus ataques.

Llegó a la cocina, donde el desorden todavía perduraba. Había sido buena idea dejar a Brianna durmiendo, y esperaba tenerla en la cama hasta que llegaran los empleados por la mañana y empezaran a limpiar todo aquello.

En una de las esquinas incluso había sangre que debía de pertenecer a uno de sus guardias muertos o heridos. Pensó en la magnitud que había tomado esa amenaza, se habían acabado los intentos, ahora ya se habían cobrado varias vidas.

Revisó la heladera y soltó un suspiro de alivio al ver que todavía había un biberón con la leche preparada que solo necesitaba calentarse. Y eso era rápido de hacer.

—Ya está cariño, aquí está —dijo, acomodó el babero debajo de la barbilla de su hija y puso el biberón en su boca.

El silencio llegó al instante y Alioth sonrió con ternura al ver cómo ella devoraba con avidez, casi con placer. Era increíble lo bien que podía sentirse una persona cargando a un hijo, nunca se había imaginado tan de feliz como lo era cuando la tenía en sus brazos. Era un amor infinito, profundo, pero también una responsabilidad, y le aterraba la idea de no poder protegerla como necesitaba.

Pero lo haría, estaba dispuesto a dar su vida por ella sin dudarlo ni un segundo.

Llegaron al palacio a media mañana y dejaron a Geraldine con Ana, quien los esperaba más que dispuesta a cuidarla mientras ellos se dirigían a atender la llamada del rey. Arthur los había contactado más temprano como había prometido para informarles de que, como ya sospechaban, la duquesa no había sobrevivido al accidente.

En el despacho de Ewen solo estaban él y Arlet. Antes de entrar se habían topado con Jess, que intentaba oír algo a través de la puerta, pero los guardias no la dejaban acercarse a menos de tres pasos.

Sin prestarle mucha atención, puesto que ella y Alioth seguían distanciados, los dos entraron al despacho. El rey estaba sentado detrás de su escritorio, como de costumbre, y Arlet pasaba los canales de noticias una y otra vez.

—Al fin habéis llegado. ¿No os habéis encontrado a los periodistas en la puerta? —preguntó la mujer.

—Entramos por detrás —dijo Alioth antes de ser interrumpido por su esposa.

Brianna se ahorró los preámbulos.

—¿Qué le sucedió a Jenna? ¿Cómo es que iba sola en el coche? Salió de aquí con lord Víctor y Scott. ¿Dónde estaban ellos cuando el coche se estrelló?

—¿Por qué no os sentáis? —pidió Ewen.

Brianna y Alioth tomaron asiento en un sofá doble y él lo hizo en el sillón de una plaza que quedaba libre frente al de Arlet.

El príncipe envolvió a su esposa con un brazo para intentar tranquilizarla y ella le tomó una mano, pero ni por un segundo le dio a entender que iba a calmarse, permaneció firme a la espera de una respuesta. Él también lo hizo, pero la postura decidida y casi agresiva de Brianna lo tenía sorprendido.

—Lo que hemos informado a los medios ávidos por información es que Jenna tuvo un accidente cuando iba de camino a casa de su hermana —comentó la reina—. Pero esa no es la verdad. Y lo que vamos a deciros ahora no puede salir de estas cuatro paredes ¿entendido?

—Mamá, ¿Qué quiere decir eso? ¿Estás diciendo que les habéis mentado a los

medios? ¿Por qué?

—Porque la verdad es demasiado escandalosa, Alioth. ¿Por qué sino? El honor de este apellido está en juego, no podemos decirles lo que ha pasado. Tu tío Víctor nos contó lo que en realidad ocurrió para que entre todos acordásemos a la mejor forma de cubrirlo. El pobre está destrozado, tenemos que entenderlo.

—¿Destrozado? —se burló Bri, y Alioth le dio un apretón en el brazo—.Dínoslo, Arlet. Por favor.

—Jenna estaba en ese coche porque se disponía a huir con su amante. Dejó una escueta nota a su familia y es por eso que Víctor lo confirmó, ya llevaba sospechándolo un tiempo. Se escapó con una maleta con ropa, joyas y dinero. Tal vez el accidente ocurrió porque el cielo nos sonrió —agregó, como si lo que decía fuera pura lógica—. Es preferible un funeral a un escándalo.

El príncipe miró a su madre como si estuviera loca y no se atrevió ni a atisbar hacia Brianna porque sabía lo que encontraría en su rostro.

—Mamá —susurró—. La tía está muerta. ¿Cómo puedes decir que el cielo nos sonríe?

—Porque tu querida tía odiaba todo lo relativo a esta familia. Primero planeaba huir, ¿Y después? ¿Qué crees que habría sido capaz de hacer después? ¿Develar todos nuestros secretos ante la prensa? —Se hizo un largo silencio en el que nadie dijo nada.

Su tía podía ser reservada pero no era el monstruo del que su madre estaba hablando, Alioth lo sabía. Tenía recuerdos muy bonitos de Jenna, en especial de cuando era niño, cuando Scott y él todavía jugaban juntos en su casa y ella siempre estaba presente con una resplandeciente sonrisa y un plato con galletas recién horneadas. La reina jamás le había cocinado nada y, siendo justos, siempre les había sonreído muy poco.

—Ya hemos oído lo que se dirá a los medios, y la versión de lord Víctor. Ahora me gustaría escuchar la verdad —dijo Brianna.

Ewen se enderezó en su sillón.

—¿Qué estás insinuando, Brianna? ¿Que mi hermano está mintiendo? Si hay otra verdad, ¿por qué inventar algo tan vergonzoso, por qué no contar toda la verdad?

Ella no titubeó por el tono cortante del rey ni por su mirada furiosa.

—Puede que la verdad sea mucho peor—musitó—, tan fea que es preferible decir una mentira tan desagradable y ridícula, a reconocer lo que hizo.

Alioth la creía.

Los dos mayores lo señalaron como un disparate.

Pero, por supuesto, ellos también podían estar mintiendo.

La tarde del funeral fue sombría, todos nadaban en un mar de mentiras, todo era pura hipocresía, desde el esposo viudo con la cabeza gacha y una mano en el cajón como si hubiese perdido lo máspreciado en su vida, hasta todas las que la lloraban haciéndose llamar amigas.

Alioth y Brianna estaban sentados en uno de los sofás de la sala del castillo del duque cuando Daniel se acercó. Ninguna de las mellizas había asistido y, junto a un séquito de guardias y su antigua niñera, las dos se habían quedado a cargo de Geraldine.

Bri le sonrió y lo invitó a sentarse a su lado, pero antes de hacerlo, Daniel extendió un brazo y le ofreció su mano al príncipe.

—Lo siento mucho, Alioth —dijo.

—Gracias. —Él la aceptó, cordial y agradecido.

El enfado había ido desapareciendo con los meses, lo que quedaba ahora eran los retazo de orgullo herido y algo del mal sabor de la traición. Pero era el único amigo que tenía y a pesar de todo, sabía que sería bueno con su hermana. Si tanto insistía ella en tener novio, no podía imaginar a nadie mejor.

—¿Cómo has estado? —preguntó Brianna al recién llegado—. Hace mucho que no te veo.

—Bien, Bri. Mejor que Scott al menos. ¿Lo habéis visto?

La joven volvió a ahogar la misma risa irónica que cuando le habían dicho que lord Víctor estaba destrozado.

—¿Y tú le crees? —Apuntó con la cabeza hacia el duque, que seguía de pie junto al cajón en el medio de la sala—. ¿También te crees eso? Son unos hipócritas.

Daniel sacudió la cabeza a ambos lados.

—Scott no es así, no es tan malo como pensáis. Quería a su madre de verdad. Tal vez si hablarais con él...

—Por más que lo entienda, hace mucho tiempo que la relación se rompió entre nosotros, Daniel —contestó Alioth.

—Pero acaba de perder a su madre, tal vez aprecie el apoyo —insistió Daniel.

Él estuvo a punto de decirle que se quitase esa idea de la cabeza, pero Bri le colocó una mano en su brazo y giró la cabeza lentamente hacia él como si tuviera una idea. Y la tenía, por la forma en la que levantó las cejas y curvó los labios, Alioth lo supo al instante. Los años que llevaban conociéndose no eran en vano.

—Alioth —susurró—, tal vez Dani tenga razón, quizás sea el momento adecuado para acercarnos a él. Nos convendría mucho tenerlo de amigo. Si queremos acabar con

esto de una vez, lo más conveniente sería poder tener a Scott de nuestro lado, seguirle el juego. Yo puedo hacerlo, esta es la oportunidad perfecta.

—¿Seguirle el juego? ¿Qué juego? —preguntó confundido—. Ni se te ocurra, Brianna. Si son ellos los responsables, es muy peligroso. Y si no lo son, nos ganaríamos otro enemigo más.

—Pero él no va a hacerme daño, cariño, no a mí. Además, las cosas no pueden ponerse peor de lo que ya están.

—Estás embarazada de mi hijo, es razón más que suficiente para que me niegue. Y él está loco —siseó furioso—. Me pediste que no hiciese ninguna locura, ¿y ahora quieres hacerla tú?

Ella se quedó muda, pero por el brillo que tenía en los ojos, sabía que consideraba que aquella era una idea demasiado buena como para abandonarla. Y lo era, le daba ese crédito, pero él no se arriesgaría de esa forma, jamás le permitiría enfrentar un peligro semejante.

—No es una locura. Piénsalo bien. Si podemos pretender que estamos dispuestos a dejar el pasado atrás: las discusiones, las cosas horribles que me dijo, este es el momento. Si Dani tiene razón, estará al menos un poco más sensible.

Alioth negó.

—No. Si descubre que lo estás engañando, solo irá a peor. —Ella abrió la boca para refutarlo, pero él le apuntó con un dedo—. Recuérdalo, Brianna. No eres una buena actriz.

—En eso apoyo a Alioth —comentó Daniel—. Pero, ¿podríais decirme de qué estáis hablando?

—Alioth te lo contará. Enseguida vuelvo. No te alteres, mi amor, solo será un minuto.

El príncipe la vio alejarse sin poder hacer nada, no podía seguirla y cogerla para apartarla de su objetivo, sería casi un escándalo. Con todo lo que estaba ocurriendo, la boda apresurada, el nacimiento de Geraldine, el próximo bebé y ahora la muerte de su tía, estaban en el punto de mira de su círculo social y del mundo entero, lo último que necesitaban era otro motivo para que todo explotara.

La observó acercarse a Scott, que estaba apoyado en uno de los ventanales totalmente solo. Ella le habló y, aunque no pudo oír lo que decía, supo que Scott ya había caído.

El plan de Brianna había comenzado, y Alioth temía por cómo podía terminar.

Capítulo 40

Durante las próximas semanas no tendrían mucho de lo que ocuparse. No habría reuniones ni compromisos oficiales a los que asistir en señal de duelo por el fallecimiento de Jenna.

Esa mañana la habían pasado holgazaneando en la cama hasta que Geraldine se despertó y luego jugaron con ella sin ningún tipo de prisa por levantarse. Brianna estaba sentada en el suelo del jardín con las manos en la tierra intentando imitar a su jardinero para trasplantar una pequeña planta de la maceta pequeña en la que había llegado a una más grande, cuando el mayordomo, Lincoln, apareció y anunció unas visitas.

—No estaba seguro si dejarlo entrar, alteza, pero no podía dejarlo afuera. No me apreció apropiado.

Ella se puso de pie y se limpió las manos con un trapo mientras lo miraba intrigada.

—¿Por qué tanta preocupación, Lincoln? ¿Quién ha venido?

—Lord Scott, alteza.

No tendría que haberse sorprendido, pero lo hizo. No pensó que Scott la buscaría tan pronto. Tan solo habían pasado dos días desde el funeral de Jenna. Su plan estaba funcionando mejor de lo que creía, o por lo menos, eso imaginaba por su repentina aparición.

—¿Desea que le diga al señor que no puede recibirlo?

—No, no. Yo lo veré. ¿Dónde está Alioth?

—Su alteza real está en el despacho. ¿Desea que le avise que lord Scott está aquí?

—Sí, Lincoln. Gracias.

Se miró la ropa que llevaba puesta, no era nada sofisticado como lo que había estado usando desde que se había convertido en una princesa oficialmente, pero estaba limpia, con excepción de las manos, que después se lavarían en la cocina.

Tampoco pretendía impresionar a nadie. A diferencia de lo que pensaba Alioth, ella solo quería acercarse a Scott como una amiga. Nunca se le pasaría por la cabeza intentar algo más con el idiota de su primo, la principal razón por la que estaba haciendo todo eso era porque estaba convencida de que él y su padre estaban detrás de los atentados en contra del hombre al que amaba.

Antes de entrar al salón, lo espió por la puerta entreabierta. Scott estaba solo, sentado en un sofá con la mirada perdida en un punto fijo. Calculaba que Alioth no tardaría en llegar, de modo que decidió entrar sola primero y tantear las intenciones de

Scott.

—Ey —saludó con una sonrisa ensayada, y él se puso de pie al instante.

—Hola, Bri —musitó él con gesto cortés—. Espero no molestar.

Ella sacudió la cabeza enseguida y le señaló que volviera a sentarse, haciendo ella lo mismo en un sillón a su derecha. En ese pequeño tiempo de silencio lo estudió lo más a fondo que pudo. Seguía vestido de luto e imaginaba que lo haría durante un tiempo, al igual que su padre. Iban a estar al margen de la vida pública durante un tiempo.

También estaba pálido, demacrado, y su postura no era propia de él. Bri no pudo evitar preguntarse si estaba actuando o era real. Su lado sensible, su lado de madre, sentía lástima por él y quería creerle, pero su lado sensato le indicaba todo lo contrario.

—No es ninguna molestia, Scott —dijo de todos modos—, me alegra que hayas decidido venir. ¿Cómo has estado estos días? Imagino que no debe de ser fácil estar en tu casa, sin ella.

—No, no lo es —contestó pesaroso, y arrugó la frente—. Para ser honesto, nunca creí que pudiera sentirme así. La verdad es que después de desayunar a solas con mi padre al día siguiente del funeral cogí mis cosas y me largué de allí.

Aquello era una novedad para Brianna.

—¿Te has ido de casa? ¿Dónde estás viviendo?

—Estoy en casa de los Hamilton. Pero es temporal. Cuando no está en la universidad, Daniel pasa la mayor parte del tiempo con Jess, así que me deja solo con su familia. Su hermano me detesta, como bien debes saber, y sus padres solo me toleran por mi apellido y los privilegios de ser amigos de mi familia. Así que estaba pensando en mudarme al palacio por un tiempo. ¿Crees que a mi tío le molestará?

—Claro que no, estará encantado de poder ayudarte. —lo alentó, pues sabía que a Ewen y a Arlet poco les importaban los sentimientos de su sobrino. Más bien pensarían en cómo los dejaría aquello frente a los medios. *Una familia unida, la familia perfecta*—. Estarás mejor cerca de la familia, Scott.

Y también más vigilado.

—Sí, eso pensaba. —Asintió sin dejar de mirarla—. ¿Y tú cómo estás?

—¿Yo? Con seis kilos de más, pero bastante bien —compuso, y sonrió sin fingir, pensar en su bebé la ponía de buen humor.

—Yo creo que estás preciosa —respondió Scott, por primera vez sin hacerla sentir incómoda. No era el vistazo que solía echarle y que tanto la irritaba. No estaba haciéndolo con ninguna connotación sexual ni sugerente de algo más—. Pareces radiante, feliz.

—Porque lo soy, Scott. A pesar de todo lo que está pasando, soy feliz con mi vida. Tal vez no lo entiendas.

—No, Brianna, yo estaba equivocado—la interrumpió—. Te debo una disculpa.

—¿Solo una? —preguntó ella por lo bajo sin poder contenerse, y al segundo deseó poder darse un golpe en la cabeza. Alioth tenía razón, no tenía cualidades como actriz ni como agente secreto. Si estuviera en una misión real, probablemente ya la habrían descubierto.

Pero Scott no se lo tomó a mal y soltó una pequeña risa.

—Millones de disculpas si tomamos en cuenta todo lo que he dicho y hecho desde que nos conocemos —corrigió—, pero no puedo pretender que las aceptes. Hasta yo sé que hay un límite para todo.

—Sí puedo hacerlo —agregó ella con prisa—. Todos cometemos errores y yo nunca te di realmente una oportunidad ¿no?

Los ojos de él se iluminaron, aunque negó con la cabeza.

—Aun así, eso no me daba derecho a ser tan...

—¿Idiota? —sugirió—. Mira, Scott, el día del funeral no estaba siendo amable por cortesía, todo lo que dije era cierto. Si tú quieres, podemos hacer que esto funcione. Ser amigos, quiero decir. Sé que a tu madre le habría gustado que Alioth y tú os llevarais mejor, que te sintieras a gusto con tu familia.

El joven asintió varias veces mientras ella hablaba, pero su sonrisa se fue borrando poco a poco a medida que ella avanzaba.

—¿Y qué opina Alioth de todo esto?

—Bueno —dijo una voz desde la puerta—. Yo solo obedezco los deseos de mi esposa. Si ella está dispuesta a perdonarte y la hace feliz recibirte de nuevo como nuestro amigo, no veo porqué negarme.

Scott se levantó y ambos se miraron sin decir nada por un momento. Brianna cruzó los dedos, porque Alioth no estaba mirándola y no había forma de hacerle ninguna señal para que se controlara. Ninguno de los tres parpadeó hasta que el príncipe estiró un brazo y Scott no dudó en estrecharle la mano.

—Supongo que el esfuerzo no va a matarnos a ninguno de los dos —murmuró Scott y sonrió, pero no a su primo, sino a Brianna.

Como si tratara de marcar territorio, Alioth se sentó al lado de Brianna y pasó un brazo sobre sus hombros. Ella le dio un codazo disimulado, pero lejos de sentirse avergonzado por actuar como un adolescente que ya no era, sonrió con suficiencia.

Bri suspiró y tocó la campana para llamar al mayordomo. Si iban a estar los tres juntos en un mismo cuarto durante más de dos minutos era mejor que al menos tuvieran algo para comer y beber. Ella tendría que conformarse con algo que tuviera chocolate,

los hombres, en cambio, necesitarían una copa de algo más fuerte.

El cumpleaños de las mellizas siempre había sido un día de gran celebración, pero ese año tuvo que convertirse en una reunión muy privada. La muerte de Jenna estaba demasiado reciente todavía.

Tan solo habían pasado tres semanas y, además de que por protocolo de seguridad no hubiesen podido organizar ninguna fiesta, nadie tenía ánimos para celebrar nada. A pesar de fingir lo contrario, las mellizas estaban al tanto de la muerte de su tía encerraba algo más oscuro de les habían contado.

Jessania podría parecer superficial y desinteresada la mayor parte del tiempo, pero era quien más rápido se enteraba de todo, y Brianna estaba descubriendo que no había forma de convencerla de lo contrario cuando se le metía una idea en cabeza.

—¿Por qué de repente os habéis hecho *tan* amigos? —preguntó.

Viendo que no iba a quitársela de encima hasta que le diera una respuesta, Bri le contestó.

—No somos *tan* amigos, Jess. Solo estamos intentando llevarnos mejor. Perdió a su madre hace unas semanas, necesita apoyo.

—¿De verdad esperas que me lo crea? ¿Te crees que soy estúpida? Tú lo odias, y Alioth también. Estáis planeando algo, lo sé, lo huelo. Y Daniel también lo sabe, pero no quiere contármelo.

Bri se detuvo y soltó una risa por la expresión consternada de su cuñada.

—¿Y cómo es que no has obligado al pobre Daniel a contártelo? Es tu novio, ¿no?

Jess se movió incómoda y miró hacia donde se encontraba el susodicho junto a Alioth y el señor Hamilton.

—Vuelven a ser amigos, me da miedo que, si obligo a Daniel a contármelo todo, yo provoque que Alioth pierda la confianza en él otra vez. Tiene que haber algún motivo por el que Daniel no me lo ha dicho aún.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó la joven pelirroja—. Si ya lo sabes, ¿por qué me preguntas a mí? Por supuesto que hay un motivo por el que no debes saberlo, es más seguro así.

Jess jadeó y volvió a pisarle los talones mientras salían al pasillo.

—¡Eso no es lo que quería decir! Puedo tolerar que él no me lo diga, pero tú tienes que hacerlo. ¿Somos amigas, o no?

—Yo creía que éramos más como hermanas —murmuró, y siguió su camino hacia la sala rosa de la planta baja donde sabía que se encontraría a la niñera con su hija.

—Las hermanas no se guardan secretos, Brianna.

—¿De verdad crees que eres la más adecuada para decir eso, Jess?

Jessania la miró enfurruñada por un instante antes de dar media vuelta y volver al salón grande, mientras se quejaba en voz alta y hacía sonar los tacones en el resbaladizo suelo del pasillo.

Bri por fin pudo entrar a la sala, lo primero que vio fue a Scott sentado en la mecedora con su hija en brazos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y sus palabras salieron antes de que pudiera moderar el tono con que las pronunció.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Anabelle, a quien no había visto antes, se levantó del sofá que estaba a su derecha e intervino.

—Tranquila, Bri. Vine a echarle un vistazo a mi sobrina y Scott me ha acompañado. No te molesta, ¿verdad? Pensé que no habría problema.

La joven rubia estaba detrás de la mecedora para que su primo no pudiera ver su expresión. A diferencia de su hermana, ella sí sabía toda la verdad. Siempre se había llevado mejor con Scott que Jess, y Brianna confiaba en que lo vigilaría de cerca mientras él se quedaba en el palacio.

Ana tenía un carácter mucho más dulce y sereno que haría muy difícil que Scott sospechara de ella. Si le hubiese encargado el mismo trabajo a Jessania, la joven se habría lanzado sobre él como un lobo o habría entrado a revolver su habitación cuando él estuviera durmiendo.

—No —balbuceó—. Perdona, Scott, me he sorprendido, eso es todo. No esperaba ver a nadie más que la niñera. Soy un poco sobreprotectora cuando se trata de mi hija, no quiero que nadie le haga daño.

Él se levantó de la silla, todavía con Geraldine en sus brazos.

—Y con toda la razón, es preciosa. Nadie en su sano juicio querría hacerle daño.

Brianna levantó las cejas.

—Yo puedo pensar en algunas que sí. ¿Dónde está la niñera?

—Ha dicho que iba a la cocina a preparar más biberón. No confía en que nadie más lo haga.

—Es bueno saber que de verdad obedece mis órdenes. No estaba convencida de contratarla, pero Alioth insistió en que necesitamos un poco de ayuda mientras esté embarazada.

—Si me dejaseis mudarme con vosotros no tendríais que contratar a nadie —comentó Anabelle, y tomó a la bebé dormida de los brazos de Scott para ponerla en el cochecito—. Y es obvio que no será solo durante el embarazo. Cuando tengáis dos bebés que cuidar vais a necesitar toda la ayuda posible.

—Ya te lo dije, Ana. No es a mí a quien tienes que convencer para que eso suceda.
Ana hizo una mueca de disgusto.

—Genial. ¿Listo para volver, Scott?

—Te sigo en un momento, Ana —dijo él, y se paró al lado de Brianna antes de salir—. Sabes, Bri, agradezco al cielo que no me hayas oído cuando me ofrecí para encargarme del asunto. Habríamos cometido un error terrible.

La princesa no tardó en entender a qué se refería. Estaba hablando de Geraldine y de la vez que le había insinuado que podía hacerla desaparecer si ella se lo pedía.

—¿Lo dices en serio, Scott? —inquirió.

No sabía si estaba siendo estúpida o él estaba siendo sincero. En su mirada no había cinismo ni nada que indicara que estaba mintiendo. Nunca lo había tenido por un buen actor, y si se estaba riendo de ella, estaba haciendo un papel formidable.

¿Podía ser posible que la muerte de su madre le hubiese cambiado? ¿O quizás lo único que necesitaba era una oportunidad para mostrar su verdadero yo? Tal vez Daniel tenía razón, y Scott no era el monstruo que siempre habían visto.

Scott le dedicó media sonrisa.

—Claro que sí. Pero, Bri, que reconozca que estaba equivocado no quiere decir que mis sentimientos hayan cambiado.

—¿Qué quiere decir eso, que todavía me odias? —preguntó ella. Fingía que no entendía nada, aunque supiese interpretar su mirada y sus palabras a la perfección.

—Yo nunca te he odiado. Creo que siempre te quise demasiado, Brianna. Mi gran error fue no saber cómo demostrártelo. Dejé que Alioth ganara esa batalla.

Estaba realmente sorprendida, no creía que estuviese actuando, pero eso solo hacía que se sintiera más y más incómoda.

—Scott, esto nunca fue una competición. No hay ganadores ni perdedores.

—No es lo mismo desde mi punto de vista —respondió él, y la cogió de la mano—. Pero está bien, poco a poco voy a ir aceptándolo. Por ahora voy a concentrarme en merecer ser tu amigo y el de Alioth, por una vez. Si él puede hacer el esfuerzo por ti, yo también.

—No está bien que lo hagas por mí, Scott. Tienes que hacerlo por ti, porque es lo correcto, porque te hará bien estar cerca de tu familia.

—Lo sé. Pero paso a paso. Yo también necesito mi tiempo.

Bri asintió y quitó su mano de la de él con delicadeza. No quería ser muy obvia, pero la ponía nerviosa tenerlo tan cerca. Fuera como fuese, no podía bajar la guardia y creérselo todo de un día para otro.

—Por supuesto —coincidió, y se acercó a su hija.

—Debería regresar —anunció él.

De pronto Brianna tuvo una idea y decidió que no podía dejar pasar esa oportunidad.

—Espera, Scott. No te he preguntado, ¿cómo está tu padre? ¿Lo has visto o has hablado con él?

El joven suspiró.

—No mucho. Solo te puedo decir que no está nada contento conmigo viviendo aquí. Piensa que debería regresar a casa. Ya sabes cómo es esto, solo le importa cómo queda él ante los ojos de los demás. Y, por supuesto, la competencia.

Las cejas de la joven se alzaron.

—¿Competencia?

—Entre el rey y él. Entre Alioth y él. El trono, la corona. Ahora entre tu hijo y él, supongo. Cada vez está más lejos y eso es algo que nunca va a aceptar.

Brianna no sabía si gritar, llorar o reír. ¡Allí estaba! Todo lo que había estado esperando, Scott estaba hablando, por fin. Por un instante la dejó sin palabras, y cuando creyó recuperar el habla, la puerta se abrió y la niñera entró con una gran sonrisa y el biberón en la mano.

—Te veo luego —dijo Scott.

Bri estuvo a punto de salir detrás de él para seguir interrogándolo, pero Alioth apareció justo cuando su primo cruzaba la puerta y tuvo que dejar pasar la idea.

El príncipe asintió hacia su primo en señal de saludo y entró a la sala con una expresión de enfado e incredulidad.

—¿Qué hacía él aquí? ¿Acaso te está siguiendo otra vez?

Brianna soltó un bufido y le señaló el sofá.

—No, nada de eso. Siéntate un segundo. —Se acercó a la niñera y la despidió amablemente—. Es todo por hoy, yo me ocuparé de mi hija el resto de la noche. Puede salir y decirle al chófer que la lleve a su casa.

Bajo la atenta mirada de los dos, la señora se retiró y entonces pudieron estar solos. Antes de sentarse junto a su esposo, Bri se aseguró de que el estuche que mantenía la leche en el biberón estuviera bien cerrado. Geraldine dormiría un rato más, así que esperaba no tener que volver a calentarla.

—¿Vas a decirme ahora qué hacía él aquí? —inquirió Alioth cuando ella se aproximó, justo después la sentó en su regazo.

—Ya estaba aquí cuando vine a ver cómo iba todo. Estaba cogiendo a Geraldine y meciéndome en la silla.

Todos los músculos de Alioth se tensaron.

—¿Qué?

—Baja la voz y no te alteres —susurró ella—. Yo también casi entro en pánico al

verlo, pero Ana estaba con él. Ella lo trajo, según me dijo. Ya sabes cómo es Anabelle, Alioth. Es dulce y buena, pero no es tonta. No lo hubiese traído si creyera que le haría daño a la niña.

—Sí, pero la idea de tenerlo cogiendo a mi hija me pone nervioso. Él me odia, a pesar de lo que diga o haga. Tal vez si Geraldine también tuviese tu sangre no me preocuparía tanto, me estoy convenciendo de que él te adora a pesar de que te casaste conmigo. Puedo apostar que aceptaría al bebé que llevas en tu vientre como propio si le dieras la oportunidad.

—¿Qué cosas dices, Alioth? Vale ya, esa forma de pensar no va a ayudarnos —se quejó—. Y si te deja más tranquilo, creo que ha aceptado que quiero a Geraldine como si fuese mi hija. Me ha dicho que era preciosa y que habría que estar loco para querer hacerle daño. También me ha dicho algo sobre su padre.

—Vaya, te ha dicho muchas cosas para haber estado solo unos minutos —murmuró, mordaz.

Con ese comentario se ganó un golpe en el brazo.

—Nunca vas a madurar, ¿no?

—¡Ay, amor! —suspiró—. Si madurar significa que deje de tener ganas de matar a cualquier imbécil que se te acerque, no. Creo que voy a estar verde para siempre.

Brianna y Ría estaban sentadas en el jardín delantero de su casa de campo mientras miraban una revista con ideas para la celebración del bautismo de la pequeña Nina, quien dormía plácidamente junto a Geraldine en su cuna.

La princesa disfrutaba de sus días libres y de tener una amiga nueva con quien compartir momentos que con nadie más podría disfrutar. Le habría gustado acompañar a Zoe la preparación del bautismo de Bradley pero, por desgracia, su hermana estaba dejando que su madre la ayudara con ese tema y Bri prefería mantener las distancias con ella.

Por su parte, esperaba a que su hijo naciera y así realizarían una sola ceremonia para los dos bebés. Además, estaba segura de que no podría opinar mucho, Arlet y las asesoras lo organizarían todo. Lo único que discutiría sería la elección de los padrinos.

Ría alzó la cabeza de la revista y miró a sus cuatro hijos, que bajaban corriendo una colina por el campo y se dirigían hacia ellas.

—A los niños les encanta este lugar. Y a mí me encanta que corran así, se cansan tanto que a la noche tienen hasta prisa por irse a la cama.

Bri sonrió.

—Y a mí me encanta tenerlos por aquí, siempre son bienvenidos. Se me ha olvidado contarte que ayer hablé con un directivo del colegio, como te comenté. La directora ya nos ha guardado plaza a todos, incluida la hija del abogado de mi suegro. ¿No es genial? Todos nuestros pequeños van a estar en el mismo año, todos juntos, van a ser como una familia.

La otra mujer se mostró asombrada.

—¡Guau! ¿Sabes las veces que encontrar plaza para uno de los niños en ese colegio? Nunca lo he conseguido.

—Sí, bueno, supongo que el título tiene sus ventajas, ¿no? —comentó Bri, algo avergonzada. No se sentía orgullosa haciendo valer su apellido para obtener privilegios, pero en el mundo en el que vivían, a veces era necesario. El colegio no era prestigioso solo por sus instalaciones o su ubicación privilegiada, sino que, tras terminar sus estudios allí, podrían acceder a cualquier universidad, incluso las mejores del mundo—. Si quieres puedo hacer entrar a tus niños, no me costaría nada hacer otra llamadita.

—No lo sé. Tendría que pensarlo bien, no quisiera alterarlos cambiándolos de colegio ahora que ya están instalados, pero te lo agradezco mucho.

Brianna sonrió.

—Ya mes las puedo imaginar, Nina y Geraldine, Bradley y mi pequeño. Van a ser mejores amigos, y nosotras tendremos la excusa perfecta para vernos continuamente.

—¿Todavía no os habéis puesto de acuerdo en el nombre de *tu pequeño*? —preguntó Ría entre risas.

Bri hizo una mueca.

—No. Ewen insinuó de una forma muy descarada y directa que le encantaría que se llamara igual que él. ¿Puedes creértelo? Lo último que me faltaba.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —respondió—. Pero no quiero que mi hijo se llame así. A veces me gustaría tener un poco más de poder de decisión sobre mi vida, sobre mi matrimonio, sobre mis hijos. A fin de cuentas, Geraldine es un alivio, con ella puedo hacer lo que quiero porque Arlet no se mete. Lo cual también es triste.

—Muy triste. No va a ser fácil, pero no pienses en ellos, Bri. Esa niña es muy afortunada de tenerte a ti, le bastará con que tú la quieras, créeme, no muchas estarían dispuestas a hacer lo que tú. Cuando crezca lo entenderá.

—Espero que sí, Ría. Voy a intentar ser una buena madre, aunque por el momento no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo.

Ría se levantó de la silla, pero antes le dio una palmadita en el hombro.

—Y no creo que eso cambie, Bri —comentó—. Mírame a mí, tengo cinco, pero cada uno es diferente. Cuando crees que lo sabes todo sobre ser madre, te sorprenden y te demuestran que estás equivocada. ¿Dónde se han metido ahora?

Esa era la razón por la que Brianna la adoraba, siempre decía algo que la hacía sentir mejor, algo completamente honesto.

—Deben de haber visto a Brad y a Alioth. Déjalos, seguro que están con el coche. Alioth hizo que lo trajeran para guardarlo aquí. A veces tiene que verlo y darle un poco de cariño.

—¿Qué coche?

—El coche de Alioth. Su favorito, es como de edición limitada o algo así. Lo cuida más que a su vida.

Ría volvió a sentarse y le dedicó una sonrisa.

—Puede que más que a su vida, pero seguro que no más que a ti.

Bri le devolvió la sonrisa, porque sabía que era cierto.

A lo lejos vieron llegar un coche por el camino empedrado que ella reconoció enseguida como el de Daniel. No tardó mucho en estacionarse frente a la casa. Y no venía solo, por las puertas de atrás salieron Anabelle y Jessania, y del lado del acompañante, Bri vio también a Scott.

De pronto y sin previo aviso, la casa estaba demasiado poblada.

—¿Me vas a decir qué pasa ahora? —preguntó Brianna a su cuñada.

Cualquier otro día no le habría molestado que los cuatro llegaran de improviso, es más, le habría alegrado. Pero no aquel día. Había planeado pasar una tarde tranquila con Ría y su familia, sin más alboroto que los niños corriendo o los bebés llorando.

—Tengo información que creo que te gustará saber —comentó Anabelle—. Es sobre Scott. Para que veas que no me olvido de mi trabajo en ningún momento.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué has descubierto?

—Ayer fue mi tío al palacio. Fue a hablar con papá sobre algo y después fue a buscar a Scott. Estuvieron hablando en su cuarto como veinte minutos, y cuando el duque salió, parecía muy enfadado. Scott estuvo retraído y callado toda la tarde, ni siquiera cenó con nosotros. Cuando fui a preguntarle si estaba bien, me dijo que sí —agregó mientras encogía los hombros—, que solo quería estar solo. No le creí, por supuesto.

—¿Y no has podido escuchar de qué han hablado? ¿Ni siquiera un poquito?

—Lo he intentado, pero los gorilas del tío Víctor se han puesto en la puerta y no he

podido oír ni acercarme. Tú los has visto, toda su gente da miedo, son como matones, estoy segura de que los sacó de la mafia rusa o algo parecido.

—Sí, dan miedo —coincidió Brianna—. Pero crea que los asignaba el Departamento de Seguridad Real.

—No, desde hace años mi tío tiene su propia gente. A él nunca le pasa nada, ¿no te has dado cuenta? Con esas personas que contrata no hay quien se atreva a acercarse, ni los rebeldes antimonárquicos ni ningún otro protestante.

Para Brianna estaba claro que nadie nunca atacaba a lord Víctor, pero ella sospechaba que era porque él era la cabeza de todos los ataques.

—Entonces lo único que tenemos es que Scott pudo haber discutido con su padre ayer. No nos dice nada, con un padre como ese, podría haber sido por cualquier cosa.

—Ya sé que no es mucho, desearía poder sacarle algo más, pero Scott es muy cerrado. Está mucho más amable que antes, y hablamos de muchas cosas, pero nada personal.

Bri le sonrió y le dio un apretó suave en el brazo.

—Está bien, Ana. Tampoco quiero que hagas más, lo último que deseamos tu hermano y yo es ponerte en peligro. Ahora bajemos antes de que vengan a buscarnos y despierten a las niñas.

Después de volver al jardín con Anabelle, donde todos los invitados estaban charlando y riendo, Brianna volvió a entrar en la casa en busca de su esposo. Lo encontró en la cocina sentado solo en un taburete frente a la mesa y bebiendo una copa de vino.

—¿Qué estás haciendo aquí solo?

El príncipe sonrió y estiró una mano hacia ella para indicarle que se acercara.

—Estábamos teniendo un día tranquilo. Brad me cae bien, es un hombre inteligente. Es serio, honesto y noble. Ya sé por qué te gusta tanto Ría.

—Pero han llegado todos los demás—finalizó el pensamiento por él—. A mí también me ha molestado un poco, pero no podía decirles que no eran bienvenidos.

Alioth hizo una mueca.

—¿No es esa la ventaja de tener una casa propia? ¿Y por qué tienen que traer a ese imbécil con ellos? Puedo soportar a duras penas ver a mi hermana abrazándose y besándose todo el tiempo con mi amigo, pero te juro, Bri, que por más que lo intento, no puedo soportar a Scott. Por ti, lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero esto se está alargando más de lo que esperaba y no sé cuánto tiempo más voy a poder fingir.

—Alioth —musitó Brianna y se colocó frente a él—, existe la posibilidad de que

sea inocente ¿sabes? Desde que Jenna murió ya no parece el mismo, tú lo has visto. Es otra persona.

—¿Y tú le crees?

—Me gustaría hacerlo. Todo sería mucho más simple si fuera así. No tiene por qué ser igual que su padre.

—Y no lo soy —dijo una voz detrás de ellos—. Y por eso me duele tener que aceptar que él tuviera razón. Tú y yo nunca seremos amigos, primo.

Capítulo 41

Brianna se quedó helada por un segundo, pero no tardó en reaccionar y rompió el silencio que había inundado la cocina. Mientras, los dos primos se miraban de la forma más violenta que ella jamás había visto.

—Scott, lo has entendido mal —dijo Brianna, y levantó sus manos en son de paz.

El joven de pelo castaño sonrió y negó con la cabeza.

—Ni te molestes en justificarlo, Brianna. Lo he oído, lo he entendido muy bien. No es una sorpresa. Lo sospechaba, mi padre volvió a advertírmelo. Pero tenía la esperanza, la pequeña esperanza...

Brianna veía sus planes desmoronarse y entró en desesperación.

—Pero no es así, Scott.

—Claro que lo es. No confiáis en mí, él no confía en mí. Lo que no entiendo es porqué mentir, porqué pretender lo contrario. ¿Qué podríais ganar?

—Scott, por favor, escúchame un segundo —intervino Brianna. No podían perderlo, y menos aún ganarlo como un enemigo más acérrimo de lo que había sido antes. Lo miró directo a los ojos y susurró—: Escúchame. No es que Alioth no te quiera como amigo, es que le cuesta confiar en ti. ¿Y quieres saber por qué?

—¿La verdad, Brianna? No. No quiero, no me interesan sus motivos. ¿Qué sentido tiene? No estoy tan desesperado como para suplicar por estar en un lugar en el que no soy bien recibido.

Los engranajes de su cerebro comenzaron a moverse a toda velocidad buscando una respuesta lo suficientemente creíble que lo arreglara todo, que dejara a Scott satisfecho y tranquilo, al menos de momento. Sabía que Alioth no podría mantener otra mentira mucho más tiempo.

—¿Y por mí? Hazlo por mí, Scott, por favor. —Se sintió mal de inmediato, era un truco sucio jugar de esa forma con los sentimientos de una persona solo para obtener un poco de información—. Yo quiero que seamos amigos y tú también. ¿No es eso lo que me dijiste? Pero para eso necesito que al menos Alioth y tú os toleréis.

Scott pareció tener una lucha interna entre su amor por ella y la voz de su padre. Era ruin por su parte jugar así con él, y mucho más delante de su esposo, pero como una vez Arlet le había dicho, habría muchas cosas que tendría que hacer de las que no se sentiría orgullosa, con las que no estaría de acuerdo.

Ahora lo comprendía. A veces, no había opción.

—Está bien —dijo Scott, y soltó un suspiro de resignación—. Por ti.

—¿Algo más? —se quejó Alioth, y se levantó de la silla—. ¿Os doy un poco de privacidad?

La joven pelirroja lo miró, y el destello de furia que había en sus ojos hizo que Alioth se moderara.

Bri se volvió hacia Scott e inhaló profundamente antes de seguir.

—¿Recuerdas las fotos de Lía y Alioth en el club después de que nos comprometiéramos? —preguntó—. Sabemos que tú estabas ahí esa noche. Lía nos dijo que...

El joven alzó una mano y la detuvo.

—Sí, lo recuerdo. Yo envié a Lía con Alioth. Estaba insegura y le di ánimos. Quería probar que tú —dijo mientras apuntaba a su primo con el dedo—, no habías cambiado tanto como decías. Que, a pesar de todo, no podías serle fiel a Brianna como merecía.

—¿Como podrías haberlo sido tú? —se burló el príncipe.

—Exacto —coincidió Scott sin miramientos—. Y no me equivoqué, ¿verdad?

Alioth dio un paso hacia él y Brianna lo retuvo poniendo un brazo extendido delante.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Ni la más mínima idea— exclamó Alioth.

—Claro que sí. Usaste a Lía esa noche como todas las demás. Incluso después de tener a la mujer que amabas, no pudiste dejar tus hábitos atrás. Y al final, la pobre Lía pagó un precio muy alto.

Un músculo en la mejilla de Alioth tembló de tanto apretar la mandíbula.

—Eres un imbécil que no sabe lo que dice, no sé por qué me molesto. Esto no va a funcionar, Brianna. Déjalo.

—No —insistió—. Tenemos que hablar y conseguir entendernos. Es la única forma.

—Vamos a coincidir en que nuestras diferencias son irreconciliables —expresó el hijo de lord Víctor, y se cruzó de brazos.

Ella estaba decidida a llevar a cabo aquel plan, si se rendía ahora, sería como entregar a Alioth a sus enemigos con un lazo de regalo. Se llevó una mano al vientre donde el bebé no dejaba de moverse.

También tenía que hacer eso por él, su hijo corría tanto peligro como Alioth por ser el siguiente en la línea de sucesión, ambos estaban por delante de Víctor y no tenía dudas de que al hombre no le temblaría el pulso a la hora de deshacerse del bebé también.

—Todo es discutible —dijo—. Por favor chicos, no podemos pasarnos la vida peleándonos. Es agotador. ¿Por qué no nos sinceramos? —propuso y le sonrió a los

dos.

—Dios mío, amor —dijo Alioth—. Si es tan importante para ti...

—Bien —agregó el otro muchacho sin ánimos.

—Bien —repitió Brianna—. Scott, ¿Sacaste tú la foto de Lía y Alioth besándose en el bar?

La frente del aludido se arrugó antes de responder.

—Claro que no. ¿De dónde iba yo a sacar una cámara de fotos en ese momento? Ni siquiera tengo una en mi casa. Ya tenemos bastante con los *paparazzi* que nos acosan.

—Reformulemos la pregunta, entonces —contraatacó Alioth—. ¿Le pagaste a alguno de esos malditos fotógrafos para que sacara las fotos?

—No es necesario pagarles para que le saquen una foto a un príncipe en un bar besándose con una mujer que no es su prometida. Uno paga por el derecho a publicar la foto, Alioth. No me digas que no lo sabes.

Scott se dirigió a la botella de vino que Alioth había dejado en la mesa y llenó una segunda copa. Se bebió el contenido entero y volvió a servirse más. A Brianna la invadió la decepción. Muy en el fondo había deseado que no fuese cierto, que Scott no tuviera nada que ver con las maquinaciones de su padre.

—Entonces lo hiciste. Pagaste por las fotos para hundir a Alioth —susurró.

—No. Vi quien hizo la foto y lo pensé. Lo consideré. Pero estaba medio ebrio y furioso contigo también. En ese momento me dije que merecías que te hiciera eso de la misma manera en que tú me habías roto el corazón a mí al no darme nunca una oportunidad.

Una vez más, la dejó helada. A los dos. Alioth se había mostrado muy confiado de que tendría la respuesta que deseaba, y al oír todo lo contrario se quedó de piedra.

Aun así, sabiendo que su primo no mentía, siguió contrariándolo.

—Estás mintiendo. ¿Quién más iba a sacar las fotos y entregárselas a los miembros del Consejo al día siguiente? Ese *paparazzi* podría haber cobrado cientos de miles vendiéndoselas a la mejor revista.

—Mi padre y tu madre compraron las fotos —declaró como si soltarle todo aquello fuese su modo de venganza, y hasta incluyó una risa al final—. Todos siempre quejándose de lord Víctor y resulta que la víbora más grande de todas es la mismísima reina. El peor enemigo es el que está más cerca, Alioth. Es así desde tiempos remotos.

—Mi madre jamás haría algo así —declaró Alioth—. Si hubiera sabido de la existencia de las fotos las habría eliminado antes de que alguien más las viera.

Scott sonrió con suficiencia.

—Es obvio que estás equivocado porque eso no es lo que hizo. Ella y mi padre tienen una relación bastante estrecha, ¿sabéis? Los dos son muy... prácticos. Yo le dije

a papá lo que había visto en el bar cuando llegué a mi casa. Él se encargó de conseguir las fotos, pero antes de que pudiera hacérselas llegar a su amigo en el diario, la reina apareció en nuestra casa en mitad de la noche. ¿Cómo se enteró? No lo sé, supongo que tiene espías en mi casa, igual que en todos los demás rincones de esta ciudad. Se encerraron en el despacho y supongo que negociaron. Al final, los dos consiguieron lo que querían, aunque a mi padre no le haya durado mucho la alegría.

—Mi propia madre —susurró Alioth, y negó con la cabeza.

Bri le cogió una mano y la apretó con fuerza transmitiéndole su apoyo y comprensión. A ella ya no le sorprendían las hazañas de Arlet. No podía esperar nada menos de ella después de todas las lecciones que le había dado. En el diccionario de Arlet, ser reina significaba ser una arpía despiadada sin conciencia ni corazón.

El príncipe siguió negando con la cabeza.

—No, no. No puedo creer eso de mi madre.

Bri se puso de puntillas y pegó los labios a su mejilla.

—Yo creo que está diciendo la verdad —susurró—. Lo siento, cariño. Pero sabemos que Arlet... es capaz de hacer cualquier cosa.

Él giró la cabeza y la miró indignado.

—¿Qué ganaría mi madre enviando esas fotos al Consejo? —masculló—. ¿Qué ganaría ella con que tú las vieras? ¡No tiene sentido, Brianna!

Ella se preguntaba lo mismo, y no encontraba una respuesta.

—Hace mucho tiempo me resigné a que el funcionamiento de la mente de tu madre va más allá de mis posibilidades de comprensión, Alioth.

—¿Por qué no se lo preguntas? Habla con ella, Alioth —propuso Scott—. Verás que no te lo niega. Ella y el duque son de la misma calaña. Del mismo modo que él no me negó que había orquestado el accidente de mi madre porque era una molestia, Arlet tampoco te va a negar lo que hizo.

—Oh, Dios. Necesito sentarme —compuso Brianna.

Con eficiencia y rapidez, Scott le acercó una silla y su esposo la ayudó a sentarse. Los dos se pusieron de cuclillas y la miraron con preocupación.

—¿Estás bien? —inquirió Scott—. Lo siento, ha sido culpa mía. No quería alterarte así.

—Estoy bien... solo... un poco mareada.

—Te traeré un vaso de agua. No te muevas. —Alioth se levantó y caminó hasta la heladera.

La princesa asintió y levantó la vista hacia Scott.

—¿De verdad tu padre te ha dicho que mató a Jenna? Reconoció delante de ti que había matado a tu madre... Santo cielo, es un monstruo. ¿Cómo...? —Inspiró

profundamente antes de continuar. Sospechar era una cosa, pero estar seguro era algo muy distinto—. ¿Por qué no lo has denunciado? Deberíamos hacer algo, no puedes quedarte así. No puede salir impune.

—¿Denunciarlo ante quién? —intervino Alioth—. La policía no tiene autoridad contra un miembro de la familia real.

—Tal vez si Scott habla con tu padre, Alioth. Tiene que haber algo que él pueda hacer.

El joven rubio miró a su primo.

—¿Tienes pruebas? —Sin mediar palabra, el joven negó con la cabeza y Alioth apretó los labios—. No va a creernos. Es su hermano, es nuestra palabra contra la de él, Brianna.

Brianna insistió.

—¿Y el Consejo? Si los convencemos...

—¿Sin pruebas? Imposible. Además, ninguno haría nada que condujera a un escándalo.

Un funeral antes que un escándalo. Las palabras de la reina afloraron en sus recuerdos.

Era muy injusto, tenía que haber alguna forma de exponerlo y deshacerse de la sombra constante que representaba su amenaza. Intentó calmarse, con la cabeza fría sería más fácil idear un nuevo plan. Después de aquello, Scott tenía que estar de su lado, tenía que ayudarlos y buscar justicia para que Jenna pudiese descansar en paz.

Sin su pequeño dejara de patear como si estuviera jugando un partido de fútbol en su interior, ella podría concentrarse mejor en ordenar sus ideas. Pero le daba la impresión de que al sentarse lo había incitado a moverse más, o que, quizás, él solo quería recordarle que no estaba sola y que tenía un motivo para seguir luchando.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Jessania desde la puerta de la cocina—. Estáis tardando mucho. ¿Estáis discutiendo?

—Claro que no —compuso Bri con una gran sonrisa fingida y estiró un brazo hacia Alioth para que la ayudara a levantarse—. Nosotros ya no nos peleamos, Jess. Todos estamos del mismo lado. ¿No es cierto, Scott?

—Sí. Lo estamos —aseguró.

Jess soltó una risa escéptica.

—Si vosotros lo decís...

Capítulo 42

No habían pasado más de diez minutos desde que los tres habían vuelto al jardín junto a sus invitados, cuando Alioth se levantó de su silla de forma brusca y dijo que tenía que ir al palacio de inmediato.

Con dificultad, Brianna también se puso de pie y lo siguió de vuelta al interior de la casa.

—No puedes irte ahora, Alioth.

—No puedo esperar más, Brianna. Tengo que hablar con mi madre, tiene que darme varias explicaciones. Quédate con los invitados, no se ofenderán si me marchó.

Ella sacudió la cabeza varias veces.

—No, no. Tienes que pensar con la cabeza fría, así solo vas a empeorarlo todo. Espera hasta mañana, tómate tu tiempo para pensar qué vas a decirle. No podemos dar ningún paso en falso sabiendo todo lo que Scott nos ha contado.

El príncipe se llevó las manos a la cabeza y miró hacia el techo como si estuviera considerándolo.

—No, no. No soy yo quien tiene que dar explicaciones, Brianna. Es ella.

—Sí, pero...

—Mi amor —musitó—, no te preocupes. Solo voy a hablar con ella. Me lo debe. Tú tranquila. Quédate con Geraldine y los invitados. Ahora que parece que Scott no es un maldito asesino me quedo más tranquilo dejándolo aquí con vosotros.

—Pero Alioth... —volvió a decir, y él la silenció rozando sus labios. Le dio un beso lento y largo, y ella acabó derritiéndose como siempre. Era inevitable, era el efecto que él tenía sobre ella y mucho se temía que eso jamás iba a cambiar.

La soltó despacio mientras le acariciaba la espalda y ascendía con las manos hasta su rostro.

—Volveré antes de que notes que no estoy —prometió todavía contra su boca.

—Lo dudo mucho —contestó.

Alioth pidió que prepararan el coche para salir, pero los chóferes se habían tomado la tarde en la que se suponían que nadie iba a salir para lavar y lustrar todos los coches oficiales que tenían en la casa de campo. El príncipe vio el coche de Daniel en la entrada y encontró su salvación.

—¿Quiere que llame a alguno de sus guardaespaldas para acompañarlo, alteza? —preguntó Lincoln, que los había seguido todo el camino.

—Busca a Nash. Lo vi por aquí cerca hace un rato. Con él bastará.

El mayordomo asintió sin dar su opinión y se retiró con sigilo. Brianna en cambio, no pudo quedarse callada.

—A veces siento que estás buscando que te maten. ¿No podrías al menos llevar dos hombres más?

—Prefiero dejarlos aquí para que cuiden de vosotros. Yo puedo apañarme, llamo mucho menos la atención cuando voy solo. Y ese coche ni siquiera es mío, nadie va a reconocerme. Tranquila, mi amor. Todo va a ir bien.

Pero cuando se fueron, Brianna sentía ese revoloteo extraño en el pecho que le decía que algo malo estaba a punto de ocurrir. No sabía si se trataba de una corazonada, un presentimiento o solo un malestar inofensivo.

Se sentó en el sillón reclinable e intentó relajarse y coger el hilo de la conversación que estaban manteniendo los demás.

Como si fuese una señal, Lincoln se presentó a su lado una vez más.

—Alteza, ¿desea que informe a los chóferes de que el coche ya no va a utilizarse?

—¿El coche? —susurró, y arrugó la frente cuando una nueva idea se coló en su mente—. No, no. Cuando esté listo, yo saldré en él.

—Muy bien, alteza. De acuerdo.

Anabelle alzó las cejas hacia ella, pero quien formuló la pregunta que todos se estaban haciendo fue Jessania.

—¿Qué diablos está pasando, Brianna?

—No lo sé, Jess. Lo único que está claro es que tu madre es una bruja en la que no se puede confiar.

La rubia soltó una risa seca.

—¿Y ahora te das cuenta? ¿Acaso lo dudabas?

Alioth no había conseguido calmarse en todo el camino y cuando entró en el palacio sentía la misma furia contenida con la que había salido de su casa. Había conducido como un loco, el señor Nash, en el asiento del acompañante, había acabado pálido y sin saber de dónde agarrarse al coger las curvas.

Subió los interminables escalones de la entrada de la que había sido su casa durante veinte años y que, lejos de despertar algún sentimiento de anhelo o melancolía, le recordaba la traición de quienes más quería y quienes se suponía que tenían que protegerlo del mal en el mundo.

Halló a su madre en su salita privada. Lo recibió con una sonrisa de sorpresa que se borró cuando Alioth despidió a los dos asesores que se encontraban reunidos a su

alrededor. Casi los empujó hasta la puerta y les cerró la puerta en la cara antes de que tuviesen la oportunidad de protestar o la reina pudiese detenerlo.

—¿Qué modales son esos, hijo? —lo reprimió—. ¿Cómo te atreves a tratar así a mis...

—Necesito hablar contigo —la interrumpió.

Él no estaba dispuesto a escuchar más que lo que había ido a buscar. Todo lo que saliera de la boca de su madre le resultaba hipócrita.

Como si se tratara de un berrinche, y tal y como hacía cuando él era un niño, Arlet lo miró con aburrimiento.

—¿Y qué puede ser tan importante como para que trates así a mis asistentes?

Una risa amarga escapó de la garganta de Alioth y se llevó una mano al cabello tirando de él hacia atrás.

—No actúes como si te importara lo más mínimo alguien que no seas tú —masculló—. Pero si tanta prisa por deshacerte de mí tienes, hablemos de tus acuerdos con el tío Víctor. Hablemos de las fotos que los dos comprasteis para hundirme ante Brianna y ante todo el Consejo.

De todas las reacciones posibles que Alioth había imaginado por parte de su madre, la que obtuvo lo dejó de piedra. Arlet ni siquiera parpadeó, mantuvo su expresión de hastío y preguntó:

—¿De dónde has sacado eso?

—De una buena fuente. ¡No te atrevas a negarlo, madre! ¿Cómo has podido?

—Me temo, querido, que tu fuente no es tan buena —comentó con condescendencia—. Pagué la mitad del precio de las fotos para evitar que las publicaran en una revista y el mundo entero las viera. En lugar de estar molesto, tendrías que estar agradecido, si no hubiese podido negociar a tiempo, habría sido mucho peor.

—¿Peor?! ¡Brianna casi me deja! Y estuve a punto de perder el trono, creía que estabas de mi lado. Si no te parece bien que sea el heredero, ¿por qué no me lo dices y ya está? Sería mucho más fácil para todos, no me habría sentido tan traicionado por mi propia madre.

—Mi intención nunca fue esa, Alioth. Por supuesto que quiero que mi hijo sea el futuro rey. Es el sentido de toda mi vida y mi matrimonio.

El joven de pelo rubio soltó un bufido.

—Mamá...

Pero ella no le permitió interrumpirla y continuó.

—Lo único que hice al negociar con lord Víctor fue reducir el impacto que tu descuido iba a tener en toda la familia. También reduje a la mitad la probabilidad de que Brianna viera las fotos, aunque no tuviste tanta suerte en ese aspecto, me temo.

Pero al final me sirvió también para evaluar el temple de tu esposa en situaciones como esa, así que no fue tan terrible e inútil.

Algo le decía que no estaba contándole toda la verdad y que tendría que conformarse con que no lo hubiese negado.

—Si sabes que él está detrás de todo lo que me ha ocurrido, ¿por qué seguir protegiéndolo? ¿Papá lo sabe? ¿Acaso le importa más su hermano demente que su propio hijo?

—Ay, cariño... —suspiró la reina. Luego caminó hasta el sillón en el que estaba Alioth, le apoyó las manos en los hombros y siguió hablando con el mismo tono suave pero desalmado de antes—. Tienes que aprender tantas cosas sobre el cargo que tendrás que ocupar... no es fácil, pero tienes que endurecer un poco ese corazón o vas a sufrir mucho.

Él se levantó de golpe.

—¡Eso no tiene nada que ver con esto, mamá, por favor, reacciona! Ese hombre ya se ha deshecho de su esposa y no va a parar hasta acabar conmigo y con mi hijo.

Arlet empalideció y dio un paso atrás.

—¿De dónde has sacado semejante afirmación? Esa es una acusación muy grave.

Como no sabía si todos eran cómplices o lord Víctor iba por su cuenta, prefirió reservarse el nombre de su testigo.

—Ya te lo dije, una buena fuente. ¿Qué importa eso? ¡Ha matado a su esposa! No puede quedar impune, los únicos que pueden hacer algo sois tú o papá.

—Que haya enviado las fotos no quiere decir que sea el culpable de todos los ataques contra tu vida —compuso ella—. Es tu tío.

—¡Y Jenna era su mujer! —gritó, y dio un golpe en la pared.

—¿Qué pruebas tienes, Alioth? —demandó cada vez más nerviosa.

—¿Es que necesitas pruebas para creerlo? —replicó indignado por tantas trabas—. Estoy seguro que lo conoces mucho mejor que yo, y a mí no me cabe duda de que es cierto.

—¿Has hablado de esto con alguien más?

El sacudió la cabeza a ambos lados y miró a sus alrededores buscando fuerzas para seguir conteniendo sus instintos.

Arlet siguió.

—Si esto sale a la luz, sería un escándalo demasiado grande para contenerlo. ¿Lo entiendes? Es un chisme que no puede salir de esta habitación. Nos arruinaría.

—Eres increíble —le dijo—. Ya ni siquiera sé quién eres.

Antes de que pudiera contestarle con otra atrocidad, se largó de allí sin escuchar sus llamadas y dando un portazo que sonó en toda el ala del palacio.

Brianna se subió al coche que habían preparado originalmente para su esposo, y Scott la sorprendió deslizándose a su lado en el asiento trasero antes de que este arrancara. Los había dejado a todos a cargo de Geraldine.

—¿Qué haces aquí?

—Acompañarte. Te quejas de Alioth, pero no es que tú lleves demasiada protección.

Ella miró hacia el segundo coche que iba detrás con tres guardias más.

—Llevo cinco hombres, no pienso bajarme en ningún lado que no sea el palacio.

Scott sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno, un par de manos extra nunca vienen mal. ¿No?

Bri lo miró agradecida y con cariño. Donde fuese que Jenna estuviera, sabía que tenía que estar muy orgullosa de su hijo por la valentía que estaba demostrando.

—Claro que no —respondió.

Ya habían salido del camino empedrado de su propiedad y entrado a la carretera cuando el bebé, que se había calmado un poco en los últimos minutos, empezó a dar patadas de nuevo.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Scott alertado.

Ella dejó escapar una risita.

—No, es solo que parece que mi hijo no entiende que todavía tiene que estar un mes y medio más aquí dentro. Es muy enérgico.

—No sería hijo tuyo si no lo fuera —comentó él con una sonrisa—. Sigue pareciéndome irreal que seas madre.

—A mí también, Scott. A mí también.

De repente, el coche hizo un movimiento brusco que los envió a los dos hacia un lado a pesar de tener el cinturón puesto, y ni siquiera tuvieron tiempo de preguntar qué sucedía cuando este se detuvo de golpe. Segundos después, un inconfundible ruido de disparos invadió el ambiente, ensordeciéndolos y aterrándolos.

Pero el coche no se mantuvo quieto más de unos segundos. Enseguida dio marcha atrás y otro giro hacia el lado contrario, avanzando a una velocidad exagerada, aunque no pudo evitar que dos balas impactaran contra los vidrios blindados de la ventanilla de Brianna.

—¿Qué diablos ha sido eso? —gritó Scott mientras ponía su brazo delante de Brianna para sostenerla.

—¡Sosténgase bien, lord Scott! ¡Nos están siguiendo! —exclamó el acompañante

del chófer.

—¿Y el equipo de apoyo?

—Se han quedado atrás intentando detenerlos. Señor, sosténgase por favor.

Una nueva oleada de disparos empezó a impactar contra el cristal trasero y los dos se agacharon lo máximo que pudieron sin quitarse el cinturón. Se suponía que todo el vehículo estaba hecho de un material antibalas, pero estaban actuando por instinto.

El corazón de Brianna latía desbocado y el cuerpo entero le temblaba, estaba mareada por la velocidad y las oscilaciones del coche.

Todo pasó muy rápido, en un determinado momento las balas dejaron de azotarlos y, cuando creyeron que todo había terminado, un nuevo golpe más potente los sacudió.

—¿Scott? —susurró ella sin refrenar sus lágrimas.

Él llegó a apretarle una mano y le dedicó un intento de sonrisa

Todo va a ir bien, estaremos bien. Tranquila.

—Tengo miedo —lloriqueó.

Un nuevo golpe los sacudió y fue entonces cuando el chófer perdió el control. Se oyeron los frenos y las ruedas arrastrándose, todo empezó a girar fuera del coche, y hasta se escuchó el sonido de los metales retorciéndose.

Capítulo 43

Incluso antes de recuperar el conocimiento por completo, Brianna sintió un dolor intenso que casi no la dejaba respirar. Poco a poco fue moviendo los párpados y trató de salir con todas sus fuerzas de esa agónica pesadez que la dominaba.

Las punzadas en su cabeza eran tan profundas que le impedían ver y oír con claridad. Sintió el movimiento a su alrededor y una voz insistente, pero toda su concentración estaba centrada en el dolor, sin comprender lo que estaba sucediendo. Aquella voz decía su nombre una y otra vez, aunque ella no lograba reconocerla a pesar que le era ligeramente familiar.

Cuando alguien la movió, su pierna sonó como si se tratara de una rama de un árbol quebrándose. Un rugido escapó de su garganta en ese mismo instante y luego todo se volvió negro.

Cuando volvió a recuperar la conciencia, el dolor había pasado. Parecía un milagro, pero ya no sentía nada de nada. Ni siquiera sus extremidades. Tampoco podía moverlas, y abrir los ojos seguía siendo igual de difícil.

—No te esfuerces, todo va a ir bien —le decía una voz suave, pero lejos de tranquilizarla, la alteraba el hecho de no ser capaz de responderle y preguntarle qué estaba pasando. Tampoco podía moverse y eso la desesperaba—. Todo va a terminar muy pronto, quédate quieta, relájate.

Alioth caminaba rápido y furioso en busca de la salida del palacio. Su hijo y Brianna seguían en peligro, igual que él y Scott. Su primo sabía demasiado y lord Víctor no tardaría en deducir que no estaba de su lado.

Nash lo seguía a todos lados, tan silencioso como su propia sombra. Y estaba llegando a la esquina del último pasillo que los conducía a la entrada principal, cuando vio acercarse a Víctor caminando en dirección contraria con sus dos gorilas por detrás.

—Alioth, querido, ¿qué haces aquí? —preguntó como si le extrañara verlo.

Las cejas del príncipe se dispararon hacia arriba y cuando habló, su tono delató su estado de ánimo.

—Lo mismo podría preguntar yo, tío. Soy el príncipe, ¿no? Como tal, tengo asuntos que atender.

El hombre sonrió.

—Por supuesto, por supuesto. También yo.

—¿Ya has vuelto al trabajo? ¿No crees que es un poco pronto? —inquirió—. La gente podría pensar que no querías a mi tía lo suficiente.

La mejilla del duque tembló, lo que indicaba que lo había hecho enfadar, pero, como siempre, se estaba conteniendo.

—Agradezco tu preocupación, querido sobrino, pero te aseguro que soy suficientemente capaz de controlar la situación.

No conforme con picarlo una vez, Alioth enderezó más la espalda e insistió.

—¿Seguro? Tal vez deberías pedirle consejo a mi padre, él estará encantado de ayudar a su adorado hermano. Es el rey, después de todo.

Con los ojos entrecerrados y luego de una inspiración profunda, Víctor masculló su respuesta.

—Seguro, Alioth, querido. Ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—Ahora sí, Nash. Volvamos a casa, mi esposa debe de estar preocupadísima.

—Muy bien, alteza. ¿Desea que sea yo quien conduzca esta vez?

Alioth llegó a su casa de campo tan solo dos horas después de haberse marchado. La carretera por lo general era tranquila y rápida, pero esa tarde la policía y varias ambulancias habían cortado una parte y se habían acumulado muchos coches.

Ese tiempo de espera le sirvió para relajarse después de la discusión con su madre y el encontronazo con su tío. Y a pesar de que no se arrepentía de haber enfrentado a la reina, reconoció para sí mismo que tendría que haber escuchado a Brianna y no correr del modo en que lo hizo, dominado por la ira.

Entró a su casa y a los únicos a los que encontró fue a Jess, Daniel y Brad comiendo galletas y tomando el té mientras conversaban muy entretenidos en la sala principal.

—¿Dónde han ido todos? —inquirió con las manos en la cintura.

—¡Qué rápido habéis regresado! —exclamó Jess—. Los niños están mirando televisión y Ana está con Ría en la habitación infantil. Las bebés están despiertas e iban a darles de comer.

—¿Brianna está con ellas?

La joven rubia arrugó la frente.

—¿Brianna no está contigo?

La sangre se le heló.

—No... la dejé aquí, con vosotros.

—Sí, pero se fue a buscarte cuando el coche que habías pedido antes estuvo listo. Daniel se puso de pie.

—Y Scott la acompañó. Se fueron hace alrededor de una hora. Llevaban mucha custodia Alioth, dos coches. Estoy seguro de que solo se han entretenido.

Sin contestarle a ninguno, fue a buscar al señor Nash para que hiciera las averiguaciones correspondientes. Sabía que ellos se mantenían en contacto todo el tiempo, en la casa había una central preparada por el Departamento de Seguridad Real desde donde se controlaban todos sus movimientos mientras estaban fuera.

Pero antes de llegar a la puerta, Nash se presentó. Estaba pálido y con los ojos tan abiertos que daba miedo solo de verlo.

Alioth lo entendió antes de que abriera la boca.

—¿Qué le ha pasado a mi esposa? —preguntó y puso sus manos en la pared para no tambalearse, asustado por lo que podría llegar a escuchar.

—Parece que los atacaron, señor. Según los datos que recibieron mis compañeros, fueron interceptados por dos coches. El equipo de apoyo logró contener a uno de ellos antes de caer.

—¿Caer?

—Fallecieron en el enfrentamiento, señor. El chófer del coche en el que iba su alteza y lord Scott logró comunicarse con la central antes de perder el control. Parece que el vehículo volcó en medio de una persecución.

—Los cortes en la carretera, la policía, la ambulancia —susurró mientras recapitulaba y sentía hielo recorriendo sus venas—, ¿dónde está mi esposa, Nash?

—Nosotros vimos una ambulancia del Hospital General salir con la sirena encendida, ¿recuerda? Debería significar que estaban llevando a alguien. Ya enviamos un hombre del palacio a constatarlo. Se moverán rápido, alteza. Tendremos noticias muy pronto.

Alioth pensó que ese alguien bien podría no ser Brianna, no era la única que iba en el coche. Se sintió ahogado, no podría quedarse muy cómodo en su casa esperando noticias. Tenía que hacer algo. Sin decir nada, salió corriendo hasta llegar al jardín. Se detuvo en el garaje y buscó la llave del F50.

Hacía meses que no lo utilizaba, pero jamás se le olvidaría cómo conducirlo. El portón todavía estaba abierto y lo único que tuvo que hacer fue apretar el acelerador. Mientras se alejaba de la residencia vio a Nash salir corriendo detrás de él, pero sabía que no llegaría a alcanzarlo pronto.

Se vio obligado a tomar el mismo camino en el que se había producido el ataque porque era la única forma de llegar a la ciudad por vía terrestre. Pasó primero por el

punto en el que todavía se hallaba el coche del equipo de apoyo, y varios cuerpos tapados con mantas que aún no habían sido retirados.

No quiso mirar, el peso de la culpa por aquellas muertes iba cayendo despacio sobre él y no podía permitirse ninguna distracción antes de llegar a su objetivo. Cuando avanzó un par de kilómetros más y llegó a la curva, se detuvo y bajó del Ferrari.

Esquivó curiosos y trabajadores, y se escabulló para ver de cerca el coche destruido. Era una imagen desoladora, seguía con las ruedas hacia arriba, destrozado por completo. Había vidrios y metales por todas partes. Los hierros estaban retorcidos y dos de las puertas habían sido arrancadas y arrojadas a un lado.

Y la sangre... había mucha sangre.

Sin rastro de su esposa, su primo o los guardias, Alioth rodeó el vehículo en busca de algún rastro que le permitiera tener más información y mientras andaba casi chocó contra otro bulto tapado con una sábana blanca.

Tragó en seco y rezó antes de acuclillarse, muerto de miedo y con el corazón latiendo desbocado. El brazo le temblaba cuando lo extendió y empezó a destapar el cuerpo, y descubrió una cabellera corta de color castaño claro.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha llegado? Tiene que irse señor, está contaminando las pruebas.

Alioth ni siquiera miró hacia la dueña de la voz y siguió juntando fuerzas para levantar más la sábana y ver el rostro de la persona. Agradecía al cielo que no fuese Brianna, porque aumentaba sus esperanzas de hallarla con vida, pero Scott tenía ese mismo color de cabello y podría llegar a significar que su primo estaba muerto.

—Tiene que irse ahora señor, o haré que lo saquen de aquí —indicó la voz insistente.

Soltando lentamente el aire por la boca, el príncipe pudo ver la cara del fallecido. Era uno de los guardaespaldas de Brianna. Un hombre de unos treinta años que llevaba casi una década trabajando en el palacio, y ahora, tan solo una víctima más de todas las que se estaban cobrando los secretos de la familia real.

Se puso de pie y entonces enfrentó a la mujer vestida de azul, con el uniforme de los bomberos locales, que esperaba cruzada de brazos a que él se retirara. Ella no lo reconoció, Alioth conocía muy bien la reacción de las mujeres cuando comprendían quién era él.

—Mi esposa iba en este coche. Está embarazada, necesito saber ahora mismo dónde se la han llevado.

La joven parpadeó y cambió su postura de forma radical.

—¿Está usted seguro? ¿Reconoce el coche y al señor allí?

—Es mi coche y ese hombre trabajaba para mí. ¿Sabe usted dónde están los demás? —la urgió sin paciencia.

—Se los llevó la ambulancia al Hospital General. ¿Puede decirme su... — balbuceó la señorita todavía sorprendida.

Alioth salió disparado sin contestar ninguna pregunta. Los encargados de prensa y de seguridad del palacio no tardarían en hacerse presentes para controlar la situación. Si había algo en lo que su familia había demostrado ser experta era en encubrir situaciones que requerían una explicación más extensa que la que les convenía dar.

Volvió a conducir como un desquiciado, e incluso circuló por el arcén para evitar el atasco que seguía formado en la zona. En menos de quince minutos frenó el coche en la entrada del hospital y allí mismo lo dejó sin importarle en absoluto lo que pudiera llegar a pasarle.

En el segundo piso vio salir a una enfermera y se abalanzó sobre ella antes de que otro la alcanzara.

—Tiene que ayudarme, por favor —le dijo.

—Todos deben esperar su turno, señor.

—No, no. No lo entiende. Mi esposa, mi primo y el chófer acaban de tener un accidente en la carretera. Tengo que saber cómo están —pidió—. Mi mujer está embarazada de siete meses. Necesito saber cómo están.

Como había ocurrido con la joven bombera, la enfermera cambió el semblante.

—Recibimos a la señora embarazada, señor. Pero no tengo permiso para darle más información —compuso con suavidad—. Si se espera aquí puedo ir a buscar al médico...

—Usted no lo entiende —la interrumpió—. Necesito saber cómo está. Ahora.

—Lo comprendo, señor. Pero entienda que no puedo dar ese tipo de información. Lo que puedo decirle es que acabo de atender a uno de los hombres que usted menciona. Puedo llevarlo con él mientras espera al doctor.

Un suspiro de alivio se escapó de sus labios al reconocer a su primo.

—Alioth —dijo este, y se levantó a pesar de los reclamos de la mujer de ambo blanco que quiso detenerlo. Scott se acercó a él prácticamente arrastrando una pierna vendada y lo tomó de los dos brazos para sostenerse cuando estuvieron próximos. Tenía el rostro golpeado y con varios cortes, algunos todavía sangrando, otros menores ya secos—. Lo intenté, te juro que hice lo imposible, Alioth. Te lo juro.

—Dios mío, Scott. Deberías sentarte —susurró con unas ganas de abrazarlo más intensas que las que siempre había tenido de golpearlo—. Te vas hacer aún más daño.

El otro negó con la cabeza y se mantuvo firme.

—Intenté salvarlos a los dos, Alioth —sollozó, respiraba de forma entrecortada—.

No quería fallarle a ella ni a ti. Te juro que lo intenté.

El príncipe no quería llegar a entender lo que su primo le estaba intentando decir.

—¿Qué estás diciendo Scott?

—Brianna y el bebé, quise salvarlos, pero... —Scott se desplomó antes de terminar la frase. Su primo quiso sostenerlo y evitar que cayera al suelo, pero los brazos le fallaron y la enfermera llegó demasiado tarde para evitar que el joven se diese otro golpe más.

Capítulo 44

Entre los dos lograron devolver a Scott a la cama, quien no despertó en ningún momento.

—¿Estará bien? —susurró Alioth.

La enfermera acabó de tomarle el pulso y examinarle las pupilas antes de centrar su atención en Alioth.

—Estará bien, señor. Solo tiene que descansar. Me temo que tendrá que hacer reposo durante varias semanas, pero se recuperará.

—Pero, toda esta sangre—musitó.

—Ha tenido una fractura expuesta de tibia y peroné, además de muchos cortes en todo el cuerpo. Pero la mayor parte de la sangre que usted ve pertenecía a la señora que sacó del coche —parloteó la mujer mientras limpiaba con una gasa todas las heridas del joven inconsciente, y se detuvo cuando vio que Alioth había empalidecido más—. ¿Señor? ¿Desea sentarse? Parece a punto de desmayarse. ¿Se encuentra mal?

Cuando la enfermera llegó hasta él y lo cogió del brazo, Alioth se desplomó en la cama de al lado por inercia. Las extremidades le fallaron y un frío glacial le recorrió las venas y le provocó un dolor agudo y punzante en el pecho.

—Recuéstese, señor. Voy a tomarle la tensión, ¿de acuerdo?

—No, no. Tengo que verla, ¿dónde está? Lléveme con ella —suplicó—. Es mi esposa, tengo que estar con ella. Me necesita.

—¿La señora del accidente es su esposa? —preguntó bajo, sorprendida.

—Sí, lo es. ¿Sabe algo de ella? ¿La ha visto? Dígame la verdad.

Ella vaciló.

—No la he visto, señor. Solo he oído a mis compañeras y al señor balbucear mientras lo curaba —señaló a Scott con la mirada.

Alioth no dijo nada. No podía hablar, tenía un nudo en la garganta que se lo impedía. Quiso moverse, ponerse de pie y seguir buscando a alguien que finalmente pudiese decirle algo. Quizás se decía quién era él todo se haría más fácil, pero si lo hacía corría el riesgo de alertar a quienes estaban detrás de ellos y facilitarles los planes todavía más.

Tenía que permanecer en el anonimato mientras estuviesen solos. Era realista y sabía que no podría defenderse de esos monstruos. Ya habían demostrado de lo que eran capaces, no podía seguir subestimándolos.

No supo con certeza cuánto tiempo estuvo recostado en la cama sin saber qué

hacer, qué pensar, cómo proceder. Tenía la mente en blanco, la angustia ejercía el control sobre cada célula de su cuerpo.

Arthur y Nash aparecieron en la habitación y, al verlo, los dos soltaron un suspiro de alivio. El príncipe se levantó despacio de la cama.

—¿Está usted bien, alteza? —preguntó su guardaespaldas—. Nos tenía muy preocupados, no debió salir así.

—Sí, Nash. Le pido disculpas.

El hombre asintió, y quien habló a continuación fue Arthur, que se acercó y le colocó una mano en el hombro.

—¿Dónde está Brianna, Alioth? No puedo creer que esto haya ocurrido. Tenemos cuatro muertos, y el chófer está muy herido. ¿Scott está...?

—Scott esta bien, pero Brianna... —negó con la cabeza—, no me han dejado verla. Tienes que hacer algo, Arthur. Presiónalos, no les he dicho quiénes somos. Tengo que verla, necesito saber cómo está. Llama al doctor Melton, él sabrá qué hacer. Me niego a perderlos —sentenció sin dejar de temblar.

—Haré todo lo que esté en mis manos y más —compuso Arthur, sin vacilar—. Quédate aquí, volveré con noticias cuanto antes. Hay dos guardias de civil cerca y Nash se quedará aquí dentro contigo.

Alioth asintió.

Arthur había herido a Brianna en el pasado, y hacía tiempo había aceptado que la única forma de redimirse era dejarla ser feliz al lado del hombre que ahora ocupaba su lugar. Pero sabía que sus sentimientos no habían cambiado y probablemente nunca lo harían. Quizás la amaría toda su vida en silencio y desde la distancia, pero se aseguraría que ella fuese feliz, que esa sonrisa que algún día lo había cautivado estuviese siempre presente en su precioso rostro.

Un hombre con una bata blanca entró en el cuarto en el que Alioth había pasado la última hora y media junto a Nash, una enfermera y su todavía inconsciente primo, y se dirigió a él.

—Dígame cómo está mi esposa —le apuntó para apresurar la introducción. Ese día no quería saber nada de protocolo ni muestras de respeto hacia su persona.

El doctor apretó los labios.

—Lo mejor será que me acompañe, alteza.

No sabía lo que vería, a qué se iba a enfrentar. Era extraño, desear algo con semejante intensidad y a la vez temerlo de esa forma. Y la expresión y silencio del

médico no le daban ninguna seguridad.

Lo siguió por un pasillo largo y frío que le recordaba mucho al que había recorrido para llegar al quirófano donde le dio el último adiós a Lía. La gran diferencia era que esa vez Brianna había estado a su lado, y ahora era ella a quien vería cuando cruzara la siguiente puerta.

Al ingresar al cuarto lo cegaron las luces brillantes. Lo siguiente que percibió fue un pitido persistente.

Hasta el momento había estado mirando hacia abajo, no se atrevía a fijar la vista en ella, le tenía terror a lo que le esperaba. Pero cuando el médico volvió a hablar, se obligó a alzar la vista y poner sus ojos en la cama.

—Hicimos lo que pudimos, alteza. Verá que nuestro hospital no tiene los recursos de alta complejidad a los que está acostumbrada la familia real en la clínica a la que asisten.

Allí estaba. Estaba viva porque la maquina lo indicaba, pero a simple vista no lo parecía. Parecía demasiado pequeñita en una cama que no destacaba por su amplitud, estaba más pálida de lo que la había visto nunca y tenía varios puntos a lo largo de un gran corte en la frente.

Alioth no oyó mucho de lo que dijo el médico, se acercó despacio a su mujer y extendió una mano con ansias de tocarla, pero reprimió el impulso por miedo a lastimarla más.

—¿Qué te han hecho, mi amor? —susurró. Examinó su cuerpo cubierto por la sábana y vio que faltaba algo—. ¿Dónde está el bebé?

—Tuvimos que practicarle una cesárea de emergencia.

—Pero... —balbuceó—. Ni siquiera había cumplido las treinta semanas. Todavía era muy pronto.

—Lo sabemos, alteza. Pero de no hacerlo, los dos corrían más peligro. Sabíamos que era arriesgado, pero...

Alioth alzó una mano, rendido, cansado de escuchar explicaciones.

—Solo dígame cómo está. ¿Han podido salvarlo?

—Sí, alteza. Es un niño muy fuerte a pesar de su prematuridad. Pesa un kilo ochocientos, lo cual es bueno. Tendrá que estar en incubadora un tiempo, pero tiene un buen pronóstico.

Estaba llorando y no sabía si era de alegría por saber que su hijo estaba bien o porque corría el mismo riesgo que Geraldine de perder a su madre en momento de su nacimiento.

—¿Y mi esposa? ¿Cuál es su pronóstico? ¿Se va a despertar?

—No lo sabemos, perdió mucha sangre y pasó mucho tiempo antes de llegar al

quirófano. Tenemos que esperar y ver cómo evoluciona en las siguientes horas. El señor Hamilton insiste en trasladarla, pero preferiría que no la movieran por lo menos hasta saber cómo sigue.

Arthur estaba tan preocupado por la seguridad de todos como él mismo, pero también entendía lo mucho que podría perjudicarla si la sacaban de allí.

Después de todo, Alioth ya no sabía si existía un sitio en el que realmente estuviesen a salvo.

—No la moveremos si usted lo considera peligroso. Pero me gustaría que nuestros médicos también pudieran hacerle una evaluación.

—Por supuesto, alteza.

El médico se retiró y lo dejó solo con ella. Le explicó no le haría daño solo por tocarla, pero que debía tener cuidado. Estaba sedada, sumida en un sueño profundo y no lo oiría, pero él confiaba en que si le hablaba la ayudaría a regresar y no perderse en la bruma oscura en la que estaba inmersa.

Se sentó en un lado de la cama y se inclinó para darle un suave beso en los labios. Hacía solo unas horas la había besado y había podido saborear su boca con pasión y entrega como tanto le gustaba. Para Alioth, poder besarla y decirle abiertamente que la amaba era un sueño hecho realidad.

—Vas a ponerte bien —compuso—, yo sé que sí. Me prometiste que no volverías a dejarme, tienes que cumplir tu promesa. Nuestro bebé te necesita, Bri. Y Geraldine también, no puede perder a otra madre. Vuelve con nosotros.

No contó el tiempo que pasó allí, contemplándola y hablándole cuando el llanto se lo permitía. Había momentos en los que se le quebraba el alma de tal manera que las palabras e incluso la respiración parecían atascarse en su pecho.

La puerta se abrió y antes de ver de quién se trataba se puso de pie en posición de defensa. Nunca había aprendido a defenderse adecuadamente, tendría que haberse entrenado con alguien que le enseñara a hacerlo como es debido, pero lamentablemente su única experiencia peleando había sido con Scott y algún que otro idiota que molestaba a Brianna en las fiestas a las que asistían.

—Ah, eres tú —dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio a Arthur entrar, y se pasó los puños por debajo de los ojos para secarse las lágrimas.

El hombre asintió, pero no lo miraba a él sino a Brianna.

—¿Te molesta si...? —preguntó mientras señalaba la cama, y antes de que hubiese terminado la frase Alioth extendió un brazo para indicarle que pasara—. Tus padres se han enterado de que algo va mal y quieren que vaya de inmediato a darles explicaciones. Quería verla un segundo antes de irme. El médico no me autoriza a trasladarla a la clínica.

—Dice que tenemos que esperar y ver cómo evoluciona. Yo tampoco me siento seguro aquí, Arthur, pero si manteniéndola aquí tiene más esperanzas de recuperarse que trasladándola, tenemos que correr el riesgo.

—Lo sé —murmuró Hamilton—. He doblado la seguridad y estamos esperando más activos. Tu hijo está bien protegido. A él sí podemos transportarlo en la incubadora hasta la clínica, pero imaginé que querrías tenerlo cerca. Si Brianna despierta y se entera de que está a kilómetros de distancia de él se volverá loca.

Alioth había estado tan preocupado por Brianna que había olvidado por completo la seguridad del bebé. Si Víctor quería terminar el trabajo empezaría por el bebé, el heredero, que representaba una amenaza mayor que la princesa.

—Gracias, Arthur.

Estuvieron un minuto más en silencio mientras los dos contemplaban a Brianna hasta que Arthur se giró para marcharse.

—¿Quieres que le diga algo a tus padres?

El príncipe estuvo a punto de dar una respuesta negativa, pero sabiendo que Hamilton lo apoyaría decidió lo contrario.

—Diles que, si no hacen algo al respecto con lo que ha pasado, yo mismo me encargaré de hacerle saber al mundo quiénes son en realidad los Van Helmont.

Alioth miró a su hijo recién nacido y en su rostro se dibujó una sonrisa. Era muy pequeño, estaba conectado a montones de cables y ni siquiera iba a dejar que lo cogiera, pero estaba vivo.

Metió las manos dentro de los orificios de la incubadora y pudo ponerse en contacto con la piel del niño. Suave, arrugada y muy finita. Geraldine era inmensa a su lado y muchísimo más fuerte.

Parecía demasiado frágil para estar en cualquier lado que no fuesen los brazos de su madre. Brianna lo habría hecho bien, les habría exigido que la dejaran tenerlo y se habría negado a devolvérselo.

Él estaba muy asustado, se sentía cobarde e impotente. Lo único que podía hacer era mirar y esperar. Cualquiera enloquecería en su situación.

—Tú sí me escuchas, ¿verdad? —le dijo—. Ni siquiera hemos decidido tu nombre, hijo. Mamá tiene que despertarse pronto, no podemos llamarte bebé para siempre.

El pequeño se movía, y a pesar de que no sabía si escucharía su voz a través del vidrio que los separaba, Alioth continuó hablándole durante mucho rato. Desde hacía unas semanas había asumido que lo oía aún estando dentro del útero de su madre y se

movía en respuesta, así que ¿por qué tendría que ser diferente en la incubadora?

Le habría gustado pasar más tiempo allí, pero una enfermera llegó para decirle que era hora de abandonar el cuarto y tuvo que despedirse muy a su pesar. Brianna quería cambiar las leyes de adopción, y él ahora tenía un nuevo proyecto en mente para que los padres desesperados pudieran quedarse junto a su bebé todo el tiempo que quisieran. ¿Por qué alguien tenía que ponerles horarios para ver a sus hijos? Ya era suficiente doloroso en sí ver a los pequeños en ese estado, tan frágiles y aislados, parecía un pecado dejarlos solos.

Volvió al cuarto de Scott a comprobar que todo estuviera bien y lo encontró sentado en su cama discutiendo con una enfermera.

—Deberías hacerle caso a la señorita, Scott. No te haces a la idea de lo que pesas, no quiero tener que volver a cargarte hasta la cama inconsciente.

—¡Alioth, al fin! —exclamó el joven—. Nadie me quiere decir nada, los guardias que pusiste en mi puerta deben de tener la lengua cortada. ¿Cómo está Brianna? La otra enfermera me ha dicho que se había salvado, pero no quiso darme más detalles.

Se acercó a él y se sentó a su lado.

—La salvaste —le dijo—, le salvaste la vida. Gracias.

El otro muchacho sonrió, pero sacudió la cabeza en una negación.

—No hay nada que agradecer. Desearía haber podido hacer más. ¿Está despierta? ¿Y el bebé está bien?

—Bri perdió mucha sangre —dejó escapar en un lamento—. No la veo bien, no ha despertado y tampoco creen que lo haga pronto. Tuvieron que hacerle una cesárea de emergencia, el bebé está bien. Es pequeño, pero está sano.

—Dios mío, cuando dijiste que la había salvado creí que...

—Tengo que pensar que va a estar bien, Scott —compuso—. Tiene que ponerse bien, tenemos dos hijos que la necesitan.

El hijo del duque cerró los ojos.

—Mi padre es el responsable de todo esto, Alioth. Este es su *modus operandi*, lo conozco bien. Sabía que era capaz de muchas cosas, incluso de matar a quien se interpusiera en su camino, pero no creí que su avaricia llegara hasta el extremo de deshacerse de su propia familia.

Alioth recapituló.

—¿Estás diciendo que ya sabías que había matado a alguien antes de tu madre?

El castaño sonrió con sorna.

—¿Y tú no? Mi padre, los tuyos... todos se han cargado varias vidas. Hace unos años cuando empecé a descubrir cómo era realmente nuestra familia, le pregunté a mi

padre por qué lo hacían, si no sentía culpa, remordimientos. Se rio en mi cara y me dijo que madurara. Mi madre no fue la primera ni será la última.

Alioth no podía dejar de estremecerse y preguntarse cómo era que Scott sabía más sobre alcance de la maldad y la perturbación de sus propios padres que él. Su padre lo había instruido en todo, menos en ese aspecto. ¿Para cuándo habría planeado introducirlo en esa materia?

—Si no lo detengo, el próximo seré yo, mi hijo o mi esposa. No entiendo el porqué de ese afán por quitarme el trono, es mayor que mi padre, estadísticamente, es de esperar que tu padre muera antes de lograr ponerse la corona.

—Desde que tengo memoria siempre estuvo seguro de que tú no serías un obstáculo, que él sería el siguiente. Supongo que cuando el Consejo te dio el ultimátum y tú lo cumpliste se volvió loco del todo.

—Pero mi padre es más joven —insistió Alioth—. ¿Cómo iba lord Víctor a saber que su hermano moriría antes que él y le dejaría la corona?

—No lo sé, tal vez tenía un plan para después de que te forzaran a renunciar. ¿Quizás pretendía matar a tu padre también? Las mellizas son muy jóvenes aún y no serían un obstáculo.

¡Pues claro!, se dijo Alioth. No podría haber hecho nada mientras el heredero del rey fuese joven porque entonces la reina gobernaría como regente hasta su mayoría de edad. Pero si se creaba tal escándalo era sabido que el Consejo rechazaría al príncipe y pondría al duque en su lugar, la opción más estable y segura.

—Acompáñame a verla —dijo Scott—. Quiero verla si no te molesta.

—No es que me moleste, Scott. Pero no puedes levantarte. No puedes caminar.

—Claro que sí. En ese armario hay unas muletas, las vi cuando la enfermera lo abrió. Tráemelas.

Conociendo lo testarudo que era, decidió no discutir.

Esquivaron a los médicos y enfermeras que pasaban por el pasillo que los conducía a la habitación de Brianna y por el camino reconocieron a varios guardias de civil y otros uniformados.

Avanzaron muy lentamente porque Scott no tenía ni idea de cómo utilizar las muletas como ayuda, y pasaba más tiempo refunfuñando que caminando.

En la puerta del cuarto de la princesa habían apostados dos guardias a los que no reconoció, estos enderezaron la espalda e hicieron una reverencia al ver a los muchachos acercarse.

—El doctor está dentro, alteza —explicó uno de ellos—. Dijo que iba a revisar a la princesa, deberían esperar aquí afuera.

La risa seca de Scott se adelantó a la respuesta de su primo.

—¿Eres nuevo, verdad? —se burló y Alioth pensó que algunas cosas nunca cambiaban. Ya no era el idiota resentido de antes, pero seguía teniendo serios problemas de carácter.

—No empieces una pelea ahora —le advirtió.

Los dos jóvenes entraron. El médico estaba de espaldas a ellos examinando las mangueras finas que conectaban la vía intravenosa a los brazos de Brianna. A simple vista, desde detrás, no parecía ninguno de los doctores con los que había hablado antes, era más bajo y más delgado.

Le llamó la atención, porque ninguno de los anteriores había utilizado tantas medidas de seguridad para entrar en la habitación. Sí, a todos los hacían lavarse las manos, pero nada más.

—Disculpe doctor, ¿sucede algo malo? —indagó.

Las máquinas a las que estaba conectada hacían el mismo sonido de siempre y ella parecía estar igual. Ni mejor, ni peor.

El hombre no contestó, solo sacudió la cabeza a ambos lados.

Scott, que había permanecido junto a la puerta avanzó y se colocó a los pies de la cama.

—¿Qué está haciendo? —repitió el joven rubio mientras veía las manos enguantadas que recorrían la vía de principio a fin—. ¿Debería llamar a una enfermera?

Como si la insistencia le hartara, el hombre soltó un bufido y se giró hacia ellos quitándose la mascarilla de un tirón. Su rostro completo quedó al descubierto, y antes de que pudieran reaccionar, el hombre sacó un arma con un objeto cilíndrico que parecía un silenciador en la parte delantera del cañón.

—¡Papá! —susurró Scott tan asustado como el príncipe.

El duque lo ignoró y puso la pistola en la cabeza de Brianna.

—Si gritas o te mueves, la mato. ¿Entendido?

Alioth asintió. Con una mirada dura y la mandíbula apretada apenas salieron palabras de su boca.

—¿No es eso lo que intentabas hacer cuando llegamos?

—No de la misma forma. Planeaba darle una muerte tranquila, prolongar ese sueño en el que se encuentra. Aunque ahora creo que sería mucho más impresionante para ti ver cómo le vuelo la cabeza frente a tus ojos. ¿No crees, sobrino querido?

—Papá, baja el arma, por favor —rogó Scott y empezó a moverse en dirección a su progenitor—. Ya le has causado demasiado daño. Y a mí. Mírame. ¿Cómo has podido? Podrías haberme matado.

—Se suponía que él iba en el coche —murmuró con tono indiferente y señaló a su

sobrino con la cabeza—. Pero ya estoy harto de que nada salga bien, todos son unos incompetentes, he decidido que por primera vez me voy a ensuciar las manos para conseguir un trabajo bien hecho. Y mira qué bien me ha salido, los tengo a los dos juntos. Solo tengo que elegir quién va primero. ¿Qué dices, hijo?

Los ojos de Alioth se abrieron como platos al escuchar las palabras de su tío y ver que Scott se aproximaba más y más a su padre, sin mostrarse para nada asombrado. No podía ser, no podía haberlo engañado de esa forma.

¿Todo ese tiempo había estado burlándose de ellos?

—Si lo haces nos arruinarás la vida, papá. No hay forma de salir de aquí sin que nos descubran. Ya me han visto entrar, hay dos guardias en la puerta.

El duque se quitó el gorro de tela y esbozó una sonrisa confiada.

—Tengo hombres cerca, en cuanto dé la señal quienes te vieron estarán tan muertos como tu primo, y otros se ocuparán de ese maldito niño.

—Deja a mi hijo fuera de esto —advirtió Alioth furioso.

—¿De qué me serviría matarte entonces? —Se mofó mientras jugaba con el arma, cambiándola de mano y apuntando a todos lados mientras hablaba y reía. De pronto se detuvo y volvió a su expresión seria—. Hagámoslo de una vez antes de que aparezca otra interrupción, y cambia esa cara, Scott. Piensa en que dentro de nada serás el próximo príncipe heredero. Ya encontrarás a otra chica bonita como esta, todas estarán a tus pies deseosas de ser las futuras reinas.

Apuntó a Brianna una vez más y Alioth entró en desesperación. No se podía mover ni pedir ayuda porque en un abrir y cerrar de ojos ese desgraciado mataría a Brianna, y tampoco podía quedarse sin hacer nada viendo como la asesinaba ante sus ojos.

Evaluó la posibilidad de pasar por encima de la cama y saltar sobre él para quitarle el arma. Seguía siendo arriesgado, sobre todo con Scott en su contra, pero quizás tenía una oportunidad.

—¡Papá, espera! —exclamó—. No la mates a ella. No puedo dejar que lo hagas, la amo.

—Pero ella a ti no. Nunca lo hará. No tiene sentido seguir protegiéndola, si despierta, lo único que hará es ser un problema como siempre.

—No si Alioth ya no está, Brianna confía en mí ahora. Como todos —agregó—. Le diremos que Alioth tuvo otro accidente y que bebé falleció a causa del accidente. Estará tan destrozada, tan sola y triste que no será difícil manejarla.

El príncipe ya no pudo contenerse más y sin pensar en nada quiso moverse para darle a Scott lo que se merecía.

—¡Maldito bastardo! Ella nunca, nunca será tuya. Jamás.

Víctor le apuntó y canturreó.

—¡Eh, eh, eh!

Después volvió a apuntar a Brianna.

—Ni siquiera quitándome del medio la tendrías —susurró Alioth y tomó la delgada mano de su esposa, porque a pesar de mostrarse desafiante, era consciente de que salir de allí con vida se volvía una posibilidad más remota con cada minuto que pasaba.

Scott no le contestó ni tampoco rio, solo siguió mirando fijamente a su padre e intentando convencerlo para que le hiciese caso.

—Si haces esto por mí, te perdonaré lo que le hiciste a mi madre. Volveré a casa y haré lo que me pidas. Pero dale la oportunidad de vivir.

Con un suspiro exagerado, lord Víctor al fin se decidió.

—Está bien, si prometes controlarla. Una viuda sin hijos no es una molestia para nadie —murmuró con aburrimiento, y sonrió—. Bueno, sobrino, hagamos esto rápido, ya me estoy cansando. No te preocupes por tu mujercita, mi hijo la cuidará bien.

Todavía tenía la mano de Brianna debajo de la suya. El corazón le bombeaba con fuerza. Sabía que podría salir mal y empeorar las cosas, pero no podía rendirse. En el último instante pensó en sus hijos, les había dicho que los quería a los dos, incluso aunque ellos no pudieran recordarlo cuando crecieran. Había hecho lo posible por permanecer a su lado y por proteger a su familia.

Había sido feliz junto a la mujer a la que amaba. Si su hora de dejar este mundo había llegado, incluso a su corta edad, no podía pedirle más a la vida de lo que ya le había dado.

Con una inhalación profunda soltó la mano de Bri y se preparó para llegar hasta ellos. Pretendía distraerlos y quitarles el arma, no le importaba si tenía que matarlos a los dos, o si moría en el intento.

Cuando movió una sola pierna, bajo la mira de la pistola de su tío, Scott levantó una muleta que se interpuso en medio de ambos y le asestó un golpe al rostro del duque. No lo derribó, pero lo distrajo.

Scott le dio otro golpe más fuerte y esta vez sí logró que cayera al suelo.

—¡Maldito traidor! —gritó lord Víctor.

—¿De verdad piensas que voy a perdonarte lo que le hiciste a mi madre? Estás loco si crees que voy a dejar que sigas masacrando a mi familia —dijo.

Alioth se acercó, pero no supo cómo controlar aquella situación. El duque podía disparar en cualquier momento, estaba en el suelo, pero aún tenía el arma.

Alioth trató de acercarse a la puerta mientras estaban discutiendo, con solo mover el picaporte estarían salvados. Los guardias se alertarían, entrarían pondrían fin a todo aquello.

—Tu única familia soy yo, niño estúpido. Al final no eres más que una decepción y

todo es culpa de tu madre por consentirte tanto. Siempre fue una molestia, una inútil que no pudo darme más de un hijo.

Alioth vio que Scott volvió a golpearlo y, cegado por la rabia, no vio que su padre alzaba el arma hacia él. Parecían haberse olvidado de que no eran los únicos en la habitación, podría haber aprovechado para huir y pedir ayuda, pero dejar a su primo a su merced no iba con él.

Justo cuando se iba a abalanzar sobre Vícto, vio la sonrisa macabra en el rostro del hombre que, sin desconcentrarse de su objetivo, apretó el gatillo.

No hubo explosión, solo un leve zumbido y, acto seguido, el cuerpo de Scott cayó de espaldas. Fue el grito de Alioth lo que alertó a los hombres que se encontraban fuera. Un instante después, ambos ingresaron con sus propias armas ya en mano.

Uno de ellos agarró al príncipe por la camisa y tiró de él para alejarlo de la línea de fuego y sacarlo de la habitación. El otro, como si fuera una máquina programada para matar, disparó tres veces al duque sin mirarlo apenas.

Alioth, sin pensar en si había pasado el peligro o no, volvió a entrar tan rápido como pudo para ayudar a su primo. Lo tomó en sus brazos y se llenó las manos de sangre mientras buscaba el lugar de la herida.

—Eres un idiota y un inconsciente. ¿Por qué no puedes dejar de hacer estupideces? —dijo con la voz cargada de desesperación y al no encontrar la herida de la bala, alzó la cabeza hacia los guardias—. ¡Buscad a las enfermeras, a un doctor! ¡Rápido! ¡Moveos!

—¿Está muerto? —susurró Scott sin aliento.

—No lo sé, creo que sí. No hables. Vas a ponerte bien, te vamos a ayudar. Estamos en un maldito hospital.

Scott ignoró sus palabras y continuó hablando.

—Está bien, ya no importa. He cumplido contigo y con ella. No puedo reparar el daño que él hizo, pero al menos he podido salvarlos.

—Imbécil, si te mueres, el demente de Víctor habrá ganado. Quédate conmigo.

Capítulo 45

Alioth sostuvo a su primo y siguió hablándole hasta que las enfermeras y los médicos lo pusieron en una camilla para llevárselo al quirófano. Trató de mantenerlo consciente y de presionar la herida cuando por fin la encontró. Muchos hombres habían muerto para protegerlos, no permitiría que su propio primo también perdiera la vida por su culpa.

El cuerpo de su tío permaneció allí mucho rato. Alioth solo lo miró una vez con desprecio. No había ni un atisbo de lástima en sus ojos.

Se preguntó cómo iba a tapar ese incidente sus padres y los asesores, estaba muy seguro de que la verdad jamás saldría a la luz. Quizás atribuían su muerte a la pena por la pérdida de su esposa.

Brianna seguía dormida. Lord Víctor no había conseguido inyectarle lo que fuese que se disponía a darle para acabar con ella como le había prometido. Scott y él habían llegado justo a tiempo.

Alioth permaneció a su lado los siguientes días. En teoría, no podría haber permanecido tanto tiempo junto a una persona en cuidados intensivos, iba en contra de las reglas de cualquier hospital, pero había exprimido su título y su poder.

Scott se estaba recuperando, la cirugía de extracción de la bala había sido salido bien y lo único que le quedaba por hacer era mucho reposo para que las heridas no le dejaran secuelas más graves que le impidiesen seguir con su vida normal aunque la normalidad en sus vidas era muy relativa. No iba a ser fácil para Scott después de ver cómo su padre había intentado matarlo y cómo lo habían acribillado a tiros delante suyo.

Pero al menos estaba vivo, con un futuro por delante, que era mucho más de lo que podía decirse de Brianna. El sueño profundo parecía no querer dejarla ir y todavía nadie podía afirmar con certeza que alguna fuera a despertar.

Su hijo seguía creciendo dentro de una caja de cristal, conectado a montones de cables, con algunas visitas cortas al día de su padre y un selecto público que lo miraba desde fuera de la habitación, a lo lejos.

Alioth dormía muy poco, cada sonido que oía lo ponía en un estado de alarma que lo mantenía en vela toda la noche y muy temprano cada mañana ocupaba un baño de la habitación que le habían asignado cerca de la de Brianna para darse una ducha rápida y volver a su lado. En ocasiones, iba a ver a su hijo y a visitar a Scott al piso de abajo, pero nunca pasaba mucho tiempo lejos de ella.

—Deberías ir a casa a dormir un poco, Alioth. No puedes seguir así —insistió Ana—. Brianna no querría que estuvieras así. Ya han pasado diez días.

—No puedes saber lo que ella querría —respondió Alioth sin mirarla—, no la conoces como yo.

—Tienes razón —contestó Anabelle con toda la paciencia—, tú eres quien la conoce mejor que nadie. ¿Qué es lo que Bri desearía? ¿Qué te quedarás a su lado siendo miserable o que fueras a casa a cuidar de tu hija?

Él se aferró a la mano de su esposa todavía más y se inclinó para besársela.

—No voy a dejarla, Anabelle. Cuida tú de Geraldine, podrás hacerlo mejor que yo.

—Nadie es mejor que su padre, puede que sea muy pequeña, pero te aseguro que lo nota. Echa de menos a su madre, y a ti también —expresó Ana con un tono de desesperación.

—No puedo ser un buen padre ahora, Anabelle. ¿No lo ves? No soy nada sin ella. Voy a quedarme aquí hasta que despierte y si no lo hace, quiero que me lleve con ella.

—No digas eso, Alioth. ¿Qué hay de tus hijos? Te necesitan. Tienes que ser fuerte por ellos. Si pierden a su madre, te van a necesitar mucho más que antes.

Alioth sabía que era cierto, pero no le respondió. Era demasiado duro aceptar que podría perderla para siempre, visualizar una vida sin la mujer que amaba, la madre de sus hijos, era impensable. Lo destrozaría, nunca volvería a ser el mismo.

Al día siguiente, Anabelle volvió a visitarlo. Alioth la miró de soslayo, y suponía que volvería a insistir para que se marchara de allí, pero se sorprendió al ver que no estaba sola.

—Hola, papá —susurró la joven rubia sonriente, y le mostró un pequeño bulto cubierto por una manta rosa bordada con flores de todos colores que la propia Ana había hecho para su sobrina—. Como tú no me vas a visitar, he decidido venir yo solita.

—Ana, la has traído... —dijo Alioth, y se acercó para cogerla entre sus brazos. La abrazó contra su pecho sin ningún signo de protesta por parte de la niña. Al tocarla sintió su calidez y recordó lo mucho que la quería y lo feliz que lo hacía verla a pesar de la tristeza que lo invadía aquellos días.

—La necesitabas, Alioth. Los dos os hacíais mucha falta. Quiero llevarla con el bebé, pero no permiten niños en neonatología. Así que le dije a papá que se moviera e hiciera lo posible para que por lo menos me dejaran traerla aquí contigo y con su madre.

Las cejas del príncipe se dispararon hacia arriba.

—¿Papá está aquí otra vez?

—No, solo hizo las llamadas, no te preocupes, no tendrás que verlo pronto. Parece

que los apaciguaste con tus amenazas. Al menos durante unos días.

Ninguno de ellos se acercaría a sus hijos ni a su esposa, eran los culpables de lo que había ocurrido. La muerte del duque y sus actos atroces habían sido encubiertos, por supuesto, con un simple y llano infarto. El funeral de Víctor se había celebrado a puerta cerrada en el panteón real, de modo que los medios no tuvieron ocasión de asistir ni pudieron ver toda la gente que no acudió.

El profundo sueño de la princesa, el nacimiento del príncipe y hasta todo lo que le había ocurrido al pobre Scott eran secreto de sumario.

—Bien, cuanto más lejos se mantengan mis padres mejor estaremos todos —murmuró, y luego le dio un beso a Geraldine y le susurró—. Vamos a ver a mamá, cariño. ¿La has echado de menos? Seguro que sí.

Se sintió culpable por haber pasado tantos días sin ver a su hija. Sin embargo, no había rechazo alguno por su parte, sino que, más bien, parecía que la pequeña buscaba su calor y se aferraba a su cercanía con desesperación.

La colocó cerca de Brianna y la sostuvo pegada a su rostro, que había ido sanando con los días hasta que las heridas se volvieron tenues en su piel demasiado pálida. Geraldine empezó a moverse, y Alioth entendió que estaba incómoda así que decidió colocarla sobre el pecho de su madre, junto a los latidos de su corazón. Era algo tan hermoso de ver, que tuvo que morderse el labio inferior para que no le temblase más, pero aun así sintió que unas lágrimas rebeldes se le escapaban.

La bebé se quedó quieta, aunque con los ojos abiertos. La había reconocido. Quizás era su olor, el contacto de su piel o los latidos de su corazón, pero Geraldine sabía con quién estaba.

—Os voy a dar un ratito a solas —murmuró Anabelle.

Alioth esperó que algo ocurriera con Brianna. Que sintiera a su hija y despertara. No lo hizo. Le dio más tiempo, esperó y esperó, Geraldine incluso se durmió en la misma posición que la había dejado, pero los ojos de Brianna siguieron sin abrirse.

A ese día le siguieron otros en los que no hubo ningún cambio en la salud de la princesa. Los médicos decían que lo único que cabía era esperar, que todo dependía de la paciente porque no había nada más que ellos pudieran hacer.

Alioth convirtió en costumbre el tener a Geraldine con ellos durante la tarde. La niña parecía contenta cada vez que la tenía en sus brazos y cuando la colocaba en la cama, terminaba siempre pegada al cuerpo de su madre, y luego lloraba cada vez que tenía que sacarla de allí para que Ana se la llevara a casa.

—Me parte el corazón hacer esto, Alioth. Lloro durante una hora cada vez que me la llevo —se quejó la joven.

—Lo sé, a mí también. Ojalá pudiera quedarse, pero este no es lugar para ella.

Acercó la cabeza a la de la niña y le susurró unas palabras de cariño, pero ni siquiera así logró contenerla. Si volvía a cogerla quizás conseguiría calmarla, pero de todas formas tendría que volver a entregársela a su hermana y todo sería más doloroso aún.

—Alioth, ¿no ves que quiere estar contigo? No la dejes llorar de esa forma —dijo una voz muy suave detrás de ellos, y los dos hermanos se giraron.

Brianna tenía los ojos entreabiertos y el ceño algo fruncido.

—Cariño —volvió a decir la joven pelirroja con más ímpetu, aunque seguía sonando como si estuviera susurrando—. No te quedes mirándome y cógela. No me gusta que lllore así.

—Bri, te has despertado... —susurró Anabelle con un asomo de sonrisa, todavía sin poder creérselo. Fue la primera en moverse, y le dio un suave empujón a su hermano para hacerlo reaccionar.

—Sí, me duele un poco la cabeza, pero el llanto de Geraldine me ha despertado. ¿Cuánto tiempo ha durado mi siesta? Me siento tan débil que parece que hayan sido días.

Ana miró a Alioth y puso a Geraldine boca abajo sobre el pecho de Brianna. La niña dejó de llorar en apenas unos segundos.

—¿Ves, amor? Solo quería estar con mamá o papá.

Luego miró a Alioth y al ver su expresión, preguntó: ¿Qué? ¿Qué sucede, Alioth? ¿Qué va mal? ¿Por qué tienes esa cara?

—Nada, nada. Tranquila, no te alteres —se apresuró a decir y se sentó a un lado del colchón—. Todo está bien, ahora, todo está perfecto.

No quería alarmarla, ni preocuparla, pero sabía que en cualquier momento notaría su falta de barriga y sería peor. Se inclinó hacia ella y posó una mano en su rostro.

—¿Puedes besarme, por favor? Solo necesito un beso de mi esposa.

Brianna seguía observándolo con extrañeza, lo conocía demasiado bien como para creerle, pero de todas formas asintió y le volvió a sonreír. El príncipe la besó y suspiró contra sus labios. Se contuvo y fue suave, delicado, pero no desaprovechó ni un instante de ese beso que tanto había ansiado.

—Voy a buscar al doctor —dijo Anabelle.

—¿El doctor? ¿Qué doctor? —preguntó Brianna.

—No te alteres, Bri. Todo está bien ahora, pero hay algunas cosas que me parece que no recuerdas y otras que tengo que explicarte. —Posó una mano en la espalda de Geraldine que ya estaba dormitando y con la otra mano siguió acariciándole el rostro. No podía creer que la tuviese de vuelta, necesitaba sentirla para saber que no estaba soñando—. Te amo tanto...

—Yo también te amo, Alioth. Pero quiero que me expliques qué está pasando. —Y como si justo entonces se percatara en el lugar en el que se encontraba, empezó a mirar a sus alrededores, cada vez más nerviosa—. ¿Dónde estamos?

—Antes que nada, tienes que saber que todo está bien.

Pero ella ya estaba alterada, empezó a moverse y Alioth tuvo que dejar de hablar para detenerla.

—El bebé... no entiendo nada, Alioth. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no tengo a mi hijo? —lloriqueó mientras abrazaba a Geraldine—. ¿Dónde está mi hijo?

—El bebé está bien, Bri —le respondió Alioth—. Cálmate por favor, te vas a hacer daño.

—Es que no lo entiendo —insistió—. ¿Por qué...?

Las palabras quedaron flotando en el aire, de pronto Brianna se quedó en silencio y sus ojos se enfocaron en un punto fijo sin mirar realmente a nada. Dejó de moverse y apoyó la cabeza en la almohada.

Alioth continuó acariciándola, y supo que, de alguna manera, estaba empezando a recordar el accidente. Sintió pena por ella, de haber podido, habría borrado todo su dolor. Agradecía al cielo que su hijo estuviese bien, de lo contrario, Brianna no habría soportado el golpe al enterarse, ni él tener que darle una noticia tan cruel.

—Scott y yo íbamos a buscarte... —murmuró ella—. Nos atacaron por el camino. Hubo disparos... El chófer empezó a conducir muy rápido mientras nos perseguían. Iba demasiado rápido, el coche se movía para todos lados.

Hizo una pausa y se llevó una mano al vientre, de forma automática.

—¿Recuerdas qué pasó después? —preguntó él con dulzura.

Bri continuó con la mirada vacía.

—El coche se volcó, creo, no estoy segura, todo es muy... borroso. Recuerdo el miedo, estaba muy asustada. Creí que moriríamos, tenía miedo por el bebé...

—Me lo imagino, amor. No pienses más en eso. Todo ha terminado, fue horrible, espantoso, pero ya estás bien —musitó, y puso a Geraldine en la cama, de nuevo junto a ella.

—¿Y mi bebé?

Alioth le cogió la mano y sonrió.

—Nuestro bebé está bien. Te hicieron una cesárea de emergencia. Era muy pequeñito y lo tuvieron que poner en una incubadora, pero es un niño sano. Pronto le darán el alta.

—¿De verdad? —inquirió—. ¿No me estás mintiendo para que no me altere?

—No, claro que no. Él siempre ha estado bien, la que me preocupaba eras tú. No te despertabas, estaba aterrado. Creí que no volvería a escuchar tu voz, Bri.

Él también estaba llorando. No sabía si eran lágrimas de alivio, de tristeza por recordar todo lo sucedido o de felicidad por tenerla de nuevo con él.

—No voy a irme a ningún lado, Alioth. Por lo menos no lejos de ti y de mis niños. ¿Me llevas con él? Quiero verlo. Geraldine y yo queremos verlo, ¿verdad, princesa?

—Tenemos que esperar al doctor, Bri. No sé si es buena idea que te muevas. ¿No has dicho que te dolía la cabeza?

Brianna puso mala cara.

—Quiero ver a mi hijo, Alioth. Si no les dices tú que me lleven, lo haré yo. Les diré que... haré que los cuelguen por no obedecer.

El príncipe soltó una carcajada.

—Sourmun no cuelga personas desde el mil ochocientos, Bri —explicó, y vio que a ella no le hacía ninguna gracia. Iba en serio, por supuesto. Quería ver a su hijo y la entendía, pero él no iba a hacer nada que la pusiera en peligro. Ahora que la tenía de vuelta, no iba a dejarla ir nunca más—. Cuando Ana llegue con el doctor le diremos que quieres verlo.

—Bien —masculló ella sin estar del todo de acuerdo y miró a Geraldine mientras dormía en sus brazos—. Espero que ella sepa que los quiero a los dos por igual, ambos son mis hijos.

—Claro que sí, mi amor. Vas a ser la mejor madre del mundo.

Después de amenazas y discusiones, el médico se vio obligado a dejarla salir de la cama y de la habitación a pesar de que no era lo más recomendable. La única condición que puso para dejar que se trasladase fue que utilizara una silla de ruedas y ella no puso pega a ninguna de las indicaciones, aunque tampoco escuchó demasiado.

Estaba nerviosa y emocionada cuando llegaron al área de neonatología. Los hicieron prepararse en una habitación contigua. Alioth tomó asiento en una silla común sin poder quitarse la sonrisa de felicidad del rostro. Había soñado despierto con ese momento durante días y ahora estaba a punto de hacerse realidad. Brianna buscó su mano y cuando él la cogió estaba temblando.

La puerta se abrió y una enfermera llegó con un bulto cubierto por una manta blanca. Su rostro se iluminó al verlo y hasta contuvo la respiración en el preciso segundo en que pudo sostenerlo.

—Es muy pequeño —sollozó—. Mi bebé, todavía no estaba listo para salir.

—Pero está muy sano, alteza —dijo la enfermera a un paso de distancia—. Y ahora que usted puede estar con él y amamantarlo, va a recuperarse más rápido. Nuestro

príncipe saldrá de aquí antes de que se dé cuenta.

Brianna asintió sin quitar los ojos de su hijo. La otra mujer se marchó en silencio y, cuando estuvieron solos, Alioth se inclinó hacia los dos y los besó.

—Deberíamos pensar un nombre, ¿no crees? Llevo quince días llamándolo *hijo* y *bebé*.

—Había estado pensando en algunos nombres por mi cuenta, pero ahora que lo veo, ninguno le cuadra. Es demasiado bonito para cualquiera de ellos.

—Puedes ponerle el nombre que quieras, no pienses en lo que dijeron mis padres ni los asesores.

Brianna arrugó la nariz, estaba recuperando su habitual sentido del humor.

—No pensaba hacerlo. Mi hijo no se llamará Ewen, ni Joseph, ni Edward. No me importa que sea el futuro rey, su nombre no dirá si será un buen o mal soberano, lo único que importa es el ejemplo que tenga. Y con un papá como el que tiene, no puede ser nada menos que el mejor.

—Te amo —susurró él—. Te amo más que a mi vida, Brianna.

—Y yo a ti —respondió con los ojos empañados e hizo una pausa en la que se contemplaron en silencio—. ¿Qué te parece Robbie?

Alioth parpadeó, confundido.

—¿Quién es Robbie?

—Nuestro hijo, tonto. ¿Te gusta el nombre? Podría ser su alteza real, el príncipe Robert. Pero para nosotros solo Rob, o Robbie. Dejaremos que tu madre se encargue de la cadena de nombres que le seguirán y así será feliz.

Alioth se levantó de la silla y se colocó de rodillas frente a ella.

—¿Después de todo lo que te conté sobre ella y lo que nos han hecho estás pensando en hacerla feliz?

—Te diría que no me importa en absoluto lo que piense o cómo se sienta, pero es tu madre y es la reina. Nos ha demostrado lo que es capaz de hacer con tal de que las cosas salgan como ella quiere —musitó seria—. ¿No te parece que es mejor hacer el sacrificio de dejarla ganar de vez en cuando, aunque sea un poco? No quiero tener problemas con ella ni con tu padre, por el bien de nuestros hijos. Míralo, es nuestro deber velar por su felicidad.

Era un tema delicado e importante, pero Alioth no pudo evitar pensar en lo mucho que la deseaba cuando sacaba a relucir toda su inteligencia y, ahora, su faceta de madre protectora. ¿Algún día dejaría de sorprenderse? La conocía desde siempre y sospechaba que todos los días de su vida encontraría algo nuevo en ella que lo enamoraría todavía más.

—Está bien —cedió—. Robert es un nombre precioso y, además, ha habido varios

reyes llamados así en la historia de Europa.

—¿De verdad? —se sorprendió Bri—. Debería haber prestado más atención en las clases de historia mundial.

—Hay una cosa más que me gustaría proponerte. Me gustaría que Scott fuese el padrino. Le debemos mucho, mi vida, la tuya y la de Rob.

—Creo que es una idea excelente —coincidió ella sin dudar y suspiró llena de felicidad. El dolor, el miedo y el disgusto que había sentido hacía pocas horas al enterarse de todo lo que había sucedido mientras dormía ya habían desaparecido. El amor era la mejor medicina—. ¿Es este nuestro final feliz, Alioth?

—¿Final? —inquirió el príncipe—. Amor, esto solo es el comienzo.

Epílogo

Brianna tenía a su hija en brazos mientras pasaban de página el álbum de fotos familiar que habían construido los cuatro en los últimos tres años. A diferencia de su hermano, la niña solo permanecía quieta durante cortos lapsos de tiempo, correteaba por toda la casa y el jardín siempre en compañía de un guardaespaldas a pesar de que se suponía que la casa era segura.

—¿Y quién es esta? ¿Lo recuerdas, cariño? —preguntó mientras señalaba una foto, pero la niña negó con la cabeza—. Es mami, Dina.

—No —musitó con seriedad la niña y apuntó con un dedo a Bri—. Mamá.

Ella sonrió, estaba enamorada de su hija, la adoraba con cada fibra de su ser, pero aceptaba que tenía que compartirla con el recuerdo de Lía. Al ser tan pequeña, era difícil explicarle porqué tenía dos mamás y porqué a una de ellas solo la veía en unas pocas fotos.

—Sí, amor. Yo soy tu mamá, pero ella también lo es. Tienes dos mamás porque eres una niña muy muy especial.

Geraldine insistió negando con la cabeza.

—No quiero dos mamás. Solo tú. Quiero estar contigo y con papi y con Robbie.

—Y siempre lo estarás, Dina. Tu otra mami no va a llevarte a ningún lado.

—¿No? —inquirió con desconfianza.

—No —Le prometió Brianna—. Tu otra mami solo te cuida desde el cielo. A todos nosotros. Es por eso que tienes que quererla mucho.

—Pero si no la conozco, ¿cómo la quiero, mami?

—Sientes el amor en tu corazón, Geraldine —explicó, y la abrazó.

La pequeña siguió sin convencerse. Se quedó en silencio, como si estuviese deliberando hasta que al final volvió a negar con la cabeza y cerró los brazos alrededor de su madre con fuerza, pegando la mejilla a su pecho.

—No quiero otra mami, solo te quiero a ti. Robbie es el príncipe, la abuela dice que él es especial ¿por qué no tiene él dos mamás?

«Arlet, Arlet, Arlet», pensó Brianna. Siempre tenía algo nuevo para decirle a Geraldine y hacerla sentir que no era parte de la familia. Afortunadamente la niña todavía era demasiado pequeña como para sentirse mal, para comprender que su abuela no la quería.

—Está bien, mi amor. No te preocupes más por eso, ¿de acuerdo? Tú solo recuerda que papi y yo te queremos muchísimo. Y no prestes atención a lo que dice la abuela

Arlet, mis dos hijos son especiales.

—Sí, mami. Yo también te quiero. ¿Podemos ir a casa de Nina ahora?

—En un ratito, tenemos que esperar que papi y Rob terminen de probarse la ropa para la boda de tía Jess mañana. Luego iremos todos juntos. ¿Por qué no juegas en el jardín mientras los esperamos? Yo iré en un momento.

—¡A cazar mariposas! —anunció ella, y salió corriendo antes que Brianna pudiera gritarle que tuviera cuidado.

Sentada sola, siguió mirando las fotos, pero antes de pasar de página observó de nuevo la foto de Lía y le preguntó en silencio si lo estaba haciendo bien con su niña. Brianna creía que sí, no había diferencias entre Dina y Rob, no hacía distinciones de ningún tipo. A los dos los atendía personalmente, los cuidaba cuando enfermaban y los echaba de menos cuando sus deberes reales o sus estudios la mantenían alejada varias horas.

No habían pasado más que unos pocos minutos cuando el mayordomo entró y anunció la llegada de su majestad, la reina. Bri suspiró y se puso de pie sin ganas. La relación con su suegra no era la mejor, no era el tipo de abuela con la que podía contar para entretener a sus hijos cuando ella estaba ocupada. al contrario, le daba cada día más tareas de las que ocuparse para que se mantuviera alejada de sus pequeñitos.

—No te esperaba —dijo apenas la vio entrar por la puerta—. ¿Qué te trae por aquí?

Sin mediar palabra, la reina le entregó una cajita aterciopelada que Brianna abrió enseguida, y una joya la cegó con su destello. Un collar compuesto por grandes diamantes unidos por otros de menor tamaño. Brianna parpadeó ante tanta ostentidad y volvió a fijar la vista en Arlet.

No tuvo que preguntar, la mujer le respondió antes de que pudiera abrir la boca.

—No es una joya de la corona, es mía. Fue un regalo de un viejo amigo. Me gustaría que la tuvieras, pensé que podrías usarla para la boda mañana. Los ojos del mundo estarán más sobre ti que sobre la propia novia. Sabes cómo te adoran los medios.

La dejó sin palabras.

¿Un viejo amigo? Tenía que ser un *gran* amigo para hacer un regalo semejante, y probablemente, también alguien perteneciente a la nobleza.

Además, le llamó la atención el gesto. Que le diera una joya propia era algo distinto. Significaba algo más.

—¿Por qué? —preguntó entonces sin saber si le respondería.

La mujer se acercó y extendió una mano hacia ella, hacia su abdomen donde todavía no se veía la prueba de su nuevo embarazo. Estaba solo de tres meses y hacía

pocos días le habían comunicado la feliz noticia a la familia más cercana, ya que querían mantener el secreto al menos un mes más para no eclipsar la boda con el anuncio de la llegada del segundo heredero a la corona.

—Porque a pesar de que lo dudes, Brianna, yo te quiero como a una hija. Eres la madre de mis nietos, la mujer que hace feliz a mi hijo.

—Tus métodos para demostrarlo, Arlet, dejan mucho que desear.

La reina esbozó una sonrisa calma y suspiró despacio.

—Así es como soy, es la forma en la que me criaron. Después de todo lo que he tenido que pasar cuando era joven, antes de ser la reina, antes de ser madre, ya no creo que haya forma de que pueda cambiar.

¿Le estaba confesando sus secretos? Bri la miró y la escuchó expectante, deseosa de saber más sobre el pasado de la madre de Alioth. Siempre había sentido curiosidad, sabía que tenía millones de secretos, pero su imaginación estallaba cuando intentaba descifrarlos.

Eso fue todo. Arlet no dijo nada más y Brianna no pudo evitar que se le escapara la frustración.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—¿A qué te refieres?

—¿No vas a contarme qué fue lo que te sucedió? ¿Y quién era ese viejo amigo que te regaló el collar? ¿Es el mismo que te regaló esta casa?

La mujer apretó los labios en una fina línea y Brianna creyó que se molestaría por el interrogatorio, pero solo se limitó a darle una escueta respuesta.

—Algún día sabrás lo que significa ser reina, Brianna. Hay algunos secretos que nunca deben ser revelados. Por el bien de todos.

—Haces que ser reina parezca todo un sacrificio. ¿Dónde está la parte bonita?

—Me temo que no existe tal cosa, querida. Pero tú no eres yo. Tal vez exista la remota posibilidad de que sea diferente para ti. ¿Dónde están mi hijo y mi nieto? Me gustaría saludarlos antes de marcharme.

«No le iba a amargar el día», se dijo Bri, «de ninguna manera». Todavía faltaban por lo menos veinte años para que ella fuera proclamada reina. El rey era todavía joven, fuerte y sano, tendría una larga, larga, larga vida.

Caminó hasta una ventana y miró hacia el jardín donde Geraldine estaba jugando con una rama buscando cazar mariposas con ayuda de sus guardaespaldas, quienes jugaban y entretenían a la niña cuando ella o Alioth no se encontraban presentes. ¿Y quién podía culparlos? Dina era adorable, la pequeña más hermosa del mundo.

—Alioth y Robbie están con el sastre arriba, con la última prueba de los esmóquines para mañana.

—Bien —murmuró—, no los molestaré entonces.

—¿Y no vas a preguntar dónde está tu otra nieta? ¿No piensas saludarla? Seguramente un beso tuyo le alegraría la tarde.

Arlet se detuvo y su mirada se endureció por un segundo antes de mover la cabeza a ambos lados.

—Ya sabes lo que opino de esa niña. Algún día lamentarás haberla acogido. Lo único que puedo decir sobre ella es que todavía estás a tiempo de enviarla lejos, a un internado, a algún sitio donde no moleste —La joven pelirroja abrió la boca para refutarle, pero con más agilidad, Arlet alzó una mano en el aire y la detuvo—. Así que, como ya sé lo que vas a decirme, prefiero guardarme mi opinión y no mencionarlo.

La princesa apretó las manos en puños ambos lados de su cuerpo y respiró profundamente antes de hablar para modular su tono de forma adecuada.

—La única que lamentará no haber tratado a tu nieta como se merece eres tú. Geraldine es tan hija mía como de Alioth, Arlet. Yo la crié, es mía, la quiero.

—Su madre...

—¡Su madre soy yo! ¿Por qué no entiendes eso? Si me quieres como dices, ¿por qué me haces daño rechazándola de esta forma? Ella es una parte de mi corazón.

La reina le puso una mano en el brazo y la obligó a sentarse en el sofá más cercano. No respondió a sus palabras anteriores, nunca lo hacía. Nunca había ido a los cumpleaños de Geraldine, nunca le daba regalos, apenas la miraba y jamás le sonreía. Su actitud hacia una niña inocente era incomprensible, ¿cómo podía odiar de esa forma a un ser tan hermoso y bueno? Ewen no tenía ese prejuicio, la había aceptado desde el primer día y era prácticamente un abuelo normal y encantador que, al contrario de su esposa, la llenaba de regalos y la consentía más que sus padres.

—No te alteres, no es bueno para el bebé —le dijo, y la besó en la frente—. Te veo en la boda, Brianna. Usa mi regalo, estarás preciosa.

Pasó a solas otro par de minutos, sentada en el mismo sitio en el que su suegra la había dejado al marcharse, preguntándose cómo lo haría para que Geraldine no se sintiera despreciada cuando creciera.

Cerró los ojos y se llevó una mano al vientre. Estaba emocionada por su nuevo embarazo, este era muy diferente al anterior, ella era distinta. Se sentía más segura, más preparada para ser madre. Ya no había problemas ni presiones que la atormentaran. Desde que se habían enterado, ella y Alioth disfrutaban de todo con calma. Eran una familia consolidada, fuerte e inquebrantable.

—¡Mamá, mira!

Abrió los ojos y enfocó su vista en Robbie que caminaba hacia ella con las manos y brazos repletos de porciones de pastel.

—¡Robbie! ¿De dónde has sacado todo eso? ¿Se lo has robado a Lisa?

El niño le dio una amplia sonrisa en respuesta.

—¡Sí! ¿Dina?

—En el jardín, mi amor. —Se levantó y lo ayudó con la comida antes de que todo acabara en el suelo—. ¿Ya te has probado tu trajecito?

Él asintió con la boca llena.

—Sí, mami.

—¿Y papi?

—Le está diciendo adiós al señor. ¿Dina quiere? —insistió—. ¿Le llevo?

—Claro, cariño, vamos a buscarla.

Robert no era nada egoísta, lo compartía todo con Geraldine de buen gusto, la adoraba. Tampoco podía pasar mucho tiempo lejos de ella porque enseguida la echaba de menos. Se divertían juntos y se cuidaban.

Caminaron hasta la salida de la casa uno al lado del otro, los dos con las manos cargadas, Bri sin poder dejar de reír al ver a su hijo menor con la boca rebosante de masa de chocolate y vainilla.

Salieron al jardín y Rob corrió hasta alcanzar a su hermana, quien dejó la rama en el suelo y no perdió el tiempo para meterse un trozo en la boca cogiéndolo con las dos manos.

¿Tan delicioso estaba? Ella también cogió una de las porciones y le dio un mordisco.

—Mmm —se relamió un instante antes de sobresaltarse cuando alguien colocó una mano en su espalda.

—¿Qué estáis comiendo todos? —preguntó Alioth.

—Bizcocho de Lisa. Prueba. Robbie lo ha descubierto y ha vaciado la bandeja.

El príncipe se encogió de hombros y la imitó zampándose la porción.

—Guau, está muy bueno.

Mientras seguía comiendo le cogió una mano y la llevó hasta las escalinatas de entrada de su casa, y se sentaron allí juntos. La rodeó con los dos brazos y le besó el cuello.

—Estás tensa, ¿qué ocurre? —susurró sin dejar de abrazarla.

—Tu madre ha venido, me ha regalado un collar de diamantes para que use mañana en la boda —comentó Brianna—. Envié saludos para ti y para Robbie, y para variar acabamos discutiendo por Geraldine. Me volvió a decir que tendría que mandarla a un internado, lejos de nosotros.

El joven le dio un beso suave en la coronilla.

—Es increíble que no entienda que eso nunca va a pasar.

—Le dijo a Geraldine que Rob era especial. No sé cuándo, no sé cómo, pero lo hizo. No quiero que mi hija crezca sintiéndose despreciada, ahora no lo entiende, pero pronto lo hará. Arlet se mantiene firme, ya no tengo esperanzas de que cambie. ¿Por qué no puede querer a Dina como quiere a Rob? —insistió, y se dejó mimar por las caricias de Alioth en su cabello.

—No lo sé, Bri. Comprendo a mi madre menos que tú. Pero deja de preocuparte por algo que muy posiblemente no podremos cambiar. Le daremos todo nuestro amor como hasta ahora. No hay forma de que se sienta desplazada con la madre que tiene. No podría adorarte más ni aunque llevase tu sangre.

—Ni yo a ella —musitó Brianna—. Gracias por darme este regalo, Alioth. Cada vez que me llama mamá, mi amor por ti crece un poquito más.

Alioth la levantó y la colocó en sus piernas sin pudor por quienes pudieran estar viéndolos. A esa altura, los empleados estaban más que acostumbrados a sus muestras de afecto en cualquier parte de la casa.

Con las manos sobre su cuerpo, Alioth la besó en los labios y se olvidó del mundo que los rodeaba durante un instante. Lo hizo con intensidad, sin reprimir su deseo ni su amor por ella.

—Te amo, Brianna. Espero que no te canses de oírme decírtelo porque no creo que deje de hacerlo nunca.

Ella soltó una risita.

—Claro que no, me lo debes. Tienes que compensarme los más de quince años que no lo hiciste.

—Te amo, te amo, te amo —repitió, e intercaló las palabras con pequeños besos sobre su piel blanca y suave—. Deja de tentarme, los niños están cerca.

—Podríamos escondernos —sugirió Brianna.

Alioth se ríó.

—¿De verdad lo ves posible? —preguntó mientras apuntaba con la cabeza hacia las dos cabecitas rubias a metros de ellos.

Bri lanzó una mirada hacia los pequeños y comprendió lo que su esposo quería decir.

—Esta noche —sentenció y le dio un beso que prometía mucho más—. Esta noche serás solo mío.

—¡Mamá! —gritó Dina mientras corría hacia ella—. ¿Nos vamos, mamá? ¿Nos vamos ya?

Un día después, fuera de la catedral de la ciudad capital de Sourmun.

—Y seguimos retransmitiendo en vivo desde el canal cinco para toda la nación. Damas y caballeros, estamos presenciando la salida como marido y mujer de su alteza real, la princesa Jessania y el señor Daniel Hamilton. El esplendoroso vestido de la novia ha sido diseñado enteramente por su hermana, la princesa Anabelle, y su cuñada, la princesa Brianna, a quienes, según fuentes oficiales, les está yendo muy bien en sus carreras universitarias de Diseño.

»Detrás de ellos vemos salir al cortejo de infantes formado por los adorables sobrinos de la novia, el príncipe Robert y la señorita Geraldine. Detrás de ellos vemos a los padrinos, favoritos de todos, su alteza real, el príncipe Alioth y su esposa, la princesa Brianna quien lleva el aclamado collar de diamantes que alguna vez vimos en el cuello de la propia reina Arlet.

»Mientras los recién casados suben al carruaje para dirigirse al palacio donde realizarán la recepción de la boda, seguimos viendo como el resto de invitados abandonan la catedral. Lord Scott ha acudido a la boda después de casi tres años de ausencia y misterio respecto a su paradero, ¿será este su regreso definitivo a Sourmun o volveremos a perder a uno de los miembros más escandalosos de la realeza?

»¡Allí vemos a la princesa Anabelle! Que sale del brazo del hermano del novio, el señor Arthur Hamilton. ¿Es solo su acompañante o esto significa algo más? ¿Tendremos pronto otro romance real? ¿Qué es lo que ocurrirá en el siguiente capítulo de la vida de la familia real?

Sobre la autora



Marión Marquez es una joven escritora argentina nacida en 1994 en Bragado, en la conocida provincia de Buenos Aires.

Su amor por la literatura surgió muy pronto, pero no fue hasta los diecisiete años cuando descubrió su pasión por la escritura. A partir de ese momento, comenzó a

publicar sus obras en la plataforma Wattpad, donde ha ganado el famoso Premio Wattys en dos ocasiones. *Un amor real* es una deliciosa novela romántica con la que Marión se ha convertido en la primera ganadora del Premio Oz de Novela.

Además de su faceta como escritora, Marión es una enamorada de las ciencias y actualmente estudia Medicina en la Universidad de Buenos Aires.

LOS
ROYAL
ACABARÁN
CONTIGO

AUTORA *BEST SELLER*
DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

LA PRINCESA DE PAPEL

Oz
EDITORIAL

LOS ROYAL
LIBRO 1

La princesa de papel

Watt, Erin

9788416224616

320 Páginas

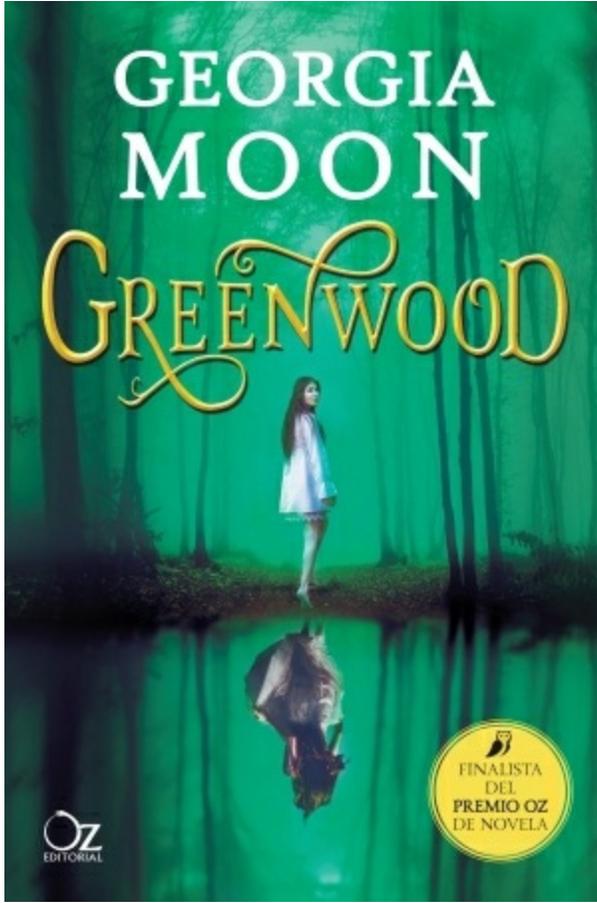
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dinero. Exceso. Secretos. Adéntrate en el mundo de los Royal.

La vida de Ella Harper no ha sido nada fácil, y cuando su madre muere, se queda completamente sola. Pero entonces aparece Callum Royal, un multimillonario empresario que la saca de la pobreza. A partir de ese momento, Ella llevará una vida de lujo y riqueza.

Sin embargo, pronto se dará cuenta de que algo extraño ocurre en la mansión de los Royal. Los cinco hijos de Callum, que tienen un magnetismo sin igual, ocultan algo. Ninguno de ellos la quiere allí, en especial Reed. Pero Ella se siente atraída por él y tendrá que luchar con todas sus fuerzas por no caer en sus redes...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Greenwood

Moon, Georgia
9788416224708
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Te atreves a adentrarte en el bosque de Greenwood?

Tras la misteriosa desaparición de su padre, Esmeralda Grimm y su familia se trasladan al sombrío pueblo de Greenwood, en Oregón.

Aunque la pequeña comunidad está conmocionada por la reciente desaparición de una joven en el cercano bosque, nadie quiere hablar. Solo Harry, un chico tímido y muy inteligente, está dispuesto a investigar. Junto a él, Esmeralda intentará desvelar qué se esconde en las profundidades del bosque de Greenwood, donde nada es lo que parece...

Novela finalista de la primera edición del Premio Oz de Novela

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica
9788416224364
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor

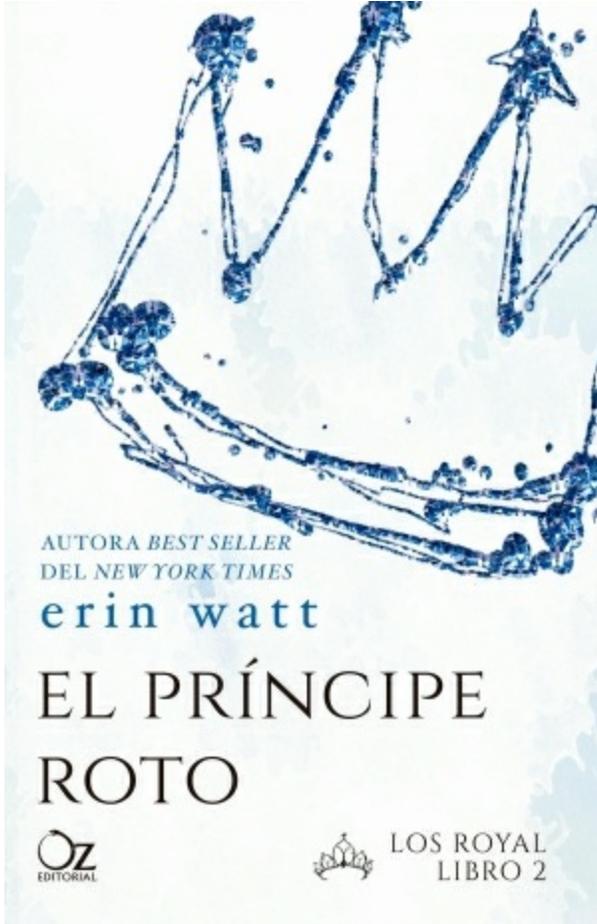
Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla.

Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin.

Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo...

Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El príncipe roto

Watt, Erin
9788416224685
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

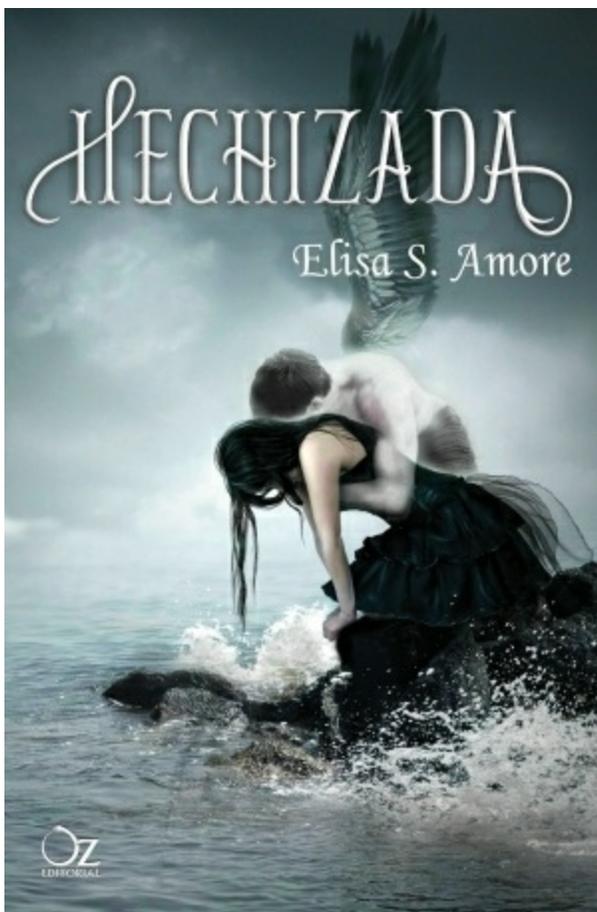
Secretos. Traición. Enemigos.
El mundo de los Royal se viene abajo.

Reed Royal lo tiene todo: es guapo, está forrado y es popular. Las chicas hacen cola para salir con él, y los chicos sueñan con ser él. Pero a Reed solo le importa su familia... hasta que Ella Harper llega a su vida.

El odio que siente hacia la joven se convertirá en un sentimiento completamente distinto... Reed quiere a Ella. La necesita. Sin embargo, un estúpido error hará que todo su mundo se desmorone. Ella no quiere estar con Reed. Dice que se destruirán el uno al otro. Y tal vez tenga razón...

SI REED QUIERE RECUPERAR A SU PRINCESA, TENDRÁ QUE DEMOSTRAR QUE ES DIGNO DE ELLA.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Hechizada

S. Amore, Elisa

9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte?

Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito.

El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo.

¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino?

Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)